



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



HW 2357 W

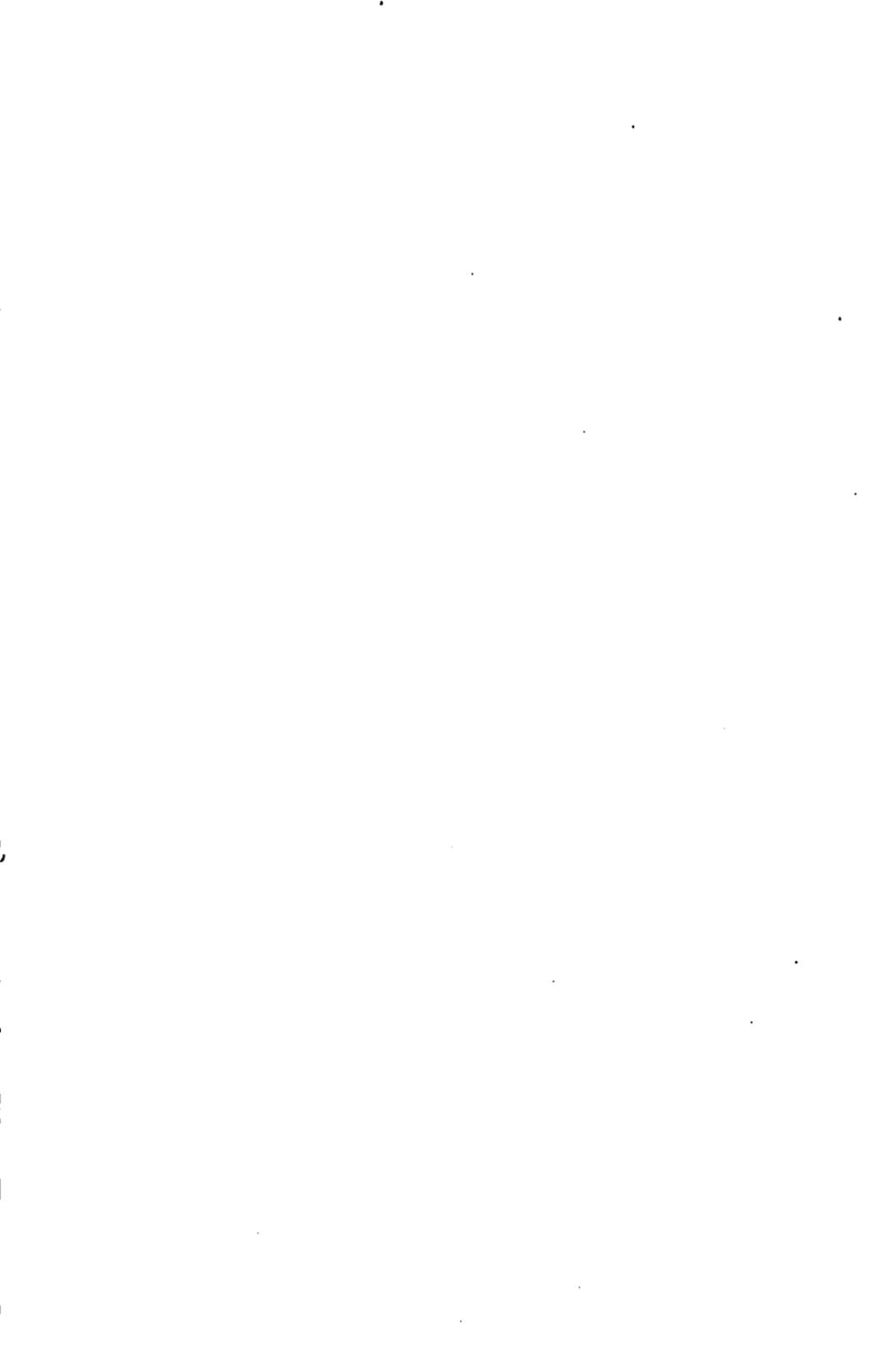


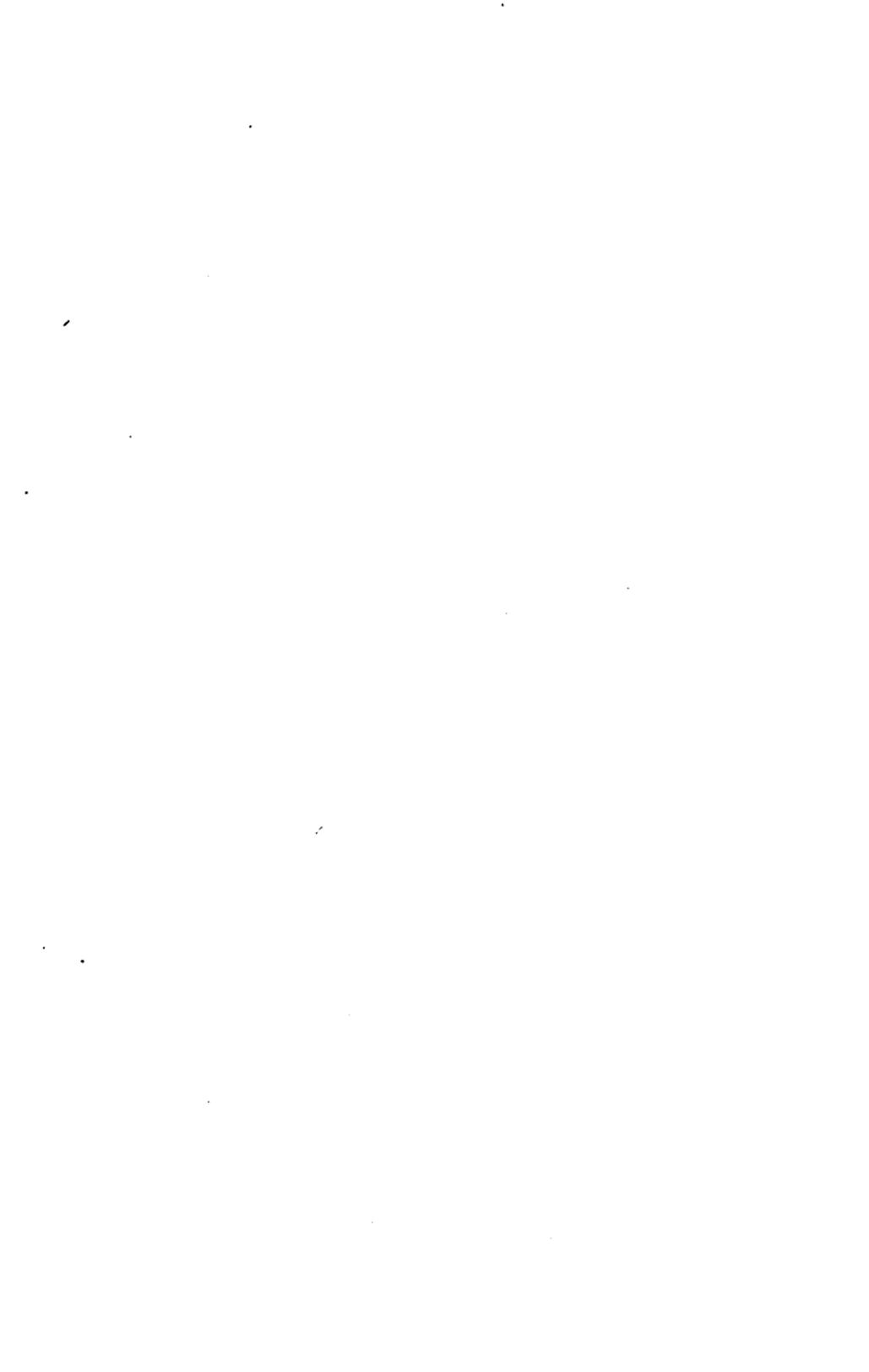


HARVARD
COLLEGE
LIBRARY









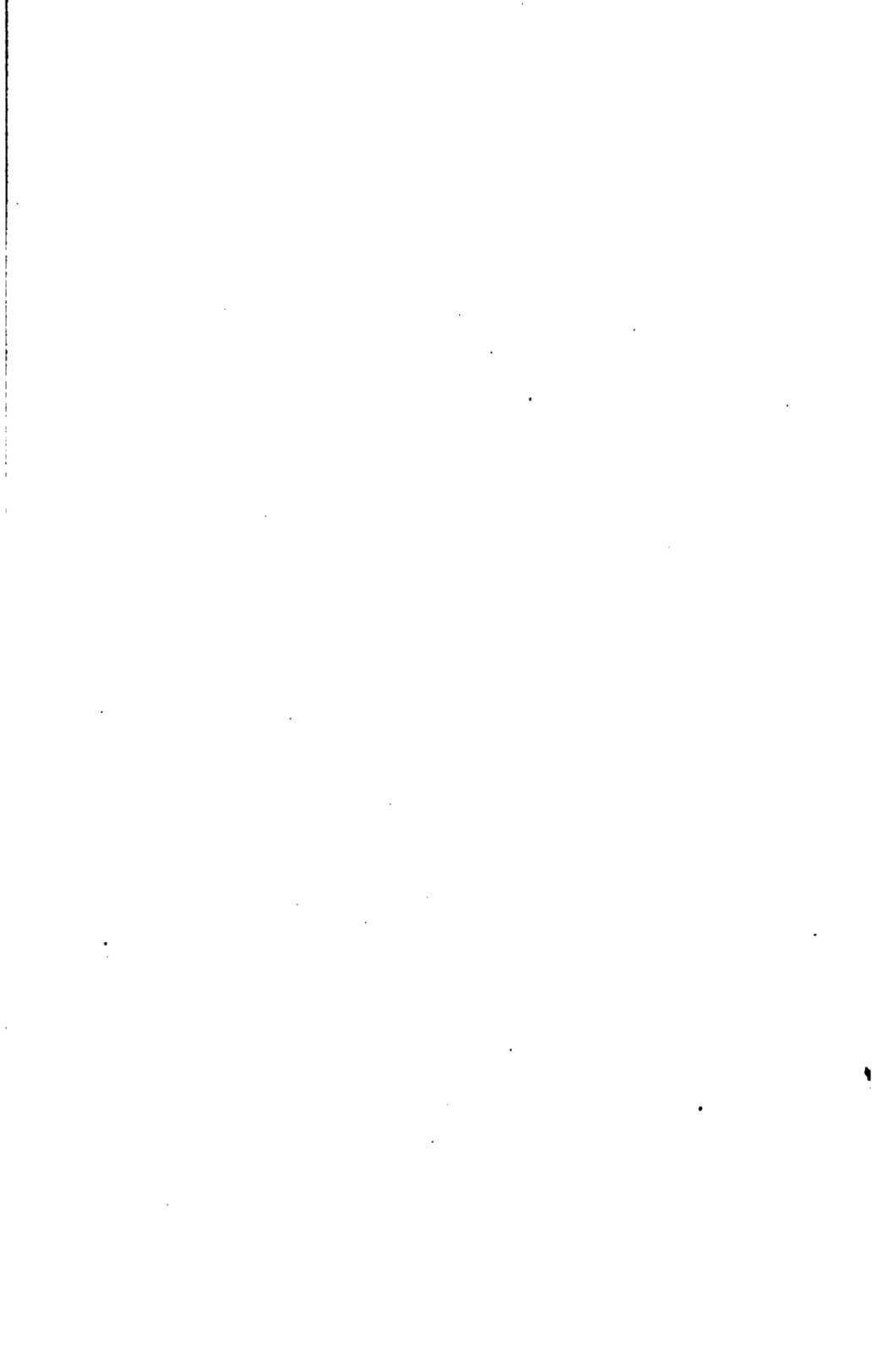


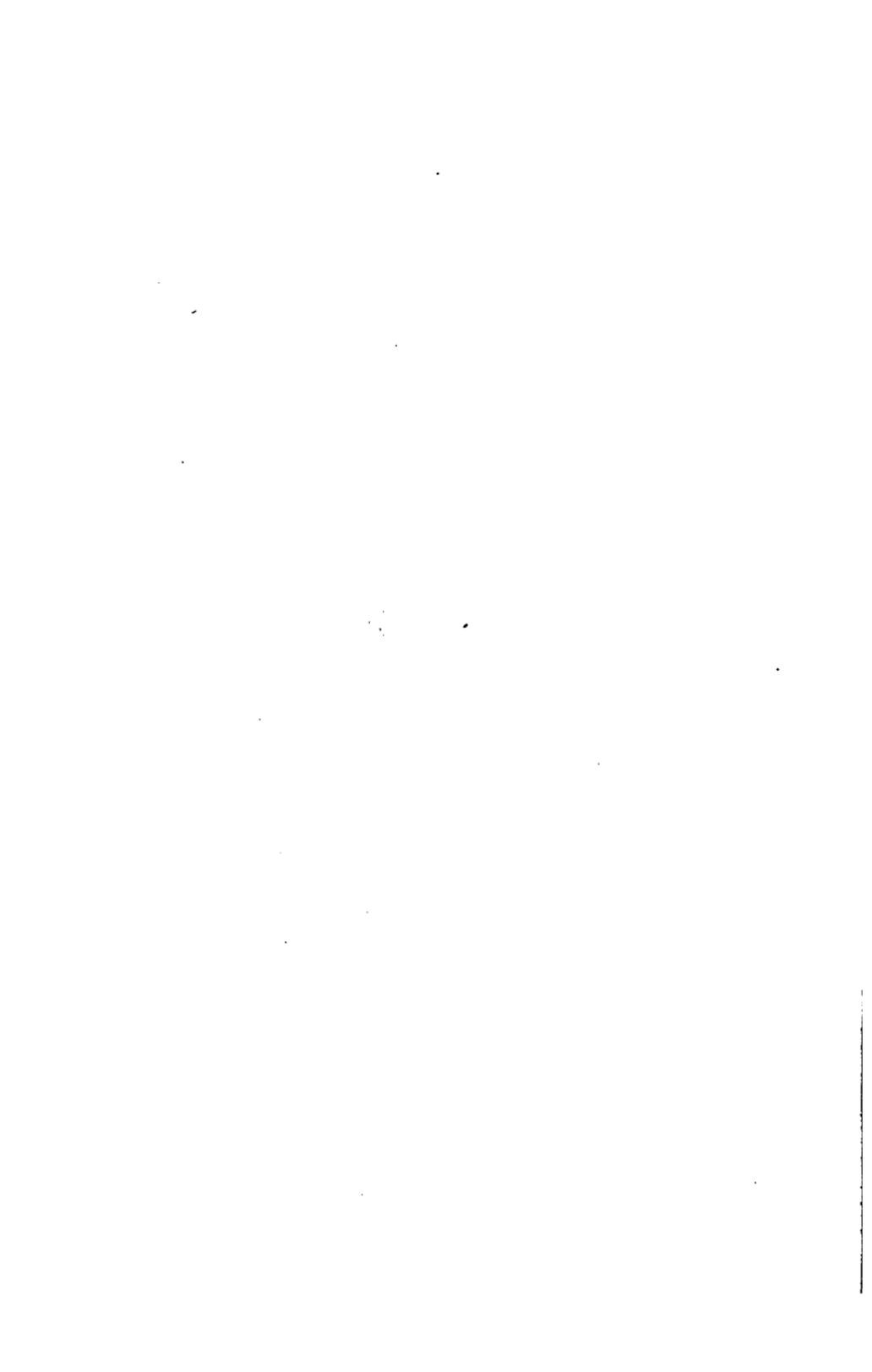


EL

JUDIO ERRANTE.









Eugenio Sue

EUGENIO SUE.

EL
JUDIO ERRANTE.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS.

POR

EUGENIO SUE

traducida al castellano

POR MARIANO URRABIETA.

Edición ilustrada con un considerable número de viñetas, y el retrato del autor grabado en acero.

—•••—
TOMO PRIMERO.
—•••—



MADRID:
IMPRENTA DE D. JOSÉ GASPAR, EDITOR,
calle de Cedaceros núm 7.
1844.

KE 11706



Mrs. Matthew Beetham

Dedicatoria.



Dignaos aceptar la dedicatoria de este libro, mi querido Camilo: es el recuerdo de una amistad sincera, y es un tributo tambien del mas vivo reconocimiento. Jamás olvidaré cuanto me han servido vuestros consejos, fruto de una larga y hábil experiencia, para dar vida y movimiento (en mi modesta esfera de narrador) a ciertos hechos ya consoladores ya terribles, que bien de cerca ó de lejos, tienen tanto enlace con la organizacion del trabajo, cuestion que pronto dominará sobre todas por ser de vida ó muerte para las masas.

Si en muchos episodios de esta obra he procurado demostrar la accion práctica y bienhechora, que un hombre de noble corazon y esclarecido talento pudiera ejercer sobre la clase obrera, á vos solo lo he debido. Si por el contrario he trazado las terribles consecuencias del olvido de la justicia y de la caridad, de la falta de simpatias hacia los que por largo tiempo son victimas de las privaciones y de las miserias, y sufren en silencio, reclamando solo el derecho ó el trabajo, es decir un salario cierto, proporcionado á sus

penosas labores, y á sus mezquinas necesidades, á vos tambien lo he debido mi querido Camilo.

Si, amigo mio, ese admirable y respetuoso afecto que tributais á esa multitud de operarios que se halla á vuestras órdenes y cuya condicion moral y material os complaccis en mejorar diariamente, es una de aquellas gloriosas escepciones que hacen deplorar mas todavia el egoismo ignorante al que se entrega un pueblo de trabajadores honrados y laboriosos, casi siempre impunemente sacrificados.

Adios amigo mio: dedicararos este libro, á vos artista tan eminente, á vos uno de los mejores corazones, una de las inteligencias mas preclaras, es dar á conocer que á falta de otra cosa, se encontrarán al menos en mi obra, saludables tendencias y convicciones generosas,

Paris 25 de junio de 1844. Es todo vuestro,

EUGENIO SUE.

Prólogo.

LOS DOS MUNDOS.



El Océano polar rodea con un mar de hielos eternos las desiertas orillas de la Siberia y de la América del Norte... postreros límites de ambos mundos que separa el estrecho canal de *Bhering*.

El mes de setiembre toca á su fin.

El equinoccio ha vuelto con las nieblas y las tormentas boreales: la noche va á reemplazar bien pronto uno de esos días polares, tan cortos, tan lúgubres...

El cielo oscurecido con un azul cárdeno está iluminado debilmente: un sol descolorido elevado apenas sobre el horizonte, palidece ante el resplandeciente brillo de la nieve que cubre una llanura inmensa. Este desierto está limitado al Norte por una costa erizada de rocas negruzcas y gigantescas: á su pie titánico se halla encadenado aquel Océano petrificado que tiene por olas inmóviles enormes montañas de hielo, cuyas cimas azules se pierden á lo lejos en las nieblas. Al Este entre las dos puntas del cabo *Oulikine*, confin oriental de la Siberia se divisa una línea teñida de un verde oscuro de donde se derrumban lentamente enormes carámbanos de hielo. Este es el estrecho de *Bhering*.

En fin mas allá del estrecho, y dominándole se levantan las cumbreras de granito del cabo de *Gales*, punta extrema de la América del Norte.

Estos países áridos y desolados no pertenecen ya al mundo habitable: las piedras brillan con la intensidad del hielo, los árboles se

desgajan y se abre la tierra en anchas grietas, vomitando de su seno innumerables pedazos de hielo que brillan como el cristal.

Ningun ser humano podria arrostrar la soledad de estas regiones de tempestades, de hambre y de muerte...

No obstante ¡cosa estraña! se ven huellas sobre la nieve que cubre aquellos desiertos, últimos límites de ambos continentes, divididos por el canal de *Bhering*.

En la tierra americana la señal de las pisadas es pequeña y ligera, y anuncia el paso de una muger. Se dirige hácia las rocas desde donde se distinguen mas allá del estrecho las llanuras de la Siberia cubiertas de nieve. En el suelo del antiguo continente, la huella mucho mayor y mas profunda, indica la pisada de un hombre que tambien se ha dirigido hácia el estrecho. Diríase que aquel hombre y aquella muger llegando de este modo en direccion opuesta á las estremidades del globo, esperaban descubrirse tendiendo sus miradas sobre el angosto brazo de mar que separa los dos mundos.

Pero ¡cosa mas estraña todavía! aquel hombre y aquella muger han atravesado las terribles soledades durante una horrorosa tempestad. Algunos añosos cedros que estaban plantados sin orden en estos desiertos como las cruces en los cementerios, han sido arrancados, hechos pedazos, y arrojados á lo lejos por la tormenta.

A este huracan furioso que arranca los árboles, que conmueve las montañas de hielo chocándolas unas contra otras con espantoso ruido... á este huracan furioso, han hecho frente los dos viajeros. Le han hecho frente y han provocado sus furores, con paso firme y seguro.

¿Qué dos seres son estos que caminan siempre tranquilos en medio de las convulsiones horribles de la naturaleza?

Sea de intento ó por casualidad, en la suela de los zapatos del hombre siete clavos salientes formando una cruz, han quedado impresos en la nieve.



Por todo su camino ha dejado esta huella de su paso.

Al ver sobre la nieve petrificada estas profundas hendiduras, parecia un suelo de mármol grabado con un pie de bronce.

De repente una noche sin crepúsculo sucede á la claridad del dia. Noche siniestra!

Las pálidas estrellas se pierden en las profundidades de esta bóveda sombría y helada.

El silencio es solemne!

Un ténue resplandor aparece en el horizonte hácia el estrecho de *Bhering*... es una claridad dulce y azulada como la que precede á la salida de la luna... esta claridad se aumenta y brilla con un colorido sonrosado...

Las pálidas estrellas se pierden en las profundidades de esta bóveda sombría y helada.

En los demas puntos del cielo crecen las tinieblas, y cuesta trabajo distinguir la blanca llanura del desierto entre el ennegrecido capúz del firmamento.

Al través de esta oscuridad se perciben ruidos estraños y confusos: se diria tal vez que eran el pesado vuelo de algunos pájaros nocturnos que rozaban el suelo con sus alas.

Ningun grito se oia.

Este silencio profundo anuncia la cercanía de uno de esos impresionantes fenómenos que espantan á todo ser viviente, desde el mas inofensivo hasta el mas feroz... Una aurora boreal, espectáculo tan magnífico y tan frecuente en las regiones polares, brilló de repente.

Divísase en el horizonte un semicírculo de luz brillante y deslumbradora, de cuyo centro se desprenden columnas de vivísimo fuego, que elevándose á alturas inconmensurables iluminan el cielo, la tierra, el mar... Sus ardientes reflejos se deslizan sobre la nieve del desierto como las llamas de un incendio; rodean de un colorido purpurino las azuladas montañas de hielo, y tiñen de un rojo sombrío las rocas negras y altísimas de los dos continentes.

Despues de haber brillado con tanta magnificencia la aurora boreal, palidece lentamente, y sus vívidos rayos se estinguen en una niebla luminosa.

En este momento por una ilusion de óptica muy frecuente en aquellas latitudes, la costa americana, aunque separada de la Siberia por la anchura de un brazo de mar, aparece de repente tan próxima, que se hubiera podido al parecer echar un puente entre ambos mundos.

Entonces, tambien en medio del vapor transparente y azulado, estendido sobre las dos tierras, se divisaron dos figuras humanas.

En el cabo de la Siberia, un hombre puesto de rodillas tendia sus brazos hácia la América con una espresion de dolor indefinible.

En el promontorio americano una muger jóven y hermosa, respondia á las señales de desesperacion de aquel hombre, mostrándole el cielo con las manos.

Durante algunos segundos estas dos figuras pálidas y vaporosas, se dibujaron así alumbradas escasamente por los últimos reflejos de la aurora boreal. Pero espesándose la niebla poco á poco, todo desapareció en la obscuridad.

¿De donde venian aquellos dos seres que así se encontraban en medio de las llanuras polares á la estremidad de los dos mundos?

¿Quienes eran estas dos criaturas reunidas un instante por una ilusion engañadora y que parecian separadas por toda una eternidad?



Primera parte.

LA POSADA DEL HALCON BLANCO.

CAPÍTULO PRIMERO.

MORON.



pesar de que la luz del sol ilumina aun en una tarde dei mes de octubre de 1831 que toca á su fin, una lámpara de cobre con cuatro mecheros alumbrá las desquebrajadas paredes de un ancho desvan, cuya única ventana está cerrada. Una escalera de mano quesobresale por el nivel de una trampa, sirve de salida á esta habitacion, en la que se ven esparcidas por el suelo cadenas de hierro, argollas con puntas aguzadas, mordazas cubiertas de clavos y largas barras de acero con mangos de madera. En un rincon de esta pieza divisase un brasero portátil, semejante al que usan los vidrieros para derretir el estaño: el carbon está amontonado encima de él, sostenido por astillas secas y delgadas: basta solamente una chispa para encender al instante aquel brasero. No lejos de estos montones de sinistros instrumentos que dan á la habitacion el carácter del laboratorio de un verdugo, se divisan algunas armas pertenecientes á los tiempos remotos. Una cota, cuyas mallas flexibles y unidas se asemejan á un tejido de acero, está estendida sobre un cofre entre otras piezas de armaduras antiguas, en buen estado, y guarnecidas de correas. Una maza, dos largas picas triangulares con

ástil de fresno fuertes y ligeras á la vez, y sobre las cuales se notan manchas recientes de sangre, completan este viejo conjunto, algo rejuvenecido por la presencia de dos carabinas tirolesas.

En este arsenal de armas asesinas é instrumentos bárbaros se halla tambien mezclada con el mismo desórden una coleccion de objetos harto diferentes: cajitas de vidrio que contienen rosarios, cuentas, medallas, *agnus dei*, pilitas de agua bendita, estampas de santos, y finalmente un crecido número de libritos impresos en Friburgo en papel grueso y azulado, donde se cuentan milagros, se cita una carta autografa de Jesucristo dirigida á uno de sus mas fieles adoradores y se predicen para los años de 1831 y 32 las calamidades mas espantosas contra la Francia impia y revolucionaria. Una de esas pinturas en lienzo con que los titiriteros suelen adornar la delantera de sus teatros, está colgada de una de las vigas transversales del techo, sin duda para que el cuadro no se ajara por estar mucho tiempo arrollado. En esta pintura se lee la siguiente inscripcion.

VERDADERA Y MEMORABLE CONVERSION DE IGNACIO MOROK LLAMADO
EL PROFETA, ACONTECIDA EN FRIBURGO EL AÑO 1828.

Este cuadro de grandes dimensiones, de color muy vivo, de forma tosca y de un carácter bárbaro y grotesco, está dividido en tres grupos que representan tres distintas épocas de la vida del convertido, llamado el *Profeta*.

Mírase en el primero la figura de un hombre de luenga barba casi blanca en fuerza de ser rubia, de aspecto feroz, y vestido con pieles de renjifero como lo están generalmente los pueblos salvajes del norte de la Siberia: cubre su cabeza una gorra de piel de raposo negro, terminada por una cabeza de cuervo: sus facciones espresan el terror: su cuerpo está recostado en un trineo tirado por seis perros que se desliza sobre la nieve; y vésele en ademan de huir de una turba de zorras, lobos y osos monteses, todos los cuales con la boca abierta enseñando sus dientes afilados, parecen dispuestos á devorar cien veces al hombre, á los perros y al trineo.

Debajo de este grupo se lee:

EN 1810 MOROK ES IDÓLATRA Y HUYE DE LAS FIERAS.

En el segundo cuadro, Morok candidamente vestido con la tú-

nica blanca de los catecúmenos, está arrodillado, con las manos juntas y en actitud humilde delante de un hombre vestido de negro con una esclavina blanca. A un lado de estas dos figuras se vé la de un angelon sosteniendo una trompeta con una mano y con la otra una espada relumbrante: de su boca salen las siguientes palabras escritas en caracteres rojos sobre fondo negro:

MOROK EL IDÓLATRA HUIA DE LAS FIERAS; LAS FIERAS HUIRÁN DELANTE DE IGNACIO MOROK, CONVERTIDO Y BAUTIZADO EN FRIBURGO.

En efecto, en el grupo tercero, el nuevo convertido se ostenta orgulloso, soberbio y triunfante, con la frente erguida y alta-nera, apoyado el puño izquierdo sobre la cadera, la mano derecha estendida en accion de aterrar á una multitud de tigres, hienas, osos y leones, que escondiendo sus formidables garras y ocultando sus dientes, se arrastran á sus plantas, humildes y acobardados.

Debajo de este último grupo se lee esta conclusion moral:

IGNACIO MOROK ESTÁ CONVERTIDO: LAS FIERAS SE ARRASTRAN A SUS PIES.

Cerca de estos cuadros que acabamos de describir, hay rimeros de libritos igualmente impresos en Friburgo, en los cuales se refiere muy detenidamente el sorprendente milagro, por el cual el idólatra Morok habia adquirido de repente un poder sobre natural, casi divino, de que no podian librarse los animales mas feroces; como lo atestiguaban cada dia los ejercicios á que se entregaba el domador de fieras, no tanto para ostentar su valor y su osadia, cuanto para glorificar al Señor.

.....

Por la trampa de que antes hemos hablado exálase de tiempo en tiempo y como á bocanadas, un olor salvaje, penetrante y desagradable: se oyen tambien algunos resuellos ó resoplidos fuertes y sonoros, y algunas aspiraciones profundas, seguidas de un ruido sordo, como si algunos cuerpos grandes y pesados se restregasen pausadamente sobre una tarima.

.....

Un hombre solo está en este desvan. Este hombre es Morok, el domador de fieras, llamado el *Profeta*.

Tiene cuarenta años: su estatura es mediana y sus miembros delgados y flacos: su tez, naturalmente blanca, se ha vuelto bronceada por efecto de los continuos viages en que ha vivido desde su niñez: sus cabellos de ese rubio amarillo, propio de ciertas razas de las latitudes polares, caen lasos y tiesos sobre sus hombros: su nariz es pequeña, aguda y retorcida: al rededor de sus juanetes huesosos y de sus largas quijadas, dibújase una barba prolongada casi blanca á fuerza de ser rubia.



Pero lo que hace mas estraña la fisonomia de este hombre, son sus párpados estirados, que dejan ver su pupila de un color rojizo y rodeada de un círculo blanco. Esa mirada fija, estraordinaria, ejercia una completa fascinacion sobre los animales, sin embargo de lo cual, no dejaba de emplear tambien el *Profeta* para domarlos, los instrumentos que estaban esparcidos á su alrededor en aquel terrible arsenal.

Sentado delante de una mesa acaba de abrir el doble fondo de

una cajita llena de rosarios y otros objetos semejantes para uso de los devotos: en este doble fondo, oculto con un secreto, se hallan muchos paquetes cuidadosamente cerrados, sin mas señal en su cubierta que un número combinado con una letra del alfabeto. *El Profeta* coge uno de estos paquetes, lo mete en el bolsillo de la pelliza, y volviendo á cerrar el doble fondo, coloca de nuevo la caja sobre la mesa.

Pasa esta escena á las cuatro de la tarde, en la posada del *Halcon Blanco*, única casa de hospedage de la pequeña aldea de Mockern, situada cerca de Leipsik, viniendo del Norte á Francia.

Al cabo de pocos momentos un rugido ronco y subterráneo hizo temblar el desvan.

—Cállala, *Judas!*

Dijo el *Profeta* con tono amenazador y volviendo la cabeza hacia la trampa.

Otro gruñido sordo, pero mas formidable que el sonido de un trueno lejano resonó en la misma direccion.

—Callate, *Cain!*

Gritó *Morok* levantándose.

Todavía un tercer rugido de inesplicable ferocidad estalla de repente.

—Quieres callar, *la Muerte!*

Esclama el *Profeta* precipitándose hacia la trampa, y dirigiéndose á un tercer animal que tiene sin duda este nombre lúgubre, *la Muerte*.

A pesar de la constante autoridad de su voz y á pesar de sus reiteradas amenazas, el domador de fieras no puede obtener silencio: por el contrario, aquellas señales crecen, y los ladridos de infinitos perros se unen á los rugidos de las fieras.

Morok coge una de las picas, se aproxima á la escala, disponiéndose á bajar por ella, cuando vé salir por la trampa un nuevo personaje.

El recién venido es de rostro curtido y moreno: cubre su cabeza un sombrero blanco redondo con alas muy anchas: lleva una chaqueta corta, un ancho pantalon de paño verde, botines de cuero, empolvados como de un largo viage, y un zurrón á la espalda sostenido con una correa.

—Vaya los animales! exclamó, poniendo el pie sobre el piso del desvan.—Cualquiera diria que me han olvidado... *Judas* ha sacado la garra por entre la reja de su jaula... y *la Muerte* ha brincado como una furia... sin duda no me conocen ya.

Estas palabras fueron pronunciadas en alemán. Morok le contestó en el mismo idioma aunque con cierto acento extranjero...

—¿Qué nuevas traes, Karl? ¿Buenas ó malas?

—Buenas...

—¿Los has encontrado?

—Ayer, á dos leguas de Wittemberg...

—Gracias á Dios!—Dijo Morok juntando las manos con una expresión indefinible de alegría.

—Esto es muy sencillo. De Rusia á Francia no hay otro camino, y podía apostarse mil contra uno á que se les encontraba entre Wittemberg y Leipsik.

—¿Las señas eran exactas?

—Infalibles: las dos jóvenes van vestidas de luto: el caballo es blanco: el anciano tiene largos bigotes, un gorro azul, ropón gris... y un perro de la Siberia caminaba detrás.

—¿Y tú los has dejado?

—Como á una legua... antes de media hora estan aquí!



—Y vendrán á parar á esta posada puesto que es la única del pueblo, dijo Morok con aire pensativo.

—Y que la noche está encima, añadió Karl.

—¿Hablaste con el viejo?

—Con él! Es imposible.

—Y por qué?

—Os lo voy á decir. Ayer les seguí todo el dia hasta el anocheecer; aparentando encontrarles por casualidad. Hablé al anciano en aleman, diciéndole lo que suelen decirse los viajeros: *Buenos dias camaradas; buen viage!* La única respuesta que me dió fue la de mirarme de reojo y mostrarme con la contera del baston el otro lado del camino.

—Es francés, y tal vez no comprende el aleman.

—Lo habla por lo menos, tan bien como vos y como yo, por que al anocheecer le oí pedir claramente al posadero todo lo que necesitaba para sí y para las jóvenes.

—Y no procuraste entonces entablar la conversacion?

—Una vez sola lo intenté... pero me recibió tan brutalmente, que por no comprometerme no quise principiarla de nuevo. Y debo advertiros, aquí para entre nosotros, que ese anciano tiene la pinta del diablo, creedme: á pesar de su bigote encanecido, parece todavía tan resuelto y tan vigoroso, aunque flaco y descarnado, que no sé cual de los dos, si él ó mi compañero Goliat, saldria vencedor en una lucha... Ignoro vuestros proyectos... pero cualesquiera que sean ¡cuidado señor!... tened cuidado con ese hombre!

—Mi pantera negra de Java, era tambien muy vigorosa y muy laimada...

Dijo Morok con una sonrisa desdeñosa.

—La *Muerte?*... Es verdad, y todavía continua siendo tan vigorosa y tan mala como antes... solamente es docil para vos...

—Pues así amansaré yo á ese viejo á pesar de sus fuerzas brutales.

—Qué se yo!... no os fieis: vos sois hábil, valiente como nadie... pero, creedme; jamás convertireis en cordero á ese hombre que debe llegar aquí de un momento á otro.

—No has visto á mi leon *Cain*, y á mi tigre *Judas*, arrastrarse á mis pies?

—Ya lo creo, porque vos teneis esos medios que...

—Porque yo tengo fé... no por otra cosa, interrumpió Morok bruscamente, acompañando estas palabras con una mirada que hizo enmudecer á Karl; y luego añadió el *Profeta* con cierto aire de triunfo:

—¿Pues qué, aquel á quien el Señor ha sostenido en su lucha contra las fieras, no será tambien sostenido por él en sus luchas contra los hombres... cuando estos hombres son perversos é impios?

Ya fuera porque estuviese en la conviccion de su amo, ya por-

que no se encontrase capaz de sostener con él una polémica sobre tan delicado asunto, Karl respondió al *Profeta* humildemente:

—Señor, sois mas sabio que yo; lo que haceis debe estar bien hecho.

—Has seguido al anciano y á esas dos jóvenes toda la jornada de hoy? preguntó Morok.

—Si, pero de lejos; como conozco muy bien el pais, tan pronto me separaba del camino, atravesando el valle, como una montaña que lo atajaba, pero siguiéndolos siempre con la vista: la última vez que los ví fue ocultándome detras del molino de agua del tejar... Ellos continuaban tranquilamente su camino y como la noche se aproximaba, he apresurado el paso para anunciaros eso que vos llamais buenas noticias...

—Muy buenas, si, muy buenas... y serás recompensado... porque si esas gentes se me hubiesen escapado...

El *Profeta* se estremeció al pronunciar estas palabras y dejó sin acabar la frase; pero en la espresion de su rostro y en el acento de su voz se dejó traslucir la importancia que daba á esta noticia.

—En efecto, repuso Karl, preciso es que la cosa merezca alguna atención, porque ese correo ruso lleno de galoñes, que ha venido á todo correr desde San Petersburgo á Leipsik en vuestra busca... ¿tal vez seria por?...

Morok le interrumpió bruscamente.

—¿Quien te ha dicho á ti que la llegada de ese correo tenga ninguna relacion con los viageros? Tu te engañas, y te advierto que no debes saber mas que lo que yo te diga.

—Enhorabuena, señor, perdonadme y no hablemos mas sobre este asunto. Voy ahora mismo á quitarme este zurrón, y á ayudar á Goliat á dar de comer á los animales, porque la hora de su comida se aproxima, si no ha pasado ya: ¿Descuida él estas funciones en mi ausencia?

—Goliat ha salido, y cuando vuelva no debe saber que tu has llegado. Sobre todo, es preciso evitar que ese anciano y las jóvenes te vean aquí, porque podrias infundirles sospechas.

—¿Y á donde quereis que vaya?

—Retírate al pequeño caramanchon que hay en el extremo de la cuadra, y aguarda allí mis órdenes, porque será muy posible que tengas que salir esta noche misma para Leipsik.

—Como gustéis. Aun me quedan algunas provisiones en mi morral, y en tanto que descanso en el caramanchon, las haré que me sirvan de cena.

—Vete...

—Acordaos, señor de lo que os he dicho. No os fieis: desconfiad del viejo de los bigotes canos: lo creo capaz de cualquier cosa; es un compañero muy brusco.

—Vete tranquilo... Yo desconfío siempre, dijo Morok.

—En ese caso os deseo un feliz resultado, repuso Karl comenzando á bajar la escala poco á poco y desapareciendo en seguida.

El *Profeta* despues de haber saludado á su criado con una señal afectuosa de despedida, se paseó durante algun tiempo con aire profundamente distraido: luego acercándose á la cajita del doble fondo que contenia algunos papeles, sacó una larga carta que estaba entre ellos y la leyó muchas veces, siempre con estremada atencion.

De vez en cuando se levantaba para ir á abrir la ventana que caia al patio interior de la posada, aplicando con ansiedad el oido, porque esperaba impaciente la llegada de las tres personas, cuya aproximacion le habia sido anunciada.





CAPÍTULO II.

LOS VIAGEROS.



DESDE que principiaba la escena anterior en la posada del *Halcon Blanco* de Mockern, las tres personas, cuya llegada esperaba tan impacientemente Morok el domador de fieras, caminaban pacíficamente por en medio de hermosas praderas, bañadas á un lado por el rio cuya corriente daba movimiento á un molino, y limitadas en el lado opuesto por el camino que conducia al pueblo de Mockern, situado como á una legua de distancia, en la cumbre de una elevada colina.

El cielo estaba limpio y sereno: el ruido del agua, batida por las ruedas del molino, que saltaba cubriéndose de espuma, inter-

rumpia solamente el silencio profundo de aquella tarde tranquila: los frondosos sauces levantados á las orillas del rio, proyectaban sobre la superficie de las ondas, sus sombras verdes y transparentes, en tanto que á mayor distancia, el agua reflejaba tan espléndidamente el azul del cenit y las tintas encendidas del poniente, que á no ser por las colinas que disminuían por allí el horizonte, el oro y el azul de las aguas, se hubieran confundido á la vista con el oro y el azul del firmamento. Los grandes cañaverales del rio se inclinaban suavemente al soplo ligero de la brisa que se levantaba casi siempre á la caída del sol, porque este astro desaparecía lenta y magestuosamente detrás de una ancha faja de nubes purpuradas y guarnecidas de fuego. El aire rápido y sonoro traía el sonido lejano de las esquilas de un rebaño.

Por un sendero indicado por las huellas en medio de la pradera, caminaban montadas en un caballo blanco dos jóvenes, ó mejor diremos dos niñas de poco mas de quince años, sentadas en un sillón y comodamente abrazadas, pues ambas cabían en aquel asiento por su estremada delicadeza.

Un hombre alto, moreno y de largos bigotes canos, conducía del ramal el caballo, volviéndose de vez en cuando hácia las niñas con cierto aire de solicitud, á la vez respetuosa y paternal: apoyábase en un largo bastón; sus espaldas todavía robustas, llevaban una mochila militar: su calzado cubierto de polvo y su paso algun tanto rastrero, indicaban claramente que caminaba hacia ya largo tiempo.

Uno de esos perros que los habitantes del norte de la Siberia enganchan á los trineos, vigoroso animal, de una regular estatura y muy semejante á un lobo en su forma y en su color, seguía escrupulosamente los pasos del conductor de aquella pequeña caravana.

Nada podía presentarse mas encantador que el grupo de estas dos jóvenes. Una de ellas llevaba en su mano izquierda las flotantes riendas y con el otro brazo rodeaba el talle de su hermana dormida, cuya cabeza reposaba sobre su hombro. Cada paso del caballo imprimía á estos dos cuerpos flexibles una graciosa ondulacion y balanceaba sus pequeños pies apoyados en una tabla que les servía de estribo.

Llamábanse estas dos hermanas gemelas Rosa y Blanca: eran huérfanas á la sazón, según lo demostraban sus tristes vestidos de luto que llevaban á medio usar.

La semejanza de estas dos criaturas era estremada: se necesita-

ba mucha costumbre de verlas para distinguir la una de la otra. El retrato de la que no dormía podía servir para las dos. La única diferencia que en aquel momento existía, era que Rosa velaba y desempeñaba aquel día las funciones de hermana mayor, cargo repartido entre ellas por el capricho de su guía, que como veterano del imperio y fanático por la disciplina militar, había juzgado á propósito que alternase de este modo entre las dos huérfanas el mando y la subordinación.



Greuse se hubiera inspirado al contemplar estos dos rostros hermosos, cuya belleza realzaba su sencillo tocado de terciopelo negro, por debajo del cual se escapaban abundantemente grandes bucles de cabellos castaños claros que ondulaban sobre su cuello y

sus hombros acariciando sus mejillas redondas, tersas y sonrosadas. Un clavel rojo, húmedo con el rocío de la mañana, no era de un encarnado mas vivo que sus labios frescos y floridos: el delicado azul de la *clematida* hubiera parecido sombrío al lado del limpido azul de sus grandes ojos en que se reflejaban la dulzura de su carácter y la inocencia de su edad: una frente blanquísima y pura, una nariz pequeña y rosada y un hoyuelo en el centro de la barba, terminaban el conjunto seductor de candidez de estas dos encantadoras criaturas.

Pero para que el encanto fuera completo, era necesario verlas cuando la lluvia ó la tempestad las sorprendian en el camino, y el viejo soldado las envolvía cuidadosamente en una gran pelliza de piel de rengífero y colocaba sobre sus cabezas el ancho capuchon de esta misma materia impermeable; entonces.. no podia encontrarse un grupo mas seductor que aquellas lindas figuras hermosas y risueñas, cobijadas bajo esa especie de *casai* de color oscuro.

Pero la tarde de que vamos hablando, era apacible y deliciosa; la pesada capa estaba liada alrededor de las rodillas de las dos hermanas, cayendo su ancho capuz atado sobre el respaldo de la silla.

Rosa que con su brazo derecho rodeaba siempre por la cintura á su hermana dormida, la contemplaba con una espresion inefable de ternura casi maternal... porque aquel dia, Rosa era la hermana mayor, y una hermana mayor es casi una madre verdadera.

Las dos huérfanas no solo se idolatraban mutuamente, sino que por un fenómeno fisiológico frecuente entre los gemelos, ambas se veian casi siempre afectadas á la par; la emocion de la una se reflejaba al momento en la fisonomía de la otra: una misma causa las hacia temblar y ruborizarse, porque sus tiernos corazones palpitaban armónicamente: en fin, alegrías ingenuas lo mismo que las amargas penas, todo era mutuamente sentido y participado entre aquellas dos lindas criaturas.

Acometidas á la vez en su infancia de una grave enfermedad, como dos flores de un mismo vástago se habian doblado, descolorido y amortiguado juntas, pero juntas y tambien á la vez, habian adquirido de nuevo, sus frescos y puros colores.

Fácil es conocer que estos lazos misteriosos, indisolubles, que unian á las dos gemelas, no hubieran podido romperse, sin dar un golpe mortal, á la existencia de las dos pobres niñas.

Así esas encantadoras parejas de pájaros llamados *inseparables*, no pudiendo vivir sino con una existencia común, se entristecen, sufren, se desesperan y mueren cuando una mano bárbara separa al uno del otro.

El conductor de las huérfanas, hombre como de unos cincuenta años, ofrecía con su aspecto militar, el tipo inmortal de los soldados de la república y del imperio, que se hicieron en una campaña los primeros soldados del mundo, para probar al mundo lo que puede, lo que vale, lo que hace el pueblo, cuando sus verdaderos escogidos depositan en él su confianza, su fuerza y su porvenir.

Este soldado, guía ahora de las dos hermanas, antiguo granadero de caballería de la guardia imperial, había sido conocido con el sobrenombre de Dagoberto: su fisonomía era grave y severa, y sus facciones muy pronunciadas: sus bigotes canos, largos y poblados, cubrían completamente su labio inferior y bajaban hasta la barba; sus mejillas enjutas, rojizas y curtidas, estaban cuidadosamente afeitadas: sus cejas pobladas, largas y negras todavía, casi tapaban sus ojos de un color azul muy claro: sus bucles estremadamente rúbios, pendían hasta su cuello militar bordado de blanco; un cinturón de cuero ceñía á su cuerpo un saco de paño gris, y una gorra de cuartel con borla encarnada inclinada sobre el lado izquierdo, cubría su cabeza calva.

Dotado en otro tiempo de una fuerza hercúlea, pero teniendo siempre un corazón de león, bueno y pacífico, porque era valeroso y fuerte, Dagoberto mostraba para con las huérfanas, á pesar de la rusticidad de su fisonomía, un tierno afecto, una pre-
vision inaudita y una ternura entrañable... casi maternal.

El impasible estoicismo del soldado no se desmentía jamás, y sabía sofocar con una inalterable sangre fría, todas las emociones que le asaltaban. De este modo, aunque su aspecto no fuese nunca muy placentero, venía á ser algunas veces objeto de la risa, por la imperturbable seriedad que empleaba en todas las cosas.

De vez en cuando y sin dejar de andar, Dagoberto se volvía para hacer una caricia ó dirigir alguna palabra de amistad, al bueno del caballo que servía de cabalgadura á las dos huérfanas, y cuyos largos dientes anunciaban su edad respetable y avanzada. Dos profundas cicatrices, la una hácia los hijares, y la otra en el pecho, estaban diciendo claramente que este caballo se había hallado en reñidos encuentros militares; así es, que no sin

una apariencia de orgullo sacudia á veces su vieja brida militar, en cuyo bocado de bronce, se presentaban todavía esculpidas dos águilas en relieve. Su paso era regular, prudente y firme, su gordura proporcionada; la espuma abundante que cubria su freno, revelaba esa salud firme que los caballos adquieren, con el trabajo continuo pero moderado de un viaje largo hecho en jornadas pequeñas. Seis meses hacia que se habia puesto en camino, y este valiente animal llevaba tan alegremente como al tiempo de partir, á las dos jóvenes y una gruesa maleta, sujeta detras de su silla.

Hemos hablado del tamaño desmesurado de los dientes de este caballo (señal irrecusable de vejéz) porque continuamente los mostraba con el único objeto sin duda, de permanecer fiel á su nombre (llamábase *Jovial*) y de hacer tal ó cual gracia con ellos, de que el perro era víctima.

Este último llamado por contraposición *Jabat-Joie* (Mal genio) no separándose una línea de su amo, hallábase al alcance de *Jovial* que solía de vez en cuando cogerlo delicadamente por el lomo, levantarlo en el aire y llevarlo así por algun tiempo. El perro protegido por su espesa lana, y acostumbrado sin duda á estas chanzas de su compañero, se sometía á ellas con resignación estoica, y solo cuando le parecia que el juego duraba demasiado, *Jabat-Joie* volvía su cabeza, gruñendo y quejándose al mismo tiempo. *Jovial* lo comprendía al instante, y se apresuraba á dejarle en el suelo: otras veces, sin duda para evitar la monotonía, *Jovial* mordisqueaba la mochila del soldado, que parecia lo mismo que su perro, perfectamente habituado á estos retozos.

Estos detalles bastarán para juzgar de la buena armonía que reinaba entre las dos hermanas gemelas, el veterano, el caballo y el perro.

Así caminaba la pequeña caravana impaciente por llegar antes de la noche á la aldea de Mockern que se divisaba en la cumbre de la colina.

Dagoberto miraba algunas veces á su alrededor, y parecia dejar traslucir con sus miradas, que se ocupaba en reunir sus recuerdos. Poco á poco sus facciones se oscurecieron: cuando estuvo á poca distancia del molino, cuyo ruido le habia llamado antes la atención, se detuvo de pronto, y se pasó muchas veces sus bigotes entre sus dedos índice y pulgar, señal evidente que anunciaba en él una emoción fuerte y comprimida.

Como *Jovial* á imitación de su amo, hubiese hecho también una

brusca parada, Blanca se despertó sobresaltada por este movimiento, levantó la cabeza, dirigiendo á su hermana su primer mirada y brillando al momento en sus labios una ligera sonrisa de dulzura: luego volvieron á mirarse ambas con cierto aire de sorpresa al ver á Dagoberto inmóvil, con las manos juntas y apoyadas sobre su largo baston, apoderado al parecer de una emocion violenta...

Las huérfanas se hallaban entonces al pie de una pequeña eminencia, cuya cumbre desaparecia bajo el espeso ramaje de una inmensa encina, plantada en la mitad de aquella cuesta.

Rosa al ver á Dagoberto siempre inmóvil y pensativo, se inclinó sobre su silla, y apoyando suavemente su blanca mano sobre el hombro del soldado, que se hallaba de espaldas, le dijo con dulzura.

—¿Qué haces ahí, Dagoberto?

El veterano volvió entonces la cabeza y con no pequeña admiracion descubrieron las huérfanas una gruesa lágrima en los ojos del soldado, que despues de haber trazado un surco húmedo sobre su mejilla curtida, bajó á perderse en la espesura de su bigote.

—¡Estás llorando!

Esclamaron á un tiempo Rosa y Blanca profundamente conmovidas.

—Por Dios, dinos que tienes... Te lo suplicamos encarecidamente.

Despues de un momento de indecision, el soldado pasó su mano callosa por sus ojos, y con una voz conmovida dijo á las dos huérfanas mostrándoles la vieja encina al pie de la cual se hallaban.

—Voy á entristeceros... pobres niñas... pero, sin embargo... lo que voy á deciros... es como sagrado... Hace diez y ocho años... la víspera de la gran batalla de Leipsik, yo traje á vuestro padre al pie de ese árbol... tenia dos sablazos en la cabeza... un balazo en el hombro... aquí es donde él y yo, que tambien habia recibido dos lanzadas, fuimos hechos prisioneros... ¿Y por quien?... Por un renegado... Si, por un francés: un marques emigrado, coronel al servicio de los rusos... y que despues... En fin, algun dia... lo sabreis todo.

En seguida, despues de algunos momentos de silencio, el veterano mostrando con la contera de su baston la aldea de Mockern, añadió:

—Si... si; reconozco el sitio: aquellas son las alturas en que

vuestro valeroso padre, que mandaba nuestro regimiento y los polacos de la guardia, arrolló y dispersó á los coraceros rusos, despues de haberlos ganado una bateria... ay hijas mias!... añadió sensiblemente el soldado—hubiera querido que vieseis á vuestro valiente padre puesto á la cabeza de nuestra brigada de granaderos á caballo, dar una carga entre una granizada de metralla.

Mientras que Dagoberto espresaba á su manera sus penas y sus recuerdos, las dos huérfanas por un espontáneo movimiento, se deslizaron ligeramente del caballo, y asiéndose de las manos fueron á arrodillarse al pie de la vieja encina.



En seguida, estrechándose la una contra la otra comenzaron á llorar, en tanto que el soldado, colocado en pie detrás de ellas, cruzaba las manos sobre su baston, apoyando en ellas su frente.

—Vamos, vamos, es menester no entristeceros: dijo por fin al cabo de algunos minutos, viendo correr las lágrimas abundantemente por las hermosas mejillas de Rosa y de Blanca, que continuaban arrodilladas.—Acaso encontraremos al general Simon en París, añadió;—esta noche en la posada os explicaré todo esto. De propósito he querido esperar hasta hoy para deciros muchas cosas acerca de vuestro padre; se me ha ocurrido esta idea... porque este día es como un aniversario.

—Nosotras lloramos porque pensamos también en nuestra madre, dijo Rosa.

—En nuestra madre que no volveremos á ver sino en el cielo, añadió Blanca.

El soldado levantó á las niñas, las cogió de la mano, y mirándolas alternativamente con una expresión indecible de cariño, que resaltaba sobre su tosca fisonomía, les dijo:

—No os aflijais así, hijas mías: vuestra madre era la mejor de las mugeres, es verdad... Cuando vivía en Polonia la llamaban *la perla de Varsovia*; la perla del mundo entero hubieran debido llamarla porque lo merecía... porque en el mundo entero no se hubiera hallado otra igual... nó...nó...

La voz de Dagoberto se alteraba: calló de pronto y comenzó á alusarse sus largos bigotes canos con sus dos dedos, como lo tenía de costumbre.

—Escuchad, hijas mías—añadió despues de haber sofocado su enternecimiento. Vuestra madre no podría daros sino buenos consejos; no es verdad?

—Sí, Dagoberto.

—Pues bien; que es lo que os dejó encargado antes de su muerte? No os dijo que pensárais continuamente en ella, pero sin entristeceros?

—Así es: nos dijo que Dios siempre bueno para las pobres madres que dejaban sus hijas en la tierra, le permitiría contemplarnos desde el cielo.—Contestó Blanca.

—Y que sus ojos estarían siempre fijos sobre nosotras. Añadió Rosa.

Entonces las dos hermanas por un movimiento espontáneo, lleno de gracia encantadora, enlazaron sus manos, volvieron al cielo sus cándidas miradas y exclamaron con la fé inocente de su edad.

—¿No es verdad, madre?... tú nos ves?... tú nos oyes?...

—Pues si vuestra madre os ve y os escucha, dijo conmovido el veterano—no la apesadumbreis estando tristes... Ella misma os lo ha prohibido.

—Tienes razon, Dagoberto.

—Ya no tendremos mas pesar.

Y al decir esto, las dos huérfanas se enjugaron los ojos.

Dagoberto en cuanto á devocion era un verdadero pagano : en España habia acuchillado con singular complacencia á los frailes de todos los hábitos y todos los colores, que con un crucifijo en la mano y un puñal en la otra, defendian, no la libertad, porque la Inquisicion la habia sofocado hacia siglos, sino sus odiados supersticiosos privilegios. Por consiguiente, Dagoberto en su calidad de soldado, habia asistido desde cuarenta años á espectáculos de una grandeza terrible, y habia visto á la muerte de cerca tantas veces, que el instinto de la religion natural, propio de todos los corazones honrados y sencillos, habia dominado constantemente en su alma. Hé aquí la razon por que á pesar de que no participaba de la ilusion consoladora de las dos hermanas, hubiera creído un crimen horrible el tratar de introducir en sus almas, el motivo mas leve de desconfianza.

Al observar que estaban menos tristes, replicó.

—Así me gusta, hijas mias. Me complace en oiros charlar como ayer y toda esta semana riéndoos á hurtadillas de vez en cuando, y sin responderme á las preguntas que os dirigia, interrumpiendo vuestra conversacion... Sí... sí... señoritas, habeis pasado dos dias, que cualquiera que os hubiese visto, diria que teneis entre manos negocios de mucha importancia... yo me alegro de eso... sobre todo si esto os divierte.

Las dos hermanas se ruborizaron; se dirigieron mutuamente una ligera sonrisa que formó un hermoso contraste con las lágrimas que llenaban todavía sus ojos, y Rosa contestó al soldado con algun tanto de embarazo.

—No, Dagoberto; no tratábamos de ninguna cosa particular, te aseguro que solo hablábamos de materias bien indiferentes.

—Bueno, bueno; nada quiero saber. Descansad un poco y volveremos á tomar nuestro camino, porque se va haciendo tarde y es preciso llegar á Mockern antes que sea de noche... para salir mañana muy temprano.

—Nos falta aun mucho camino?..

Preguntó Rosa.

—Para llegar á París?—sí, hijas mias, sí, nos falta mucho todavía...Avanzamos aunque muy despacio, y viajamos economicamente, porque nuestro caudal es muy corto... un cuarto para vosotras, un jergon y una manta para mí, delante de vuestra puer-

ta, con *Mal-genio* á mis pies, y una cama de paja para el viejo *Jovial*, son todos nuestros gastos. No hablo del alimento, porque coméis las dos como un raton, y por mi parte, cuando estuve en Egipto y en España, me he acostumbrado á no tener hambre sino cuando podia...

—Y callas que para economizar mucho mas te has encargado de nuestro servicio, sin permitir jamás que te ayudemos!...

Añadió Rosa.

—En fin, buen Dagoberto, cuando pienso que labas casi todas las noches en las posadas... y considero que eso es mas propio de nosotras... que...

Dijo Blanca.

—¡ Vosotras!... replicó el soldado interrumpiendola. Habia yo de consentir que se abriesen vuestras lindas manos por andar en agua de jabon... no es verdad? Ademas, un soldado no jabona su ropa cuando se halla en campaña?... Aquí donde me veis era la mejor lavandera de mi escuadron.—Y planchar!... Oh!...

Esto puedo decirlo con orgullo.

—Oh, sí, planchas bien, muy bien.

—Solamente... que algunas veces... sueles chamuscar lo que planchas...

Dijo Rosa sonriéndose.

—Es verdad, pero eso solo sucede cuando la plancha está muy caliente, señorita... suelo arrimármela á la cara, pero tengo el pellejo tan duro, que nunca me penetra el calor.

Repuso Dagoberto con imperturbable seriedad.

—¿ Pero no conoces que nos chanceamos, Dagoberto?

Digieron ambas á la vez.

—Entonces, hijas mias, si creéis que desempeño bien mi oficio, dejadme que continúe así; esto es mas barato, y cuando se viaja no debe despreciarse la mas pequeña economia, sobre todo, si los viajeros son tan pobres como somos nosotros. Es preciso ahorrar el dinero para que nos alcance hasta llegar á París... Nuestros papeles y la medalla que llevais harán lo demas... al menos debemos esperar así.

—Esta medalla es sagrada para nosotras... la hemos recibido de nuestra madre cuando estaba próxima á morir.

—Pues no la perdais; aseguraos de vez en cuando si la conservais todavia.

Repuso el veterano.

—Miradla aquí.

Dijo Blanca.

Y cuando pronunció estas palabras, sacó de su seno una medallita de bronce que llevaba al cuello, pendiente de una cadena del mismo metal.

Esta pequeña medalla presentaba en sus dos caras las inscripciones siguientes:



—Qué significa esto, Dagoberto?

Preguntó Blanca contemplando estas lúgubres inscripciones.

—Nuestra madre no pudo decírnoslo.

Añadió Rosa.

—Ya hablaremos de todo eso esta noche en la posada—respondió el veterano—Vamos, vamos, que va haciéndose tarde y todavía nos queda una hora de camino antes de llegar á Mockern. Ea, pobres niñas, dirigid una mirada de despedida á ese cerro donde cayó vuestro valiente padre y vamos... ¡á caballo!... á caballo!...

Las dos huérfanas obedecieron: arrojaron sobre aquel sitio que tan tristes recuerdos habia inspirado á su guia, una postrera mirada, y con la ayuda del soldado volvieron á montar sobre el viejo *Jovial*.

Este animal respetable, no habia pensado un momento en alejarse, pero como veterano de consumada prevision, habia sabido aprovechar el tiempo, comiendo la tierna y fresca yerba del prado, no sin ser objeto de las miradas algo envidiosas de *Mal-genio*,

que tendido allí cerca, y descansando comodamente en sus dos manos, observaba todo lo que sucedía. A la primer señal de partida, el perro volvió á tomar su puesto detrás de su amo. Dagoberto caminaba sondeando el terreno con la contera de su largo baston, porque la pradera era cada vez mas pantanosa: despues de algunos pasos le fue necesario oblicuar hácia la izquierda á tomar el camino real.

Cuando llegaron á Mockern, Dagoberto preguntó por la posada mas modesta del pueblo, á lo que le respondieron, que no habia mas que una en todo él: la posada del *Halcon Blanco*.

—Vamos pues, á la posada del *Halcon Blanco*.

Respondió el soldado dirigiéndose á ella.





CAPÍTULO III.
LA LLEGADA.



A muchas veces Morok, el domador de fieras, habia abierto impacientemente el postigo de la ventanilla de su desvan que daba al patio de la posada del *Halcon Blanco*, aguardando la llegada de las dos huérfanas y del soldado; pero viendo que no venian estos deseados personajes, volvió á pasearse lentamente por la habitacion con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja en actitud de reflexionar los medios de egecutar el plan que habia concebido: mucho debian agitarle estas ideas en aquel momento, porque su fisonomía era mas siniestra aun que de costumbre.

A pesar de su apariencia brutal, este hombre no carecía de inteligencia y de sagacidad: la intrepidez que demostraba en sus ejercicios y que por medio de un hábil charlatanismo atribuía á su reciente conversion; un lenguaje algunas veces místico y solemne, y por último una hipocresía austera, le habian dado cierto género de influencia sobre los pueblos que visitaba frecuentemente en sus peregrinaciones.

Fácil es conocer que desde mucho tiempo antes de su conversion, se habia familiarizado Morok con las costumbres de los animales salvages...

En efecto, nacido en el norte de la Siberia, fue desde su juventud uno de los mas atrevidos cazadores de osos y de renghiferos: Mas tarde en 1810, abandonó esta profesion para servir de guia á un ingeniero ruso encargado de hacer descubrimientos en aquellas latitudes polares: y cuando este acabó su comision, Morok le siguió á San Petersburgo, en donde despues de algunas vicisitudes fue empleado en el número de los correos imperiales, autómatas de hierro, á quienes el menor capricho del déspota lanza en un débil trineo en la inmensidad del imperio, desde la Persia hasta el mar Glacial. Para esos hombres que viajan de dia y de noche con la velocidad del rayo, no hay estaciones ni obstáculos, ni fatigas, ni peligros; proyectiles humanos es inevitable que revienten ó que lleguen al fin de su destino: solo de este modo se concibe la audacia, el vigor y la resignacion de hombres acostumbrados á semejante género de vida.

Inútil es referir ahora, por qué conjunto de particulares circunstancias habia abandonado Morok esta profesion por otra, entrando como catecúmeno en una casa religiosa de Friburgo; despues de lo cual, bien y debidamente verificada su conversion, habia principiado sus escursiones nómadas con una jaula portátil de fieras cuyo origen se ignoraba.

.....

Morok continuaba paseándose por su desvan. La noche habia llegado: las tres personas que esperaba, no parecian: sus pasos se hacian cada vez mas agitados: de repente se detiene: inclina la cabeza al lado de la ventana y escucha un momento con ansiedad. Este hombre tenia el oido tan fino como un salvage.

—Ya están ahí... exclamó!

Y su roja pupila brilló con una diabólica alegría.

Acababa de reconocer el ruido de las pisadas de un hombre y de un caballo.

Dirigiéndose entonces al postigo de su desvan, le abrió con mucha cautela y vió entrar en el patio de la posada á las dos huérfanas á caballo, y al soldado que las servia de guia.

La noche estaba sombría y nebulosa: un fuerte viento hacia vacilar la luz de los faroles, á cuya claridad se recibia á los recién llegados. Las señas dadas á Morok eran tan exactas, que no podian equivocarse. Seguro de su presa, cerró aiegrementemente la ventana.

Despues de haber reflexionado por espacio de un cuarto de hora, sin duda para coordinar bien sus proyectos, se acercó á la trampa que servia de entrada á su desván, é inclinando el cuerpo hácia la escalera, llamó:

—Goliat!

—Señor!

Respondió desde abajo una voz ronca.

—Ven acá.

—Allá voy. Vengo de la carnicería y traigo la carne.

Los peldaños de la escalera comenzaron á crugir, y pronto apareció sobre el nivel del piso una abultada cabeza.

Goliat, así llamado porque tenia mas de seis pies de altura y unas espaldas tan robustas como las de Hércules, era de una fealdad horrorosa: sus ojos vizcos se hundian bajo una frente pequeña y achalada: sus cabellos y barba rubia, poblada y áspera como la crin de un caballo, daban á sus facciones un carácter bestialmente salvaje: sus anchas quijadas estaban armadas de dientes como garfios, y traía enzanchado en ellos un gran pedazo de carne cruda, que pesaba diez ó doce libras, pareciéndo'le sin duda mas cómodo llevarlo así, para poder servirse de sus manos al subir la escalera que temblaba bajo su enorme peso.

Por fin salió fuera de la trampa esta robusta corpulencia: por su pescuezo gordo como el cuello de un toro, por la admirable anchura de su pecho y la robustez de todos sus miembros, se adivinaba que este gigante podia luchar cuerpo á cuerpo, sin desventaja, con un oso.

Llevaba un pantalon rayado de color azul, con listas encarnadas, guarnecido de badana, y una especie de chaqueta, ó por mejor decir, de coraza de cuero muy grueso, rasgada en diferentes partes por las uñas cortantes de las fieras.

Cuando entró en el desvan Goliat, aflojó los dientes y dejó caer gravemente en el suelo aquel trozo de carne, lamiendo con ansia sus bigotes asquerosamente ensangrentados.

Esta especie de monstruo había, como otros muchos titirite-ros, principiado por comer carne cruda en las ferias mediante una retribucion que alcanzaba de los espectadores. Despues, acostumbrado á este alimento salvage, siguió comiéndolo por costumbre, y uniendo su gusto á su interés comenzaba los espectáculos de Morok devorando á la vista del público algunas libras de carne cruda.

—La racion de la *Muerte* y la *mia*, las he dejado abajo. Este pedazo es para *Cain* y para *Judas*, dijo Goliat apuntando al pedazo de vaca que estaba en e' suelo.—¿Dónde está la cuchilla?.. partiremos por igual...—nada de preferencias... bestia ú hombre á cada uno su racion....



Arremangose al decir esto las mangas de su chaqueta, y enseñó un brazo velludo como la piel de un lobo, y surcado con unas venas del grueso de una pulgada.

—Pero señor, dónde está la cuchilla?

Preguntó nuevamente buscando con los ojos el cortante instrumento.

El Profeta en lugar de contestar á su criado, le dirigió un sin número de preguntas.

—Estabas tu abajo cuando han entrado en la posada unos viajeros?

—Si señor. Entonces mismo llegaba de la carnicería.

—Y qué clase de gente son?

—Hay dos niñas que venian montadas en un caballo blanco; las acompaña un viejo de largos bigotes... Pero, dónde está la cuchilla?.. Las fieras tienen hambre... y yo tambien... La cuchilla...

—¿Sabes tú hácia que parte de la posada se han alojado esos viajeros?

—El posadero ha conducido á las dos jóvenes y al viejo, hácia el interior del patio.

—Al departamento que tiene vistas al campo?

—Sí señor... pero y la?..

Un concierto de rugidos horribles, conmovieron en aquel momento el desvan, é interrumpieron á Goliat.

—¿No lo ois? exclamó, el hambre las enfurece. Si pudiera yo rugir..... rugiria como ellas. Jamás he visto á *Judas* y á *Cain* como esta noche: cada brinco que dan en sus jaulas, las hacen estremecerse. Y la *Muerte*? sus ojos brillan como nunca... parecen dos cerillas encendidas... pobre *Muerte*!..

Morok sin hacer caso de las palabras de Goliat, continuó sus observaciones.

—Segun lo que me has dicho, las dos jóvenes se han alojado en la habitación del patio?

—Si, sí, pero por amor del demonio decidme donde está la cuchilla. Desde que Karl se marchó, tengo yo que hacerlo todo, y esto suele ser causa de que nuestras comidas se retarden algunas veces.

—Y el viejo se ha quedado con las jóvenes en la habitación?

Preguntó Morok.

Goliat se quedó estupefacto, al ver que á pesar de sus instancias, no pensaba su maestro en dar de comer á las fieras, y contemplaba al Profeta con una terrible sorpresa.

Este al ver su silencio, replicó.

—Responde bruto.

—Si yo soy bruto, tengo tambien la fuerza de los brutos, contestó Goliat con tono brusco— y bruto contra bruto, no siempre me hallaré debajo.

—Te pregunto si el viejo se ha quedado con las jóvenes, en la misma habitacion?

Repitió Morok.

—Pues digo que no señor, respondió el gigante; el viejo despues de haber llevado su caballo á la cuadra, pidió un barreño con agua, se situó en el portal y á la luz del farol, se puso muy pacíficamente á jabonar... un hombre de bigotes canos..... jabonar como una lavandera... Lo mismo es eso que si yo me metiera á cuidar canarios—añadió Goliat encogiéndose de hombros con desprecio.— Ya os he contestado, señor: ahora dejadme que me ocupe en dar de cenar á las fieras.

Y en seguida como buscando alguna cosa con los ojos por todos los rincones del desvan, añadió—¿pero dónde está la cuchilla?..

Despues de un momento de silencio el Profeta dijo á Goliat:

—No des esta noche de cenar á las fieras.

Al pronto no comprendió Goliat lo que su amo le decia; pasados algunos momentos exclamó.

—Qué decis señor?

—Te prohibo que esta noche des de cenar á las fieras.

El gigante no contestó: abrió desmesuradamente sus ojos vizcos, junó las manos y retrocedió dos pasos.

—¿Me entiendes?

Dijo Morok con impaciencia.

—No comer! Cuando está prevenida nuestra cena! Cuando hace tres horas que debiéramos haber cenado!..

Esclamó Goliat asombrado.

—Obedece y calla!

—¿Queréis que esta noche suceda alguna desgracia. El hambre va á enfurecer á los animales... y yo tambien...

—Tanto mejor.

—El hambre los va á poner rabiosos.

—Mejor todavia.

—Cómo mejor todavia..... pero.....

—Silencio.

—Por la piel del diablo... que yo tengo hambre como ellos..... yo.....

—Come tú, ¿quién te lo prohibe? Tu cena está pronta porque tu comes la carne cruda.

—Yo no como nunca sin mis fieras..... asi como ellas tampoco comen sin mí.

—Pues vuelvo á decirte que si tienes la desgracia de dar esta noche de cenar á las fieras, te despido.

Al oír esta amenaza Goliat, lanzó un rugido sordo, tan ronco como el de un oso, y miró al Profeta con un aire de espanto y de cólera á la vez.

Morok se puso á pasear por la habitacion despues de haber dado esta órden, entregándose segun su aspecto anunciaba á graves y profundas meditaciones. Despues dirigiéndose á Goliat que seguia sumido en su profundo asombro, le dijo.

—¿Te acuerdas donde está la casa del burgo-maestre á donde fuiste ayer tarde, para que revisase mi licencia y cuya muger ha comprado un rosario y uncs libritos de devocion?

—Sí, respondió brutalmente el gigante.

—Pues vé y pregunta á su criada si podré hablar con él mañana muy temprano en su casa.

—Para qué?

—Acaso se me ocurra algo de mucha importancia que decirle. De todos modos dile de mi parte, que le suplico no salga hasta que yo lo vea.

—Está bien... pero, y las fieras! ¿No podria darlas de cenar, antes de ir á la casa del burgo-maestre? aunque no fuera mas que á la pantera de Java... Es la que está mas hambrienta... Vamos... señor... á la Muerte nada mas. Consiento en no probar un bocado... Cain, Judas y yo esperaremos.

—A la pantera particularmente te prohibo que la des de comer... sí, á ella, menos que á las demas...

—Por los cuernos del diablo, exclamó Goliat... Yo no sé que es lo que teneis hoy... No comprendo nada... Siento que no esté aquí Karl: él es algo avisado, y me ayudaria á comprender, por qué impedis que coman las fieras cuando tienen hambre.

—No tienes necesidad de saberlo.

—Y Karl, volverá pronto?

—Ha vuelto ya.

—Y dónde está?

—Se ha marchado otra vez.

—Qué diablos está pasando? Aquí hay algo. Karl se marcha: vuelve, se va de nuevo, y...

—No se trata de Karl sino de tí, que aunque hambriento como un lobo, eres sagaz como una zorra; y cuando quieres... tan malicioso como Karl.

Y Morok al decir estas palabras, le dió unos golpecitos amistosamente en el hombro, cambiando de repente de fisonomía y de tono.

—¿Yo malicioso? ¡Eh!

—Sí, y la prueba es que se pueden ganar diez florines esta noche... y tú tendrás bastante disposición para ganarlos... Sí, sí, estoy seguro de ello.

—Y qué hay que hacer para ganarse estos diez florines, dijo el gigante con un aire estúpido y contento.

—Ya lo sabrás.

—Es muy difícil?

—Ya lo verás... lo primero que tienes que hacer es ir á casa del burgo-maestre. Pero antes enciende ese brasero.

Y mostró con los dedos el hornillo de que ya hemos hablado.

—Sí señor: dijo el gigante algo consolado de su falta de cena con la esperanza de los diez florines.

—Pondrás en el fuego hasta que se caldee, esa vara de acero,—añadió el Profeta.

—Sí señor.

—La dejarás así, cuidando no se apague el fuego del hornillo, irás á casa del burgo-maestre y volverás á verme aquí mismo.

—Sí señor.

Morok dió un paso para salir, pero luego volviendo atrás como arrepentido, le preguntó.

—Dices que el viejo está ocupado en labar en el soportal?

—Sí señor.

—No olvides mis encargos... la vara de acero en el fuego... el burgo-maestre... y esperar aquí mis órdenes.

Entonces el Profeta se dirigió á la trampa, y bajando por la escala desapareció de la vista de Goliat.





CAPÍTULO IV.

MOROK Y DAGOBERTO.



No se habia equivocado Goliat... Dagoberto con su imperturbable seriedad, estaba jabonando su ropa en el portal de la posada. Si se reflexionan las obligaciones distintas á que se halla sujeto un soldado en campaña, nadie se maravillará de esta aparente extravagancia. Por otra parte, Dagoberto no pensaba sino en economizar cuanto pudiese, labolsa de las pobres huérfanas y en ahorrar las todas las incomodidades posibles. Asi es, que cada noche, despues de la jornada, se dedicaba él con suma complacencia á ciertas ocupaciones mugeriles.

Y no las desempeñaba mal, por cierto.

Muchas veces durante sus campañas había reparado por la noche, los estragos que un día de batalla causa en el traje de un soldado, porque no se trata solamente de dar y recibir sablazos, sino que además es preciso recomponer el uniforme, porque la espada cuando rasga la piel, abre también un boquete en el vestido.

Al día siguiente de un combate, se vé generalmente á los mejores soldados (que se distinguen siempre por su aseo militar) sacar de su mochila un canuto de agujas, hilo, tijeras, botones y otros utensilios semejantes, con el objeto de repasar minuciosamente las averías que el uniforme ha padecido en la refriega.

Y aquí tenemos ocasion oportuna de explicar el sobrenombre de *Dagoberto* dado á Francisco Boudin (el conductor de las dos huérfanas) que era reputado por uno de los mas bizarros granaderos de la caballería de la guardia imperial.

Un día el ejército se había batido con encarnizamiento, sin que ninguno de los combatientes obtuviese ventajas decisivas. Por la noche, la compañía de nuestro veterano, tuvo que acamparse como guardia avanzada en las ruinas de una aldea abandonada. Colocados los correspondientes centinelas, dispuso el jefe de la fuerza, que la mitad de los soldados permaneciesen á caballo, mientras descansaba la otra mitad. Nuestro soldado había dado aquel día como siempre, las mas eminentes pruebas de valor; pero sin que esta vez resultase herido, porque no contaba como tal un profundo arañazo recibido en el muslo con la punta de una bayoneta enemiga.

—¡Romperme mis pantalones nuevos!...

Dijo el granadero al ver su muslo desgarrado, y descargando al mismo tiempo sobre el austriaco una terrible cuchillada. Si el valiente se mostraba indiferente y estoico mirando su rasguño, no le sucedía lo mismo con el descosido desastroso, hecho en sus pantalones de ga'a. Por lo tanto, tan pronto como llegó la noche, trazó en el campamento el modo de reparar el daño: escogió el mejor hilo y la mejor aguja, y armándose de su dedal, quitándose previamente sus grandes botas de montar, y volviendo el pantalón del revés, se puso al resplandor de los fuegos del vivac á zurcir la abertura de un modo que envidiaría la mas esmerada doncella de labor.

Algo pecaba contra la disciplina militar, desnudándose aunque parcialmente; pero el capitán de ronda no pudo menos de reirse

á la vista de aquel veterano, que sentado gravemente sobre sus talones, con su gorra de pelo y sus botas arrimadas á un lado, con su casaca de gala y puestos los pantalones en las rodillas, cosía y recosía tan serio y con la misma gravedad con que pudiera hacerlo un sastre en su taller.



De repente sonó un tiro, los centinelas se replegaron sobre el destacamento, dando el grito de alarma, y el capitán gritó con voz de trueno,

—¡A caballo!...

Instantaneamente los ginetes saltaron sobre las sillas; y el desgraciado zurcidor, que era guia de la primera mitad, sin tener tiempo para meterse las botas, ni volverse los pantalones, se los puso precipitadamente del revés y montó como pudo en su caballo.

Aprovechándose de la inmediacion de un monte, un destacamento de cosacos habia intentado sorprender aquella avanzada. La refriega fue sangrienta: nuestro veterano bufaba de cólera, porque siendo muy cuidadoso de sus prendas; toda aquella jornada habia sido muy fatal para él: veia sus pantalones rotos y se acordaba de sus botas perdidas.... asi es que animado por la rabia, jamás descargó sus golpes con mas encarnizamiento. Un rayo de luna alumbraba la acalorada accion y toda la compañía tuvo lugar de admirar el brillante valor del granadero, que mató dos cosacos y cogió prisionero, con sus propias manos, á un oficial enemigo.

Despues de esta escaramuza, en la cual el destacamento conservó su posicion, el capitan hizo formar á los soldados en batalla y mandó al zurcidor que saliese al frente de las filas para felicitarle públicamente por su brillante conducta.

De buena gana nuestro granadero hubiera perdonado aquella distincion honorífica, pero fue preciso obedecer.



Júzguese de la sorpresa del capitan y de los demas soldados, cuando vieron adelantarse al paso á aquella figura severa, que apoyaba sus desnudos pies en los estribos oprimiendo los hijares de su caballo con sus piernas igualmente desnudas.

Atónito el capitan se aproximó, y recordando al momento la ocupacion de su soldado, poco antes de dar el grito de alarma, comprendió todo el caso.

—Ah zorro viejo—le dijo con tono festivo—tú haces como el rey Dagoberto, que se ponía los pantalones del revés.

A pesar del rigor de la disciplina, los soldados se echaron á reír con el chiste del capitán. Pero nuestro hombre derecho sobre la silla, con el pulgar de la mano izquierda en su tahalí, y el puño de su sable apoyado sobre el muslo derecho, conservó su imperturbable sangre fría, y haciendo una conversión marchó sin pestañear á su puesto, después de haber recibido las felicitaciones de su capitán.

Desde entonces Francisco Boudin, fue conocido en la guardia imperial, con el sobrenombre de Dagoberto.

Ocupábase ahora este veterano en jabonar en el portal de la posada, con grande estrañeza de algunos bebedores, que se hallaban en una sala inmediata, desde la cual observaban con curiosidad aquel espectáculo, que en efecto no dejaba de ser algún tanto estraño.

Dagoberto se habia quitado su saco gris y arremangado las mangas de la camisa: sus manos restregaban fuertemente con el jabon un pañuelillo mojado y estendido sobre una tabla, cuya estremidad inferior estaba metida en un barreño de agua: en su brazo derecho grabado con emblemas guerreros, rojos y azules, se descubrian dos cicatrices tan profundas, que cabia en ellas un dedo.

Los alemanes fumando sus pipas y vaciando sus vasos de cerveza, podian con razon admirarse de la singular ocupacion de este viejo de largos bigotes, cabeza calva, y aspecto brusco, porque las facciones de Dagoberto tornábanse duras y ceñudas, cuando no se hallaba en presencia de las jóvenes que conducia; y tanto mas resaltaba la gravedad de su carácter, cuanto ya principiaba á impacientarle la constante atencion de que era objeto, por hallarse empleado en una operacion, que la costumbre presentaba á sus ojos como muy natural y muy sencilla.

En este momento apareció el Profeta en el soportal. Le examinó con mucha atencion durante algunos segundos, y luego acercándose á él, le dijo en francés con un tono bastante burlesco.

—Parece camarada que no teneis gran confianza en las labanderas de Mockern?

Dagoberto sin suspender su tarea, frunció el ceño, volvió un poco la cabeza, arrojó de reojo una mirada sobre el Profeta, y nada respondió.

Admirado de este silencio, replicó Morok.

—No, yo no me equivoco... sois francés amigo mio; esas palabras que veo grabadas en vuestro brazo lo demuestran; y además, por vuestro continente militar se conoce desde luego que sois uno de los viejos y valientes soldados del imperio.

Dagoberto permaneció mudo: pero se mordió el bigote y comenzó á mover arriba y abajo precipitadamente el pedazo de jabon que tenia en la mano; porque el semblante y las palabras del domador de fieras, le disgustaban mas de lo que él deseaba aparentar.

El Profeta lejos de desanimarse continuó:

—Estoy seguro, digo mas, apostaria cualquier cosa á que no sois ni sordo, ni mudo. ¿Por qué razon no me quereis responder?

Dagoberto perdida la paciencia, volvió bruscamente la cabeza, miró al Profeta fijamente y le dijo con una voz brutal.

—No os conozco ni quiero conoceros: dejadme en paz.

Y volvió á continuar su tarea.

—Pero ya me conoceréis... los conocimientos se hacen... bebiendo un vaso de vino del Rhin. Hablaremos de nuestras campañas... yo tambien he estado en la guerra... os lo advierto, porque esto quizá os haga ser mas político.

Las venas de la frente calva de Dagoberto, se hincharon terriblemente. La mirada y el acento de su obstinado interlocutor, le anunciaban cierta provocacion simulada, mas sin embargo se contuvo.

—Os pregunto por qué no quereis acompañarme á beber un vaso de vino?... Hablaríamos de la Francia... He estado en ella mucho tiempo... es un pais delicioso.. Asi que cuando encuentro un francés en cualquier parte tengo una gran satisfaccion... sobre todo si maneja el jabon con tanta ligereza como vos... Os aseguro que si yo tuviese una criada... la enviaria desde luego á vuestra escuela.

El sarcasmo no podia estar mas declarado: la audacia y la fanfarronada, se leian muy claramente en la insolente mirada del Profeta.

Dagoberto pensando que podia llegar á comprometerse viendo el carácter de gravedad que tomaba la disputa con semejante adversario, quiso evitarla á todo trance: cogió el arteson entre sus brazos y fue á colocarse al lado opuesto del soportal, esperando por este medio poner fin á una escena, que ya comenzaba á desagradarle seriamente.

Un rayo de alegría brilló en los ojos feroces del domador de fie-

ras. El círculo blanco que rodeaba su pupila pareció dilatarse: dos ó tres veces pasó sus dedos entre su larga barba amarilla, evidente señal de su satisfaccion interior. Luego se aproximó lentamente al soldado, acompañado ya de algunos curiosos que habian salido de la sala.

A pesar de su resignacion, Dagoberto estupefacto é irritado de la tenaz persecucion del Profeta, concibió al principio la idea de romperle la cabeza con la tabla en que jabonaba, pero acordándose de las huérfanas se resignó.

Morok cruzando los brazos sobre el pecho, le dijo con voz áspera é insolente.

—Os repito que sois poco político... señor lavandero. Luego volviéndose á los espectadores les añadió en aleman.—Estoy diciendo á este francés que no es político... Veremos que respuesta dá... por que tal vez será preciso que reciba una leccion. Libreme el cielo de que sea quimerista... añadió con aire de compuncion.—Pero el señor me ha iluminado diciendo que yo soy obra suya, y por consideraciones á él debo hacer que se respete su obra...

Este discurso místico y desvergonzado al mismo tiempo, gustó mucho á los curiosos á quienes se dirigia: la reputacion del Profeta habia llegado hasta Mockern: esperaban una representacion al dia siguiente y esta especie de prelude les divertia.

Dagoberto al oír la descarada provocacion de su adversario, no pudo menos de responderle.

—Comprendo tambien el aleman... Hablad en aleman si quereis.

Los espectadores se aumentaban progresivamente, la aventura se hacia cada vez mas estraña é interesante, y los curiosos formaron un círculo al rededor de los dos interlocutores.

Morok repuso en aleman.

—Decia que no erais político, y ahora añado que sois imprudentemente grosero: que contestais?...

—Nada...

Dijo Dagoberto con la mas aparente sangre fria, pasando el jabon de una á otra pieza de ropa.

—Nada!...—replicó Morok—Poco es eso. No seré yo tan lacónico; y por mi parte os diré, que cuando un hombre de bien ofrece políticamente un vaso de vino á un estrangero, el estrangero no tiene derecho de contestar insolentemente... y que si obra de este modo merece que se le enseñe á vivir.

Gruesas gotas de sudor corrian de la frente y de las mejillas de Dagoberto: su ancha perilla se agitaba con un temblor ner-

vioso: cogió por las dos puntas el pañuelo que acababa de mojar en el agua, lo sacudió y torciéndolo para esprimirlo, se puso á talarear entre dientes aquel estribillo militar, propio de los cuarteles.

De Tirlemont
mañana partiremos
con sable en mano
diciendo adios adios... etc. (1)

El silencio á que se habia condenado Dagoberto, le ahogaba, pero le alivió algun tanto esta cancion.

Volviéndose Morok hácia los circunstantes les dijo con un aire de hipocresia mal disimulada.

—Nosotros sabemos que los soldados de Napoleon eran unos paganos que metian sus caballos en las iglesias, que ofendian al señor cien veces al dia, y que en justo castigo de sus pecados fueron ahogados y destruidos en el Berecina como los ejércitos de Faraon; pero no sabemos que el Señor, para castigar á estos impíos, les habia quitado el valor... su única cualidad: Hé aquí á un hombre que ha insultado en mí, á una criatura tocada de la gracia de Dios, y aparenta no comprender que le exijo una satisfaccion... ó si nó...

—¿O si nó?... repitió Dagoberto sin mirar al Profeta.

—Si nó que me deis una reparacion... ya os lo he dicho, yo tambien he estado en la guerra... mañana al amanecer... un par de sables... en cualquier parte, detrás de una tapia... podemos examinar de que color tenemos la sangre;... si es que vos teneis sangre en vuestras venas.

Esta provocacion principió á asustar un poco á los espectadores, que no esperaban un desenlace tan trágico.

—¡Batiros!...—esclamó uno de ellos—vaya una ocurrencia; para que os encierren á los dos en una cárcel... Las leyes sobre los duelos, son en esta tierra muy severas.

—Y sobre todo, cuando se trata de personas pobres ó de extranjeros—añadió otro.—Si os sorprendiesen con las armas en

(1) Se suprime el resto de la cancion por hallarse concebido en términos demasiado libres.

la mano, el burgo-maestre os encerraria provisionalmente en la cárcel, y se pasarían dos ó tres meses antes de que fueseis juzgados.

—¿Seriais capaces de denunciarnos?—Preguntó Morok.

—No por cierto, dijeron los concurrentes.—Arregladlo como queráis... Lo que os he dicho, es un consejo de amigos... tomadlo como os acomode.

—¡Qué me importa la prision!—esclamó el Profeta.—Vengan dos sables, y se verá si mañana me acuerdo yo del burgo-maestre.

—Y qué hariais de los sables?—Preguntó flemáticamente Dagoberto.

—Cuando vos tengais el uno en vuestra mano y yo el otro en la mia, entonces lo vereis... El Señor nos manda que cuidemos de nuestra honra.



Dagoberto se puso de pie: recogió toda la ropa lavada envolviéndola en un pañuelo: metió el jabon en una bolsita de hule, y silvando su tema favorito de *Tirlemont*, dió un paso hácia adelante.

El Profeta arrugó las cejas; principiaba á temer que su provocacion fuese inútil: salió al encuentro de Dagoberto, se puso delante como para cerrarle el paso, y despues cruzando sus brazos y mirándole de pies á cabeza con una estremada insolencia, le dijo:

—Es decir, que un antiguo soldado de ese bandido de Napoleon, no sirve sino para desempeñar el oficio vil de labandera, puesto que no quiere batirse!..

—En efecto, no quiere batirse!..

Contestó Dagoberto con voz firme, pero cubriéndose al mismo tiempo su rostro de una mortal palidez.

Nunca el soldado habia dado á las huérfanas confiadas á su cuidado, una prueba mas eminente de cariño y de abnegacion. Para un hombre de su temple, dejarse insultar impunemente y negarse á admitir un desafio, era un sacrificio inmenso.

—Con que segun eso, confesais que sois un cobarde... que tenéis miedo..

Al oír estas palabras pareció luchar consigo mismo, como si en el momento en que iba á lanzarse sobre el Profeta le hubiese contenido algun pensamiento repentino.

En efecto, acababa de pensar en las dos jóvenes, y en el funesto entorpecimiento, que un duelo feliz ó desgraciado, causaria á su viage.

Y este movimiento de cólera aunque rápido é instantáneo, fue tan significativo por la espresion terrible de su tosca fisonomía, que el Profeta y los curiosos dieron algunos pasos hácia atrás.

Un profundo silencio reinó durante algunos instantes y por un cambio repentino, Dagoberto se atrajo el interés de todos los espectadores!

Uno de ellos dijo á los que le rodeaban:

—En realidad, este hombre no es un cobarde.

—Seguramente que no!

—Muchas veces se necesita mas valor para rehusar un duelo, que para admitirlo.

—Y el Profeta no ha hecho muy bien en provocarlo... Es un extranjero...

—Y como extranjero si se batiese, y le llegaran á coger... ya tenia prision por algun tiempo.

—Sobre todo señores, —añadió otro— viaja en compañía de dos jóvenes, y es necesario hacerse cargo de su posicion. Si fuese muerto ó prisionero, que seria de estas dos niñas?

Dagoberto se volvió hácia un hombre grueso y de aspecto sencillo que era el que acababa de pronunciar estas palabras, y tendiéndole la mano le dijo conmovido:

—Gracias, amigo.

El alemán por su parte apretó cordialmente la mano, que el soldado le ofrecía.

—Camarada, —añadió sin soltársela— concededme una gracia: aceptad un vol de ponche con nosotros, y por nuestra parte obligaremos á ese diablo de Profeta á convenir, en que ha sido demasiado ligero en darse por ofendido.... y brindará con vos...

El domador de fieras hasta entonces desesperado del mal resultado de aquella escena, habia mirado con desden á los que abandonaban su partido: poco á poco sus facciones se dulcificaron porque comenzó á creer que podia ser útil á sus proyectos ocultar su cólera, y dando algunos pasos hácia el soldado, le dijo con tono afectuoso:

—Yo acepto por mi parte... confieso que no he obrado bien; me habia ofendido la mala acogida que hicisteis á mis palabras; y no he sido dueño de mi mismo... repito que no he obrado bien.— Y luego con un acento de despecho comprimido.—El Señor prescribe la humildad... Yo os suplico que me perdoneis...

Esta prueba de moderacion y de arrepentimiento, fue generalmente aplaudida.

—Os pide perdon... Ya nada teneis que decir, —replicó uno de ellos dirigiéndose á Dagoberto.—Vamos á beber juntos: os convidamos con la mayor franqueza.

—Aceptad nuestro convite... sí, sí... aceptadle, en nombre de vuestras lindas niñas.

Dijo el hombre gordo.

Dagoberto conmovido con los francos ofrecimientos de los alemanes, respondió:

—Gracias, señores, gracias. Sois unos hombres honrados. Pero cuando se acepta un convite, se está obligado á pagarlo á su vez.

—Bien! Estais entendido... cada uno á su vez, esto es muy justo... Nosotros pagaremos el primer vol y vos pagareis el segundo.

—Pobreza no es vicio, repuso Dagoberto. Asi pues, yo os digo francamente que no tengo dinero para ofrecer pagar á mi vez: nos falta todavía mucho camino que andar y no debo gastar inútilmente.

El veterano pronunció estas palabras con una dignidad tan natural y tan firme, que los alemanes no se atrevieron á instar, conociendo desde luego que un hombre del carácter de Dagoberto, no podria aceptar aquel convite sin humillacion.

—Lo sentimos, --dijo el hombre gordo.—Hubiera tenido un

gusto especial en que hubiesemos bebido juntos... Pero ya que no puede ser... adios, mi valiente soldado!.. va haciéndose tarde y el posadero del *Halcon Blanco* nos va á poner en la calle.

—Buenas noches señores.

Dijo Dagoberto, dirigiéndose hácia la cuadra para dar otro pienso á su caballo.

Morok se aproximó á él y le dijo con voz humilde:

—He confesado mi culpa y os he pedido perdon... nada me habeis contestado... me guardais rencor todavía?..

—Si vuelvo á encontrarte alguna vez, cuando mis niñas no me necesiten...—respondió el soldado—yo te diré al oido dos palabras, que no serán muy largas por cierto.

En seguida le volvió bruscamente la espalda y salió lentamente de aquel sitio.

La posada del *Halcon Blanco* formaba un paralelógramo: en uno de los extremos se alzaba el edificio principal: en el otro habia algunos cuartos que se alquilaban á los pasajeros pobres por un corto precio, y por último, á uno y á otro lado del patio se veian cocheras y cobertizos, cubiertas con algunos graneros y desvanes.

Dagoberto entró en una de estas caballerizas, tomó de encima de un arca una racion de avena para su caballo, la vertió en un arnero y comenzó á moverla aproximándose al viejo Jovial.

Llamólo con voz cariñosa y no pudo menos de sorprenderse, al observar que este en lugar de responderle con un relincho de alegría, y en vez de manotear con impaciencia, como lo tenia de costumbre, permaneció silencioso é inmóvil.

El soldado cada vez mas sorprendido, se acercó al caballo.

A la vacilante luz de un mal farol que habia en medio de la cuadra, vió al pobre animal en una actitud espantosa: los corbejones casi doblados: levantada la cabeza: las orejas caidas: las narices temblorosas é hinchadas: mordía y tiraba de su ramal como si hubiera querido romperlo, para alejarse del tabique en que estaba fijo su pesebre: un sudor abundante y frio corría por todo su cuerpo, y de vez en cuando, temblores convulsivos le agitaban.

—¿Qué es eso?... qué tienes, viejo Jovial?—dijo el soldado poniendo el arnero en el suelo á fin de acariciar á su caballo.—Aquí está tu amó, tienes miedo?—Añadió tristemente, acordándose de la afrenta que él habia tenido que sufrir.—Tú tienes miedo?... tú que sin embargo no eres cobarde comunmente.

A pesar de las caricias y de la voz de su amo, el caballo continuó demostrando su terror, y solo después de algunos instantes, dejando de tirar del ramal, aproximó su abierta nariz á la mano de Dagoberto, olfateándola estrepitosamente como si la desconociera.

—No me conoces ya?—esclamó Dagoberto.—Aquí pasa alguna cosa extraordinaria.

Añadió mirando hácia todos lados con visibles señales de inquietud.

La cuadra era demasiado grande y estaba mal alumbrada, por un farolillo suspendido en el techo entre innumerables pabellones de telarañas: en el lado opuesto y separados de Jovial, se hallaban tan tranquilos y sosegados, como espantado se veia á este los tres caballos negros y robustos del domador de fieras.



Admirado Dagoberto de este contraste singular, cuya esplicación debia presentársele bien pronto, acarició nuevamente á su caballo, que fue tranquilizándose poco á poco con la presencia de su amo: frotó su cabeza con él, le lamió las manos, relinchó dulcemente, y le dió por fin todas las pruebas de cariño que acostumbraba.

—Bueno, asi es como yo quiero verte, mi querido Jovial;—dijo

Dagoberto volviendo á coger el arnero y vaciando su contenido en el pesebre.—Vamos, come, come; mañana tenemos que andar una larga jornada: no tengas miedo jamás... si tu compañero *Mal-genio* estuviese aquí, él te tranquilizaria... pero está arriba con las niñas, es su guardian en mi ausencia... vamos, come, come, en vez de mirarme tanto.

Pero el caballo, despues de haber revuelto la avena con el hocico, como para obedecer á su amo, sacó la boca del pesebre y se puso á mordisquear el brazo de Dagoberto.

—Pobre Jovial!... á ti te sucede alguna cosa. Tú que generalmente comes con tanto apetito... dejas ahora la avena?... Esta es la primera vez que te sucede, desde que nos hemos puesto en camino.

Dijo el soldado inquieto ya formalmente, porque el buen resultado de su viage, dependia en gran parte, del vigor y de la salud de su caballo.

Un rugido espantoso y tan inmediato que parecia salir de la cuadra misma, sorprendió tan violentamente á Jovial, que rompió el ramal de un tiron, saltó la valla que señalaba su sitio, corrió á la puerta que se hallaba abierta y salió al corral de la posada.

Dagoberto no pudo menos de estremecerse tambien, al oir aquel rugido repentino, feoz y salvaje, que le esplicaba la causa del terror de su caballo.

La cuadra próxima ocupada por las jaulas del domador de fieras, estaba solamente separada por el tabique en que se apoyaban los pesebres. Los tres caballos del Profeta habituados á estos ahullidos, permanecieron enteramente tranquilos.

—Bueno, bueno—dijo el soldado— ya comprendo la causa... sin duda Jovial habia oido algun rugido semejante: olia á los animales de ese insolente bribon, y no ha sido necesario mas para asustarlo... Yo lo llevaré á otra cuadra—añadió el soldado, juntando cuidadosamente la avena esparcida en el pesebre.—Estoy cierto de que despachará su racion, y con eso mañana temprano podremos ponernos en camino.

El caballo asustado despues de haber corrido en vano por el patio, volvió á entrar en la cuadra á la voz del soldado que lo llamaba: entonces Dagoberto lo cogió facilmente del ramal, y habiendo preguntado á un mozo de la posada si habia otra cuadra vacante, este le indicó una que solo podia contener un caballo, en la cual quedó instalado Jovial.

Una vez libre de aquella terrible vecindad, el caballo se tranquilizó, y comenzó á entretenerse con las mangas del saco militar de Dagoberto, que gracias á estas travesuras, hubiera podido aquella misma noche ejercitar su habilidad en el arte de sastretería; pero nuestro soldado no se cuidó de otra cosa, que de contemplar la rapidez con que Jovial devoraba su racion.

Completamente sosegado, cerró despues la puerta de la cuadra, y se dió prisa para ir á cenar, á fin de reunirse prontamente con las huérfanas, reprendiéndose á si mismo, el haberlas dejado solas tanto tiempo.





CAPÍTULO V.
ROSA Y BLANCA.



Las huérfanas ocupaban, en uno de los departamentos mas retirados del edificio, un pequeño cuarto medio arruinado, cuya única ventana daba al campo: una cama sin cortinas, una mesa y dos sillas componian todo el mueblage de este aposento, mal alumbrado por una lámpara: sobre la mesa que se hallaba cerca de la ventana, estaba colocado el morral de Dagoberto.

Mal-genio, echado cerca de la puerta, habia gruñido ya sordamente por dos veces, volviendo la cabeza hácia la ventana, pero sin continuar despues esta manifestacion hostil.

Las dos jóvenes recostadas en el lecho, estaban envueltas en largos peinadores blancos, abotonados por el cuello y las mangas.

No tenían adorno ninguno en la cabeza: solo una cinta de hilo finísimo sujetaba sus hermosos cabellos para mantener durante la noche su peinado. Aquellos vestidos blancos, aquella especie de blanca aureola, que rodeaba sus frentes, daba una expresión mayor de candidez y de dulzura á sus frescos y hermosos rostros.

Hablaban á la sazón y conversaban entre sí las dos huérfanas, pues á pesar de sus tempranas desgracias, conservaban la ingénua alegría de su edad: la memoria de su madre las entristecía algunas veces; pero esta tristeza, que nada tenía de amarga, era mas bien una especie de dulce melancolía que no las desagradaba: para ellas aquella madre no había muerto... estaba ausente.

En la misma ignorancia que Dagoberto, en materia de prácticas religiosas, se hallaban las pobres jóvenes. En el desierto en que habían vivido no había iglesias ni sacerdotes: creían solamente en un Dios, que siendo tan justo y tan bueno, tenía mucha misericordia con las madres que morían y dejaban sus hijas en la tierra, que consentía estuvieran viéndolas continuamente y enviándolas también algunas veces, ángeles de guarda que les sirvieran de protectores en el mundo.

Merced á esta ilusión sencilla, las huérfanas persuadidas de que su madre velaba incesantemente sobre ellas, creían que la afligirían mucho obrando mal, y desmerecerían en este caso la protección de los ángeles buenos.

En estos reducidos límites se encerraban las creencias teológicas de las dos hermanas, creencias que eran suficientes sin embargo, para aquellas almas cándidas y puras.

Mientras llegaba Dagoberto, la noche á que nos referimos, las dos huérfanas se encontraban hablando.

La conversacion les interesaba mucho, porque de algunos dias á esta parte, mantenían un secreto entre las dos, secreto que hacía latir con frecuencia sus corazones virginales, que agitaba su pecho, que cambiaba en encarnado el color de sus rosadas mejillas y cubría algunas veces, con una languidez vaga é inquieta sus hermosos ojos azules.

Rosa ocupaba la orilla de la cama y sus brazos torneados se cruzaban detrás de su cabeza, que tenía vuelta hácia su hermana: esta, apoyados los codos en la almohada, la miraba dulcemente diciéndola:

—Crees tú que venga esta noche también?

—Sí, porque ayer... nos lo prometió.

—Es tan bueno, que no faltará á su promesa.

—Y ademas es tan hermoso! con aquellos cabellos tan largos, y tan llenos de bucles.

—Y su nombre... qué nombre tan bonito!... y que bien corresponde á su figura.

—Y que voz tan dulce, cuando nos dice cogiéndonos las manos.—«Hijas mias, dad gracias á Dios porque os ha dado un alma misma... Lo que otros buscan en los demas, lo encontrareis en vosotras mismas... Porque vuestros dos corazones, no forman mas que uno...»—añadió.

—Qué felicidad para nosotras, acordarnos de todas sus palabras!... hermana mia.

—Estamos tan atentas... mira... cuando veo que tu le escuchas, me parece lo mismo que si le escuchara yo tambien—dijo Rosa, riendo y besando cariñosamente á su hermana.—Ah! Cuando habla, tus ojos... ó por mejor decir, nuestros ojos... le miran con mucha atencion... nuestros labios se mueven como si repitiésemos todas sus palabras... y no es extraño, de este modo, que nos acordemos de todo lo que dice.

—Y luego como lo que él dice es tan bueno, tan agradable!..

—Y ademas hermana mia, conforme van saliendo las palabras de su boca, se van despertando en nosotras unos pensamientos tan hermosos!..

—Ojalá los recordemos siempre.

—Sí, siempre quedarán en nuestro corazon, como los pajarillos en el nido de su madre.

—¿Sabes Rosa que es una felicidad, que nos ame á las dos á un tiempo.

—Y no podia ser de otro modo, cuando nosotras dos no tenemos mas que un solo corazon.

—Es verdad, cómo habia de amar á la una y abandonar á la otra?

—¿Y qué seria entonces de la desdeñada?

—Ademas, no seria muy dificultosa la eleccion?

—Ya se vé: somos tan parecidas!

—Asi es, que para ahorrarse dificultades—dijo Rosa, nos ha elegido á las dos.

—Mejor es asi, él solo para amarnos... y nosotras dos para quererle.

—Dios quiera que nos acompañe hasta París.

—Y que en París le veamos tambien.

—Sobre todo en París... qué bueno seria tenerle en nuestra com—

pañía... y con Dagoberto... en aquella gran ciudad..... Dios mio..... que cosa tan hermosa debe de ser París!..

—París!.. será una ciudad de oro.

—Una ciudad donde todo el mundo es feliz!.. porque siendo tan hermosa!..

—Pero nosotras infelices huérfanas, ¿nos atreveremos á entrar en París?.. Cómo nos mirarán?..

—Es verdad... pero como allí todos son felices, tambien serán buenos todos.

—Y todos nos amarán.

—Y luego estaremos con nuestro amigo... el de los cabellos rubios y el de los ojos azules.

—Todavía nada nos ha dicho de París.

—No se habrá acordado... Esta noche le hablaremos de eso.

—Si tiene ganas de hablar... porque ya sabes que muchas veces, parece que solo desea contemplarnos en silencio, con sus ojos fijos en los nuestros.

—Es verdad y entonces sus miradas me recuerdan las de nuestra querida madre.

—¡Cuánto debe alegrarse de lo que nos sucede!.. porque ella nos vé!

—Pues si nos ama tanto, es sin duda porque lo merecemos.

—Bien, señora vanidosa...—dijo Blanca entreteniéndose en alisar con sus dedos los hermosos cabellos de su hermana.

Al cabo de un breve silencio, añadió Rosa:

—No te parece que deberíamos contarselo todo á Dagoberto.

—Si tú lo crees así... se lo diremos.

—Sí, se lo diremos todo, como se lo decíamos siempre á nuestra madre... A qué ocultarle nada?..

—Y sobre todo, una cosa que es una gran felicidad para nosotras.

—No adviertes que desde que conocemos á nuestro amigo, late nuestro corazón con mas viveza?

—Sí, podría decirse que está mas satisfecho.

—Eso es muy sencillo: nuestro amigo ocupa en él un lugar privilegiado.

—Haremos bien en participar á Dagoberto nuestra felicidad.

—Tienes razón.

En este momento el perro gruñó por segunda vez.

—Hermana mia—dijo Rosa acercándose mas á Blanca—el perro vuelve á gruñir; ¿qué tendrá?

—*Mal-genio*, calla. Ven acá.

Añadió Blanca, dando un golpe ligero en la orilla de la cama.

El perro se levantó, dejó oír otra vez su sordo gruñido y vino á colocar sobre la colcha su hermosa é inteligente cabeza, mirando obstinadamente á la ventana: las dos hermanas se inclinaron hácia él, para acariciar su ancha frente en cuyo centro sobresalía una estremada protuberancia, evidente señal de la pureza de su raza.

—¿Por qué gruñes así,—le dijo Blanca tirándole con suavidad de las orejas.

—Pobre perro!.. está siempre tan inquieto, cuando falta Dagoberto.

—Es verdad y parece que conoce entonces que debe velar mas por nosotras.

—Dagoberto, hermana mia, tarda en venir á darnos las buenas noches.

—Estará echando de comer á *Jovial*.

—Y ahora que me acuerdo, esta noche no hemos acariciado nosotras á nuestro pobre *Jovial*.

—Cuanto lo siento.

—Pobre animal!.. qué contento se pone cuando le acariciamos... cualquiera diria que nos daba las gracias por nuestro cariño.

—Afortunadamente, Dagoberto le habrá dado las buenas noches por nosotras.

—Qué buen hombre!.. cómo nos cuida!.. cómo nos atiende!.. para nosotras todas las comodidades y para él todo el trabajo.

—Y qué haremos para impedirselo?..

—Qué desgracia que no seamos ricas, para poder proporcionarle algun descanso.

—Ricas!.. Ay, hermana mia, nunca seremos ricas... nunca seremos mas que unas pobres huérfanas.

—Pero, y esta medalla... qué será?

—Sin duda encierra alguna esperanza porque si no, no hubieramos emprendido un viage tan largo.

—Dagoberto nos tiene prometido decírnoslo todo esta noche.

—La jóven no pudo continuar.

Dos vidrios de la ventana saltaron hechos pedazos con estrépito.

Las huérfanas se abrazaron lanzando un grito de espanto, en tanto que el perro avalanzándose á la ventana ladraba furiosamente.

Temblorosas, inmóviles de temor y estrechamente abrazadas, comprimian la respiracion las pobres niñas, sin atreverse á dirigir sus ojos hácia la ventana.

El perro con las manos apoyadas en su dintel, no cesaba un punto de ladrar.

—Dios mio, Dios mio,—tartamudearon á un tiempo las dos huérfanas... y Dagoberto no está aquí!

En este momento Rosa cogiendo de repente el brazo de Blanca, exclamó.

—Escucha... escucha... oigo pasos en la escalera.

—Dios mio!.. y no son los de Dagoberto... no oyes qué pisadas tan fuertes.

—*Mal-genio*, aquí, aquí; ven á defendernos!..

Exclamaron las dos hermanas á un tiempo.

En efecto, pisadas fuertes resonaban en las escaleras, una especie de roce muy extraño se sentía á lo largo de la pared. Por fin, un cuerpo pesado cayó al suelo, haciendo estremecer la puerta con violencia. Las jóvenes en el último grado de terror, se miraron sin proferir una palabra.

La puerta se abrió.

Era Dagoberto.

A su vista Rosa y Blanca se abrazaron con alegría, como si acabaran de salir de un gran peligro.

—Qué teneis?.. á que viene ese miedo?

Preguntó el soldado sorprendido.

—Ah! si supieras—dijo Rosa con voz agitada—si supieras lo que acaba de suceder... luego no conocíamos tus pasos... nos parecieron tan pesados... y ese ruido detrás de la pared...

—Pero no veis que yo no puedo subir la escalera como un muchacho de quince años, puesto que traía mi cama á cuestras; es decir, un gergon que acabo de tender junto á la puerta para acostarme... como siempre.

—Dios mio, que necias hemos sido hermana mia, en no haber pensado en eso—dijo Rosa mirando á Blanca.

Y aquellos rostros todavía pálidos, volvieron á recobrar sus frescos y hermosos colores.

Durante esta escena, el perro mirando siempre á la ventana, no cesaba un instante de ladrar.

—¿Qué tiene *Mal-genio* que ladra tanto, y no deja de mirar á la ventana?—preguntó el soldado.

—No lo sabemos... acaban de romperse los vidrios y por eso nos hemos asustado tanto.

Dagoberto, sin decir una sola palabra, se dirigió á la ventana, la abrió de repente, empujó la persiana y se inclinó hácia fuera.

—Nada veo,—esclamó.

Se puso á escuchar y solamente oyó los mugidos del viento.

—*Mal-genio*,—dijo á su perro, mostrándole la ventana abierta—salta y busca.

El animal dió un salto y desapareció por la ventana, que se alzaba solamente á ocho pies sobre el nivel del suelo.

Dagoberto asomado, escitaba á su perro con la voz y los ademanes.

—Busca, busca, viejo mio: si hay alguien embístele, tus colmillos son buenos, y no le sueltes hasta que yo baje.

El perro no encontró á nadie.

Se le oía ir y venir rastreando de un lado á otro, y lanzando algun ahullido de tiempo en tiempo, como el de un perro que olfatea corriendo.

—No hay nadie seguramente, porque si lo hubiera, ya mi buen perro le tendria agarrado por el cuello.

Volviéndose despues á las jóvenes, que oían sus palabras y seguían sus movimientos con inquietud, esclamó.

—¿Cómo se han roto estos vidrios? Lo habeis visto, hijas mias?

—No, Dagoberto, estábamos hablando distraidas y de pronto oímos un ruido, y despues cayeron los cristales.

—Me ha parecido—añadió Rosa—oir como si un martillo de madera diese contra la ventana.

El soldado examinó la persiana y vió como un gran picaporte destinado á cerrarla por dentro.

—El viento es muy fuerte—añadió—habrá empujado la persiana, y este picaporte pegaria contra los vidrios. Sí, sí, eso es; ¿qué interés puede nadie tener en romperlos?...

Y luego dirigiéndose á *Mal-genio*,—le dijo:

—Vaya hijo mio, ya sé que no hay nadie.

El perro contestó con un ladrido, cuyo sentido negativo comprendió sin duda el soldado, porque añadió:

—Entonces dá otra vuelta por ahí, que siempre encontrarás alguna puerta abierta.

Mal-genio siguió este consejo: despues de haber gruñido algunos instantes al pié de la ventana, salió corriendo para dar la vuelta al edificio.

—Vamos, no tengais miedo, niñas mias—dijo el soldado volviendo al lado de las huérfanas:—no es nada mas que el viento.

—Mucho miedo hemos tenido—dijo Rosa.

—Ya lo creo... pero podeis tener frio con esta corriente de aire—repuso el soldado volviendo los ojos hácia la ventana.

Despues de haber buscado el medio de remediar este mal, tomó de encima de una silla su capote de piel de rengífero, lo colgó del pasador y tapó con los faldones del mejor modo que pudo, los agujeros de los vidrios.

—Gracias, Dagoberto... qué bueno eres... estábamos con tanto cuidado porque tardabas...

—Es verdad, hoy te has detenido mas tiempo del que acostumbrabas.

—Notando Rosa despues la palidez y la alteracion de la fisonomía del soldado, á quien duraba aun la impresion desagradable, producida por la escena con Morok—le dijo:

—¿Pero qué tienes?... qué pálido estás!...

—Nada, hijas mias,.. yo no tengo nada.

—Sí, sí... estás muy alterado... Rosa tiene razon.

—Os aseguro que nada tengo, repuso el soldado con bastante embarazo, pues estaba acostumbrado á no mentir; despues, ocurriéndosele una escelente excusa para disimular su emocion, continuó.—Si os parece que tengo algo, es solamente lo que me ha inquietado vuestro miedo, porque al cabo, yo he tenido la culpa.

—¿Tienes tú la culpa?

—Sí, porque si yo no hubiera empleado tanto tiempo en cenar, hubiera estado aquí cuando se han roto los cristales, y os hubiera evitado ese sobresalto.

—Mira... ya no hablemos mas de eso.

—Y qué, no te sientas?

—Sí, hijas mias, voy á sentarme porque tenemos que hablar—dijo Dagoberto tomando una silla y acercándola á la cabecera de la cama.

—Estais bien despiertas? Veamos si teneis los ojos bien abiertos? Las dijo, haciendo un esfuerzo para sonreir.

—Mirad, Dagoberto—digeron las dos á la vez sonriendo tambien y abriendo sus hermosos ojos azules, mas de lo que podian.

—Bueno, bueno,—dijo el soldado—tiempo teneis para dormir: todavía no son mas que las nueve.

—Tambien tenemos que decirte una cosa, Dagoberto.

Replicó Rosa consultando silenciosamente á su hermana por medio de una mirada.

—¿De veras?

—Sí, tenemos que confiarte un secreto.

—Un secreto?

—Sí por cierto.

—Pero mira que este secreto es una cosa... muy importante—añadió Rosa con seriedad.

Y que interesa á nosotras dos—repuso Blanca.

—Ya lo creo, lo que le interesa á la una, le interesa también á la otra. Las dos sois como suele decirse dos cabezas en un sombrero.

—Verdad es, y mucho mas cuando pones sobre nuestras cabezas el capuchon que nos guarece de la lluvia.—Dijo Rosa riéndose.

—Cuidado con las niñas!... que siempre han de ser las últimas que hablen... vamos, vamos señoritas, á ver ese secreto que teneis que confiarme.

—Habla hermana—dijo Blanca.

—No, no señorita, á vos os corresponde. Estais hoy de *vigilante* como hermana mayor, y una cosa tan importante como ese secreto que decís, corresponde de derecho á la hermana mayor... Vamos, ya os escucho...—Añadió Dagoberto esforzándose para reír á fin de ocultar mejor á las jóvenes, la impresion que sentia por los ultrajes, no vengados aun del domador de fieras.

Rosa que segun Dagoberto era la hermana mayor y estaba de *vigilante* aquel dia, tomó la palabra hablando por ella y por su hermana.





CAPÍTULO VI.

CONFIANZAS.



ANTE todas cosas buen Dagoberto—dijo Rosa riéndose con una franqueza natural—ante todas cosas es necesario que prometas no regañarnos por la confianza que vamos á hacerte.

—Eso es... No te enfadarás con nosotras... ¿es verdad?

Añadió Blanca con un tono no menos cariñoso.

—Concedido—respondió Dagoberto con gravedad.—No sé de lo que se trata, pero creo que no tendré motivos para regañaros. ¿Por qué lo he de hacer?

—Porque tal vez nosotras hemos debido decirte antes de ahora, lo que vas á saber.

—Oid, hijas mías—replicó Dagoberto con mucha seriedad, despues de haber meditado un instante, como reflexionando sobre este caso de conciencia.—Una de dos; ó habeis tenido razon para ocultármelo, ó habeis cometido en ello una falta... Si habeis hecho bien, nada tengo que deciros; y si habeis cometido la fal-

ta, ya está perdonada. Con que dejemos esto á un lado y vamos al secreto, que estoy impaciente por escucharos.

Rosa enteramente tranquila con la manifestacion de Dagoberto, prosiguió dirigiendo á su hermana una inteligente sonrisa.

—Pues has de saber, querido Dagoberto, que hace dos noches recibimos una visita.

—Una visita!...

Esclamó el soldado, haciendo un brusco movimiento sobre la silla.

—Sí, una visita muy agradable... Porque él es tan hermoso!...

—Hermoso!

Repitió Dagoberto con sobresalto.

—Sí, hermoso, rubio y con los ojos azules.—Añadió Blanca.

—¡Con los ojos azules!... Qué decís?

Y el soldado hizo de nuevo un movimiento de sorpresa.

—Sí, azules... y así de rasgados y de grandes...

Replicó Rosa poniendo la yema del dedo índice de su mano derecha, en medio del índice de su izquierda.

—Pardiez! aunque fueran así de grandes—dijo el veterano que para exagerarlo, señalaba todo su brazo hasta el codo—aunque fueran así de grandes, ¿esto supone algo?... Rubio y con ojos azules!... qué quiere decir esto señoritas?

Y cuando pronunció Dagoberto estas palabras, se puso á mirar á las jóvenes con severidad.

—Lo ves Dagoberto?... ya estas regañando.

—Y eso que no estamos mas que en el principio—añadió Rosa.

—Al principio nada mas? Con que entonces habrá continuacion y fin?

—Fin?... Nosotras esperamos que no.

Y Rosa comenzó á reir á carcajadas.

—Nosotras deseamos que esto dure siempre.

Añadió Blanca participando de la alegría de su hermana.

Dagoberto sorprendido de aquella escena tan estraña, miraba alternativamente á las dos huérfanas, como queriendo descifrar aquel enigma, y cuando vió á aquellas dos encantadoras criaturas reirse con tanta ingenuidad, reflexionó que no estarian tan alegres si tuvieran alguna falta que reprenderse. Entonces no pensando ya mas que en alegrarse al ver á las dos hermanas tan contentas, en medio de la precaria situacion á que se veian reducidas, las dijo:

—Reid, reid, hijas mias. No hay cosa que me divierta tanto como vuestra alegría.

No obstante, creyendo despues que no eran estos los términos en que debia responder á la singular confianza de las huérfanas, añadió con acento mas grave:

—Sí, me gusta mucho veros reir; pero no cuando recibis visitas rubias y con ojos azules. Vamos, continuad señoritas, continuad que tengo deseos de saberlo todo... ¿quereis burlaros de mí?... ¿no es verdad?...

—No: lo que acabamos de decirte... es cierto... ciertísimo.

—Ya sabes que nosotras no mentimos—dijo Rosa.

—Tienen razón, nunca mienten!—dijo el soldado volviendo á su perplejidad.—Pero ¿cómo diablos han podido verificarse estas visitas? Yo me acuesto tendido en la parte de afuera de vuestro cuarto... *Mal-genio* se duerme junto á la ventana: nadie puede entrar sino por la ventana ó por la puerta, y si alguno lo hubiera intentado por cualquiera de estos dos puntos, *Mal-genio* ó yo que tenemos los oidos bien listos, hubieramos recibido la visita... á nuestro modo... Pero vamos, niñas, yo os suplico que dejéis las bromas y hablemos con formalidad.

Las dos hermanas conociendo por la espresion de la fisonomía de Dagoberto, el estado de inquietud en que se hallaba, no quisieron abusar por mas tiempo de la bondad de su carácter: miráronse mutuamente, y Rosa dijo cogiendo en sus delicadas manos la mano áspera y ancha del soldado:

—Vamos, no te incomodes mas, Dagoberto: nosotras te contaremos las visitas de nuestro amigo... Gabriel.

—Con qué empezais diciéndome su nombre?

—Sí, el tiene un nombre y es el que yo acabo de decirte.. Gabriel.

—Qué nombre tan lindo! ¿No es verdad Dagoberto? Ah! ya lo verás: tú amarás como nosotras amamos á nuestro hermoso Gabriel.

—Amaré á vuestro hermoso Gabriel!—dijo el veterano moviendo á un lado y á otro la cabeza.—Veremos. ¿Con qué yo tambien he de amar á vuestro hermoso Gabriel?... Veremos; porque antes es menester que yo sepa...

Aquí se interrumpió Dagoberto á sí mismo, y luego añadió:

—Es singular!.. ahora me acuerdo de una cosa...

—Qué, Dagoberto?

—Hace unos quince años, en la última carta que me trajo vuestro padre al volver de Francia, me decia mi muger que á pesar de su pobreza y á pesar tambien de hallarse criando á nuestro hijo Agricol, acababa de recoger á un pobre niño abandonado, hermoso como un querubin y que se llamaba Gabriel..... Y

no hace mucho tiempo que he llegado á tener noticias tuyas.

—Y por quién las has recibido?

—Ya lo sabreis.

—De ese modo, teniendo tu otro Gabriel, hay una razon mas para que ames al nuestro.

—El vuestro!... El vuestro!... Qué quiere decir el vuestro, señoritas?... pero en fin, continuad vuestra relacion, porque me teneis sobre ascuas.

—Ya sabes Dagoberto—replicó Rosa—que Blanca y yo tenemos la costumbre de dormirnos agarradas de las manos.

—Es verdad; os he visto así muchas veces en la cuna, y nunca me cansaba de miraros... porque erais ya tan hermosas!

—Pues bien, hace dos noches, cuando acabábamos de dormirnos descubrimos...

—Segun eso era en sueños—esclamó Dagoberto—porque estando dormidas no podia ser de otro modo.

—Sí, en sueños... pues como queriais que fuera?...

—Deja hablar á mi hermana!

—Enhorabuena—dijo el soldado, dando un suspiro de satisfaccion—Yo estaba tranquilo de todos modos... porque... pero en fin, eso es igual... en sueños... mas vale así... Prosigue Rosita.

—Pues como te decia, cuando nos quedamos dormidas, las dos tuvimos un sueño semejante.

—El mismo las dos?

—Sí, Dagoberto, porque al dia siguiente cuando despertamos por la mañana muy temprano, nos contamos lo que habiamos soñado.

—Y era exactamente igual.

—Es cosa muy rara ese sueño hijas mias... Y qué es lo que visteis en él?

—Soñábamos Blanca y yo que estábamos sentadas la una al lado de la otra: vimos un angel hermoso: vestia un ropage blanco: tenia los cabellos rubios y los ojos azules, y una figura tan bella, que juntamos las manos como para dirigirle nuestras oraciones... Entonces con una voz dulce y melodiosa nos dijo que se llamaba Gabriel... que nuestra madre le enviaba cerca de nosotras, para que fuese el angel de nuestra guarda, y que nunca nos abandonaría.

—Y luego—añadió Blanca—tomándonos una mano á cada una é inclinando su rostro hermoso para mirarnos mejor, fijó sus ojos sobre los nuestros mirándonos con tanta bondad... con tanta dulzura... que los nuestros se clavaron tambien en los suyos, sin poderse separar un solo instante.

—Sí, sí— continuó Rosa—y nos parecía que su mirada nos atraía... y nos llegaba al corazón... Con mucho sentimiento nuestro nos dejó Gabriel, diciéndonos que á la noche siguiente vendría á visitarnos otra vez.

—Y volvió?

—Sí, y tú conocerás con cuanta impaciencia aguardábamos el momento de dormiros, para ver si nuestro amigo cumplía su palabra.

—Hum! Esto me recuerda, señorita, el afán con que estas noches os frotabais los ojos—dijo Dagoberto raseándose la frente—diciéndome que estabais muertas de sueño... Apuesto á que deseabais que me marchara yo, para entregaros cuanto antes á vuestras ilusiones.

—Así era Dagoberto.

—Si lo creo, porque no podiais decirme como á *Mal-genio* «vete á acostar, Dagoberto.» Y volvió el amigo Gabriel?...

—Cierto que volvió; pero esta vez nos habló mucho y en nombre de nuestra madre nos dió unos consejos tan tiernos y tan amorosos, que el día siguiente Rosa y yo, lo pasamos en repetiros continuamente, hasta las mas insignificantes palabras de nuestro angel tutelar... así como tambien en recordarnos su rostro... y sus miradas...

—Esto me hace acordar, señoritas, que todo el día de ayer le habeis pasado cuchicheando... y que cuando yo os hablaba de lo blanco, me respondiais vosotras de lo negro.

—Sí, Dagoberto, tienes razon. . estábamos pensando en Gabriel.

—Y ademas le amamos las dos, tanto como él nos ama.

—Pero él es solo, y vosotras sois dos.

—Y nuestra madre no era tambien sola para nosotras?

—Y tú, Dagoberto, no eres solo tambien?

—Es verdad... pero sabeis que si continuais así voy á tener celos de ese galán?

—Tu eres nuestro amigo de día... el lo será de noche.

—Pero entendámonos; si vosotras pensais en él de día, y de noche soñais con él... ¿qué guardais entonces para mí?..

—Te quedarán siempre tus dos huérfanas... á quienes amas tanto—dijo Rosa.

—Y que en el mundo no tienen mas que á tí—añadió Blanca con tono cariñoso.

—Eso, eso es; aduladme!.. Bien, hijas mias, bien,—añadió con ternura el soldado—estoy contento con la parte que me toca, os permito á vuestro Gabriel... Ya estaba yo seguro de que *Mal-genio* y yo podíamos dormir sin cuidado... En cuanto á lo demas, no hay nada

de extraño en eso; vuestro primer sueño os hizo impresion y en fuerza de pensar en ello, volvisteis á soñar lo mismo; asi es que no me admiraré de que volvais á ver á ese lindo pájaro nocturno.

—Dagoberto, no es verdad que solamente son sueños, pero que parece que son sueños enviados por nuestra madre?... No nos decia ella que las huérfanas tenian ángeles que velaban en su guarda? Pues bien, Gabriel lo será nuestro, nos protegerá y te protegerá á tí tambien.

—Sin duda será como decís; pero mirad hijas mias, para ayudarme á defenderos, cuento mejor con *Mal-genio* que aunque no es rubio como el angel, tiene mejores dientes y es una ayuda mas segura.

—Qué pesado estás con tus bromas, Dagoberto.

—Es verdad, tú de todo te burlas.

—Y sin embargo, es cosa muy extraña que esté hoy alegre... Me rio á la manera de nuestro *Jovial*, sin despegar los dientes. Vamos hijas mias, no me riñais mas; he hecho mal, es verdad, porque mezclándose en el sueño la memoria de vuestra madre, debia haber hablado seriamente. Ademas—añadió con tono grave— no deja de haber algo de verdad en algunos sueños... Dos dragones, camaradas mios, hallándonos en España, soñaron la víspera de su muerte que iban á ser envenenados por los frailes... y lo fueron en efecto. Si soñais obstinadamente con ese bello angel Gabriel..... entonces.... entonces es que eso... os entretiene... y ya que no teneis diversiones de dia, soñad al menos de noche tan agradablemente... Ahora hijas mias, tengo muchas cosas que deciros, pero como se tratará de vuestra madre me habeis de prometer no entristeceros.

—No tengas cuidado: aun cuando hablando de ella nos ponemos sérias, no por eso estamos tristes.

—Pues entonces voy á empezar: por miedo de contristaros he retardado de dia en dia el momento de deciros lo que vuestra madre os habria confiado cuando hubiérais dejado de ser niñas; pero la desgraciada murió tan pronto, que no ha tenido tiempo para revelároslo; y ademas lo que tenia que deciros le despedazaba el corazon, como me lo despedaza á mí: he retardado estas confianzas en tanto que he podido hacerlo: hasta hoy he tenido algun pretexto para continuar en mi silencio, puesto que nada queria manifestaros hasta el dia en que atravesáramos el campo de batalla, en que vuestro padre fue hecho prisionero... esto me daba tiempo... pero ya no es posible dilatar el instante de la revelacion.

—Habla Dagoberto, ya te escuchamos.

Respondieron las dos jóvenes con aire atento y melancólico.

El soldado guardó silencio por algunos momentos, durante los cuales estuvo recorriendo su memoria, como para poner en órden sus ideas, en seguida les dijo:

—Vuestro padre el general Simon, era hijo de un artesano: á pesar de todos los esfuerzos y consejos del general, el buen hombre no quiso nunca salir de su estado porque tenia como su hijo la cabeza de hierro y el corazon de oro; ya podreis conocer hijas mias, que habiendo vuestro padre sentado plaza de simple soldado, no llegaria nunca sin mucho trabajo y sin mucha gloria á ser general y conde del imperio.

—¡Conde del imperio!.. qué quiere decir eso, Dagoberto?

—Una tontería.. un título que daba el emperador generosamente con el grado, como para decir al pueblo á quien amaba, porque habia salido de él... «Hijos mios, quereis jugar á la nobleza como los antiguos nobles?.. Pues allá van nobles... Quereis jugar á los reyes?... Pues allá van reyes... Disfrutad de todo hijos... nada hay que sea demasiado para vosotros... Regalaos...»

—Reyes!...

Digeron las jóvenes juntando las dos manos con admiracion.

—Ah!... El emperador no era escaso en dar coronas. Yo he tenido un compañero que despues fué rey, pero es preciso confesar que era un valiente. Esto nos lisonjeaba mucho, porque al fin cuando no tocaba á unos tocaba á otros. Mientras duró aquel juego, vuestro padre fue conde; pero conde ó no, era el general mas valiente y mas hermoso del ejército.

—Es verdad que era muy hermoso, Dagoberto? nuestra madre nos lo decia así.

—Sí, pero era todo lo contrario de vuestro angel tutelar.

Era hermoso, aunque moreno y varonil: cuando se ponía el uniforme de gala deslumbraba, encendía todos los corazones, y hubiéramos cargado á sus órdenes contra el mismo Dios... Se entiende que si Dios nos lo hubiera permitido...

Estas palabras las añadió Dagoberto, como correctivo de lo que acababa de decir, porque no queria atacar de ningun modo la sencilla fé de las huérfanas.

—Y nuestro padre seria tan bueno como valiente?... No es verdad Dagoberto?

—Bueno! Ya lo creo hijas mias; hubiera doblado un hierro con la misma facilidad con que vosotras doblais un papel; el dia en que cayó prisionero acuchilló á los artilleros prusianos sobre sus mismos cañones. Con tal valor y tales fuerzas... cómo quereis

que no fuese bueno?... hace ya diez y nueve años que cerca de aquí, en el sitio que os he indicado antes de entrar en este pueblo, el general cayó del caballo peligrosamente herido. Yo volé á socorrerlo porque lo seguia como un ordenanza. Pocos momentos despues fuimos hechos prisioneros; y por quién?... Por un francés.

—¿Un francés?

—Sí, un marqués emigrado, coronel al servicio de la Rusia,—respondió Dagoberto con notable despecho.—Así cuando el marqués dijo al general adelantándose hácia él—«*rendios á un compatriota*»—contestó con dignidad—«*un francés que se bate contra la Francia, no es mi compatriota, es un traidor y yo nunca me rindo á él,*» y herido como estaba, se arrastró hasta un granadero ruso y le entregó su sable diciendo—«*me rindo á vos mi valiente amigo.*»—El marqués se puso pálido de rabia.



Las huérfanas se miraron con orgullo, un vivo encarnado coloreó sus mejillas y exclamaron.

—Era muy valiente nuestro padre!...

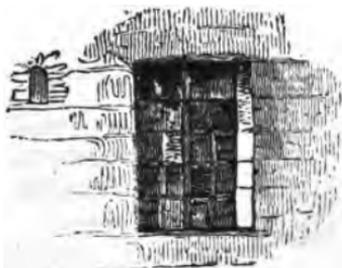
—Hum las niñas!—dijo Dagoberto retorciéndose los bigotes con orgullo—cómo se conoce que tienen en sus venas sangre de soldado!—y despues prosiguió—y hénos aquí ya hechos prisioneros.

No teniendo caballo el general, porque le habian muerto el suyo aquel dia, montó en *Jovial* que no se hallaba herido, y llegamos á Varsovia, donde el general conoció vuestra madre á quien llamaban *la perla de Varsovia*.

El general que amaba todo lo que era bueno y hermoso, se enamoró de ella al momento: ella le amó á su vez, pero sus padres la habian prometido á otro... ese otro... era...

Dagoberto no pudo continuar.

Rosa dió un grito penetrante y señaló al mismo tiempo á la ventana.





CAPÍTULO VII.
EL VIAGERO.



El grito de la joven, Dagoberto se levantó precipitadamente.

—¿Qué teneis Rosa?

—Allí, allí...

Dijo esta señalando hácia la ventana.

—Me parece haber visto una mano separar esa cortina de piel, con que habeis tapado la vidriera.

Rosa no habia concluido aun estas palabras, cuando Dagoberto corrió hácia la ventana, que abrió violentamente, despues de haber quitado la capa suspendida en el pasador.

La noche continuaba oscura, y el viento soplaba con violencia.

El soldado aplicó el oido, pero nada oyó.

Cogió la luz que estaba sobre la mesa, y trató de examinar

la parte de afuera sacando por ella el belon, y poniendo su mano delante de la llama, con el fin de que no se apagara.

Nada vió.

Cerrando entonces de nuevo la ventana, se persuadió que alguna bocanada de viento habria separado y movido el capoton de pieles, causando el ruido que habia turbado la vista de Rosa, y exclamó:

—Tranquilizaos, hijas mias... el viento es muy fuerte, y esto será lo que ha hecho mover la capa.

—Me pareció sin embargo, haber visto unos dedos que la separaban.—Dijo Rosa temblando todavía.

—Yo estaba mirando á Dagoberto y nada he visto.—Añadió Blanca.

—Ni nada puede haberse visto, hijas mias; la ventana está á ocho pies de altura sobre el suelo, y era preciso ser un gigante para alcanzar hasta ella, ó poner una escala para subir... Pero no han tenido tiempo para quitar esta escala, puesto que apenas gritó Rosa, corrí á la ventana y sacando la luz hácia fuera, nada he divisado.

—Me habré engañado—dijo Rosa.

—Lo ves, hermana mia?... es el viento...—añadió Blanca.

—Entonces perdóname, buen Dagoberto, por haber interrumpido tu relacion.

—Eso no merece la pena—replicó el soldado pensativo—siento que *Mal-genio* no haya vuelto ya: hubiera vigilado la ventana y de este modo os hubierais tranquilizado; pero habrá olfateado la cuadra de su amigo Jovial, y habrá ido á darle las buenas noches... Voy á buscarlo.

—Por Dios, Dagoberto, no nos dejes solas—gritaron las dos jóvenes á la vez—tendríamos demasiado miedo.

—Bueno, bueno. *Mal-genio* no puede tardar en volver y estoy seguro que de un momento á otro le oiremos arañar la puerta... Ea, continuemos, pues, nuestra relacion—dijo Dagoberto sentándose á la cabecera de la cama de las dos huérfanas, pero colocándose ahora en frente de la ventana.

—Decia que el general Simon estaba prisionero en Varsovia y se habia enamorado de vuestra madre, á la que sus parientes querian casar con otro.—En 1814 recibimos la noticia de la conclusion de la guerra, el destierro del emperador á la isla de Elba y la vuelta de los Borbones: de acuerdo con los prusianos y los rusos habian desterrado al emperador á aquella isla. Al saber esta última noticia vuestra madre, dijo al general.—«*La guerra se ha concluido: estais libre, el emperador es desgraciado, á él se lo de-*

beis todo, id en su busca... no sé cuando volveremos á vernos... pero no me casaré sino con vos... seré vuestra hasta la muerte.»— Antes de partir, el general me dijo:—«Dagoberto, quedate aqui; quizás la señorita Eva te necesite para huir de su familia, si la atormentan demasiado: nuestra correspondencia pasará por tus manos: yo veré en París á tu muger y á tu hijo... les hablaré de tí... les diré que eres para mí... un buen amigo.»

—Siempre has sido bueno!...—Dijo Rosa mirándole.

—¡Has sido bueno para el padre, has sido bueno para la madre, y continuas siéndolo para las hijas!...—Añadió Blanca.

—Amar á los unos, es amar á los otros—respondió el soldado.—Mientras el general se hallaba en la isla de Elba con el emperador, yo seguia en Varsovia oculto en las inmediaciones de la casa de vuestra madre: recibia las cartas del general y se las entregaba reservadamente... en una de estas cartas, lo digo con orgullo hijas mias, el general me manifestaba que el emperador se habia acordado de mí.



—De tí?... Te conocia?...

—Un poco y yo me lisonjeo de ello;—«Ah! Dagoberto—dijo á

vuestro padre que le hablaba de mí: « Un granadero de caballería »de mi antigua guardia... Soldado de Egipto y de Italia, acribillado de heridas á quien yo por mi propia mano puse una cruz en el campo de batalla... en Wagram? No lo he olvidado todavía...»

—Oh, hijas mias!... cuando vuestra madre me leyó esta carta, lloraba yo como un bestia...

—El emperador!... qué hermosa cara de oro tenia en tu cruz de plata con cinta encarnada, que nos enseñabas algunas veces.

—Es que tambien esa cruz dada por él, es para mí una reliquia y la tengo guardada en mi morral, con las cosas mas preciosas que poseemos... con nuestro pequeño caudal... y nuestros papeles... pero volviendo á vuestra madre, habeis de saber que yo la entregaba las cartas del general, hablaba con ella, y esto la consolaba porque la pobre sufría mucho, sí mucho; sus parientes se gozaban en atormentarla pidiéndole que se casase, pero ella contestaba siempre—*«yo no me casaré nunca, sino con el general Simon.»*—Qué energía de muger!... era preciso haberla visto... resignada eso sí, pero valiente como ella sola. Un dia recibió una carta del general. Habia salido de la isla de Elba con el emperador... la guerra empezaba de nuevo... En toda esta campaña de Francia... sobre todo en Montmirail, hijas mias, vuestro padre se batió como un leon... las tropas que estaban á sus órdenes, siguieron su ejemplo... hicieron como él, no ya prodigios de valor, sino... de rabia. En Champagne los campesinos mataron tantos soldados prusianos, que sus campos tuvieron abono por algunos años... Los hombres, las mugeres, los niños, todos acudieron á matar enemigos... Las horquillas, los azadones, las piedras, todo era bueno... todo les servia de instrumento para entregarse á aquella sangrienta carnicería... qué matanza!... verdadera batida de lobos.

Y las venas de la frente del soldado se hinchaban y sus mejillas se encendian. Este heroismo popular, le recordaba los gloriosos momentos y el sublime entusiasmo de los buenos tiempos de la república... aquellos levantamientos en masa de los cuales habia formado parte, y en los que habia dado el primer paso militar.

Las huérfanas hijas de un soldado valiente y de una madre varonil, sentíanse conmovidas al escuchar estas enérgicas palabras, en lugar de asustarse, por el acento rudo y brusco con que las pronunciaba: su corazón latia con violencia y sus mejillas se encendian mas y mas.

—Qué fortuna tan grande para nosotras! —esclamó Blanca—ser hijas de un padre tan valiente!

—Sí, muy grande es vuestra fortuna hijas mías, porque la tarde del combate de Montmirail, el emperador con aplauso de todo el ejército, nombró á vuestro padre sobre el campo mismo de batalla, duque de *Ligny y mariscal de Francia*!

—Mariscal de Francia!!..

Dijo Rosa admirada, sin comprender enteramente el valor de estas palabras.

—Duque de Ligny!

Repuso Blanca igualmente sorprendida.

—Sí, Pedro Simon, hijo de un artesano, *duque y mariscal*. Es menester ser rey para ser mas—añadió con orgullo el veterano.—Así trataba el emperador á los hijos del pueblo, y por esa razon el pueblo le queria tanto. Hubieran podido decirle:—«*Pero tu emperador hace de tí, carros para sus cañones.*»—Bah!—hubiera respondido el pueblo,—*otro haria de mí el carro de la miseria, prefiero el cañon y aventurarme á ser capitán, coronel, mariscal, rey... ó inválido: esto vale mas todavía que morir de hambre, de frío y de vejez, tendido sobre un poco de paja, despues de haber trabajado cuarenta años para los demas.*»

—Pero en Francia... en París... en esa hermosa ciudad hay desgraciados que perecen de hambre y de miseria... Dagoberto?

—Tambien en París... Si, hijas mías... así que vuelvo á decir, que el servicio militar es preferible, porque al menos se espone uno como vuestro padre á ser duque y mariscal... Cuando digo duque y mariscal, tengo razon y no la tengo, porque luego no se ha querido reconocer este titulo y este grado... porque despues de Montmirail... ha habido un dia de luto... de gran luto... un dia de luto eterno, en que viejos soldados como yo, me dijo el general que habian llorado.... sí, llorado... la noche de la batalla.... Este dia terrible, hijas mías... se llama... Waterlóo!!!..

Hubo en estas sencillas palabras de Dagoberto un acento de tristeza tan profunda, que las huérfanas se estremecieron de dolor.

—En fin,—continuó el soldado exalando un profundo suspiro—hay dias de maldicion... Aquel dia en Waterlóo el general cayó cubierto de heridas á la cabeza de una division de la guardia. Apenas se vió algun tanto restablecido, pidió que se le llevase á Santa Elena... otra isla situada en el extremo del mundo, donde los ingleses habian conducido al emperador, para atormentarlo tranquilamente... porque si fue feliz al principio, ya veis hijas mías que fue muy desgraciado despues.

—No digas esas cosas Dagoberto, nos vas á hacer llorar.

—Es que hay motivos para llorar... hijas mias... ¡El emperador ha sufrido tanto!... Pero volvamos á nuestra relacion. Desgraciadamente el general no estaba con él en Santa Elena; si hubiera estado allí, hubiera sido uno mas para consolarle, pero no se lo permitieron. Exasperado entonces, como tantos otros contra los Borbones, el general organizó una conspiracion en favor del emperador. Quería levantar un regimiento compuesto casi todo de antiguos soldados suyos: se trasladó á una ciudad de Picardia en donde el regimiento estaba de guarnicion, pero cuando llegó se habia ya descubierto la conspiracion, y en el mismo instante el general fue preso y conducido á la presencia del coronel del mismo regimiento. Este coronel—dijo el soldado despues de un corto silencio—¿sabeis quién era? pero bah!.. esta relacion seria muy larga y aumentaria vuestra tristeza... era en fin, un hombre á quien vuestro padre tenia desde mucho tiempo, grandes motivos para aborrecer. Asi cuando se halló frente á frente con él le dijo: «si no sois un cobarde debeis dejarme en libertad por una hora y nos batiremos á muerte; porque debeis saber que os aborrezco con todo mi corazon, por lo que haceis, por lo que habeis hecho, y por lo que hicisteis hace mucho tiempo. «El coronel aceptó el duelo, puso á vuestro padre en libertad hasta el dia siguiente por la mañana: verificóse el desafio y el coronel quedó por muerto en el sitio.

—Ay Dios mio!

—Apenas el general acababa de limpiar su espada, cuando un amigo leal llegó á decirle, que debia ponerse en salvo... que era indispensable que huyese sin perder un momento. En efecto, pudo salir de Francia felizmente... si, felizmente, porque quince dias despues estaba condenado á muerte como conspirador.

—Cuántas desgracias, Dios mio!..

—Si pero en esta última desgracia habia una felicidad, porque fiel vuestra madre á su promesa y esperándole siempre, le escribió: «*Primero el emperador, luego yo.*»—No pudiendo hacer ya nada en favor del emperador y de su hijo, el general desterrado de Francia se trasladó á Varsovia. Vuestra madre acababa entonces de perder á sus padres, y viéndose libre se verificó el matrimonio con el general, siendo yo uno de los testigos que asistieron á aquella ceremonia.

—Tienes razon Dagoberto. Esa fue una gran felicidad, en medio de tantas desgracias.

—Al fin fueron felices; pero como todos los buenos corazones, cuanto mayor era su felicidad tanto mas sentian las desgracias age-

nas. Y á la verdad que en aquella época no faltaba de que apesadumbrarse en Varsovia. Los rusos principiaban de nuevo á tratar á los polacos como esclavos; vuestra madre aunque de origen francés, era polaca de alma y de corazon: decia energicamente en alta voz lo que los demas solo se atrevian á murmurar en silencio: asi es que los desgraciados la llamaban su angel tutelar, y esta conducta generosa no tardó en atraerla el odio y la desconfianza del gobernador. Un dia uno de los amigos del general, antiguo coronel de lanceros, valiente y honrado, fue desterrado á la Siberia por haberse hallado envuelto en una conspiracion contra los rusos; pudo escaparse de la cárcel, vuestro padre lo ocultó en su casa, pero esto se descubrió y en la noche del dia siguiente una partida de cosacos mandada por un oficial y seguida de una silla de posta, llegó á la puerta de vuestra casa, sorprendieron al general mientras dormia, y se lo llevaron.

—Dios mio! qué querian hacerle?...

—Conducirle fuera de Rusia con prohibicion absoluta de volver á ella, bajo la pena de prision perpétua. Cuando llegó el momento de separarnos, me dijo. «*Dagoberto te confío a mi muger y á mi hijo*»—porque vuestra madre debia daros á luz dentro de algunos meses. Pues bien; sin consideracion á esta circunstancia la desterraron á la Siberia; era una ocasion oportuna para deshacerse de ella: hacia demasiado bien en Varsovia y el gobierno ruso la temia. No se contentaron tampoco con desterrarla: confiscáronla todos sus bienes, y el único favor que pudo conseguir, fué que yo la acompañase en su desgracia. El general nos habia mandado que conservásemos á *Jovial*, y sin este pobre caballo hubiera tenido que andar á pie todo el camino. Pero nos quedaba aun este recurso: ella montó en el caballo que yo conducia como ahora, y atravesamos así toda la Rusia hasta llegar á una miserable aldea, dõnde tres meses despues nacisteis vosotras, pobres niñas.

—Y nuestro padre?

—Le fué imposible volver á Rusia... imposible á vuestra madre pensar en huir con dos niñas... imposible al general escribirla porque ignoraba nuestro paradero.

—Y no habeis tenido noticia ninguna despues?...

—Sí, hijas mias... una sola vez la hemos tenido.

—Y por quién?...

Despues de un instante de silencio, añadió Dagoberto con una espresion de fisonomía singular.

—Por quién? por un hombre que no se parece á los demas... Y para que lo comprendais, voy á contaros una aventura. Habia recibido vuestro padre, durante la campaña de Francia, la órden de atacar una bateria: el general se puso á la cabeza de un escuadron de coraceros, cargando sobre aquella: estaba á caballo delante de una pieza, cuyos artilleros acababan de ser muertos ó heridos; sin embargo, hubo uno que pudo arrodillarse y aplicar la mecha: vuestro padre se hallaba entonces á diez pasos del cañon. Jamás-me dijo despues—habia corrido un riesgo semejante... porque cuando vió al artillero acercar la mecha, ya salia el tiro; pero en el mismo instante un hombre de alta estatura, vestido de paisano, y en quien vuestro padre no habia reparado hasta entonces, se arrojó delante del cañon...



—Ah! qué muerte tan horrible sufriría el desgraciado!...

—Sí—respondió Dagoberto con aire pensativo—eso es lo que debió haber sucedido... Debíó saltar en pedazos... y sin embargo, no fué así.

—¿Qué dices?...

—Lo que me ha contado el general.—«En el momento de salir el tiro, me repetía frecuentemente, por un movimiento de horror involuntario, cerré los ojos por no ver el cadáver mutilado de aquel desgraciado que se sacrificaba por mí... Cuando los abrí, ¿qué veo en medio del humo? á ese hombre alto, de pié y tranquilo en el mismo lugar fijando tristemente los ojos en el artillero, que con una rodilla en tierra y el cuerpo echado atrás, le miraba tan espantado como si hubiera visto al demonio. Empezó de nuevo la batalla y me fue imposible encontrar otra vez á ese hombre»—añadió vuestro padre.

—Dios mio, Dagoberto, cómo pudo ser eso?...

—Eso mismo decía yo al general. Pero me respondió que jamás había podido explicarse aquel suceso, tan increíble como cierto.. Por otra parte, era preciso que vuestro padre hubiera mirado muy detenidamente la figura de ese hombre, que representaba como unos treinta años poco mas ó menos, con cejas negras y tan unidas, que parecía tener la frente rayada con una lista negra... acordaos bien de estas señas hijas mias... ahora sabreis por qué...

—Sí, Dagoberto, no lo olvidaremos... dijeron las huérfanas cada vez mas admiradas.

—Qué cosas tan estrañas! un hombre con una raya negra en la frente.

—Escuchad aun: al general lo habían dejado, como ya os he dicho, por muerto en Waterlóo... Durante la noche que pasó en el campo de batalla, acometido de una especie de delirio causado por la fiebre de sus heridas, creyó ver á la claridad de la luna á aquel mismo hombre, inclinado hácia él mirándole con dulzura y tristeza, sujetando la sangre de sus heridas y procurando reanimarle... pero vuestro padre que no estaba en sí, rechazaba sus cuidados, diciendo, que despues de semejante derrota no deseaba mas que morir... entonces le pareció oír que este mismo hombre le decía.—«*Es preciso vivir para Eva*»—este era el nombre de vuestra madre, á quien el general había dejado en Varsovia, para unirse al emperador y hacer con él la campaña de Francia.

—Qué singular es todo eso, Dagoberto!... y nuestro padre no volvió despues á ver á ese hombre?

—Volvió á verlo, sin duda... puesto que él ha sido quien le trajo noticias del general á vuestra pobre madre.

—Y cuándo sucedió eso?. Nosotras no lo hemos sabido hasta ahora.

—Os acordais que la mañana de la muerte de vuestra madre, habiais ido con la vieja Teodora al bosque de los pinos?

—Sí,—respondió Rosa tristemente—habíamos ido á buscar brezos, que le gustaban tanto á nuestra madre.

—Pobre madre! se sentia tan buena que no podíamos sospechar siquiera la desgracia que nos amenazaba—replicó Blanca.

—Teneis razon hijas mias: yo tambien aquella misma mañana cantaba trabajando en el jardin: porque lo mismo que vosotras, yo no creia tener motivo para estar triste; trabajaba cantando, cuando de repente oigo una voz preguntarme en francés.—«*Es esta la aldea de Milosk.*»—Me vuelvo al instante y veo delante de mi á un extranjero... En lugar de contestarle le miré fijamente, y retrocedí dos pasos espantado.

—¿Por qué?

—Era muy alto, pálido y tenia la frente alta y descubierta... sus dos cejas no formaban mas que una sola... y parecian rayarle la frente con una lista negra...

—Con qué segun eso, era el mismo hombre, que se habia encontrado dos veces al lado de nuestro padre en la batalla?

—Sí, él era.

—Pero, Dagoberto—dijo Rosa pensativa—¿hace mucho tiempo que sucedieron esas batallas?

—Como unos diez y seis años.

—Y el extranjero que creías reconocer, qué edad tenia?

—Poco mas de treinta.

—Pues entonces, como quieres que fuera el mismo que se halló en la guerra hace diez y seis años con nuestro padre?

—Teneis razon—dijo Dagoberto despues de un momento de silencio y encogiéndose de hombros—sin duda me habria engañado la casualidad de una semejanza... Pero sin embargo...

—O si acaso era el mismo, era preciso que hubiese envejecido...

—Por qué no le preguntaste, si en otro tiempo habia socorrido á nuestro padre?

—No tuve tiempo: al principio me sobrecogí tanto, que no pensé en ello y despues permaneció tan poco tiempo, que no pude informarme de nada.

—Estais en la aldea de Milosk buen amigo—le dije—pero cómo sabeis que yo soy francés?

—«Os he oído cantar cuando pasaba—me respondió—podriais decirme donde vive Mma. Simon la muger del general?»

—Vive aqui, señor.

Me miró durante algunos instantes en silencio, y viendo que su visita me sorprendia un poco, me tendió la mano diciéndome:

—«Sois el amigo del general Simon, su mejor amigo?»

—Pero señor, cómo sabeis?.. (Juzgad de mi asombro hijas mias.)

—«Muchas veces me ha hablado de vos con interés.»

—¿Habeis visto al general?

—«Sí, hace mucho tiempo en la India: tambien yo soy su amigo: traigo noticias de él á su muger: he sabido que habitabais esta aldea. Llevadme á su presencia.»

—Qué viagero tan bueno!.. yo le amo ya—Dijo Rosa.

—Le rogué que me esperase un momento, pues queria prevenir á vuestra madre, para que no le dañase la sorpresa: cinco minutos despues entraba el viagero en casa de vuestra madre.

—Y cómo era ese viagero, Dagoberto?—Dijeron ambas á la vez.

—Era muy alto, llevaba una pelliça oscura; un gorro de pieles y largos cabellos negros, pero tenia el aire tan melancólico y triste, que á su vista se me oprimió el corazon.

—Pobre hombre! tendria sin duda algun pesar.

—Hacia algunos instantes que vuestra madre se hallaba sola con él, cuando me llamó para decirme que acababa de recibir buenas noticias del general. Estaba desecha en lágrimas y tenia delante de sí un gran paquete de papeles: era una especie de diario, que vuestro padre la escribia casi todas las noches, para consolarse, ya que no podia hablarla, confiando al papel todo lo que le hubiera dicho á ella.....

—¿Y dónde estan esos papeles Dagoberto?..—preguntó Blanca.

—Ahí, en mi morral, con mi cruz y vuestra bolsa: algun dia os lo diré; solamente he cogido algunas cuantas hojas, que vais á leer ahora mismo si quereis, y luego sabreis el motivo.

—Hacia mucho tiempo que nuestro padre estaba en la India?

—Segun lo poco que me dijo vuestra madre, el general habia ido á ese pais despues de haberse batido con los griegos contra los turcos, porque siempre le ha gustado ponerse de parte de los débiles. Cuando llegó á la India procuró hacer la guerra mas encarnizada á los ingleses... ellos habian asesinado á nuestros prisioneros en los pontones, y atormentado al emperador en Santa Elena: esta era

una nueva ocasion de venganza para vuestro padre, porque haciéndoles todo el mal posible, servia una buena causa.

—¿Y qué causa servia?..

—La de uno de esos príncipes indianos, cuyo territorio saquean continuamente los ingleses hasta el dia en que se apoderan de él, sin leyes ni derechos. En el espacio de pocos meses disciplinó los doce ó quince mil hombres de tropa que contaba aquel príncipe: en dos encuentros esterminaron á los ingleses, que no habian contado con vuestro valiente padre, hijas mias... pero esperad... algunas páginas de su diario os enterarán mejor que yo; ademas en ellas leereis un nombre que debéis retener siempre en la memoria, y aqui teneis la razon de por qué he escogido este pasage.

—Oh! qué dicha leer estas páginas escritas por la mano de nuestro padre; es lo mismo que oirlo—Dijo Rosa.

Y las dos jóvenes alargaron vivamente las manos, para coger los papeles que Dagoberto habia sacado del bolsillo.

Despues por un movimiento simultáneo, lleno de encantadora gracia, besaron á la vez en silencio el escrito de su padre.

—Tambien vereis hijas mias al fin de esta carta, porque me admiraba yo de que vuestro angel de guarda, como decís, se llamase Gabriel... Leed... leed...—añadió el soldado al notar el aire de sorpresa de las huérfanas.—Solamente debo deciros que cuando esto escribia el general, no habia encontrado aun al viagero portador de estos papeles.

Rosa sentada en su cama tomó los papeles, y comenzó á leer con voz dulce y conmovida.

Blanca apoyando la cabeza sobre el hombro de su hermana, seguia los renglones con la vista: veíase en el ligero movimiento de sus labios, que leia tambien pero mentalmente.





CAPÍTULO VIII.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DEL GENERAL SIMON.

Rivac (en las montañas de Ava) 20 de febrero de 1830.



CADA vez que añado algunas hojas á este diario, escrito actualmente en el centro de la India, á donde me ha arrojado una vida errante y pros- crita, diario ay! que acaso nunca llegará á tus manos, mi querida Eva, experimento una sensacion dulce y desagradable á un mismo tiempo, porque me consuelo imaginándome que te estoy hablando, y sin embargo, nunca son mis pesares mas amargos que cuando te hablo sin verte.

«Si algun dia llegan á tu poder estas páginas, tu generoso corazón latirá sin duda al leer el nombre del ser intrépido, á cuyo valor he debido hoy mismo la vida, á quien deberé quizás algun dia la dicha de volver á ver... á mi esposa y á mi hijo... ¿por que no es verdad que vive nuestro hijo? Es menester que yo lo crea... sin él, que seria de tí pobre muger... que seria de tí, en el rincon de tu horrible destierro?... ¡Angel querido!...

»debe tener ahora catorce años... Es hermoso? no es verdad?... se
»parece á tí... tiene como tú esos grandes ojos azules?... ¡Qué insen-
»sato soy!... Cuántas veces en este largo diario te he hecho esta loca
»pregunta... á la cual no puedes contestar... Cuántas veces... te la
»haré todavía!... Haz que nuestro hijo aprenda á pronunciar y á que-
»rer, el nombre algo bárbaro de *Djalma*.»

—*Djalma!*—dijo Rosa suspendiendo la lectura con los ojos arrasa-
dos en lágrimas.

—*Djalma!*—dijo Blanca también participando de la emoción de su
hermana.—Oh!... nunca olvidaremos este nombre.

—Y tendreis razón para no olvidarlo jamás hijas mías—dijo Dago-
berto—porque según parece es el nombre de un soldado famoso aun-
que muy joven.—Continúa Rosa.

Rosa prosiguió la lectura en estos términos:

«Ya te he contado en las hojas anteriores mi querida Eva, las dos
»grandes victorias que hemos ganado en este mes: las tropas de nues-
»tro amigo el príncipe indio, cada día mejor disciplinadas á la euro-
»pea, han hecho prodigios: hemos derrotado completamente á los
»ingleses y les hemos obligado á abandonar parte de este desgraciado
»pais, que habían invadido, faltando á todo derecho y que continúan
»asolando sin compasión: porque aquí guerra inglesa, significa trai-
»ción, pillage y asesinato. Esta mañana después de una penosa mar-
»cha por en medio de rocas y montañas, supimos por nuestros esplo-
»radores que el enemigo había recibido refuerzos y que se preparaba
»para tomar segunda vez la ofensiva: solo algunas leguas nos separa-
»ban de sus campamentos: era inevitable la batalla: mi amigo el vie-
»jo príncipe indiano, padre de mi salvador, me instaba por el com-
»bate: conduje las tropas al frente del enemigo, la batalla principió á
»las tres y ha sido sangrienta y encarnizada. Yo creí ver en los nues-
»tros un síntoma de indecisión y desaliento porque eran muy inferior-
»es en número, y los refuerzos de los ingleses se componían de tro-
»pas de refresco. Para animar á los soldados de mi amigo, me puse á
»la cabeza de una pequeña reserva de caballería y cargué con ella
»sobre los ingleses.

«El príncipe se colocó en el centro batiéndose con el valor ter-
»rible que acostumbra: su hijo *Djalma* que apenas cuenta diez-
»y ocho años, valiente como su padre, no me abandonó un mo-
»mento: en lo más reñido de la refriega fué herido mi caballo, ro-
»dando conmigo por un barranco y lastimándome al caer debajo
»del animal en términos de creer que tenía la pierna rota.»

—Pobre padre!—dijo Blanca.

—Afortunadamente por ahora no le sucederá nada peligroso gracias á Djalma... Ya ves Dagoberto—dijo Rosa—como yo me acuerdo perfectamente de este nombre.

Y continuó.

«Los ingleses creyeron que despues de haberme matado (idea muy satisfactoria para mí) obtendrian fácil reparacion del ejército del príncipe. Un oficial de cipayos y cinco ó seis de estos soldados irregulares, salteadores, cobardes y feroces, se arrojaron en el barranco cuando me vieron caer, movidos por el deseo de acabar conmigo... Nuestros montañeses en medio del fuego y del humo no habian reparado en mi caida, y por consiguiente, no podian venir en mi socorro; pero Djalma no me abandonaba; se lanzó al barranco en mi defensa y su fria intrepidez me salvó la vida; habia reservado los dos tiros de su carabina: con el uno mató al oficial y con el segundo atravesó el brazo á un cipayo, que ya me habia tirado un bayonetazo, hiriéndome la mano izquierda; pero tranquilizate mi querida Eva, esto no es nada... un rasguño.»

—Está herido... otra vez herido, Dios mio!—esclamó Blanca juntando sus manos é interrumpiendo á su hermana en la lectura.

—Tranquilizaos—dijo Dagoberto—eso habrá sido como dice el general, un simple rasguño; porque en otro tiempo á las heridas que no impedian continuar tomando parte en la batalla, las llamaba él, *heridas blancas*... No hay otro como él para esto de inventar palabras.

«Djalma viendome herido—continuó Rosa enjugándose los ojos—se sirvió de su pesada carabina como de una maza, é hizo retroceder á los soldados; pero en aquel momento un nuevo salteador oculto detrás de un cañaveral de bambúes, que dominaba el barranco, bajó la boca de su largo fusil, colocó el cañon entre dos ramas, y apuntando á Djalma disparó, recibiendo el valiente jóven un balazo en el pecho sin que mis gritos hubiesen podido advertirle el riesgo que corria. Al sentirse herido este valiente jóven, retrocedió involuntariamente dos pasos y cayó sobre una rodilla, pero procurando siempre formarme una muralla con su cuerpo... Ya puedes figurarte la rabia y la desesperacion que en aquel momento angustioso se apoderaron de mí... desgraciadamente mis esfuerzos para moverme estaban paralizados, por un dolor terrible que sentia en la pierna. Asi impotente y desarmado presencié durante algunos segundos, esta lucha desigual.»

« En tanto Djalma perdía mucha sangre: su brazo se debilitaba: »ya uno de los cipayos escitando á los demas con la voz, desen- »vainaba una especie de enorme y pesada podadera, que de un »solo golpe corta la cabeza de un hombre... cuando afortunada- »mente llegan doce de nuestros montañeses atraídos á aquel lu- »gar por el movimiento del combate. Djalma fue salvado á su vez, »y ayudándome á mí á salir de debajo del caballo, al cabo de »un cuarto de hora pude volver á montar. A pesar de tantas pér- »didas todavía ha quedado hoy por nosotros la victoria: mañana »daremos otra batalla que será decisiva, porque los fuegos del vi- »vac inglés se ven desde nuestras posiciones... Hé aquí, mi que- »rida Eva, como he debido la vida á este jóven, cuya herida por »fortuna no inspira gran cuidado, pues la bala no ha profundiza- »do, deslizándose á lo largo de las costillas. »



—Este valiente muchacho diría como el general, *herida blanca*— dijo Dagoberto.

« Ahora, adorada Eva—continuó Rosa leyendo—es menester que

»tú conozcas al menos por esta relacion, á este intrépido Djalma, que
»apenas tendrá unos diez y ocho años. Con sola una palabra te pin-
»taré exactamente el carácter de esta noble y valiente criatura:
»en este pais es muy comun ponerse sobrenombres; á los quince
»años llamaban á Djalma el *generoso*, generoso de corazón y de alma,
»renombre que por una costumbre del pais ha subido á su padre que
»es llamado hoy *padre del generoso*, y que podria llamarse con razon
»el *justo*, porque este anciano indio, es un modelo cumplido de
»lealtad caballerosa y de altiva independencia. Hubiera podido como
»tantos otros príncipes de este pais, someterse humildemente al
»inexorable despotismo inglés, rendir la soberanía de su pueblo y
»resignarse al imperio de la fuerza... El no ha obrado tan cobarde-
»mente.—«*Todo mi derecho ó la tumba en medio de estas montañas que*
»*me han visto nacer.*»—Tal es su divisa y no por baladronada, sino
»por el convencimiento de que la justicia y la rectitud le trazaban es-
»ta senda de conducta.—«*Pero en fin, sereis vencido y perecereis en*
»*la lucha.*»—le he dicho yo alguna vez. Y su contestacion ha sido la
»siguiente.—«*Amigo mio; que hariais si para forzaros á una accion*
»*vergonzosa os digesen, cede ó muere?*»—Desde que yo le oi esta res-
»puesta le comprendí, y me he consagrado en cuerpo y alma á de-
»fender esta causa sagrada siempre, del débil contra el poderoso.

«Ya ves mi querida Eva, que Djalma se muestra digno de tal pa-
»dre. Este jóven indio es de una valentía tan heroica, tan impá-
»vida que combate como pudiera combatir un griego del tiempo de
»Leonidas; él se arroja á la pelea con el pecho descubierto, mientras
»que los soldados del pais que habitualmente llevan los brazos, las es-
»paldas y el pecho desnudos se visten para los combates con un grue-
»so casacon que les resguarda algun tanto. La terrible intrepidez de
»este jóven me ha recordado al rey de Nápoles (Murat) de quien tan-
»to te he hablado, y á quien he visto cien veces á nuestra cabeza en
»las cargas mas peligrosas, sin mas armas que un látigo en la mano.»

—Este es uno de esos con quienes el emperador se divertia en hacer
jugar á lo monarca—dijo Dagoberto.—Yo me acuerdo de haber visto
un oficial prusiano prisionero, á quien ese furioso rey de Nápoles,
habia ensangrentado la cara con un latigazo; conservaba aun la se-
ñal de un color entre azul y amoratado. El prusiano decia jurando,
que estaba deshonorado, que hubiera preferido un sablazo... Ya lo
creo... El diablo del monarca no conocia mas que una cosa, *marchar*
derecho al cañon. En cuanto oia algun cañonazo, hubiérase dicho
que lo llamaban á voces y por todos sus nombres segun la prisa que
se daba á llegar gritando. *Aquí está...* Y si os hablo tanto de él hi-

jas mias es porque él repetía muchas veces: *Nadie romperá un cuadro que el general Simon ó yo, no hayamos podido romper.*

Rosa continuó leyendo.

«He notado con sentimiento que Djalma, á pesar de su tierna edad, tiene frecuentes accesos de profunda melancolía. Algunas veces he sorprendido entre su padre y él, estrañas y singulares miradas... A pesar de las íntimas relaciones que con ellos me unen, creo que ambos me ocultan algun triste secreto de familia, segun he podido deducir, por algunas palabras escapadas á uno y á otro: indudablemente produce esta tristeza un acontecimiento estraordinario, al cual su imaginacion naturalmente viva y exaltada, habrá dado un carácter sobre natural.

«En cuanto á lo demas, bien sabes amiga mia, que nosotros hemos perdido el derecho de burlarnos de la credulidad de los otros... Yo despues de la campaña de Francia, en la cual me sucedió aquella estraña aventura, que todavía no he podido esplicarme.....»

—Es la de ese hombre que se arrojó á la boca del cañon....—dijo Dagoberto.

«Tú—dijo la jóven continuando la lectura—tú mi querida Eva desde que recibiste la visita de aquella muger jóven y bella, que tu madre... decia haber visto tambien en casa de su madre... cuarenta años antes.....»

Las huérfanas miraron al soldado con asombro.

—Vuestra madre jamás me habia hablado de este suceso, ni el general tampoco me dijo una palabra... Hijas mias, esto es para mí tan sorprendente como para vosotras.

Rosa volvió á seguir su lectura con una emocion y curiosidad, que progresivamente se aumentaban.

«Ademas mi querida Eva, sucede frecuentemente que las cosas que mas estraordinarias aparecen, suelen esplicarse naturalmente por un acontecimiento casual, por una semejanza ó por un juego de la naturaleza. Generalmente el parecer maravilloso un objeto, no consiste en otra causa, que en una ilusion de optica, ó en las creaciones de una imaginacion afectada: de este modo sucede que cuando llega el momento en que aquello que nos parecia lo mas sobrenatural ó sobrehumano se descubre, se vé que es el suceso mas comun y mas natural del mundo. Esta es la razon porque yo no dudo, que lo que nosotros llamábamos *nuestros prodigios* no tenga tarde ó temprano un desenlace trivial.»

—Ya lo veis hijas, lo que mas maravilloso se presenta á primera

vista... es en el fondo... muy sencillo; pero esta última circunstancia no impide que durante mucho tiempo llegue á comprenderse nada.

—Puesto que nuestro padre lo dice, nosotros debemos creerlo y no admirarnos de nada. No es esto una verdad, hermana mia?

—Así es, porque algun dia llegará la esplicacion de todo.

—Voy á poneros un ejemplo—dijo Dagoberto, despues de haber reflexionado un momento.—Vosotras os pareceis tanto, que cualquiera que no tuviese la costumbre de veros todos los dias, facilmente os equivocaria tomando la una por la otra... Pues bien! si no se supiera que erais dos, cuántos casos de asombro no se presentarían! Bien seguro es que diria alguno, que el diablo andaba en el asunto, tratándose de dos ángeles tan hermosos como sois vosotras.

—Tienes razon Dagoberto. Así se esplican muchas cosas que parecen sobrenaturales, como lo dice nuestro padre.

Y Rosa continuó leyendo.

«Debo añadir, mi tierna Eva, que he sabido, no sin orgullo, »que Djalma tiene sangre francesa en sus venas. Su padre se casó »hace muchos años con una jóven, cuya familia de origen francés, »hallábase establecida desde hace mucho tiempo en Batavia, en »la isla de Java: esta semejanza de situacion, entre un anciano »amigo y yo, ha aumentado considerablemente mis simpatías há- »cia él, porque tambien tu familia Eva mia, era francesa de ori- »gen y estaba hacia mucho tiempo establecida en pais extranjero: »desgraciadamente el pobre príncipe, ha perdido hace muchos »años á esa muger que adoraba con todo su corazon.

«¿Crearás Eva, mi querida Eva, que tiembla mi mano al escri- »bir estas palabras?.. Yo soy débil, soy loco... pero ay! mi corazon »se oprime y se despedaza... ¡Si me sucediera una desgracia tan ter- »rible! Oh! Dios mio, Dios mio, ¿qué seria entonces de nuestro hi- »jo?.. que seria de él sin tí, sin mí?.. en ese pais bárbaro?.. pero »no, no!.. este es un temor insensato... y sin embargo, qué tor- »mento tan horrible es la incertidumbre!.. Porque en fin... ¿dónde »estás tú?.. ¿qué haces?.. en que estado te encuentras?.. Perdóna- »me, querida; perdóname estos lúgubres pensamientos... que me »dominan frecuentemente, á pesar mio... Momentos funestos..... »horrorosos... Y cuando al fin ellos me dejan libres, yo me digo »á mí mismo...—Estoy proscripto, soy desgraciado, pero al menos »allí, en el otro extremo del mundo, hay dos corazones que laten por »mí; el tuyo Eva mia, y el de nuestro hijo.»

Rosa casi no pudo acabar las últimas palabras; ya hacia algunos instantes, que los sollozos comenzaban á interrumpir su voz.

Habia en efecto una dolorosa relacion, entre los temores del general Simon y la triste realidad de los sucesos; y ademas qué cosa mas interesante puede haber que esas confianzas del corazon, escritas en la noche de una batalla á la luz de los fuegos del campamento, por un soldado que trata de engañar de esta manera el pesar de una larga separacion, que él mismo ignora entonces si habrá de ser eterna.

—Pobre general!.. Todavía no sabe nuestra desgracia—dijo Dagoberto despues de un breve silencio.—Pero ignora tambien, que en lugar de un hijo tiene dos... al menos esto seria un consuelo para él... Blanca continuad vos leyendo, porque temo que se fatigue demasiado vuestra hermana... está muy conmovida... y ademas es muy justo que las dos participeis del placer y de la pena, que para vosotras puede tener esta lectura.

Blanca tomó de la mano de su hermana los papeles y Rosa enjugándose las lágrimas, apoyó á su vez su linda cabeza, sobre el hombro de Blanca. Esta continuó.

«Ahora mi querida Eva, me encuentro algo mas tranquilo. He dejado de escribir un momento y he logrado ahuyentar de mí aquellas tristes ideas: volvamos á enlazar nuestra conversacion.

«Despues de haberte hablado tan estensamente de la India, te hablaré un poco de la Europa. Ayer noche uno de los nuestros que se hallaba ausente de este pais, hombre muy seguro, ha podido llegar á nuestros puestos avanzados atravesando el campo enemigo: me traia una carta de Francia llegada á Calcuta; en fin, tengo noticias de mi padre y ha cesado la ansiedad en que estaba, por no saber nada él. En esta carta fechada en el mes de agosto del año pasado, me habla de muchas otras que se han estraviado sin duda, porque yo no he recibido ninguna hace dos años, lo que me tenia en una inquietud mortal. ¡Escelente padre! Siempre el mismo: los años no le han debilitado segun me dice: su carácter es tan enérgico y su salud tan robusta, como lo fue en su juventud. Siempre artesano y siempre gloriándose de serlo: siempre fiel á sus austeras ideas republicanas, y siempre esperando mucho...

«Porque, dice, *la época se aproxima*, y subraya estas palabras... tambien me dá como verás, buenas noticias de la familia de nuestro viejo Dagoberto... de nuestro amigo... te aseguro mi querida Eva, que mi pesar es menos amargo cuando recuerdo que este hombre escelente se halla á tu lado... yo le conozco muy bien... él te habrá acompañado en tu destierro... Qué corazon

»de oro... bajo su ruda corteza de soldado... ¡Cuánto amaré á nuestro hijo!...»

Así Dagoberto tosió dos ó tres veces, se inclinó hácia el suelo y aparentó buscar en él su pañuelo de cuadros encarnados y azules, que tenia sobre la rodilla.

Así permaneció algunos momentos: cuando se levantó se enjugó sus bigotes.

—Qué bien te conoce nuestro padre!...

—Cómo ha adivinado él lo mucho que nos quieres!...

—Bien, bien, hijas mias, dejemos eso... sigamos adelante en la lectura, para ver lo que dice el general de mi pequeño Agricol y de Gabriel, el hijo adoptivo de mi muger... Pobre muger... cuando pienso que dentro de tres meses quizás... vamos hijas, leed, leed—añadió el soldado queriendo contener su emocion.

Blanca siguió leyendo.

«Yo abrigo siempre la esperanza, mi querida Eva, de que algún dia lleguen á tu poder estos papeles, y quiero por lo tanto escribirte todo lo que pueda interesar tambien á Dagoberto: será para él un consuelo recibir noticias de su familia. Mi padre que continúa siendo gefe en la herreria del señor Hardy, me dice que este hombre honrado ha recibido en su casa al hijo de nuestro viejo Dagoberto. Agricol trabaja bajo la direccion de mi padre en el taller, y segun me dice, es un muchacho fuerte y vigoroso, que maneja como una pluma el pesado martillo de hierro: tan alegre como laborioso, es el mejor oficial que hay en el establecimiento, lo que no le impide por las noches, después de su trabajo cuando vuelve al lado de su madre, á quien adora, componer canciones y versos patrióticos que no carecen de mérito. Su poesia está llena de vigor y de sublimidad... no se canta otra cosa en la herreria, y estos versos encienden hasta los corazones mas frios y mas cobardes.»

—Qué orgulloso debes estar, Dagoberto, con un hijo que hace canciones!—le dijo Rosa con admiracion.

—Es verdad; eso solo basta para que un hombre cobre orgullo, pero lo que me lisonjea mas que todo, es que sea bueno para su madre y que maneje tan bien el martillo... En cuanto á las canciones, antes que haya hecho el *despertamiento del pueblo* y la *Marsellesa*... habrá machacado primorosamente el hierro... pero eso es igual... En dónde ese demonio de Agricol, habrá aprendido á hacer canciones?... sin duda en la escuela, á donde iba como vais á saber, con Gabriel su hermano adoptivo...

El nombre de Gabriel, que les recordaba el ser ideal que designaban las dos huérfanas, con el título de angel de su guarda, despertó vivamente su curiosidad.

Blanca redobló la atención, continuando de este modo.

»El hermano adoptivo de Agricol, ese pobre niño abandonado, que la muger de nuestro buen Dagoberto tan generosamente recogió, presenta, me dice mi padre, un contraste admirable con Agricol, no por las cualidades del corazón, porque ambos lo tienen excelente, sino porque todo lo que Agricol tiene de vivo, activo y alegre, lo tiene Gabriel de melancólico y de meditabundo: por lo demás, añadió mi padre, cada uno de ellos tiene, por decirlo así, la figura de su carácter. Agricol es moreno, alto y robusto... el aire alegre y atrevido; Gabriel por el contrario, es delgado, rubio, lívido como una doncella, y su fisonomía tiene una expresión de dulzura angelical...»

Las huérfanas se miraron sorprendidas, y luego volviendo Rosa sus ojos inocentes hacia el soldado, le dijo:

—Has oído Dagoberto? Nuestro padre dice que tu Gabriel es rubio, y que tiene una figura de angel... enteramente lo mismo que el nuestro...

—Sí, sí, ya lo he oído; y he ahí por que me ha sorprendido mas vuestro sueño, cuando me lo habeis contado...

—Yo quisiera saber si tiene también ojos azules?—dijo Rosa.

—En cuanto á eso, hijas mías, aunque el general nada me ha dicho, casi me atrevería á responder que sí. Generalmente los rubios tienen los ojos azules; pero que sean azules ó sean negros, yo os aseguro que poco servirán siempre para mirar á las jóvenes... continuad la lectura; vais á saber por qué...

Blanca prosiguió:

«La fisonomía de Gabriel tiene una expresión de dulzura angelical. Uno de los hermanos de las escuelas cristianas, á donde iba también con Agricol y con otros hermanos de su barrio, encantado de su talento y bondad, ha hablado en su favor á un protector, que se halla en una posición social muy elevada. Este le ha proporcionado una plaza en el seminario: dos años hace que Gabriel es sacerdote; se halla ya destinado á formar parte de las misiones extranjeras, y pronto debe partir para la América...»

—Tu Gabriel es sacerdote?...—dijo Rosa mirando á Dagoberto.

—Y el nuestro es un angel!—añadió Blanca.

—Eso prueba que el vuestro tiene un grado mas que el mio. Es igual, cada uno su gusto. Preciso es que haya gente para todo...

Yo prefiero que sea Gabriel el que haya elegido la ropa negra... Quiero ver mejor á mi hijo con los brazos desnudos, un martillo en la mano y un mandil de cuero ceñido al cuerpo, ni mas ni menos que vuestro abuelo, hijas mias, ó lo que es lo mismo, el padre del gran mariscal Simon, duque de Ligny; porque despues de todo, el general es duque y mariscal, por la gracia del emperador... Ea... vamos á continuar la lectura.

—Sí, sí,—dijo Blanca—no quedan ya mas que algunas líneas, y prosiguió.

«Así, pues, mi querida y tierna Eva, si llegas á recibir este día, podrás tranquilizar á Dagoberto sobre el buen estado de su muger y de su hijo, á quien ha abandonado por nosotros. Cómo podremos pagarle nunca, semejante sacrificio?.... Pero estoy tranquilo, porque tu corazon bueno y generoso, habrá sabido indemnizarle...

«Adios, adios, otra vez por hoy, mi querida Eva. Durante un instante he interrumpido este diario para ir hasta la tienda de Djalma, á saber el estado de su herida. Estaba durmiendo tranquilamente: su padre estaba á su lado velándolo cuidadosamente: una señal suya me tranquilizó. El intrépido jóven no corre ya ningun peligro. ¡Ojalá que el combate de mañana no le cause tampoco ningun daño.

«Adios, mi tierna Eva: la noche está tranquila y silenciosa: las hogueras del vivac van poco á poco estinguiéndose; nuestros pobres montañeses duermen pacíficamente, descansando del combate del día: solo oigo de hora en hora, el grito lejano de nuestros centinelas... Estas palabras extranjeras me entristecen, porque me recuerdan lo que olvido muchas veces en tanto que te escribo... que estoy en un extremo del mundo separado de ti... y de mi hijo!... pobres seres queridos... Cuál és... cuál será vuestra suerte?... Ay! Si por lo menos pudiera yo enviaros á tiempo esta medalla que una casualidad, me ha hecho traer desde Varsovia... acaso podrias ir á Francia, ó por lo menos enviar allá á tu hijo con Dagoberto!... porque ya sabes de cuanta importancia... pero á qué añadir este nuevo pesar á tantos como sufrimos?... Desgraciadamente los años se pasan... el día fijado llegará, y esta última esperanza en que por vosotros vivo, quedará tambien desvanecida... pero no concluiré este diario con un pensamiento triste!... Adios, mi adorada Eva! estrecha contra tu corazon á nuestro hijo y cúbrele con todos los infinitos besos, que yo os envío á los dos, desde el fondo de este destierro.

«Hasta mañana despues de la batalla.»

.

A esta interesante lectura, sucedió un largo rato de silencio. Las lágrimas de Rosa y de Blanca corrieron lentamente.

Dagoberto con la frente apoyada en su mano estaba tambien dolorosamente absorto y meditabundo.

Fuera, el viento silvaba con violencia: una lluvia de gruesas gotas azotaba los vidrios, y el mas profundo silencio reinaba en toda la posada.

Mientras que las hijas del general Simon leían con tan tierna emocion los fragmentos del diario de su padre, una escena misteriosa y estraña, pasaba en el interior de la leonera del domador de fieras.





CAPÍTULO IX.

LAS JAULAS.



OROK acababa de armarse: habíase puesto por encima de su vestido de piel de gamo, su cota de malla tejida de acero flexible como la tela y dura como el diamante; cubrió en seguida sus brazos, piernas y pies, con una armadura completa de hierro, y ocultando estos arreos defensivos, con un ancho pantalón y un capote de pieles abotonado hasta arriba, cojió del braserillo una larga

vara de hierro ardiendo, con mango de madera.

El tigre *Cain*, el león *Judas* y la pantera negra la *Muerte*, aunque domados hacia ya mucho tiempo por la destreza y la sagacidad del Profeta, habían intentado mas de una vez en un acceso de rebelion, ensayar en él sus dientes y sus garras; pero gracias á la armadura oculta bajo su capote y pantalon, los dientes se habían embotado en una epidermis de acero, y las uñas se habían me-

lado en brazos y piernas de hierro, en tanto que un ligero golpe de aquella varita metálica, hacía humear y arrugarse sus pieles heridas, rayándolas con una quemadura profunda.

Conociendo la inutilidad de sus mordeduras, estos animales dotados de una gran memoria, se convencieron de que en lo sucesivo hincarian siempre en vano sus garras y sus quijadas, sobre un ser invulnerable.

Su tímida sumision se completó de tal modo, que en los ejercicios públicos, su amo al menor movimiento de una varita cubierta de papel de color de fuego, los hacía arrastrarse y tenderse espantados humildemente á sus pies.

Armado el Profeta de la manera que hemos dicho, y llevando en la mano el hierro calentado por Goliath, bajó por la escalera que estaba colocada en la abertura del suelo del desvan, que se extendía encima del espacioso soportal en donde estaban las jaulas de las fieras. Un ligero tabique separaba este soportal de la cuadra de los caballos de Morok.

Un farol de reverbero despedía una viva luz, que se reflejaba sobre las jaulas.

Eran cuatro.

Un enrejado de hierro bastante claro, guarnecía sus caras laterales. De un lado, esta reja giraba por medio de goznes como una puerta, á fin de dejar paso á la fiera que encerraba: el suelo de la jaula era de tablas y descansaba sobre dos ejes y cuatro ruedas de hierro, por cuyo medio las arrastraban fácilmente hasta el gran carretón cubierto en que se las colocaba durante los viages. Una de ellas estaba vacía; las otras tres, encerraban, como ya sabemos, una pantera, un tigre y un león.

La pantera originaria de Java, parecía merecer exactamente por su aspecto siniestro y feroz, este nombre lúgubre: *la Muerte*.

Enteramente negra, estaba en el momento á que nos referimos, agazapada y recogida sobre sí misma en el fondo de su jaula: el color de su piel se confundía con la oscuridad que la rodeaba: apenas se distinguía su cuerpo, y se veían solamente en la sombra dos luces ardientes y fijas... dos anchas pupilas de un amarillo fosfórico que no se encendían, por decirlo así, sino de noche; porque toda esta raza de animales no tiene la completa brillantez de su vista, sino durante el reinado de las tinieblas.

El Profeta había entrado silenciosamente en la caballeriza: el rojo sombrío de su capote contrastaba con el rubio claro de su cabellera lacia y de su larga barba: el farol colgado á bastante altura, ilumina-

naba perfectamente á este siniestro personaje, y la crudeza de la luz opuesta á la dureza de las sombras, hacia resaltar mas y mas las estrañas facciones de su rostro huesudo y feroz.

Aproximóse lentamente á la jaula.



El círculo blanco que rodeaba su rojiza pupila, pareció dilatarse: su ojo luchaba en vivacidad y en fijeza, con el ojo reluciente de la pantera.....

Acurrucada siempre en la sombra, comenzaba á sufrir el efecto de la mirada fascinadora de su amo: dos ó tres veces juntó bruscamente sus pestañas, lanzando al mismo tiempo un sordo rugido de cólera; pero volviendo á abrir sus ojos inmediatamente y como á pesar suyo, forzosamente venian á clavarse otra vez sobre los del Profeta.

Entonces las redondas orejas de la *Muerte*, se estiraron hácia atrás, pegándose á su cráneo chato como el de una vívora: arrugóse convulsivamente la piel de su frente: su hocico erizado con largos y derechos pelos se contrajo, y por dos veces abrió silenciosamente sus mandíbulas armadas de formidables colmillos.

Desde este momento pareció entablarse una relacion magnética, entre las miradas del hombre y de la fiera.

El Profeta estendió hácia la jaula su vara de hierro y dijo con voz breve é imperiosa.

—Aquí, *la Muerte!*...

La pantera se levantó; pero se aplastó de tal manera, que su vientre y sus codos casi rozaban el suelo de la jaula. Tenia unos tres pies de alto y cerca de cinco de largo: su espinazo era elástico y carnudo; sus corbejones tan caidos y tan abultados como los de un caballo de fatiga: su pecho profundo, sus hombros enormes y salientes, sus patas nerviosas y gordas; todo en fin, anunciaba que este terrible animal juntaba el vigor á la ligereza y la fuerza á la agilidad.

Morok con su varita de hierro, siempre estendida hácia la jaula de la pantera, dió un paso para acercarse á ella...

La pantera dió tambien otro hácia el Profeta...

Este se paró.

La Muerte se paró igualmente.

En este momento el tigre *Judas*, al cual Morok se hallaba volviendo las espaldas, dió un violento salto en su jaula, como si estuviese celoso de la predileccion que dispensaba su amo á la pantera; lanzó un rugido ronco al mismo tiempo, y levantando su cabeza descubrió la parte inferior de su terrible quijada triangular y su ancho pecho blanco algo sucio, en donde venian á perderse las tintas doradas de su piel roja rayada de negro: su cola semejante á una gruesa serpiente, roja tambien y con anillos de ebano, tan pronto se pegaba á sus hijares, como los azotaba con un movimiento lento y acompasado; sus ojos de un verde trasparente y luminoso es'aban fijos sobre el Profeta.

Era tal la influencia que este hombre ejercia sobre aquellos animales, que el tigre cesó de gruñir casi de repente, como si se hubiera espantado de la temeridad que acababa de cometer; sin embargo, su respiracion siguió siendo fuerte y abrasadora.

Morok se volvió hácia él y por espacio de algunos momentos, le examinó con la mayor atencion.

La pantera viéndose ya libre de la influencia de la mirada de su amo, volvió á acurrucarse como antes, en el rincón mas oscuro de la jaula.

Entretanto como se oyese en la jaula del león un crujido rechinante y seco, como el que hacen los animales corpulentos, cuando se rozan con algun cuerpo duro, *Cain* se atrajo al momento toda la atencion del Profeta, que dejando al tigre dió un paso hácia la otra jaula.

Véase solo del leon las ancas monstruosas de un color rojo amarillento: sus piernas estaban dobladas debajo de su cuerpo: su espesa y larga melena, ocultaba enteramente su cabeza, y en la tension y estremecimiento de los músculos de sus riñones y en la hinchazon de sus vértebras, se adivinaba fácilmente que hacia violentos esfuerzos con su cola y sus manos.

Inquieto el Profeta al ver aquellas señales, se acercó á la jaula temiendo, que á pesar de su órdenes, hubiese dado Goliat al leon algun hueso que roer... Para cerciorarse de esta sospecha, dijo con voz firme é imperiosa.—*Cain* !!..

Cain no mudó de postura.

—Aquí... *Cain*!..

Añadió Morok con voz mas fuerte.

Inútil llamamiento: el leon no se movió.

—*Cain*... Aquí!..—dijo por tercera vez el Profeta; y al pronunciar estas palabras, apoyó la punta de su vara de hierro ardiendo, sobre la cadera del leon.

Apenas una ligera cinta de humo corrió sobre la piel rojiza de *Cain*, cuando volviéndose con increíble rapidez, se precipitó sobre la reja no arrastrándose ni andando, sino de un salto veloz, y poniéndose en pie erguido, soberbio y orgulloso.

Como el Profeta se hallaba colocado en el ángulo exterior de la jaula, *Cain* en su furor se dirigió de perfil, para poder de esta manera hacer frente á su amo, apoyando su ancho hijar sobre las barras de la reja, por entre las cuales, pasó hasta el codo su enorme brazo, de músculos hinchados y tan gruesos por lo menos, como el muslo de Goliat.

—*Cain*... abajo!..

Dijo el Profeta aproximándose vivamente á los hierros.

El leon no obedeció tampoco... sus labios arremangados y comprimidos por la cólera, dejaban ver los dientes de sus quijadas tan anchos, tan largos y tan agudos, como los colmillos del jabalí.

Morok tocó ligeramente con la punta de su hierro encendido los labios de *Cain*... Al sentir esta sensible quemadura, seguida de un llamamiento imprevisto de su amo, el leon sin atreverse á rugir, gruñó sordamente y cayó agoviado sobre sí mismo, colocándose en una postura llena de sumision y de temor.

El Profeta descolgó el farol, á fin de examinar lo que *Cain* roía: era una de las maderas del suelo de su jaula, que habia logrado arrancar y que pulverizaba entre sus dientes, como para entrete-
tener el hambre.

Durante algunos momentos reinó en la leonera el mas profundo silencio.

El Profeta con las manos detrás de la espalda pasaba de una jaula á otra, observando á los animales con una mirada inquieta y escudriñadora, como si vacilara el hacer entre ellos una elección importante y dificil.

De vez en cuando aplicaba el oído, parándose por delante de la gran puerta que daba al soportal de la posada, aplicando en ella el oído.

Por fin abrióse esta puerta y se presentó Goliat: su ropa chorreaba agua.

—Has hecho eso?...—le preguntó el Profeta.

—No sin trabajo..... pero afortunadamente la noche está oscura, hace mucho viento y llueve á cántaros.

—¿Han sospechado algo?...

—Nada señor..... vuestras señas eran exactas. La puerta de la bodega sale al campo, precisamente debajo de la ventana del cuarto de las niñas. Cuando silvasteis para decirme que era tiempo, salí con el caballete que á propósito habia llevado; lo apoyé en la pared, me subí encima y con el auxilio de mis seis pies, pude alcanzar á la ventana: con una mano cogí la persiana, con la otra el mango de mi cuchillo, y al mismo tiempo que rompí dos cristales, empujé violentamente la persiana con todas mis fuerzas.

—Y creerian que era el viento?...

—Creyeron que era el viento..... Ya veis que el bruto no es tan bruto.... dado el golpe volví á entrar con mi caballete por la puerta de la bodega..... Al cabo de algun tiempo oí la voz del viejo..... Que bien hice yo en andar de prisa.

—Sí; cuando yo te silvé acababa de entrar en el comedor, y creí que tardaria mas tiempo en cenar..

—Ese hombre no ha nacido para estarse mucho tiempo cenando—dijo el gigante con desprecio.—Pocos momentos despues que rompí los vidrios, el viejo abrió la ventana y llamó á su perro diciéndole: salta.... En seguida, de un brinco me puse en el otro lado de la bodega, porque sino hubiera tomado esta precaucion, el maldito perro me hubiera olfateado detrás de la puerta.

—El perro está ya encerrado en la cuadra donde tiene el viejo su caballo..... Continúa.

—Cuando oí cerrar la ventana y la persiana, salí otra vez de la bodega, coloqué de nuevo el caballete y me subí como antes en él; quité suavemente el pestillo de la persiana y le abrí; pero

me encontré con que los dos agujeros de los vidrios rotos estaban cubiertos con un capote; sentí hablar dentro de la habitación, pero nada veía: entonces separé un poco la capa y vi... á las dos niñas acostadas en su lecho con la cara hácia mí, y al viejo sentado á su cabecera volviéndome la espalda.

—Y su morral?... porque esto es lo que importo.

—Su morral estaba muy cerca de la ventana, colocado sobre una mesa inmediata á la luz... Alargando un poco mi brazo casi hubiera podido tocarlo.....

—Y que es lo que oiste de su conversacion?...

—Como me habiais encargado que solo pensara en el morral, no me acuerdo mas que del morral; el viejo dijo que dentro de él estaban sus papeles, las cartas de un general, su dinero y su cruz.

—Bueno... Y luego?

—Como me costaba mucho trabajo sostener el capote que tapaba los agujeros de los vidrios, se me escapó de la mano..... quise volver á cogerle, alargué el brazo demasiado y una de las niñas..... lo vió sin duda, porque al momento dió un grito señalando á la ventana.

—Miserable!... Todo se ha perdido...—esclamó el Profeta poniéndose pálido de cólera.

—Escuchad aun..... No se ha perdido nada. Cuando oí gritar salté de mi caballete y me escondí otra vez en la bodega. Como el perro ya no estaba allí, no tuve inconveniente en dejar la puerta entornada; oí abrirse la ventana y ví la luz que el viejo sacaba fuera; miró con mucho cuidado para ver si descubria alguna escala, porque la ventana estaba demasiado alta, para que un hombre de estatura comun pudiera alcanzar á ella.

—Acaso pensaria que era el viento... como la primera vez... Has sido menos torpe de lo que creí.

—Como vos habeis dicho, el lobo se ha hecho zorro..... Despues que supe donde estaba el morral, el dinero y los papeles, no ocurriéndoseme hacer otra cosa mejor por el momento... me volví por donde habia venido..... y aquí me teneis.

—Sube, y traeme la pica de fresno..... la mas larga.....

—Está bien, señor.

—Y el capote de paño encarnado.

—Bien, señor.

—Anda pronto.

Goliath subió por la escalera de mano y al llegar á la mitad se detuvo diciendo:

—Señor..... queréis que baje..... un pedazo de carne para la Muerte?... Mirad que va á guardarme rencor... creará que yo tengo la culpa..... y como nada olvida..... á la primera ocasion....

—La pica y el capote!...

Dijo el Profeta con imperio.

Mientras que Goliath, murmurando entre dientes ejecutaba las órdenes de Morok, entreabrió esta la puerta del soportal, y miró hácia el patio escuchando con atencion.

—Aquí está la pica de fresno y el capote.

Dijo el gigante bajando nuevamente la escalera con ambos objetos en la mano.

—Qué tengo que hacer ahora?

—Vuelvete á la bodega: coge de nuevo el caballete, ponlo cerca de la ventana y cuando el viejo salga precipitadamente del cuarto...

—Quién le hará salir de esa manera?

—Saldrá..... que te importa lo demas?

—Y despues?

—No has dicho que el belon está cerca de la ventana?

—Muy cerca; sobre la mesa, al lado del morral.

—Cuando el viejo salga del cuarto, enpujas la ventana, haces caer la luz, y si ejecutas pronto y diestramente lo demas... cuenta con los diez florines.....Te acuerdas bien de todo?...

—Sí señor, sí.

—Las niñas se asustarán tanto con la oscuridad y el ruido, que se quedarán mudas de terror.

—Estad tranquilo..... el lobo se ha hecho zorro, y si es preciso tambien se hará serpiente.

—No es eso todo.

—Qué mas hay?

—El techo de este soportal no está muy alto... la ventana del desvan es de fácil subida..... la noche está oscura... en lugar de entrar por la puerta.....

—Ya comprendo..... entraré por la ventana.

—Y sin hacer ruido.

—Como una verdadera serpiente.

Y el gigante salió.

—Sí!—se dijo el Profeta despues de haber guardado silencio por un rato—los medios no hay duda que son seguros..... Yo no he debido vacilar ni un solo instante... Ciego y oscuro instrumento..... ignoro los motivos de las órdenes que he recibido... pero segun las recomendaciones que las acompañan... segun la posicion de

que me las ha transmitido..... es indudable que se trata de intereses inmensos... intereses!...—dijo despues de otro momento de silencio—intereses que corresponden á lo que hay de mas grande..... y de mas elevado en este mundo!!..... Pero cómo estas dos niñas, casi mendigas, y ese soldado miserable, pueden representar tales intereses?... No importa—añadió con humildad.— Yo soy el brazo que obra..... la cabeza que piensa y manda..... es la que debe responder de las obras.

En seguida el Profeta salió del soportal, llevando su capote colorado, y se dirigió á la pequeña cuadra de *Jovial*.

La puerta estaba cerrada apenas con un mal picaporte.

Al ver á un desconocido, *Mal-genio* que se hallaba allí encerrado, se arrojó sobre él; pero sus dientes se encontraron unas piernas de hierro, y el Profeta á pesar de las mordeduras del perro, cogió al caballo del ramal, le echó su capote sobre la cabeza para que no viera ni sintiera, y sacándolo fuera de su establo le hizo entrar en el interior de la leonera, cuya puerta cerró.





CAPÍTULO X.

LA SORPRESA.



DESPUES de haber leído las huérfanas el diario de su padre, permanecieron en silencio por algun rato, tristes y pensativas contemplando aquellas hojas de papel, que el tiempo habia puesto amarillentas.

Dagoberto absorto tambien en sus meditaciones, pensaba en su hijo y en su muger, de quienes estaba separado hacia ya largo tiempo y á quienes esperaba volver á ver muy pronto.

El soldado fué el primero que rompió aquel silencio: tomó las hojas de manos de Blanca, las dobló cuidadosamente, las guardó en su bolsillo y dijo á las huérfanas:

—Vamos, valor, hijas mias, valor. Ya veis que padre tan valiente os ha concedido el cielo; pensad ahora solamente en el placer de abrazarlo y acordaos siempre del nombre del digno jóven á quien debereis este placer, porque sino hubiera sido por él, nuestro padre hubiera muerto en la India.

—Se llamaba Djalma..... no lo olvidaremos nunca—dijo Rosa.

—Y si nuestro angel de la guarda vuelve otra vez á visitarnos—

añadió Blanca—le pediremos que vele tambien sobre Djalma, como nos ha dicho que velará sobre nosotras...

—Muy bien, hijas mías, muy bien: estoy completamente seguro de que no lo olvidareis.... Pero volviendo á hablaros del viagero que vino á buscar á vuestra pobre madre en el fondo de la Siberia, debeis saber que él habia visto al general un mes despues de pasados los hechos que acabais de leer, y en el momento mismo en que iba á comenzar otra nueva campaña contra los ingleses..... entonces fue cuando vuestro padre le confió estos papeles y la medalla.

—Pero, de qué nos servirá esta medalla, Dagoberto?

—Y qué significan estas palabras grabadas encima?—preguntó Rosa sacando la medalla de su seno.



—Esto significa hijas mías, que es preciso que el 13 de febrero de 1832, estemos en París, calle de San Francisco, número 3.

—Y por qué?...

—Vuestra pobre madre fue tan repentinamente arrebatada por la enfermedad, que no ha podido decirmelo: todo lo que sé, es que esa medalla procedia de sus antepasados, y que era hacia mas de cien años, mirada por la familia como una preciosa reliquia.

—Y como estaba en poder de nuestro padre?

—Entre los objetos que se pusieron precipitadamente en el equipage del general, cuando fue arrancado de Varsovia, se deslizó inadvertidamente un neceser que pertenecia á vuestra madre, donde se

hallaba esta medalla. Despues el general no habia podido enviarla, no solo porque carecia de medios de comunicacion, sino porque hasta ignoraba la parte del mundo en que nos hallábamós.

—Luego esta medalla es de mucha importancia para nosotros?

—Indudiblemente; porque os puedo asegurar que en el espacio de quince años, jamás ví á vuestra madre tan feliz como el dia en que la entregó el viagero la medalla.....—«Quizá la suerte de mis hijas tan miserable hasta ahora, va á ser afortunada desde hoy»—Me dijo ella delante del extranjero con lágrimas de alegría en los ojos.—«Voy á pedir al gobernador de la Siberia el permiso de pasar á Francia con mis hijas..... quizá considere que he sido bastante castigada con los quince años de destierro y la confiscacion de mis bienes... Si se me niega... me quedaré; pero al menos me permitirá enviar mis hijas á Francia. Vos las conducireis Dagoberto; partireis sin detencion alguna; porque desgraciadamente se ha perdido ya mucho tiempo... y sino llegais antes del 13 de febrero próximo, esta dolorosa separacion y este viage tan penoso, serán completamente inútiles.»

—Cómo, un solo dia de retraso!...

—Si llegamos el dia 14 en lugar del 13, ya no será tiempo, me decia vuestra madre. Ella misma me dió tambien una carta bastante abultada para que la echase en el correo de Francia en la primera ciudad que atravesáramos.

—Y crees tú que llegaremos á tiempo á París?...

—Lo espero, mas sin embargo, si tuvierais fuerzas, convendria hacer mas largas nuestras jornadas, porque no andando mas que cinco leguas cada dia, no podremos llegar á París hasta principios de febrero, y seria mejor que llevásemos algunos dias de ventaja.

—Pero puesto que nuestro padre está en la India, y que no puede volver á Francia en dónde está condenado á muerte..... cuándo podremos verle?...

—Y dónde le veremos?...

—Pobres niñas... tenéis razon... Hay tantas cosas que ignorais aun!... Cuando el viagero vió á vuestra madre, es verdad que no podia volver á Francia, pero ahora puede ya volver á su patria.

—Y por qué?

—Porque los Borbones que le habian desterrado, han sido desterrados á su vez... la noticia de este acontecimiento habrá ya llegado á la India, y vuestro padre vendrá seguramente á esperarnos en París, porque creerá que vosotras y vuestra madre estareis allí el 13 de febrero del año próximo.

—Sí, sí, ya comprendo que nosotras podemos esperar volver á verle—dijo Rosa suspirando.

—Sabes como se llama ese viagero, Dagoberto?

—No, hijas mías..... Pero llamese Pedro ó Juan, es un hombre de bien. Cuando se separó de vuestra madre, esta le daba expresivamente las gracias, llorando por los beneficios que le habia hecho... por haber sido tan generoso para el general... para ella y para sus hijas. Entonces estrechó afectuosamente sus manos entre las suyas, y la dijo con una voz tan dulce, que me conmovió á pesar mio:—«*Por qué me dais las gracias? No ha dicho él: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS*»—

—Quién ha dicho eso Dagoberto?

—De quién hablaba el viagero?

—Nada se; pero el tono con que pronunció estas palabras, que fueron las últimas, me conmovió terriblemente.

—*Amaos los unos á los otros!*..

Repitió Rosa pensativa.

—¡Qué bella es esa frase!..

Añadió Blanca.

—Y á dónde iba ese viagero?..

—Lejos, muy lejos: hacía el Norte, contestó él mismo á vuestra madre, la cual cuando le vió marchar, me dijo hablándome de él.—«Su lenguaje dulce y triste á la vez, me ha enternecido hasta arrancarme lágrimas: mientras hablaba me sentia mas aliviada de mi enfermedad: amaba mucho mas á mi esposo y á mis hijas, »y sin embargo, al ver la espresion del rostro de este estrangero »se diria, QUE JAMAS HA REIDO NI LLORADO»—añadió vuestra madre.

—Cuando este viagero se alejó, vuestra madre y yo parados en la puerta, le seguimos con la vista cuanto pudimos: caminaba con la cabeza baja... su paso era lento... tranquilo... y seguro... hubiérase dicho que contaba sus pasos..... Y apropósito de sus pasos, noté una cosa digna de observarse.

—Qué cosa Dagoberto?

—Ya sabeis que el camino que conducia á la casa que habitábamos, estaba húmedo siempre, de resultas del arroyo que pasaba por allí cerca...

—Sí.

—Pues bien: habia quedado señalada en el barro la huella de sus pasos, y descubrí que bajo la suela de su zapato, tenia varios clavos colocados en cruz...

—En cruz? De qué manera?

—Así—dijo Dagoberto poniendo siete veces su dedo sobre la cabeza de la cama—mirad, así estaban colocados debajo de su talon.

.
. . .
. . .
. . .
. . .

Ya veis que esto es exactamente una cruz.

—Y qué puede significar esto, Dagoberto?

—La casualidad tal vez.. sí, una casualidad... y sin embargo, este diablo de cruz que dejaba detrás de sí, ha hecho en mí el efecto, bien á pesar mio, de un funesto presagio; porque apenas partió, nos hemos visto acometidos de terribles desgracias.

—Ay!... la muerte de nuestra madre!..

—Si, esa fue una; pero antes... nos acometió otra desgracia.... vosotras no estabais presentes... en tanto que vuestra madre escribía la súplica, para que se la permitiese ir á Francia ó al menos enviarnos á vosotras, sentimos galopar un caballo... era un correo del gobernador general de la Siberia, portador de una órden para que mudáramos de residencia; en el término de tres dias debíamos reunirnos con otros condenados, para ser conducidos cuatrocientas leguas mas al interior..... De este modo despues de quince años de destierro, redoblaban la crueldad y la persecucion contra vuestra desgraciada madre.

—Y por qué la atormentaban así?

—Parece que un genio enemigo se encarnizaba contra ella, porque si el viagero se retrasa algunos dias, ya no nos encuentra en Miosk, ó si por ventura nos hubiese encontrado mas tarde en algun otro punto, hubiera sido tan lejos que esta medalla y los papeles que llevaba, para nada nos hubieran servido... puesto que aunque hubiéramos podido ponernos inmediatamente en camino, nos hubiera sido imposible llegar con oportunidad á París.—«No se podia obrar de otra manera, si se tuviera un empeño tenaz en impedirme á mí ó á mis hijas que fuéramos á Francia—decía vuestra madre— porque desterrarnos ahora á cuatrocientas leguas mas lejos, es hacer enteramente imposible este viage, cuyo término está prefijado.» Esta idea cruel la despedazaba estremadamente.

—Quizá este pesar tan repentino, fue la causa de su enfermedad!

—Ay! no hijas mias, no: fue ese cólera infernal que llega sin

que se sepa de donde viene... porque tambien viaja él... y vino á heriros con la prontitud del rayo. Tres horas despues de la partida del viagero, cuando vosotras llegabais tan contentas, tan alegres con vuestros grandes ramos de flores para vuestra madre... ay! ella estaba ya en la agonía... y enteramente desfigurada... El cólera se habia declarado en la aldea que habitábamos... aquella noche murieron muchas personas..... vuestra madre no tuvo tiempo mas que para colgaros del cuello esa medalla... mi querida Rosa... para encomendaros á las dos á mi cuidado... para suplicarme que nos pusiéramos inmediatamente en camino. Muerta vuestra madre, la nueva órden de destierro no podía tener aplicacion para nosotros, y el gobernador me permitió partir para Francia segun la voluntad de vuestra..

El soldado no pudo acabar: guardó silencio, y puso la mano sobre sus ojos, mientras las huérfanas se abrazaban sollozando.

—Oh! pero...—añadió Dagoberto con orgullo, despues de un momento de doloroso silencio—allí fue donde os mostrasteis dignas hijas del valiente general... A pesar del peligro, no fue posible separaros del lecho mortuorio de vuestra madre; permanecisteis á su lado hasta el fin..... Vosotras velasteis su cadáver durante toda la noche..... vosotras le cerrasteis los ojos..... y no quisisteis alejaros de aquellos sitios hasta despues de haberme visto poner una pequeña cruz de madera sobre la huesa que habia abierto con mis manos.

Dagoberto se interrumpió bruscamente.

Un relincho extraordinario, desesperado, y al cual se mezclaban rugidos feroces, hicieron saltar sobre su asiento al soldado, que se puso pálido y exclamó.

—*Es Jovial!*... Es mi caballo..... qué le hacen á mi caballo?

Y despues abriendo la puerta, bajó precipitadamente la escalera.

Las dos huérfanas se estrecharon fuertemente la una contra la otra, tan espantadas de la salida del soldado, que no vieron una mano enorme pasar por el agujero de los vidrios rotos, abrir la falleba de la ventana, empujar violentamente las dos hojas, y derribar el belon colocado encima de la mesa donde estaba el morral del soldado.

Las jóvenes quedaron así sumergidas en la mas profunda oscuridad.



CAPÍTULO XI.

JOVIAL Y LA MUERTE.



MOROK, que como ya hemos dicho, habia metido á Jovial en medio de su leonera, le quitó en seguida su capote que le impedia ver y sentir.

Apenas el tigre, el leon y la pantera vieron tan cerca de sí al caballo, se precipitaron á los hierros de sus jaulas para lanzarse á satisfacer su hambre.

El caballo yerto de estupor, con el pescuezo estendido, la mirada fija, temblaba en todos sus miembros y parecia clavado sobre el suelo: un sudor abundante y frio corria de sus hijeras.

El leon y el tigre daban rugidos espantosos, agitándose violentamente dentro de sus jaulas.

La pantera no rugia, pero su rabia muda era terrible.

Dando un brinco furioso á riesgo de romperse el cráneo, se lanzó desde el fondo de su jaula hasta lo mas alto de la reja; pero siempre muda y terrible descendia y se arrastraba otra vez, y con nuevos saltos tan impetuosos como ciegos, intentaba conmovier y derribar la reja.

Tres veces habia brincado de este modo horrible, amenazador y silencioso... cuando el caballo pasando de la inmovilidad del estupor, á la agitacion del espanto, comenzó a relinchar fuertemente y

corrió como despavorido y sin aliento, hacía la puerta por donde acababa de entrar.

Cuando se convenció de que estaba cerrada, bajó tristemente la cabeza, dobló un poco las piernas, rozó con su agitada nariz la abertura que había quedado entre el suelo y las tablas, como queriendo respirar el aire exterior, y sintiéndose cada vez mas azorado, redobló sus largos relinchos manoteando con fuerza.

El Profeta se aproximó á la jaula de la *Muerte*, en el momento mismo en que ella se disponia á saltar. El pesado cerrojo que sujetaba la reja, empujado por la pica del domador de fieras, se corrió hacía fuera saliendo del anillo en donde se encajaba.... y en un segundo el Profeta subió la mitad de la escala que conducia á su desvan...



Los rugidos del tigre y del leon mezclados á los relinchos de *Jovial*, resonaron entonces con mas fuerza en todos los ángulos de la posada.

La pantera se precipitó de nuevo con tan furioso encarnizamien-

to sobre la reja, que cuando esta cedió, fue á parar la fiera de un salto en medio del soportal.

La luz del farol reverberaba admirablemente sobre el ébano lustroso de su piel, sembrada de algunos lunares de un color negro mate... Un instante permaneció sin movimiento, recogida en el suelo sobre sus miembros doblados..... con la cabeza pegada á la tierra como midiendo con los ojos la estension del salto que debia dar para arrojarse al caballo: en seguida se lanzó bruscamente sobre él.

Jovial al verla salir, se arrimó mas hácia la puerta por donde habia entrado, que se abría hácia afuera, y la empujó con todas sus fuerzas, como si hubiera querido violentarla: en el momento de brincar la *Muerte*, se puso enteramente derecho, pero la pantera rápida como el relámpago, se suspendió de su cuello, hincándole al mismo tiempo en el pecho las uñas agudas de sus garras delanteras.

La vena yugular del caballo se abrió, y chorros de sangre bermeja saltaron bajo el diente de la pantera de Java, que sosteniéndose sobre sus piernas traseras, apretaba terriblemente á su víctima contra la puerta, y con sus garras formidables le desgarraba terriblemente el hijar.....

La carne del caballo estaba viva y palpitante, y sus relinchos ahogados se hacian cada vez mas espantosos.....

De repente resonaron estas palabras:

—*Jovial*..... valor..... aquí estoy yo.....

Era la voz de Dagoberto que se desesperaba en infructuosas tentativas para forzar la puerta, detrás de la cual pasaba esta lucha sangrienta.

—*Jovial*—repitió el soldado—aquí estoy..... vengo á socorrerte.....

A este acento tan conocido y tan amigo, el pobre animal que se hallaba casi en su fin, intentó volver la cabeza hácia el sitio de donde venia la voz de su amo: le respondió con un relincho débil y lastimero, y cediendo á los esfuerzos de la pantera, cayó primero sobre las rodillas.. y despues sobre el hijar... de manera que su espinazo y cuello apoyados contra la puerta impedian abrirsela desde fuera.

Entonces todo se acabó.

La pantera se acurrucó á su placer sobre el cuerpo del caballo: le sujetó con sus manos y patas, á pesar de algunas coces sin fuerza y le hundió en el hijar el hocico ensangrentado.

—Socorro..... socorro para mi pobre caballo!...

Gritaba Dagoberto sacudiendo en vano la puerta: luego añadió con el acento de la rabia:

—Y no hay armas..... no hay armas!...

—Estáos quieto:—esclamó el domador de fieras.

Y se asomó á la ventana del desvan, que caia al patio.

—No intenteis entrar porque os costaria la vida... Mi pantera está furiosa...

—Y mi caballo!.. mi caballo!..

Gritó Dagoberto con una voz dolorosa.

—Se ha salido de la cuadra durante la noche y se ha entrado en la leonera empujando la puerta. Al verle la *Muerte* ha roto la reja de su jaula y se ha lanzado sobre él... Vos sois responsable de las desgracias que puedan ocurrir...—añadió el domador de fieras, con aire amenazador—porque yo voy á correr ahora los mayores peligros, para hacer entrar en su jaula á la pantera.

—Pero mi caballo!.. salvad á mi caballo!..

Esclamó Dagoberto suplicante y desesperado.

El Profeta desapareció de la ventana.

Los rugidos de las fieras y los gritos del soldado, despertaron á todas las personas de la posada del *Halcon Blanco*.

Aquí y allá se abrian é iluminaban precipitadamente las ventanas. Pronto los mozos del meson corrieron al patio con linternas, rodearon á Dagoberto y se informaron de lo que acababa de pasar.

—Aquí está mi caballo... y uno de los animales de ese malvado, se ha escapado de su jaula.

Esclamó el soldado, continuando en su tarea de querer derribar la puerta.

A estas palabras la gente de la posada que habia acudido, espantada con aquellos terribles rugidos, huyeron corriendo á dar cuenta al posadero.

Concíbese fácilmente cuáles serian las angustias del soldado, esperando que se abriese la puerta de aquella estancia infernal: pálido y tembloroso, escuchaba aplicando con ansiedad el oido á la cerradura.....

Poco á poco fueron cesando los rugidos y ya no se oyó mas que un gruñido sordo y la voz áspera é imperativa del Profeta que decia:

—La *Muerte!*.. aquí!.. la *Muerte!*

Como la noche estaba profundamente oscura, Dagoberto no vió á Goliath gateando con precaucion por encima del tejado entrar por la ventana del desvan que habitaba Morok.

A poco tiempo se abrió otra vez la puerta del patio: el dueño de la posada se presentó, seguido de muchos hombres. Venia armado de una carabina y caminaba con mucha cautela. Los que le acompa-

ñaban también venían armados, aunque con diferentes instrumentos.

—Qué es esto?—dijo aproximándose á Dagoberto.—Quién alborota en mi posada?.. Al diablo los domadores de fieras y los torpes que no atan bien sus caballo sal pesebre... Si vuestra bestia ha perecido... tanto peor para vos... con eso otra vez tendreis cuidado.

El soldado en lugar de responder á estas reprensiones, continuaba escuchando lo que pasaba dentro del soportal é hizo una señal con la mano, para reclamar el silencio de los circunstantes.

De pronto se oyó un rugido feroz, seguido de un terrible grito del Profeta y casi al mismo tiempo la pantera gruñó de un modo lastimero.

—Vos sois sin duda la causa de alguna desgracia—dijo el dueño de la posada á Dagoberto—Habeis oido ese grito?.. Quizá Morok está peligrosamente herido.

Iba el soldado á contestar al posadero, cuando se abrió la puerta—Goliat se presentó en el umbral.

—Ya se puede entrar no hay peligro.

El interior que presentaba la leonera, era un espectáculo siniestro.

El Profeta pálido, pudiendo apenas contener su emocion bajo una aparente calma, estaba arrodillado á pocos pasos de distancia de la jaula de la pantera, en una actitud de religioso recogimiento: por el movimiento de sus labios se conocia que estaba rezando.

Cuando vió entrar al posadero y demas personas que lo acompañaban, Morok se levantó diciendo con acento solemne.

—Gracias Dios mio, pues he podido vencer otra vez, por las fuerzas que me habeis dadol..

Y entonces cruzando sus brazos, la frente orgullosamente levantada y la mirada imperiosa, afectó gozar del triunfo que acababa de obtener sobre la *Muerte*, la cual echada en el fondo de su jaula, continuaba lanzando ahullidos lastimeros.

Los espectadores de esta escena, ignorando que el capote de pieles del domador de fieras, encubria una armadura completa y atribuyendo á miedo los gemidos de la pantera, quedaron admirados y sorprendidos de la intrepidez y el poder, casi sobrenatural de este hombre.

Algunos pasos detrás de él, estaba Goliat en pie y apoyándose sobre la pica de fresno...

En fin, no lejos de la jaula, en medio de un lago de sangre, yacia el cadáver de *Jovial*.

A la vista de estos restos sangrientos... destrozados, Dagoberto se quedó inmóvil y su tosco semblante tomó una espresion profunda de

dolor... En seguida bajándose al suelo, levantó la cabeza de *Jovial*... al ver apagados, vidriosos y medio cerrados aquellos ojos, poco há tan inteligentes y tan alegres cuando se volvian hácia su amo, el soldado no pudo contener una exclamacion dolorosa.

Dagoberto en aquel instante olvidaba su cólera: olvidaba las consecuencias deplorables de este suceso, tan fatal á los intereses de las huérfanas, que no podrian ya continuar su camino: solo pensaba en la muerte horrible de este pobre caballo, su antiguo compañero de fatigas y de guerra... del animal dos veces herido como él y del cual no se habia separado hacia ya tantos años.

Esta emocion se traslucia de una manera tan cruel y tan sensible en la fisonomía del soldado, que el dueño de la posada y todos cuantos allí se encontraban, se sintieron un momento apiadados al contemplar á aquel anciano, arrodillado delante de su caballo muerto.

Pero cuando Dagoberto recordó que *Jovial* habia sido tambien su compañero de destierro y que en otra ocasion habia conducido á la madre de las huérfanas, durante un viage penoso, se presentaron de repente á la imaginacion del soldado, las funestas consecuencias de la pérdida que acababa de sufrir, y entonces sucediendo el furor á la tristeza, levantóse con los ojos centelleantes, feroces, se precipitó sobre el Profeta y agarrándole por el pescuezo con una mano, le apretó la garganta y con la otra le dió militarmente cinco ó seis puñetazos en el pecho que se inutilizaron, perdiendo toda su fuerza sobre la cota de malla de Morok.

—Pícaro!.. le dijo repitiendo los golpes—tu me eres responsable de la muerte de mi caballo.

Morok delgado y nervioso, conoció que no podia luchar ventajosamente con Dagoberto, que á su gran estatura reunia un vigor poco comun: necesaria fue la intervencion de Goliat y del posadero para librar al Profeta de las manos del antiguo granadero.

Al cabo de algunos instantes consiguieron separar á los dos campeones. Morok estaba pálido de rabia: fueron necesarios otros nuevos esfuerzos para impedirle que tomase la pica, de la cual queria apoderarse para matar á Dagoberto.

—Esto es ya una picardia...—Esclamó el posadero dirigiéndose al soldado, que apoyaba sus dos puños crispados sobre su frente calva—Habeis espuesto á este buen hombre á ser devorado por sus fieras y todavía quereis matarle?.. Es esa la prudencia con que debe conducirse un hombre de razon?.. Habrá que buscar auxilio?.. Algo mas razonable os habeis mostrado esta tarde en la posada.

Estas palabras calmaron á Dagoberto: se arrepintió de su viva-

ciudad con tanto mas motivo, cuanto que presumia que su cualidad de extranjero podia perjudicarle mucho en aquella situacion.... Conocia que su necesidad mas imperiosa, era la de obtener la indemnizacion á toda costa de su caballo, á fin de continuar su viaje, cuyo buen éxito podria comprometerse con un solo dia de retraso. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, llegó al cabo á dominarse, y dijo con una voz alterada que procuraba calmar, dirigiéndose al posadero.

—Teneis razon.... he sido demasiado vivo.... no he tenido la paciencia de ayer tarde.... pero vos mismo conoceréis que este hombre debe ser responsable de la muerte de mi caballo.... yo os hago juez... Decidid.

—Pues bien; como juez os digo, que no participo de vuestra opinion, porque todo lo que ha sucedido ha sido por culpa vuestra. Si no huvierais atado mal vuestro caballo, no hubiera entrado en este soportal, cuya puerta estaba sin duda entreabierta.

Dijo el amo de la casa, defendiendo evidentemente el partido del domador de fieras.

—Es verdad—repuso Goliat—Me acuerdo que dejé la puerta medio abierta, á fin de que los animales pudieran respirar el aire puro. Las jaulas estaban bien cerradas y por consiguiente, no habia que temer ningun peligro.

—Todo eso es la pura verdad.

Dijo uno de los presentes.

—Era menester que se presentase el caballo para que la pantera se pusiera rabiosa y rompiera la jaula.

Añadió otro.

—Mas bien es el Profeta quien debe quejarse.

Repuso todavía un tercero.

—Poco me importan los pareceres de unos y de otros—contestó Dagoberro, que principiaba á perder de nuevo la paciencia.—Lo que yo digo, es que en este mismo momento, es menester que se me indemnice, dándome caballo ó dinero, sí, ahora mismo, porque quiero dejar al instante esta maldita posada.

—Y yo os digo á mi vez, que vos sois quien debe indemnizarme—esclamó M rok que sin duda guardaba este lance para el fin, enseñando su mano izquierda ensangrentada oculta hasta entonces en la manga de su capote.—Acaso quedará inútil para toda mi vida; mirad, mirad—añadió—la herida que me ha hecho la pantera!

A pesar de no ser tan profunda como queria hacer creer el Profeta, la herida no carecia de gravedad, y este último argumento,

empleado con tanta oportunidad, le atrajo las simpatias de todos.

El posadero contando sin duda con este incidente para decidir en favor del Profeta una causa que miraba como suya, dijo á uno de los mozos de la cuadra.

—Aquí no hay mas que un medio para concluir..... Ir inmediatamente á despertar al burgo-maestre, y suplicarle que tenga la bondad de venir..... él decidirá quien tiene razon.

—Justamente, eso mismo iba yo á proponeros—dijo el soldado— porque despues de todo yo no puedo hacerme justicia á mí mismo.

—Fritz, corre á casa del burgo-maestre,—dijo el posadero.

El mozo partió inmediatamente.

Su amo temiendo verse comprometido con el interrogatorio que iba á sufrir el soldado, á quien por un descuido no habia perdido sus documentos de viage, le dijo:

—El burgo-maestre vendrá de mal humor... porque han ido á despertarle tan tarde... no tengo ganas de sufrir alguna reprimenda por causa vuestra y espero que vayais á buscar vuestros papeles, para ver si vienen en regla... ya que he cometido la necesidad de no pedirlos á vuestra llegada.....

—Allá arriba estan en mi morral, ahora los vereis—dijo el soldado.

Y en seguida desviando la vista y poniendo las manos en los ojos cuando pasó por delante del cuerpo de *Jovial*, salió del soportal para reunirse otra vez á las dos herfanas.

El Profeta le siguió con una mirada triunfante, y se dijo á sí mismo.

—Ya se ha quedado sin caballo, sin dinero, sin papeles..... No he podido hacer mas de lo que he hecho..... puesto que me estaba prohibido hacer mas... y debia obrar con toda la astucia que se me habia prevenido para salvar las apariencias... Todos culparán al soldado... por lo menos yo puedo asegurar que en unos cuantos dias, no continuará su camino, ya que parece que tan grandes intereses se hallan enlazados con su detencion y la de esas dos niñas.

Un cuarto de hora despues de esta reflexion del domador de fieras, Karl, el criado y compañero de Goliath, salió del escondite á que su amo le habia condenado por aquella noche, y partió para Leipsik, con una carta que Morok acababa de escribir á toda prisa y que Karl debia echar en el correo, en cuanto llegase á aquella ciudad.—El sobre de la carta decia así:

A MR. MR. RODIN

Calle de Milieu des-Ursins, ním. 11.

PARIS.

FRANCIA.



CAPÍTULO XII.

EL BURGO—MAESTRE.



ADA vez crecia mas y mas la inquietud de Dagoberto: seguro de que su caballo no habia entrado voluntariamente en el soportal, atribuia aquel suceso desgraciado, á la perversidad del domador de fieras; pero en vano procuraba investigar la causa de la ojeriza que este malvado le tenia, y no sin espanto consideraba, quo su causa por justa que fuese, iba á depender del

buen ó mal humor de un juez arrancado del sueño y que podria dejarse llevar de engañosas apariencias.

Decidido á ocultar á las huérfanas, todo el tiempo que pudiera la nueva desgracia que acababan de sufrir, abrió la puerta de su cuarto, tropezando con *Mal-genio*, pues el perro habia acudido á su puesto, despues de haber procurado vanamente impedir al Profeta que se llevase á *Jovial*.

—Afortunadamente ha vuelto el perro: las pobres niñas estaban bien guardadas—dijo el soldado abriendo la puerta.

No pudo menos de sorprenderse al encontrarse la habitacion en una oscuridad profunda.

—Hijas mias...—esclamó—cómo es qué estais sin luz?

Nadie le respondió.

Espantado con aquel silencio, se puso á buscar á tientas el lecho, y cojió la mano de una de las jóvenes... la mano estaba helada.

—Rosa, hijas mias—esclamó de nuevo—Blanca! por qué no me respondeis?... me asustais!...

El mismo silencio: la mano que tenia entre las suyas seguia sin movimientos, fria, inanimada, yerta..

La luna, libre entonces de las nubes negras que la rodeaban, reflejó en aquella habitacion y sobre el mismo lecho colocado enfrente de la ventana, una claridad bastante viva para que el soldado pudiese ver á las dos hermanas desmayadas.

La luz descolorida de la luna aumentaba mas y mas la palidéz de las huérfanas, que permanecian medio abrazadas, teniendo Rosa oculta su cabeza en el seno de su hermana Blanca.

—Sin duda se han puesto malas con el miedo—esclamó Dagoberto corriendo en busca de su calabaza de camino.—Pobres niñas. Despues de un dia en que tantas emociones han sufrido, esto no es extraño!

Y empapando el soldado la punta de su pañuelo en algunas gotas de aguardiente, se arrodilló delante de la cama, frotó suavemente las sienes de las dos hermanas, y aplicó luego á sus pequeñas narices, el trapo mojado en el líquido espirituoso...

Continuando en esta misma postura, é inclinando hácia las huérfanas su moreno rostro, inquieto y conmovido, esperó algunos segundos, antes de repetir el empleo del único medio de socorro que tenia en su mano, para sacarlas de aquella situacion.

Un ligero movimiento de Rosa, hizo concebir alguna esperanza al soldado: la jóven volvió la cabeza sobre la almohada suspirando al mismo tiempo: en seguida se estremeció conmoviendo el lecho, abrió sus ojos azorados y no reconociendo á Dagoberto esclamó:

—Hermana mia!

Y se escondió entre los brazos de Blanca.

Esta principió tambien á sentir el efecto de los auxilios del soldado: el grito de Rosa la sacó completamente de su letargo, pero participando otra vez de su terror, aunque sin saber la causa, se abrazó mas estrechamente contra ella.

—Al fin volvieron en sí!... esto es lo que me importa—dijo el soldado—El miedo se les pasará pronto.—Y en seguida añadió suavizando su voz todo cuanto le fue posible:

—Ea.... hijas mias.... ánimo... ya estais mejor... soy yo.... yo, que estoy aquí... Dagoberto.

Las huérfanas por un movimiento repentino volvieron bruscamente hácia el soldado sus rostros encantadores llenos aun de turbacion, y con un impulso simultáneo y gracioso, ambas le tendieron los brazos exclamando:

—Eres tú..... Dagoberto?... nos hemos salvado.

—Sí, hijas mias... yo soy—dijo el veterano cogiéndolas cariñosamente las manos y estrechándolas entre las suyas.—Habeis tenido mucho miedo durante mi ausencia?

—Oh!... sí.. terrible.

—Si supieras... Dios mio... si supieras...

—Pero cómo es que se ha apagado la luz?

—Nosotras no.....

—Vaya, tranquilizáos, pobres niñas y contadme lo que ha sucedido... Esta posada no me parece muy buena... por fortuna ya la abandonaremos muy pronto... Maldita suerte que me ha conducido á ella... Pero ya se vé!... no habia otra en todo el pueblo... Ea, ea, decidme lo que ha sucedido.

—Apenas tu te marchaste... se abrió con fuerza la ventana y cayeron la mesa y el belén con un estruendo espantoso.

—Entonces se nos oprimió el corazon y nos abrazamos estrechamente, lanzando un grito de espanto, porque creimos oír pasos tambien en este mismo aposento.

Persuadido por desgracia de que la violencia del viento, era quien habia roto anteriormente los vidrios y empujado la ventana, Dagoberto atribuyó á la misma causa este segundo accidente: de este modo creyó, que el susto primero que habia sobrecogido á las huérfanas, las dominaba todavía.

—Por fin eso ha pasado ya: no volvamos á pensar mas en ello: tranquilizaos hijas mias,— les dijo.

—Pero dínos Dagoberto, por qué nos dejastes tan repentinamente?

—Es verdad, ahora me acuerdo yo de eso. Oimos un gran ruido ¿no es verdad hermana? y Dagoberto corrió hácia la escalera gritando: mi caballo... qué le hacen á mi caballo?

—No era *Jovial* el que relinchaba?

Estas preguntas renovaban las angustias en el corazon del soldado, y temiendo el mismo su respuesta, las dijo con cierto embarazo:

—Sí;... *Jovial* relinchaba, pero no era nada... Aqui necesitamos luz... Sabeis en dónde puse ayer tarde mis avios de encender?... Vaya, yo pierdo la cabeza; estan en mi bolsillo: por fortuna aqui

hay una vela, la encenderé y me servirá para buscar en el morral, papeles que necesito.

Dagoberto hizo saltar algunas chispas, encendió la luz y vió con efecto entreabierta la ventana, la mesa caída y en el suelo cerca del belón divisó su morral: cerró la ventana, levantó la mesita, puso en ella el morral, y lo desató á fin de encontrar con mas facilidad su cartera, colocada asi como su cruz y su bolsillo, en una especie de bolsa secreta, formada entre la piel y el forro del morral.

El soldado metió la mano en el secreto, pero nada encontró.

Herido de sorpresa palideció y exclamó, retrocediendo algunos pasos.

—Qué no están aqui mis papeles?..

—Dagoberto qué te sucede?—dijo Blanca.

El soldado no contestó.

Inmóvil, inclinado sobre la mesa, permaneció con la mano metida en el bolsillo secreto..... despues y como cediendo de pronto á una esperanza vaga é infundada... porque tan cruel realidad no le parecia posible... volcó precipitadamente sobre la mesa todo el contenido del morral, que consistia en las prendas de su antiguo uniforme de granadero á caballo de la guardia imperial, reliquia santa para el soldado. Pero por mas que Dagoberto desenvolvió cuidadosamente cada objeto de su equipage, no encontró ni la bolsa, ni la cartera donde se hallaban sus papeles, las cartas del general Simon y su cruz.

En vano con esa puerilidad terrible que acompaña siempre á las investigaciones desesperadas, el soldado cogió el morral por las dos puntas y lo sacudió violentamente en el aire: nada salió de él.

Las huérfanas se miraban una á otra con notable inquietud, no pudiendo comprender nada del silencio y de la accion del soldado, que estaba vuelto de espaldas.

Blanca se aventuró de nuevo á decirle con voz tímida:

Pero qué tienes Dagoberto?.... no nos respondes?.... Qué buscas en el morral?

Dagoberto siempre mudo, se registró precipitadamente volviendo del revés todos sus bolsillos... metió sus manos en ellos... nada...

Acaso por la primera vez de su vida, las dos jóvenes á quienes él llamaba sus hijas, le habian dirigido la palabra sin que les contestase.

Blanca y Rosa sentidas de esta novedad, notaron que gruesas lágrimas humedecian sus ojos: creyendo que Dagoberto estaba enfadado, no se atrevieron á decirle mas.....

—No, no puede ser... es imposible...

Decía el veterano, poniéndose la mano en la frente y buscando en su memoria un recuerdo que le anunciara el sitio, donde habría podido colocar objetos tan preciosos para él, pues no quería resolverse á creer su pérdida definitiva.

Un rayo de alegría brilló un momento en sus ojos... corrió á coger sobre una silla la maleta de las huérfanas, la cual contenía un poco de ropa blanca, dos vestidos negros y una cajita de madera blanca, que guardaba un pañuelo de seda que habia pertenecido á su madre, dos rizos de sus cabellos y una cinta negra que llevaba al cuello: pues lo poco que poseían, habia sido confiscado en virtud del decreto del gobierno ruso. Dagoberto lo escudriñó todo sin perdonar los mas pequeños rincones de la maleta..... pero nada..... nada.

Esta vez completamente desengañado, se dejó caer sobre la mesa.

Este hombre tan robusto, tan vigoroso, se sentia desfallecer... su rostro estaba á la vez ardiente y bañado de un sudor frio y copioso... las rodillas se le doblaban.

Dícese vulgarmente que un naufrago se agarraría á un hierro ardiendo; tambien hay desesperacion que no quiere absolutamente desesperar. Dagoberto por esta misma causa, se dejó arrastrar á una última esperanza absurda, loca, impensable .. volvióse bruscamente hácia las huérfanas y les dijo sin reparar en la alteracion de su voz y su semblante.

—Decid, no os los he dado á guardar?..

En lugar de responder Rosa y Blanca, espantadas de su palidez y de la expresion de su rostro, lanzaron un grito doloroso.

—Dios mio!.. Dios mio!.. Qué tienes Dagoberto?..

Murmuró luego Rosa.

—Los teneis vosotras, si ó no?..—esclamó con voz de trueno el desgraciado estraviado por el dolor.—Si no los teneis... cojo el primer cuchillo que encuentre y me lo clavo en el corazon.

—Ay! tú tan bueno, Dagoberto!..

—Perdónanos si te hemos causado alguna pena.

—Nos amas tanto!.. Cómo has de querer hacernos mal!...

Y las huérfanas comenzaron á llorar amargamente, alargando sus manos suplicantes.

El soldado sin verlas las miraba con ojos fijos, inmóviles, hasta que pasado aquel terrible vértigo, se presentó á su imaginacion la triste realidad con todas sus horrosas consecuencias; juntó las manos, cayó de rodillas delante del lecho de las huérfanas, apoyó en él su

frente calva y al través de sus sollozos penetrantes, porque este hombre de hierro lloraba y sollozaba al fin, no se oía más que estas palabras entrecortadas.

—Perdon... perdon!... yo no sabia... ah! qué desgracia!... qué desgracia!... perdon.



A esta esplosion de dolor cuya causa no comprendian las jóvenes, pero que en aquel hombre era tan significativa, las dos hermanas sobrecogidas, le echaron los brazos al cuello y exclamaron llorando como él.

—Pero míranos... Dinos lo que te aflige... No somos nosotras?

Un ruido de pasos resonó entonces en la escalera.

Al mismo tiempo se oyeron los ladridos de *Mal-genio*, que estaba fuera de la puerta.

Cuanto mas se aproximaban los pasos de los que subian, mas furiosos eran los ladridos del perro indudablemente acompañados de demostraciones hostiles, porque á poco tiempo se oyó al posadero gritar en tono colérico:

—Eh!... llamad á vuestro perro... es el señor burgo-maestre que sube.

—Dagoberto, has oido?... es el burgo-maestre!—dijo Rosa.

—Sube gente!...—añadió Blanca.

La palabra *burgo-maestre*, renovó á Dagoberto la memoria de todo lo sucedido, y completó, por decirlo así, el cuadro de su terrible situación. Su caballo estaba muerto: se encontraba sin papeles, sin dinero, y un día, un solo día de retardo, destruía la última esperanza de las dos hermanas y hacia inútil este largo y penoso viage.

Las personas de gran temple de alma, como el veterano lo era, prefieren los grandes peligros, las posiciones arriesgadas, pero francas y descubiertas, á esas vagas angustias que preceden generalmente á una desgracia definitiva.

Dagoberto ayudado por su buen sentido comprendió desde luego, que no le quedaba mas recurso que apelar á la justicia del burgo-maestre, y se penetró de que todos sus esfuerzos debian tender á captarse la benevolencia de este magistrado: enjugó sus lágrimas con las sábanas de la cama, se levantó erguido, tranquilo, resuelto, y dijo á las jóvenes.

—Nada temais, hijas mias, el que se acerca dehe ser nuestro salvador.

—Quereis llamar á vuestro perro?—gritó el posadero que permanecia detenido en la escalera por *Mal-genio*, centinela vigilante que continuaba disputándole el paso.—Está rabioso este animal? Por qué no le atais?... No habeis causado ya bastantes desgracias en mi casa?... Os he dicho que el señor burgo-maestre quiere interrogaros ahora, pues acaba de oir á Morok.

Dagoberto pasó la mano por sus cabellos y su bigote cano, se abrochó hasta arriba la lebita, limpió las mangas con sus manos á fin de presentarse con el mejor aseo posible, conociendo que la suerte de las huérfanas iba á depender de su conferencia con el magistrado.

Latióle el corazon violentamente al poner la mano sobre la cerradura, despues de decir á las niñas cada vez mas asustadas con tantos acontecimientos.

—Quedáos quietas en la cama, hijas mias; si hay necesidad de que entre alguno en este cuarto, solo será el burgo-maestre.....

Abriendo luego la puerta el soldado salió por el pasillo, diciendo:

—*Mal-genio*. Aquí.

El perro obedeció con visible repugnancia y fue preciso que su amo le mandase dos veces que se abstuviera de toda demostracion hostil contra el posadero: este con una linterna en una mano y su gorra en la otra, precedió respetuosamente al burgo-maestre, cuya figura magistral se perdía en la oscuridad de la escalera.

Detrás del juez y algunos escalones mas abajo, se veian vagamen-

te medio alumbrados por otra linterna, los semblantes de los demas habitantes de la posada, atraídos por la curiosidad.

Dagoberto despues de haber hecho entrar á *Mal-genio* en la habitacion de las huérfanas, cerró la puerta y avanzó dos pasos en la meseta de la escalera bastante espaciosa para contener algunas personas y en cuyo ángulo habia un banco de respaldo.

Cuando llegó el burgo-maestre al último escalon, pareció sorprendido de ver á Dagoberto cerrar la puerta del cuarto como si quisiera impedirle la entrada.

—Por qué cerrais esa puerta?

Le preguntó con tono enojado.

—En primer lugar, porque dos jóvenes que me han sido confiadas están acostadas aquí dentro, y despues porque vuestro interrogatorio las causaria algun sentimiento—dijo Dagoberto.—Sentaos si gustais en ese banco, é interrogadme aquí señor burgo-maestre: creo que os debe ser indiferente.

—Y con qué derecho me señalais el lugar de vuestro interrogatorio?

Preguntó el juez con visibles muestras de desagrado.

—Oh! nada pretendo, nada, señor burgo-maestre, se apresuró á decir el soldado, temiendo mas que nada indisponerse con su juez.—Unicamente os suplico que como estas jóvenes están acostadas y se hallan ya temerosas, os digneis interrogarme aquí, en lo cual dareis una muestra de vuestro buen corazon.

—Hum!..... aquí.....—dijo el magistrado con no poco descontento—Despertarme á media noche... bien, yo os interrogaré aquí. Y luego dirigiéndose al posadero añadió:

—Poned en este banco vuestra linterna y dejadnos.....

El posadero le obedeció y volvió á bajar la escalera seguido de los que le habian acompañado, todos sumamente enfadados, por no poder presenciar el interrogatorio.

El veterano y el magistrado quedaron solos.





CAPÍTULO XIII.

EL JUICIO.



El digno burgo—maestre de Mockern, tenía encasquetada una gorra de paño en la cabeza y estaba embozado en una capa: sentóse pesadamente en el banco, porque es de advertir que era gordo, de edad de sesenta años, de aspecto allivo y sereno: con su puño robusto y colorado se restregaba frecuentemente sus ojos hinchados y algunos tanto ennegrecidos por la falta de sueño.

Dagoberto en pie, con la cabeza descubierta, el aire sumiso y respetuoso, tenía su gorra entre ambas manos y procuraba leer en el semblante ceñudo de su juez, las probabilidades con que podía contar en favor suyo, ó por mejor decir, de las huérfanas.

En este momento crítico el veterano procuraba llamar en su auxilio toda su sangre fría, toda su razón, toda su elocuencia, toda su resolución.....

Aquel soldado que veinte veces había desafiado á la muerte con fría impavidez, aquel soldado que tranquilo y sereno jamás había ha-

jado los ojos ante la mirada de aguila del emperador su héroe..... su Dios..... sentíase embarazado, acobardado y trémulo en presencia de un burgo—maestre de aldea de tan desagradable figura.

Así tambien, no hacia muchas horas, habia sufrido impaciente pero resignado, las provocaciones del Profeta á fin de no comprometer la sagrada mision que una madre moribunda le encomendara, dando por este medio pruebas evidentes de la abnegacion heróica de que es susceptible un alma pura y senci la.

—Qué teneis que decir para justificaros?... Ea, despachemos— preguntó bruscamente el juez con un bostezo de impaciencia.

—Yo no tengo porque justificarme..... voy á quejarme señor burgo—maestre—dijo Dagoberto con acento firme.

—Creeis enseñarme los términos en que debo preguntaros?

Esclamó el magistrado con un tono tan áspero, que el soldado se reprendió á sí mismo, haber comenzado tan desgraciadamente su audiencia; queriendo calmar á su juez se apresuró á decirle con aire sumiso.

—Perdon, señor burgo—maestre, acaso me habré explicado mal. Quería decir solamente, que en este suceso yo no he tenido culpa alguna.

—El Profeta dice lo contrario.

--El Profeta.....

Respondió el soldado con aire de duda.

—El Profeta es un hombre compasivo y honrado, incapaz de mentir—dijo el juez.

—Nada puedo decir respecto al particular..... Vos sois demasiado justo y bueno señor burgo—maestre, para condenarme sin haberme escuchado... Yo sé que vos no sereis capaz de cometer una injusticia... oh! eso se conoce desde luego.

Resignándose de este modo á su pesar, al papel de cortesano, Dagoberto dulcificaba todo cuanto podia, su voz bronca, y trataba de dar á su austera figura, una espresion risueña, agradable, y aun aduladora.

—Un hombre como vos—añadió redoblando sus esfuerzos—un juez tan respetable... no tiene mas que un oido para todos.

—Aquí no se trata de oidos... sino de ojos; y aunque los míos me escuecen como si me los hubiera restregado con ortigas... todavía han podido ver la mano horriblemente herida del domador de fieras.

—Teneis razon señor burgo—maestre, pero reflexionad que si él hubiera cerrado bien sus jaulas y su puerta... nada de esto hubiera sucedido

—No es él sino vos, quien teneis la culpa de todo, porque debisteis atar con mas cuidado á vuestro caballo en el pesebre.

Así es la verdad señor burgo—maestre; seguramente vos teneis razon—dijo el soldado con voz cada vez mas afable y conciliadora.—No será un pobre diablo como yo quien os contradiga; pero sin embargo, si por mala voluntad hubiesen desatado á mi caballo... para llevarlo á la estancia de las fieras... vos mismo confesariais... no es verdad? que yo no tengo culpa ninguna..... vos lo confesariais..... si así os agradase—se apresuró á decir el soldado;— yo no tengo derecho para mandaros nada.

—Y por qué diantres suponeis que se os haya querido causar esa desgracia?

—Yo no lo sé, señor burgo—maestre... pero...

—Vos no lo sabeis?... Pues bien, ni yo tampoco, dijo impaciente el burgo—maestre.—¡Cuántas palabras necias por un esqueleto de caballo muerto!...

El rostro del soldado perdió repentinamente su espresion de dulzura forzada, y volviendo á ponerse severo, respondió con voz grave y conmovida:

—Mi caballo está muerto... no es ya mas que un esqueleto, es verdad, pero hace una hora que aunque viejo, estaba lleno de vida, de valor y de inteligencia... relinchaba alegremente á mi voz... y cada noche lamia las manos de las dos pobres niñas, que llevaba durante todo el dia... como en otro tiempo habia llevado á su madre... Ya no llevará mas á nadie... lo arrojarán al muladar... se lo comerán los perros... y dentro de poco tiempo, nada quedará de él. ¡Ay señor burgo—maestre! Seguramente no merecia que me lo recordasen con tanta dureza, porque yo queria mucho á mi caballo.

A estas palabras pronunciadas con el sencillo language de la naturalidad, el burgo—maestre conmovido á su pesar, se arrepintió de las que acababa de proferir.

—Comprendo muy bien el sentimiento que teneis por la muerte de vuestro caballo.—Dijo con voz menos impaciente—Pero en fin, que quereis, esa es una desgracia...

—Una desgracia... sí... señor burgo—maestre, una desgracia muy grande: las jóvenes que acompaño son demasiado débiles, para emprender á pie un largo viage y demasiado pobres para caminar en un coche... Por otra parte, era preciso que llegásemos á París antes del mes de febrero... Cuando murió la madre de esas niñas, yo la prometí que las conduciria á Francia, porque estas niñas no tienen ya en el mundo mas que á mí...

—Sois sin duda su...

—Soy su fiel criado, señor burgo—maestre, y ahora que mi caballo está muerto... qué quereis que haga? Ah! vos sois muy bueno: tenéis acaso hijas?... si algún dia se encuentran en la posición de mis huérfanas, teniendo por único bien, por único recurso en el mundo á un viejo soldado que las ame y un viejo caballo que las lleve... si despues de haber sido muy desgraciadas desde su nacimiento... sí, muy desgraciadas, porque habeis de saber, que mis huérfanas son hijas de desterrados... si su felicidad pendiera del término de un viaje que la muerte de su caballo viniera á hacer imposible, decid señor burgo maestre, este acontecimiento no os conmoviera profundamente el corazón? No pensarías entonces como yo, que la pérdida de mi caballo, era una pérdida irreparable?

—Seguramente que sí—respondió el burgo—maestre bastante bueno en el fondo, y que se hallaba un tanto conmovido con la relación de Dagoberto.—Ahora comprendo toda la gravedad de la pérdida que habeis sufrido, y además esas huérfanas me interesan; qué edad tienen?

—Quince años y dos meses las dos... son gemelas.

—Quince años y dos meses... casi la misma edad de mi Federica.

—Teneis una hija de esta edad?—dijo Dagoberto sintiendo nacer la esperanza en su corazón.—Pues bien, señor burgo—maestre os confieso francamente que ya no me inquieta la suerte de mis pobres niñas... estoy seguro de que vos nos hareis justicia.

—Hacer justicia... ese es mi deber... Despues de todo en este negocio las culpas son iguales; por una parte vos habeis atado mal vuestro caballo en la cuadra; por otra el domador de fieras ha dejado abierta su puerta. El dice: «yo he sido herido en la mano...» vos respondeis: «han matado á mi caballo... y por mil razones la muerte de mi caballo es una pérdida irreparable.»

Vos me haceis hablar, señor burgo—maestre, mucho mejor de lo que he hablado en toda mi vida—dijo el soldado con sonrisa humildemente cariñosa.—Ese hubiera sido seguramente el sentido de lo que yo hubiera dicho, porque como vos mismo conoceis, señor burgo—maestre, ese caballo era toda mi fortuna y es justo que...

—No cabe duda—dijo el burgo—maestre interrumpiendo al soldado—vuestras razones son incontestables... El Profeta honrado y santo varon... habia presentado á su manera los hechos muy fácilmente y además hace mucho tiempo que se le conoce en este país, donde casi todos somos fervorosos católicos: él vende muy baratos á nuestras mugeres los libros de devoción, y casi de valde los rosarios y los

agnus dei trabajados perfectamente... Esto nada tiene que ver con nuestro negocio, me direis y tendreis razon, pero sin embargo, debo confesaros que habia venido aquí con la intencion...

—De echarme á mi la culpa?.. no es verdad señor burgo—maestre?—dijo el soldado, cada vez mas tranquilo.—Sin duda como no estabais aun despierto completamente, vuestra justicia no habia abierto todavía mas que un ojo...

—Asi es la verdad señor soldado—respondió el juez de buen humor.—Conozco que podia muy bien ser asi, porque desde luego no oculté á Morok que le daba la razon: entonces él me dijo muy generosamente por cierto: «puesto que condenais á mi adversario, no quiero agravar su posicion y deciros ciertas cosas...

—Contra mí?

—Sin duda, pero como enemigo generoso, calló cuando le dije que segun todas las apariencias, os condenaria á una fuerte multa en su favor, porque os lo repito, antes de haber oido vuestras razones, estaba firmemente resuelto á exigir os una indemnizacion, por la herida que ha recibido el Profeta.

—Ved sin embargo, señor burgo—maestre, como las personas mas justas y de mas sana razon, estan espuestas á equivocarse—dijo Dagoberto volviendo á tomar su papel de cortesano y en seguida añadió con un aire prodijiosamente malicioso—pero al fin, reconocen la verdad y no pueden oscurecerla por muy *profetas* que sean.

Por este juego de palabras, el primero acaso, el único que Dagoberto habia usado jamás, puede calcularse facilmente la gravedad de la situacion y los esfuerzos y las tentativas de todos géneros que hacia el desgraciado, para captarse la benevolencia de su juez.

El burgo—maestre no comprendió por de pronto toda la sagacidad del pensamiento y solamente pudo apercibirse de ello por el aire satisfecho y la mirada indagadora del soldado, que parecia decirse á sí mismo.—«Es sublime lo que acabo de decir, yo mismo estoy admirado!..

El magistrado sonrió tambien con aire de aprobacion, meneando al mismo tiempo la cabeza; despues contestó recargando mas sobre el mismo juego de palabras...»

Eh!.. eh!.. eh! teneis razon. El Profeta ha profetizado mal por esta vez... vos no le pagareis ninguna indemnizacion... con idero las culpas iguales y las desgracias compensadas... El ha sido herido... y vuestro caballo muerto, por lo tanto nada os debeis, esta os pagadós

Segun eso, cuanto creéis que debe darme?

Preguntó el soldado con estremada candidez:

—¿Qué decis?

—Pregunto, señor burgo-maestre.... qué, que suma me debe pagar?

—¿Qué suma?

—Eso es, pero antes de fijarla debo preveniros una cosa señor burgo-maestre: creo estar en mi derecho no empleando toda el dinero en la adjudicacion de un caballo... es probable que en los alrededores de Leipsik halle á buen precio una bestia entre los campesinos.... tambien os confesaré aquí para entre nosotros, que si pudiese encontrar un asno... no se ofenderia mi amor propio... le preferiria, porque muerto mi pobre *Jovial*, la compañía de otro cualquiera caballo me causaria tristeza...

—Que diantres—esclamó el burgo-maestre interrumpiendo al soldado—de qué suma, de qué asno y de qué otro caballo me estais hablando?... Os digo que nada debeis al Profeta, como el Profeta nada os debe á vos.

—No me debe nada?...

—Sois testarudo de veras, veterano. Os repito que si los animales del Profeta han muerto á vuestro caballo, para eso el Profeta ha sido herido gravemente... ó si quereis mejor, ni vos debeis al Profeta ninguna indemnizacion, ni el Profeta tampoco os debe nada..... Comprendeis ahora?

Dagoberto atónito permaneció algunos momentos sin responder, mirando fijamente al burgo-maestre, con una angustia profunda, porque veia destruidas nuevamente sus esperanzas con esta resolucion.

—Sin embargo, señor burgo-maestre—añadió con voz alterada vos sois demasiado justo para no fijar vuestra atencion en una cosa; la herida del domador de fieras no le impide continuar sus ejercicios..... y la muerte de mi caballo me impide continuar mi viage..... luego es preciso por consiguiente que me indemnice.....

El juez creia haber hecho ya demasiado en favor de Dagoberto, con no hacerle responsable de la herida del Profeta, pues Morok, como ya hemos dicho anteriormente, ejercia cierta influencia sobre los católicos de aquel pais y particularmente sobre las mugeres, por su comercio de quincallería devota, y ademas, porque se sabia que estaba protegido y apoyado por algunas personas eminentes. La obstinacion del soldado, ofendió hasta cierto punto al magistrado que volviendo su fisonomía á tomar su antigua gravedad adusta, respondió severamente.

—Me hareis arrepentir de mi imparcialidad! En lugar de darme las gracias, venis con nuevas peticiones?

—Pero señor burgo-maestre, yo pido una cosa justa..... quisiera estar herido en la mano como el Profeta á trueque de continuar mi camino.

—Aquí no se trata de lo que quereis, ó dejais de querer..... habeis oido mi fallo, y este es un asunto concluido.

—Pero.....

—Basta! hasta!... Pasemos á otra cosa... vuestros papeles...

—Sí, vamos á hab'ar de mis papeles.. pero os suplico señor burgo-maestre, que os compadezcáis de las dos pobres niñas que están ahí... haced por Dios que podamos continuar nuestro viage... y....

—He hecho cuanto puedo hacer... acaso mas de lo que debia... dadme vuestros papeles.

—Ante todas cosas, es menester que yo os explique...

—No quiero esplicaciones... dadme vuestros papeles, sino preferís que os haga prender como un vagamundo.

—A mí!... prenderme...

—Quiero decir, que sino me dais vuestros papeles, equivale á confesar que no los teneis, y en este caso todo el mundo sabe que las personas que no los tienen, son presas hasta que la autoridad dispone de el'as como mejor le parece... vamos traedme vuestros papeles y concluyamos, porque yo debo volverme cuanto antes á mi casa....

La posicion en que Dagoberto se encontraba, se habia hecho tanto mas penosa, cuanto que habia abrigado aunque por pocos momentos, la esperanza en su corazon. Fa'taba que añadir este último golpe á lo que el veterano su'fria desde el principio de aquella escena: prueba tan cruel como peligrosa, para un hombre de su temple, dotado de un corazon recto pero firme: leal pero puro é inflexible, brusco y dominante; para un hombre en fin, que soldado muchos años y soldado victorioso, se habia acostumbrado aunque á pesar suyo, á guardar ciertas fórmulas despóticas y de superioridad, para con los paisanos.

A estas palabras: *vuestros papeles*, Dagoberto se puso pálido, aunque procuró ocultar su emocion, bajo la apariencia de una tranquilidad fingida, que él creía muy á propósito para inspirarle al magistrado una buena opinion.

—Voy á deciros en dos palabras, señor burgo-maestre, lo que hay sobre el particular.... Nada mas sencillo.... esto puede muy bien suceder á todo el mundo... Yo no tengo trazas de vago ni de mendigo, ¿no es verdad?... y ademas.... ademas.... en fin, ya conoceis que un hombre honrado que viaja con dos jóvenes.....

—Pero á qué vienen ahora todas esas palabras?.. vuestros papeles.. Por una felicidad inesperada, dos poderosos auxiliares vinieron en ayuda del soldado.

Las huérfanas cada vez mas inquietas y acobardadas, oyendo siempre á Dagoberto hablar en la meseta de la escalera, habianse levantado y vestido, de modo que en el momento en que el magistrado pronunciaba bruscamente aquellas últimas palabras, Rosa y Blanca asidas de la mano salieron del aposento.



Al ver á estas dos encantadoras criaturas, que sus pobres vestidos de luto hacian mas interesantes, el burgo-maestre no pudo menos de levantarse lleno de admiracion y de sorpresa.

—Por un movimiento espontáneo cada una de las dos hermanas cogió una mano á Dagoberto, acercándose á él y mirando al magistrado con aire á la vez inquieto y candoroso.

Era tan interesante el cuadro que ofrecia este viejo soldado, presentando por decirlo así, á su juez estas dos graciosas niñas, de facciones llenas de encanto y de pureza, que el burgo—maestre volviendo á sus antiguos sentimientos compasivos, se hallaba conmovido nuevamente. Dagoberto observando el cambio que se acababa de obrar en el corazon del magistrado, se adelantó hácia él con las huérfanas de la mano, y le dijo con voz enternecida:

—Miradlas, señor burgo—maestre, miradlas: puedo presentaros otro pasaporte mejor?

—Y vencido por tantas desagradables sensaciones, contenidas, precipitadas, Dagoberto sintió á pesar suyo, llenarse sus ojos de lágrimas.

—El burgo—maestre, aunque naturalmente brusco y mucho mas esta noche en que le habian interrumpido el sueño, no carecia de buen sentido, ni de sensibilidad; su buen corazon le hizo conocer, que un hombre así acompañado, no debia inspirar ningun recelo.

—Pobres niñas!—dijo por fin, examinándolas con vivo interés—Tan jóvenes y huérfanas ya!... y vienen de muy lejos?...

—Del interior de la Siberia, señor burgo—maestre, á donde su madre fue desterrada antes que ellas nacieran..... hace mas de cinco meses que viajamos á pequeñas jornadas..... no es esta bastante desgracia para unas niñas de su edad?... Para ellas solo, señor burgo—maestre os pido apoyo y proteccion..... para ellas, contra quienes parece haberse conjurado todo..... porque ahora mismo al buscar mis papeles..... en mi morral.... no he podido encontrar la cartera en que los tenia guardados con mi bolsa y mi cruz..... Porque al fin, señor burgo—maestre, perdonad..... si os lo digo..... esto no es por vanidad..... pero yo he sido condecorado por la propia mano del emperador, y un hombre que ha sido condecorado por su mano, ya conoceréis que no puede ser un malvado, aunque desgraciadamente haya perdido sus papeles.... y su bolsa.... Y aquí teneis tambien el motivo, que me hace ser tan exigente para la indemnizacion.....

—Y cómo... y en dónde los habeis perdido?

—No lo sé, señor burgo—maestre, pero puedo aseguraros que antes de ayer en la posada, tomé un poco de dinero de la bolsa y ví tambien la cartera; ayer no tuve necesidad de abrir mi morral.

porque me bastó con el cambio de la moneda del día anterior.....

—Y ayer y hoy ¿dónde ha estado vuestro morral?

—En el aposento que ocupan estas niñas; pero esta noche...

—Dagoberto fue interrumpido por los pasos de una persona que subía.

Era el Profeta.

Oculto en la sombra al pie de la escalera, había escuchado la conversacion y comenzaba á temer, que la debilidad del burgo-maestre, perjudicase al triunfo completo de sus proyectos, casi enteramente realizados.





CAPÍTULO XIV.

LA DECISION.



L Profeta llevaba el brazo izquierdo envuelto en un pañuelo pendiente del cuello: despues de haber subido con lenti'ud la escalera, saludó respetuosamente al burgo-maestre.

Al ver la siniestra figura del domador de fieras, Rosa y Blanca retrocedieron un paso y aproximáronse mas al soldado.

La frente de Dagoberto se arrugó y sintió de nuevo hervir su cólera sordamente, contra aquel hombre causa de todas sus desgracias. (Ignoraba aun que Gohat por órden del Profeta, le habia robado los papeles.)

—¿Qué quereis Morok,—le dijo el burgo-maestre entre afable y enojado.—Quería estar solo; ya se lo habia prevenido al posadero.

—Vengo á prestaros un servicio, señor burgo-maestre.

—Un servicio?

—Un gran servicio, y á no ser por esta circunstancia no hubiera venido á interrumpiros; pero me ha ocurrido un escrúpulo.

—Un escrúpulo?

—Sí, señor burgo—maestre; me he arrepentido de no haberos dicho lo que tenia que deciros acerca de ese hombre. Una mal entendida compasion me lo impidió, alucinándome por algunos momentos.

—Pero en fin, que teneis qué decirme?

Morok se acercó entonces al juez y le habló en silencio al cido durante un buen espacio de tiempo.

La fisonomía del burgo—maestre, muy asombrada al principio, fue poco á poco adquiriendo un aire marcado de atencion y de inquietud: de vez en cuando, dejaba escapar algunas exclamaciones de admiracion y de duda, dirigiendo continuas miradas de reojo al grupo que formaban Dagoberto y las jóvenes.

En la espresion de estas miradas, cada vez mas escudriñadoras y severas, adivinábase facilmente que las secretas palabras del Profeta, cambiaban progresivamente el interés que el magistrado habia concebido por las huérfanas y por el soldado, en otro sentimiento contrario, lleno de desconfianza y enemistad.

Comprendió perfectamente Dagoberto este cambio repentino, aumentándose sus temores por algunos momentos calmados ó desvanecidos. Rosa y Banca permanecian sobrecogidas, porque no alcanzaban á penetrar el misterio de aquella escena muda y miraban con ansiedad al soldado.

—Diablo!..—dijo el burgo—maestre levantándose bruscamente del asiento.—Nada de eso se me habia ocurrido á mi; en dónde tenia yo la cabeza?.. Pero qué quereis, Morok, cuando se le hace á uno levantar de la cama á media noche, interrumpiéndole el primer sueño... es imposible que la imaginacion se muestre enteramente despejada... Teneis razon, acabais de prestarme un gran servicio.

—Sin embargo, yo nada afirmo.

—Es lo mismo; se pueden apostar mil contra uno, á que teneis razon.

—No es mas que una sospecha fundada en algunas circunstancias... pero en fin, es una sospecha...

—Que puede conducirnos á la verdad... Y yo necio de mi, que iba á dejarme coger en la trampa como un idiota!.. Vamos, yo no sé donde tenia la cabeza!..

—Es tan difícil defenderse de cierta clase de apariencias!..

—¿A quién decis eso, querido Morok... Aquién se lo decis?..

En tanto que duró esta conversacion misteriosa, Dagoberto estaba en un suplicio: presentía vagamente que iba á estallar muy pronto una tempestad terrible, y solo pensaba en una cosa, en prepararse para dominar su cólera.

Morok se acercó otra vez al magistrado, designándole con la vista á las dos huérfanas y comenzó de nuevo á hablarle misteriosamente al oído.

—Ah!..—esclamó el burgo-maestre levantando las manos al cielo estas gentes son capaces de todo: dice tambien que viene de la Siberia con ellas: y qué pruebas hay para creer que toda su relacion no sea una sarta de mentiras? Pero no se me engañará dos veces como á un tonto!—añadió el burgo-maestre con aire enojado, porque como todas las personas indecisas y débiles, era implacable para con los que creia capaces de haberle sorprendido.

—No os precipiteis sin embargo para juzgar... No deis sobre todo á mis palabras mucho mas valor del que ellas tienen—dijo Morok con una hipócrita humildad.—Mi posicion respecto á ese hombre (y señaló á Dagoberto) es desgraciadamente tan falsa, que acaso se podria creer que obro por resentimiento del mal que me ha causado.. cuando por el contrario, obro solamente por el amor de la justicia, el horror á la mentira y el respeto de nuestra santa religion... En fin, el tiempo aclarará las cosas... perdóneme el Señor si me he engañado; en todo caso la justicia fallará y al cabo de un mes ó dos, quedarán libres si son inocentes.

—Por lo mismo no hay que titubear un momento: es una simple medida de prudencia y no se morirán por eso. Ademas cuanto mas pienso en ello, mas verosimil me parece... indudablemente ese hombre debe ser un espia ó un sublevador francés; sobre todo, si se unen estas sospechas á esa manifestacion de los estudiantes de la universidad de Francfort.

—Y en esta hipótesis para calentar las cabezas de esos jóvenes locos, no hay cosa mas apropósito que... y Morok al pronunciar estas palabras, señaló á las dos huérfanas con una mirada rápida: despues de un momento de silencio significativo, añadió lanzando un suspiro.—Para el demonio, todos los medios son buenos!

—Ciertamente que eso seria odioso, pero muy sagazmente imaginado....

—Y en fin señor burgo-maestre, examínadle con atencion y hallareis sin duda que *este hombre* tiene una figura peligrosa... Miradle.

Hablando así Morok siempre en voz baja, se referia indudablemente á Dagoberto.

A pesar del imperio que este ejercia sobre sí mismo, la posicion violenta en que se encontraba desde su llegada á aquella posada maldita, y mas particularmente desde el principio de la conversacion secreta de Morok con el burgo-maestre, era ya superior á

sus fuerzas; además veía claramente que sus esfuerzos para captarse la voluntad del magistrado, acababan de ser completamente destruidos por la fatal influencia del domador de fieras: así es que perdiendo con semejante convencimiento toda su paciencia, se aproximó á este con los brazos cruzados y le dijo con una voz comprimida.

—Es de mí de quien acabais de hablar en voz baja, al señor burgo-maestre?

—Sí—dijo Morok mirándole fijamente.

—Por qué no habeis hablado en alta voz?

La agitación casi convulsiva del espeso bigote de Dagoberto, que después de haber pronunciado estas palabras, miraba á su vez con ceño terrible á Morok, anunciaba el violento combate que sufría interiormente: viendo á su adversario guardar un silencio irónico é insultante, replicó.

—Os pregunto por qué habeis hablado en voz baja al señor burgo-maestre, cuando se trataba de mí?

—Porque hay cosas tan vergonzosas, que no pueden decirse en alta voz—respondió Morok con insolencia.

Dagoberto que hasta entonces habia tenido cruzados los brazos los estendió de pronto involuntariamente cerrando los puños..... este brusco movimiento fue tan significativo, que las dos huérfanas se estremecieron, lanzaron un grito de espanto y se acercaron mas á él.

—Mandad señor burgo-maestre—dijo el soldado apretando los dientes de cólera—que se vaya este hombre ó no respondo de mí.....

—Qué es eso?...—dijo el burgo-maestre con arrogancia.—Ordenes á mí! Os atreveis?...

—Os digo que hagais marchar á ese hombre—repuso Dagoberto—ó sucederá una desgracia!...

—Dagoberto!... Dios mio!... tranquilizate—esclamaron las niñas cogiéndole las manos.

—Bien os sienta por Dios, miserable vagamundo, por no decir otra cosa, mandar aquí!...—replicó furioso el burgo-maestre—Creiais que para engañarme no necesitabais mas que decir que habiais perdido vuestros papeles? En vano traeis en vuestra compañía á esas dos jóvenes, quienes á pesar de su aire de inocencia..... pudieran muy bien suceder que no fueran sino...

—Miserable!...

Esclamó Dagoberto interrumpiendo al burgo-maestre con un gesto y una mirada tan terribles, que el juez no se atrevió á concluir.

—El soldado cogió á las niñas por el brazo y sin que ellas pu-

diesen decir una palabra, las metió dentro del aposento y cerró después la puerta guardándose la llave en el bolsillo, en seguida volvió hácia donde estaba el burgo—maestre que aterrado por la actitud y la fisonomía amenazadora del soldado, dió dos pasos atrás y se agarró con una mano á la barandilla de la escalera.

—Escuchadme con atencion—dijo el soldado cogiendo al juez por el brazo—Ya otra vez me ha insultado este miserable... (y señaló á Morok) y yo lo he sufrido porque se trataba de mí.... Vos mismo habeis visto con cuanta paciencia he escuchado vuestras palabras, porque aparentasteis un momento interesaros por la suerte de estas dos niñas desgraciadas, pero supuesto que no teneis ni corazon, ni piedad, ni justicia... os prevengo terminantemente que aunque sois burgo—maestre, os trataré como he tratado á ese perro (y señaló de nuevo al Profeta) si teneis la desgracia de no hablar de estas dos jóvenes como hablariais de vuestra propia hija... Lo entendeis?...

—Cómo... os atreveis á decir?...—esclamó el burgo—maestre tartamudeando de cólera—que si yo digo que estas dos aventureras...

—Abajo el sombrero... cuando se habla de las hijas del mariscal duque de Ligny.

Dijo el soldado arrancando el gorro al burgo—maestre y arrojándolo á los pies.

A esta repentina agresion, Morok tembló de alegría.

En efecto, Dagoberto exasperado, y renunciando á toda esperanza, dejábase desgraciadamente arrebatar por la violencia de su ira, tan penosamente comprimida por espacio de algunas horas.

Cuando el burgo—maestre vió su gorro á sus pies, miró al domador de fieras con cierto aire de estupor, como si vacilase en creer un atentado de semejante enormidad.

Dagoberto arrepentido de su arrebato y conociendo que no le quedaba ya ningun medio de conciliacion posible, dirigió una rápida ojeada á su alrededor y retrocediendo algunos pasos ganó los primeros escalones.

El burgo—maestre permanecia en pie al lado del banco en un ángulo de la meseta: Morok con su brazo colgado al pecho, como para dar una apariencia mas formal á su herida, estaba cerca del magistrado.

Este engañado por el movimiento de retirada de Dagoberto, exclamó:

—Ah! piensas que te vas á escapar impunemente después de haberte atrevido á poner la mano sobre mí... viejo miserable!!...

—Señor burgo—maestre, perdonadme; es un movimiento de vi—

vacidad, que no he sido dueño de contener... yo mismo me reprendo por esta violencia—dijo Dagoberto con una voz arrepentida y bajando humildemente la cabeza.

—No hay compasion para tí... desgraciado... quieres volver á enternecerme con tu hipócrita humildad!... Pero ya he descubierto tus designios... tu no eres lo que aparentas, y pudiera muy bien suceder, que algun negocio de Estado anduviera mezclado en todo esto—añadió el juez con tono estremadamente diplomático.—Los medios de que tú te vales, son muy propios de esos hombres que trabajan por revolver á la Europa.

—Yo no soy mas que un pobre diablo, señor burgo-maestre... vos que teneis un corazon tan bueno, no os mostreis vengativo conmigo...

—Ah!... tú me has arrancado el gorro de la cabeza.

—Y vos—añadió el soldado volviéndose hácia Morok—vos que sois la causa de todo... compadeceos de mí... no me mostreis ese rencor... vos que sois un santo decid al señor burgo-maestre una palabra en mi favor.

—Ya le he dicho... lo que debia decirle...

Contestó irónicamente el Profeta.

—Ola, te has avergonzado y arrepentido viejo vagamundo..... Creias engañarme con tus lamentaciones—dijo el burgo-maestre adelantándose hácia Dagoberto. Gracias á Dios no he caido en tus engaños... Verás como hay en Leipsik buenos calabozos para los revolucionarios franceses y para las aventureras prostitutas... porque estoy convencido de que tus doncellas valen tanto como tú... Ea—añadió con aire de estremada importancia hinchando sus carrillos;—ca, baja delante de mí... En cuanto á tí Morok, vas á.....

El burgo-maestre no pudo acabar.

Hácia algunos minutos que Dagoberto no trataba sino de ganar tiempo: examinaba cuidadosamente con la vista, una puerta entreabierta, que se veia en la meseta frente al aposento ocupado por las huérfanas: hallando un momento favorable, se lanzó con la velocidad del rayo sobre el burgo-maestre, lo cojió por el cuello y lo arrojó tan fuertemente contra la puerta, que estaba á medio cerrar, que el magistrado estupefacto con aquel ataque inesperado, fue á caer rodando en medio de la habitacion, sin dar un grito, ni proferir una palabra.

En seguida volviéndose hácia Morok que con su brazo entrapajado se habia precipitado por la escalera lo alcanzó, asiéndole por su larga cabellera: tiró de él, le apretó con sus brazos de hierro, le puso la mano en la boca para sofocar sus gritos y á pesar de su desespe-

rada resistencia lo arrastró al mismo cuarto oscuro, en medio del cual yacia el burgo—maestre contuso y aturdido.

Después de haber cerrado bien la puerta y guardado la llave en su bolsillo, Dagoberto bajó de dos saltos la escalera que terminaba en un corredor que daba al patio, pero encontró cerrada la puerta de la posada, y de consiguiente era imposible salir por aquel lado.

La lluvia caía á torrentes: al pasar por delante de las ventanas de una sala baja alumbrada por el resplandor de la lumbre, vió al posadero y á sus criados esperando la decision del burgo—maestre.

Echar el cerrojo á la puerta del corredor, é interceptar de esta manera la comunicacion con el patio, todo fue para el soldado negocio de un segundo, volviendo á subir en seguida al cuarto de las huérfanas.

Morok vuelto en sí de la primera impresion que la accion del veterano le causára, recurría al auxilio de todas sus fuerzas, pero aunque sus gritos hubieran podido ser oídos á pesar de la distancia, con el ruido del viento y de la lluvia hubieran sido sofocados. Dagoberto tenia cerca de una hora de que disponer, porque se necesitaba mucho tiempo para que se notase la duracion de su conferencia con el burgo—maestre, y aun después de despertarse las sospechas, era preciso todavía romper dos puertas para entrar en el cuarto donde se hallaban encerrados el magistrado y el Profeta.

—Hijas mias, vais á probar que corre sangre de soldado en vuestras venas—dijo Dagoberto entrando bruscamente en el cuarto de las jóvenes, asustadas por el ruido que oían hacia algunos momentos.

—Dios mio! Qué sucede Dagoberto?...—esclamó Blanca.

—Qué quieres que hagamos?—dijo Rosa.

El soldado sin responderlas corrió al lecho, cogio las sábanas, las ató fuertemente é hizo un grueso nudo en una de las puntas que colocó sobre la parte superior de la hoja izquierda de la ventana, abierta primero y cerrada luego con cuidado. Sujetas interiormente por aquel nudo que no podia pasar entre la hoja y el marco de la ventana, las sábanas estaban de este modo sólidamente aseguradas: la otra punta flotando á la parte de afuera casi llegaba hasta el suelo: la segunda hoja de la ventana quedó abierta para dar paso á las fugitivas.

El veterano tomó entonces su morral, la maleta de las niñas y el capote de piel de rengífero; lo arrojó todo por la ventana, hizo una señal á *Mal-genio* para que saltase, y lo envió, por decirlo así, á que guardara aquellos objetos.

El perro no vaciló: de un brinco desapareció por la ventana.

Rosa y Blanca miraban estupefactas á Dagoberto, sin hablar una sola palabra.

—Ahora hijas mias—las dijo—las puertas de la posada están cerradas..... valor—y mostrándoles la ventana—es preciso escaparnos por aquí si no queremos vernos presos... nos encerrarán, á vosotras en un lado... á mí en otro... y se frustrará nuestro viage.

—Prendernos!—esclamó Rosa.

—Separadas de tí!—añadió Blanca.

—¡Sí, hijas mias!..... han matado á *Jovial*..... es preciso salvarnos á pie y tratar de llegar á Leipsik..... cuando os sintais cansadas, os cogeré alternativamente en brazos, y aun cuando tenga que mendigar por el camino, llegaremos... pero si nos retardamos un cuarto de hora, todo está perdido... Vamos hijas mias!... tened confianza en mí..... Mostrad que las hijas del general Simon, no son cobardes..... es la única esperanza que nos queda.....

Las dos jóvenes por un movimiento simpático se agarraron de la mano, como si hubieran querido unirse contra el peligro; sus encantadores rostros, pálidos con tantas desagradables emociones, expresaron entonces una resolucion ingénua y candorosa, fundada en la ciega fé que profesaban al afecto del soldado.

—Tranquilízate Dagoberto... No tendremos miedo—dijo Rosa con voz firme.

—Nosotras haremos... cuanto sea necesario...—repuso Blanca con voz no menos animosa.

—Ya estaba yo seguro de ello—esclamó Dagoberto—la buena sangre no puede desmentirse nunca..... ea, vamos allá..... Vosotras pesais tanto como dos plumas; las sábanas son fuertes y apenas hay ocho pies desde la ventana al suelo... y *Mal-genio* os espera allí!...

—A mí me toca pasar la primera, soy la hermana mayor hoy—esclamó Rosa despues de haber abrazado cariñosamente á Blanca.

Y corrió hácia la ventana, queriendo esponerse ella antes que su hermana, si habia algun peligro en aquel paso.

Dagoberto adivinó al instante la causa de este apresuramiento.

—Hijas mias, os comprendo perfectamente, pero nada temais la una por la otra... yo mismo he atado las sábanas... vamos, vamos pronto mi querida Rosa.

La joven ligera como un pájaro, subió al poyo de la ventana sostenida por Dagoberto; se agarró de la sábana y se dejó deslizar suavemente segun las instrucciones del soldado, que con el cuerpo inclinado hácia afuera, la animaba con sus palabras.

—Hermana mia, no tengas miedo...—dijo la jóven en voz baja cuando llegó al suelo,—es muy fácil bajar de esta manera... aquí está *Mal-genio* que me lame las manos...



Blanca no se hizo esperar: tan valiente como su hermana, se descolgó con igual facilidad.

—Pobres niñas!... qué han hecho para ser tan desgraciadas!... Mil diablos!... una suerte maldita persigue á esta familia!...

Esclamó Dagoberto con el corazon partido de dolor, viendo desaparecer la pálida figura de Blanca, en medio de las tinieblas de aquella noche profundamente oscura, y que hacian mucho mas siniestra los silvidos del viento y los torrentes de la lluvia.

—Dagoberto, que te estamos esperando, baja pronto...—dijeron en voz baja las huérfanas reunidas al pie de la ventana.

Merced á su gran estatura, el soldado puede decirse que saltó en vez de descolgarse.

Apenas habia transcurrido un cuarto de hora, desde que Dagoberto y las jóvenes habian abandonado la posada del *Halcon Blanco*, cuando un violento crujido resonó en todo el edificio.

La puerta del cuarto en que estaban encerrados el burgo-maestre y Morok, habia cedido á los esfuerzos de ambos, que se habian servido de una tabla gruesa para derribarla.

Guiados por la luz, corrieron inmediatamente al aposento de las huérfanas ya vacío.

Morok vió las sábanas que colgaban hácia afuera de la ventana y exclamó:

—Por aquí han huido, señor burgo-maestre.... van á pié.... con esta noche tempestuosa y oscura, no pueden estar muy lejos.

—Es verdad, nosotros les cogeremos..... ¡Miserables vagamundos!... oh!... yo me vengaré..... pronto, vamos pronto Morok..... tu honor y el mio estan interesados.....

—Mi honor!... se trata de algo mas que eso, señor burgo-maestre.

Respondió el Profeta con tono airado. En seguida bajando rápidamente la escalera, abrió la puerta del patio y dijo con voz de trueno:

—Goliat, desata los perros... y vos posadero, faroles, antorchas.... armad á vuestros criados... haced abrir las puertas.... corramos tras los fugitivos... ellos no pueden escapársenos... Los necesitamos... muertos ó vivos.

Segunda parte.

LA CALLE DE MILIEU DES URSINS.

CAPÍTULO XV.

LOS MENSAJES.

Quien lea en las reglas de la órden de los jesuitas bajo el título de *formula scribendi* (instu. 2.—f1 página 125—129) la esplanacion de la parte octava de sus constituciones, se asombrará al contemplar el inmenso número de cartas, relaciones, registros y escritos de todos géneros, conservados en los archivos de la comunidad.

Su policia es infinitamente mas exacta y mucho mejor informada, que lo ha sido jamás la de ningun estado. El mismo gobierno veneciano, se halló sobrepujado por los jesuitas. Cuando fueron espulsados de aquella república en 1606, los agentes del gobierno se apoderaron de todos sus papeles motejándoles, su ESCESIVA Y PENOSA CURIOSIDAD.—Esta policia, esta secreta inquisicion, elevada á tal grado de perfectibilidad, demuestra todo el poder de un gobierno tan bien instruido, tan perseverante en sus propósitos, tan fuerte por su unidad y como dicen sus constituciones, por la *union de sus asociados*. Fácil es de comprender por consiguiente la misma fuerza de la compañía, y con cuanta razon el general de los jesuitas, podia decir al *duque de Brisacc*:— « DESDE ESTE APOSENTO, SEÑOR, GOBIERNO NO SOLAMENTE Á PARÍS, SINO Á LA CHINA, NO SOLAMENTE Á LA CHINA SINO Á TODO EL MUNDO, SIN QUE NADIE COMPRENDA COMO LO HAGO. »

(Constituciones de los jesuitas, con las declaraciones testo latino, segun la edicion de Praga; páginas 476 á la 478.)

(PAULIN.—PARÍS, 1843.)



RIENDO Morok, el domador de fieras, á Dagoberto privado de su caballo, despojado de sus papeles, sin dinero y creyéndolo por consiguiente imposibilitados de continuar su camino, habia antes de la llegada del burgo-maestre, enviado á Karl á Leipzig con una carta, para que la echase inmediatamente en el correo.

El sobre de la carta era el siguiente :

A Mr. Rodin, calle des Milieu del Ursins.

Hácia la mitad de esta calle solitaria y poco conocida, situada debajo del nivel del muelle de Napoleon, donde desemboca, no lejos de la calle de San Landry, existia entonces una casa de modesta apariencia, levantada en el fondo de un patio sombrío y estrecho, y aislada de la calle por una tapia que servia de fachada, en la que habia una puerta con arco y dos ventanas de espesísimas rejas.

El interior de esta silenciosa morada era sumamente sencillo, como lo demostraba el ajuar de un salon bastante grande colocado en el piso bajo del cuerpo principal del edificio. Las paredes estaban cubiertas con antiguas ensambladuras blancas: los ladrillos del pavimento estaban pintados de encarnado y encerados cuidadosamente: las ventanas hallábanse adornadas con cortinas blancas de indiana.

En el estremo opuesto del salon, frente á la chimenea, habia un globo terráqueo de cuatro pies de diámetro, colocado sobre un pedestal de madera.

Observábanse en este globo de grande escala, multitud de crucecitas rojas diseminadas en todas las partes del mundo; de Norte á Sud, de Levante á Poniente, desde los países mas bárbaros, desde las islas mas remotas, hasta las naciones mas civilizadas, hasta la Francia misma; no habia un solo rincon de la tierra que no ofreciese muchos sitios marcados con estas crucecitas rojas, que servian indudablemente de signos indicadores ó de puntos de señal.

Delante de una mesa de madera negra, llena de papeles y arrimada á la pared, no muy distante de la chimenea, habia una silla vacía y mas lejos entre las dos ventanas se veia un gran bufete de nogal lleno de cartones.

A fines del mes de octubre de 1831, como á las ocho de la mañana, escribia un hombre sentado á este bufete.

Era este hombre Mr. Rodin, corresponsal de Morok el domador de fieras.

Tenia cincuenta años de edad y vestía una vieja levita de color de aceituna con el cuello grasiento; un pañuelo de mano por corbata; un chaleco y un pantalon negro que enseñaban el tegido, y finalmente, sus pies estaban calzados con unos zapatos gruesos y descansaban sobre un pedazo de alfombra verde, colocado sobre los ladrillos encarnados y brillantes. Sus cabellos grises estaban adheridos á sus sienes y coronaban su frente calva; sus cejas eran casi imperceptibles, su párpado superior flojo y caído, como la membrana que cubre á medias los ojos de los reptiles, ocultaba la mitad de su ojo, pequeño,

animado y negro, sus labios delgados y enteramente descoloridos, se confundían con el color pálido de su rostro enjuto; su barba y su nariz eran enteramente puntiagudas; esta máscara lívida, sin labios, por decirlo así, parecía tanto más extraña, cuanto que permanecía en una inmovilidad sepulcral y á no ser por el rápido movimiento de los dedos de Mr. Rodin, que doblado sobre su bufete, hacia rechinar la pluma, cualquiera le hubiera tomado por una figura cadavérica.

Con el auxilio de *cifras*, alfabeto secreto que tenía delante, transcribía de una manera no inteligible, para quien no hubiese poseído la llave de estos signos, ciertos períodos de una larga hoja escrita con caracteres comunes.

Había algo de siniestro en este hombre de rostro inmóvil, que estaba escribiendo en caracteres misteriosos en medio de aquel silencio profundo, en un día nebuloso y sombrío, que hacía aparecer mucho más triste aquella habitación fría y desierta.—Dieron las ocho.

El aldabon de la puerta cochera resonó sordamente; después se oyeron dos campanillazos: abrieronse muchas puertas, cerráronse en seguida y un nuevo personaje entró en la sala.

Al verle Mr. Rodin se levantó, puso la pluma entre sus dientes, saludó con aire respetuoso y volvió á continuar su tarea, sin pronunciar una sola palabra.

El contraste que formaban estos dos personajes entre sí, era admirable.

El reciénvenido representaba unos treinta y seis ó treinta y ocho años, aunque en realidad tenía muchos más; era alto y erguido, la mirada de sus rasgados ojos brillantes como el acero, era irresistible; su nariz ancha en su nacimiento, terminaba repentinamente sin concluir en punta; estaba enteramente afeitado y el color azulado de la barba recién rasurada, contrastaba con el vivo encarnado de sus labios y con la blancura de sus hermosos dientes. Cuando se quitó el sombrero, para tomar de encima de la mesa un gorro de terciopelo negro, descubrió una poblada cabellera de color castaño, que la edad no había comenzado aun á encanecer. Estaba vestido con una gran levita abotonada hasta el cuello.

La mirada penetrante de aquel hombre y su frente espaciosa, revelaban una poderosa inteligencia, al paso que la anchura de su pecho y espaldas, anunciaban una vigorosa organización física; en fin, su porte distinguido, el primor de sus guantes y de su calzado, el ligero perfume que se exalaba de su cabellera y de toda su persona y la gracia y delicadeza de sus movimientos, descubrían lo que generalmente se llama un hombre del gran mundo y hacían creer que

habia podido ó podia aun aspirar á todo, desde las cosas mas frívolas hasta las mas sérias.

De esta reunion de cualidades, tan difíciles de concebir fuerza de espíritu, brillantes facultades físicas y estremada elegancia de modales, resultaba un conjunto tanto mas notable, cuanto que lo que habia de altivo y dominante en aquel rostro varonil, estaba templado y dulcificado por la afabilidad de una sonrisa constante, pero no uniforme; porque esta muestra de cortesanía era segun las diferentes ocasiones afectuosa ó maligna, cordial ó alegre, discreta ó cortesana, de manera que aumentaba siempre el encanto de aquella insinuante fisonomía, que no era posible olvidar nunca habiéndola visto una vez.

Sin embargo, á pesar de tantas ventajas y aunque siempre ejercia la influencia de su irresistible seducción, el sentimiento que causaba iba mezclado con cierta inquietud vaga é indefinida, como si la gracia y esquisita urbanidad de sus modales, la dulzura de sus palabras, sus lisonjas delicadas y la cariñosa amenidad de su sonrisa, ocultasen alguna asechanza insidiosa.

Con la impresion que este hombre producía, quedaríais siempre en la duda de si cediendo á una simpatía involuntaria, os dejabais arrastrar hácia el bien... ó hacia el mal.

Mr. Rodin, secretario del reciénvenido, continuaba escribiendo.

—Hay cartas de Dunkerque, Rodin?—le preguntó su amo.

—No han traído aun la correspondencia.

—Sin estar enteramente inquieto por la salud de mi madre, puesto que se halla muy adelantada su convalecencia—replicó el otro—no estaré tampoco tranquilo hasta que reciba carta de la princesa de Saint Dizier... mi excelente amiga... espero que esta mañana tendré buenas noticias....

—Así es de desear—dijo el secretario, tan humilde y sumiso como lacónico é impasible.

—Cierto que es de desear—respondió su amo—porque uno de los mejores días de mi vida, fue aquel en que la princesa de Saint Dizier me anunció, que esa enfermedad tan repentina como peligrosa, habia cedido felizmente á beneficio del esmero con que ha sido cuidada... por ella... Sin esta circunstancia hubiera yo partido al momento para la casa de campo de la princesa, por muy necesaria que hubiera sido aquí mi presencia.

Rodin se levantó y salió.

Y acercándose despues á la mesa donde escribía su secretario, añadió:

—Se ha examinado ya la correspondencia estrangera?

—Aqui está el extracto.....

—Las cartas vienen siempre dirigidas á los puntos indicados?... y han sido traídas aqui del modo que tengo prevenido?...

—Si señor.

—Leedme el extracto de esa correspondencia; yo os diré si hay alguna carta á que deba contestar por mí mano.

Y el amo de Rodin comenzó á pasearse por la sala con las manos juntas atrás, dictando á medida de las observaciones que Rodin leía cuidadosamente.

El secretario tomó un legajo muy voluminoso, y comenzó de esta manera.

—D. Ramon Olivares acusa desde Cadiz el recibo de la letra número 19—se conformará, negando toda participacion en el robo.

—Bien para clasificar.

—El conde Romanoll de Riga, se encuentra en una situacion muy apurada.

—Decid á Duplessis que le envíe un socorro de cincuenta luises: ha servido como capitan en el regimiento del conde, y ademas nos ha proporcionado muy buenas noticias.

—Se ha recibido de Filadelfia la última remesa de historias de Francia, *espurgadas*, para el uso de los fieles: piden mas, porque aquella se ha concluido.

—Tomad nota y escribid á Duplessis..... Continudad.

—Mr. Spindler envia desde Namur el informe secreto que se le pidió acerca de Mr. Ardouin.

—Para analizarlo.....

—Mr. Ardouin, envia desde el mismo punto, la relacion que se le pidió, respecto á Mr. Spindler:

—Para analizar.....

—El doctor Van Ostadt, de la misma ciudad remite su nota secreta y confidencial sobre Spindler y Ardouin.

—Para compararla.....

—El conde Malipieri, de Turin, anuncia que está ya firmada la donacion de 300,000 francos.

—Avisádselo á Duplessis.... proseguid.

—D. Estanislao, acaba de partir de los baños de Baden, con la reina María Ernestina. Participa que S. M. recibirá con gratitud los consejos que se le anuncian, y que contestará de su propio puño.

—Tomad nota... Yo mismo escribiré á la reina.

Entretanto que Rodin hacia algunas anotaciones, su amo que

continuaba sus paseos por el salon, se encontró enfrente del gran mapa señalado con las cruces rojas, y lo contempló un instante con aire pensativo.—Rodin continuó.

—Segun el estado de los ánimos en algunos puntos de Italia, cuyos revolucionarios tienen puestas en Francia sus esperanzas, el padre Orsens escribe desde Milan, que seria oportuno esparcir con profusion en aquel pais un folleto, en el cual se pintase á los franceses, nuestros compatriotas, como impíos, libertinos, ladrones y sanguinarios.

—La idea es escelente: se podran esplotar hábilmente los escesos cometidos por nuestras tropas en Italia, durante las guerras de la república..... Es menester encargar á Santiago Dumoulin que escriba ese folleto. Ese hombre está lleno de bilis, de hiel y de veneno; el folleto será terrible... ademas, yo daré tambien algunos datos... pero que no se le pague hasta despues que haya entregado el manuscrito.

—Teneis razon, si se hiciera antes, estaria ocho dias borracho en cualquier taberna. Por esa razon fue necesario pagarle dos veces su sátira contra las tendencias panteistas de la doctrina filosófica del profesor Martin.

—Anotadlo y seguid.

—El *negociante* anuncia que el *comisionado* está próximo á enviar al *banquero* á dar sus cuentas ante quien de derecho...

Despues de haber recalcado notablemente estas palabras, dijo Rodin á su señor:—¿Comprendeis?...

—Sí—dijo el otro estremeciéndose—son las espresiones convenidas... continuad.

—Pero el *comisionado*—añadió el secretario—tiene que vencer un escrúpulo.

Despues de un momento de silencio, durante el cual sus facciones se contrajeron horriblemente, prosiguió el amo de Rodin.

—Que se continúe obrando en la imaginacion del *comisionado* por medio del silencio y de la soledad; despues hacerle que lea muchas veces la lista de los casos en que está permitido el regicidio... y será fácilmente absuelto... Adelante.

—Mdme. Sidney, escribe de Dresde que aguarda instrucciones. Escenas violentas de celos han ocurrido entre el padre y el hijo; pero en estas nuevas manifestaciones de odio y en las confianzas que cada uno de ellos le hace contra su rival, no ha encontrado nada que pueda tener relacion con lo que se le pide. Dice tambien que hasta ahora ha podido contemporizar con los dos, sin decidirse abiertamente por ninguno; mas si esta crisis se prolonga, teme despertar

sospechas..... Por quién se ha de decidir, por el padre ó por el hijo?....

—Por el hijo... El resentimiento de los celos será mucho mas violento, mucho mas cruel en el corazon del padre, y para vengarse de la preferencia obtenida por el hijo, dirá tal vez lo que ambos tienen tanto interés en ocultar... proseguid.

—Hace ya tres años que han desaparecido dos criadas de Ambrosio, á quienes se colocó en la pequeña parroquia del Valés.... sin que hasta ahora se sepa que ha sido de ellas. Otra tercera criada acaba de sufrir la misma suerte..... Los protestantes de aquella comarca están llenos de terror... hablan de asesinatos... con espantosas circunstancias.

—Que se defienda á Ambrosio contra esas infames calumnias de un partido que nunca retrocede ante las mas monstruosas invenciones, hasta que haya pruebas completas y evidentes del hecho..... continuad.

—Thompson de Liverpool, ha logrado introducir á Justino de secretario, en casa de lord Stessard, rico católico irlandes, cuya cabeza se debilita mas cada dia.

—Verificado el hecho, que se den cincuenta luises de gratificacion á Thompson. Tomad nota de ello para Duplessis..... proseguid.

Frank Dischestein, de Viena, anuncia que su padre ha muerto del cólera, en una aldea inmediata á aquella ciudad... porque la epidemia continúa avanzando lentamente, viniendo del Norte de Rusia por Polonia...

—Es verdad—dijo el amo de Rodin interrumpiendo la lectura—ojalá que esa plaga terrible no siga su espantosa marcha, y perdone á la Francia!...

—Franck Dichestein—prosiguió Rodin—anuncia que sus dos hermanos estan decididos á repetir contra la donacion hecha por su padre... pero que él está por lo contrario...

—Que se consulte á las dos personas encargadas de lo contencioso... seguid.

—El cardenal príncipe Amalfi se conformará con los tres primeros puntos de la memoria; pero solicita algunas reservas sobre el cuarto.

—Nada de reservas...Aceptacion plena y absoluta... y sino la guerra... Anotadlo bien, lo entendeis?... Una guerra encarnizada, sin compasion, contra él y contra sus hechuras... adelante.

—Fra Paolo anuncia que el patriota Boccari, gefe de una sociedad secreta muy terrible, desesperado de que sus amigos le acusaban de

traicion, por sospechas que el mismo Fra Paolo habia diestramente escitado contra él, se ha suicidado.

—Boccari!.. será posible!.. Boccari gefe de una sociedad secreta tan peligrosa!..—esclamó el amo de Rodin.

—El patriota Boccari...—repitió el secretario con su impasibilidad habitual.

—A Duplessis, que remita á Fra Paolo una libranza de 25 luises... Tomad nota.

—Hausman anuncia, que la bailarina francesa Albertina Ducorruet, querida del príncipe reinante, ejerce sobre él la mas completa influencia y que podria aprovecharse esta circunstancia, para conseguir el objeto propuesto; pero añade que esta Albertina, está á su vez dominada por su amante, sentenciado en Francia por falsario, y nada hace sin consultarlo con él.

—Mandad á Hausman que se aviste con ese hombre y que acceda á sus proposiciones, si son razonables; y vos informaos si esa jóven tiene algunos parientes en París.

—El duque de Orleans anuncia, que el rey su amo autorizará el nuevo proyecto, pero con las condiciones que ha notificado antes de ahora.

—Nada de condiciones... ó una adhesion franca, ó una negativa terminante... asi conoceremos cuáles son los amigos y cuales los enemigos. Cuanto mas desfavorables parezcan las circunstancias mas necesario es mostrar firmeza y confianza en nuestras propias fuerzas.

—El mismo dice, que el cuerpo diplomático continúa apoyando las reclamaciones del padre de aquella jóven protestante, que se niega á abandonar el convento en que ha encontrado asilo y proteccion, como no sea para casarse con su amante, contra la voluntad de su padre.

—Ah!.. el cuerpo diplomático sigue todavía reclamando en nombre de ese padre?..—Si señor.

—Entonces, continuad respondiéndole, que el poder espiritual, nada tiene que ver con el poder temporal.

En este momento, sonó dos veces la campanilla de la puerta de entrada.

—Ved que es eso—dijo el amo á Rodin.

Sus paseos le trajeron otra vez cerca del globo terráqueo y se detuvo delante de él.

Por espacio de algun tiempo, estuvo contemplando en medio de un profundo silencio, aquella inmensidad de cruces rojas, que parecian una inmensa red que cubria toda la estension de la tierra. Re-

flexionando sin duda en la invisible acción de un poder, que parecía estenderse sobre el mundo entero, las facciones de aquel hombre se animaron, centellearon sus ojos, hincháronse sus narices y su rostro varonil tomó una expresión increíble de energía, de audacia y de soberbia.

Su amo siguió paseándose pensativo, desde un extremo á otro de la sala.

Con frente altiva y sonrisa desdeñosa, se acercó á la esfera y apoyó su mano vigorosa sobre el polo...



Al ver un movimiento tan imperioso y posesivo, se hubiera dicho que este hombre se creía seguro de dominar el globo que contemplaba, y sobre el cual había pasado su mano, con un aire tan altivo, tan audaz y tan soberano.

Entonces no se sonreía.

Su ancha frente se arrugaba de una manera formidable: su mirada era amenazadora: el artista que hubiera querido retratar el de-

monio de la astucia y del orgullo, el genio infernal de una dominación insaciable, no hubiera podido escoger un modelo mas espantoso.

Cuando Rodin volvió á entrar en la sala, la cara de su amo habia vuelto á tomar su expresion habitual.

—Es el cartero—dijo Rodin mostrando varias cartas que traia en la mano—No hay nada de Dunkerque.

—Nada!...—esclamó su amo.

Y su dolorosa emocion contrastaba notablemente con la expresion altanera é implacable que habia mostrado pocos momentos antes....

—Nada!... Ninguna noticia de mi madre!—prosiguió—Otras treinta y seis horas!...

—Yo creo que si la princesa hubiera tenido alguna mala noticia que daros, os habria escrito; es de suponer que la mejoría sigue adelante.

—Teneis razon sin duda, Rodin; pero no importa, no puedo estar tranquilo... Si mañana no recibo noticias completamente satisfactorias, partiré para la casa de campo de la princesa... Qué fatalidad habrá querido que mi madre fuera á pasar el otoño en ese pais!... Temo que las cercanías de Dunkerque no sean muy saludables para ella.

Despues de un momento de silencio, añadió sin dejar de pasearse.

—En fin, veamos esas cartas; ¿de donde son?...

Rodin despues de haber mirado el sello, contestó.

—De las cuatro hay tres relativas al grande é importante negocio de las medallas.

—Dios quiera que sean favorables las noticias...—esclamó el amo de Rodin con una expresion de inquietud que manifestaba la estremada importancia de este asunto.

—Una es de Charlestown y sin duda relativa á Gabriel: el mismo respondió Rodin, otra es de Batavia y se referirá al príncipe Djalma... Esta es de Leipsik... que confirmará probablemente la recibida ayer, en la cual el domador de fieras, llamado Morok, anunciaba que segun las órdenes que tenia y sin que se le pudiera acusar de nada, las hijas del general Simon no podrian continuar su viage.

Al oír el nombre del general Simon, una nube ligera oscureció rapidamente las facciones del amo de Rodin.



CAPÍTULO XVI.

LAS ÓRDENES.

Los conventos de provincia, están en correspondencia con el de París, y también en relaciones directas con el general de la orden que reside en Roma. La correspondencia de los jesuitas tan activa, tan diversa y organizada de un modo tan maravilloso, tiene por objeto proporcionar á los superiores todas las informaciones que puedan necesitar; así recibe diariamente el general una multitud de comunicaciones que se fiscalizan mutuamente. En el convento central de Roma, existe un cúmulo de registros donde se inscriben los nombres de todos los jesuitas, los de sus afiliados y los de todas las personas notables, amigos ó enemigos, con quienes tengan algun negocio que ventilar. En estos libros se registran sin alteracion, sin odio, sin pasion, los hechos relativos á la vida de cada individuo, lo cual forma la coleccion biográfica mas gigantesca que se haya reunido jamás. La conducta de una muger liviana, las faltas mas privadas y ocultas de un hombre de estado, todo se escribe en esos libros con la mas rigida imparcialidad. Así es, que estas biografías redactadas con un objeto de utilidad, son por necesidad exactísimas. Cuando hay algun partido que adoptar respecto á algun individuo, se abre el libro, y al primer golpe de vista se conocen, su vida, su caracter, sus cualidades, sus defectos, sus proyectos, su familia, sus amigos y hasta sus mas intimas relaciones.—¿Comprendeis por estas noticias toda la superioridad de accion que presta á una sociedad ese libro inmenso de policia que abraza todo el mundo? No hablo al aire de estos registros. Tengo el hecho de un individuo que *ha visto* este inmenso repertorio. Muchas reflexiones podrian deducirse de aquí, respecto á las familias que admiten en su intimidad á los miembros de una comunidad que tan habilmente sabe explotar el estudio de la biografía.

(LIBRI, miembro del instituto, *cartas sobre el clero*).

D

ESPUES de haber dominado la emocion que le habia causado el nombre ó el recuerdo del general Simon, dijo el amo de Rodin:

—No abrais aun las cartas de Leipsik, Charlestown y Batavia: las noticias que traigan se clasificarán sin duda, despues por ellas mismas; lo cual nos ahorrará un trabajo doble,

El secretario miró á su señor con un aire interrogativo.

El otro continuó.

—Habeis concluido la nota relativa al negocio de las medallas?

—Aquí está... acababa de traducirla en cifras.

—Leedme la y segun el órden de los hechos, añadiréis las nuevas informaciones que nos proporcionen estas tres cartas.

—Efectivamente—contestó Rodin—así estas informaciones entrarán naturalmente en su lugar.

—Quiero ver—añadió el otro—si esa nota está bastante clara y explícita, porque supongo no habreis olvidado que la persona á quien se dirige no debe saberlo todo.

—Lo he recordado, y teniéndolo muy presente he redactado la nota.

—Leed.

Mr. Rodin, leyó muy pausadamente lo que sigue :

«Hace ciento cincuenta años que una familia francesa protestante, se espatrió voluntariamente, previendo la última revocacion del edicto de Nantes y con el fin de sustraerse á las rigurosas y justas resoluciones que se habian tomado contra los reformantes, enemigos implacables de nuestra santa religion.

«Entre los individuos de esta familia, hubo unos que se refugiaron primero en Holanda y despues en sus colonias; otros en Polonia, otros en Alemania, otros en Inglaterra y otros finalmente en América.

«Se cree que solo existen actualmente siete descendientes de esta familia que ha sufrido muy estrañas vicisitudes de fortuna, puesto que sus representantes están colocados en esta época, en diferentes grados de la escala social, desde el de rey hasta el de artesano.

«Estos siete descendientes directos é indirectos son :

LINEA PATERNA.

«Las señoritas *Rosa y Blanca Simon*, menores. (El general Simon casó en Varsovia con una muger descendiente de la misma familia.)

«El señor *Francisco Hardy*, manufacturero en Plessis cerca de París.

«El príncipe *Djalma*, hijo de *Kadja Sing*, rey de Mondí (*Kadja Sing* casó en 1802, con una descendiente de la espresada familia, que se hallaba entonces establecida en Batavia, isla de Java, posesion holandesa.)

LINEA MATERNA.

« El señor *Santiago Rennepont*, alias *Poca Ropa*, artesano.

« La señorita *Adriana de Cardoville*, hija del conde Rennepont, duque de Cardoville.

« El señor *Gabriel Rennepont*, sacerdote de las misiones extranjeras.

« Cada uno de los miembros de esta familia, posee ó debe poseer una medalla de bronce, en la que estan grabadas las siguientes inscripciones:



« Estas palabras y esta fecha, indican que es de un gran interés para los miembros todos de esta familia, encontrarse en París el 13 de febrero de 1832 y no por medio de representantes ni poderes, sino EN PERSONA, sea cualquiera su edad, su estado y condicion.

« Pero hay tambien otras personas, que tienen un interés inmenso en que ninguno de los descendientes de esta familia, se encuentre en París el dia 13 de febrero... á escepcion de Gabriel Rennepont, sacerdote de las misiones extranjeras.

« Es preciso pues, QUE A CUALQUIER PRECIO, Gabriel sea el único que asista á esta cita, dada hace siglo y medio á los representantes de esta familia.

« Para impedir que las otras seis personas vengán á París el citado dia, ó para inutilizar su presencia, se ha trabajado mucho; pero aun queda mucho que hacer, para asegurar el buen éxito de este

»negocio, que se mira como de grandísima importancia, como el mas vital de la época, á causa de sus probables resultados...»

—Eso es mucha verdad—dijo el amo de Rodin interrumpiéndole y moviendo la cabeza con aire pensativo.—Añadid ademas, que las consecuencias del buen éxito son incalculables y que no se atreve uno á preveer las de un mal resultado. En una palabra, que se trata nada menos que de ser.... ó de no ser, durante muchos años. Por consiguiente, es necesario para lograr el objeto, *emplear todos los medios posibles, no detenerse por ningun obstáculo*, procurando siempre salvar las apariencias habilmente.

—Ya está escrito—contesto Rodin, despues de haber añadido las palabras que su amo acababa de dictarle.—Continuad.....

Rodin siguió:

«Para facilitar ó asegurar el buen éxito de este negocio, es necesario dar algunos pormenores particulares y secretos, respecto á los siete individuos que representan esta familia.

«Se responde de la veracidad de estos datos, y en caso necesario, se completarán del modo mas minucioso, porque se poseen las noticias mas circunstanciadas, merced á las informaciones contradictorias, que se han mandado hacer con este objeto.

«Se procederá en esta relacion por el orden de las personas, y se hablará solamente de los hechos consumados hasta hoy.

(Nota núm. 1.)

«Las señoritas Rosa y Blanca Simon, hermanas gemelas, de unos quince años de edad, semblante encantador: se parecen de tal manera, que cuesta trabajo distinguir la una de la otra; carácter dulce y tímido, pero susceptible de exaltacion, educadas en la Siberia por una madre despreocupada y casta, ignoran completamente los misterios de nuestra santa religion.

«El general Simon, separado de su muger antes del nacimiento de las jóvenes, no sabe aun que tiene estas dos hijas.

«Se habia creido que bastaba para impedirles hallarse en París el 13 de febrero, desterrar á la madre á un lugar mas remoto que al que se le habia mandado en un principio; pero muerta la madre, el gobernador general de la Siberia, que nos es completamente adicto, creyendo desgraciadamente que la medida reclamada era personal para la muger del general Simon, ha permitido que estas jóvenes se trasladen á Francia, acompañadas de un antiguo soldado.

« Este hombre emprendedor, fiel y resuelto, está clasificado como *pehigroso*.

« Las señoritas Simon son inofensivas. Hay motivos para creer que »á estas horas, estarán presas ó detenidas en las inmediaciones de »Leipsik. »

El amo de Rodin, le interrumpió diciéndole:

—Leed ahora la carta de Leipsik, que acabamos de recibir y podrá completarse el informe.

Leyóla Rodin y exclamó:

—Esceleste noticia! las dos jóvenes y su guía, que durante la noche habian logrado escaparse de la posada del *Halcon Blanco* han sido alcanzados y detenidos á una legua de Mockern, trasladándoseles en seguida á Leipsik, donde han sido presos como vagamundos. Ademas el soldado, que las servia de guía, ha sido acusado y convencido de rebelion, y malos tratamientos contra la autoridad.

—Segun eso, es casi cierto, que en atencion á lo difuso de los procedimientos alemanes, (y si no se proveerá á ello) las jovenes no podrán llegar á París, para el 13 de febrero—dijo el amo de Rodin. Añadid ese último hecho á la nota, con una llamada.

—El secretario obedeció: escribió en la nota el resumen de la carta de Morok y dijo:

Ya está como lo habeis mandado.

—Seguid leyendo—añadió su amo.

Rodin continuó.

(Nota núm. 2.)

MR. FRANCISCO HARDY, MANUFACTURERO EN PLESSIS, CERCA DE PARIS.

« Tiene cuarenta años: es un hombre firme, vivo, inteligente, activo, de gran probidad, idolatrado de sus dependientes y trabajadores: no cumple nunca con los deberes que impone nuestra santa religion, está anotado como *muy peligroso*. El odio y la envidia que van apoderándose de los demas industriales, en vista de sus progresos, especialmente del baron de Tripeaud, su rival, pueden emplearse utilmente contra él. Si fueran necesarios otros medios de accion, se consultará otra vez su expediente que es muy largo.. »Este hombre, está hace mucho tiempo marcado y vigilado.

« Se le ha engañado tan habilmente respecto á la medalla, que »hasta el dia ignora completamente los intereses que ésta representa: por lo demas está incesantemente rodeado, espiado y aun do-

»minado sin que él lo conozca por uno de sus mas íntimos amigos,
»que es el que le hace traicion y por quien se saben hasta sus mas
»secretos pensamientos.»

(Nota núm. 3.)

EL PRINCIPE DJALMA.

»Diez y ocho años: carácter enérgico y generoso; espíritu activo,
»independiente y salvaje, favorito del general Simon que ha toma-
»do el mando de las tropas de su padre *Kadja Sing* en la lucha
»que este sostiene contra los ingleses, en la India. Solo se habla de
»Djalma para recordar á los parientes de su madre, que habian per-
»marcido en Batavia; porque aquella murió jóven todavia.

«Despues de muertos estos, no se han presentado á reclamar la
»modesta herencia que dejaron, ni Djalma, ni el rey su padre; por
»consiguiente hay casi una certeza de que ignoran ambos las graves
»consecuencias que tienen relacion con la posesion de la medalla de
»que se trata, y que forma parte de la herencia de la madre de
»Djalma.»

El amo de Rodin le interrumpió:

—Leed ahora la carta de Batavia, á fin de completar el informe relativo á Djalma.

Rodin contestó despues de haberla leído:

—Otra buena noticia: Mr. Josué Van Daél, negociante de Bata-
via (se educó en nuestro convento de Pondichery) ha sabido por su
corresponsal de Calcuta, que el viejo rey indio ha muerto en la últi-
ma batalla que tuvo con los ingleses. Su hijo Djalma, despojado del
trono de su padre, ha sido enviado provisionalmente á una fortaleza
de la India, como prisionero de estado.

—Estamos á fines de octubre—esclamó el amo de Rodin—y aun ad-
mitiendo que el principe Djalma recobrase su libertad y lograrse po-
der salir de la India inmediatamente, es casi imposible, ó por lo me-
nos muy dificil que pudiera llegar á París en el mes de febrero.

—Mr. Josué—continuó Rodin—siente no haber podido probar su
celo en esta ocasion como él hubiera deseado, pero dice que si con-
tra todas las probabilidades el principe Djalma recobrase su liber-
tad, es indudable que entonces iria á Batavia á reclamar la herencia
de su madre, puesto que son los únicos bienes con que cuenta en es-
te mundo..... En este caso se podria confiar en la adhesion de
M. Josué Van Daél... En cambio, pide que por el próximo correo se

le remitan informes minuciosos acerca de la fortuna del baron de Tripeaud, manufacturero y banquero, con cuya casa está en correspondencia.

—Contestareis sobre esto de una manera evasiva, pues que Monsieur Josué Van Daël hasta ahora solo ha manifestado celo..... completad el informe de Djalma con estas nuevas noticias.

Rodin escribió.

Al cabo de algunos segundos le dijo su amo con una espresion singular.

—Nada os dice Mr. Josué del general Simon, con motivo de la muerte del padre de Djalma y de la prision de este?

—Ni una sola palabra—contestó el secretario sin dejar de escribir.

El amo de Rodin guardó silencio y se paseó con aire pensativo por la sala.

Pasados algunos instantes Rodin le dijo.

—Está escrito.

—Continuad leyendo.

(Nota núm. 4.)

SANTIAGO RENNEPONT, ALIAS POCA ROPA.

« Oficial de la fábrica del baron de Tripeaud, rival de industria de Mr. Francisco Hardy: este artesano es borracho, holgazan, quimerista y gastador: no le falta inteligencia, pero los vicios le han pervertido completamente. Un agente muy sagaz y de mucha confianza, ha entablado relaciones con una muchacha perdida, llamada Cephisa Soiweau y conocida con el mote de la *reina bacanal*, que es la querida de este obrero. Gracias á ella, el agente ha adquirido tambien algun género de relaciones con él, y casi se le puede considerar desde ahora como fuera de los intereses que harian necesaria su presencia en París el 13 de febrero.»

(Nota núm. 5.)

GABRIEL RENNEPONT, SACERDOTE DE LAS MISIONES ESTRANGERAS.

« Pariente lejano del anterior, pero ignora la existencia de tal pariente y de tal parentesco. Huérfano abandonado, ha sido recogido por Francisca Boudin, muger de un soldado cuyo sobrenombre es Dagoberto.

« Si contra toda esperanza este soldado llegara á presentarse en

»París, podria egercerse sobre él un poderoso medio de accion, valiéndose de su muger. Esta es una escelente criatura, ignorante y »crédula, de una piedad egemplar, y sobre la cual hace algun tiempo que se han adquirido una influencia y una autoridad ilimitadas. »Por esta influencia se decidió á Gabriel á tomar el hábito de religioso á pesar de la repugnancia que mostraba.

«Gabriel tiene veinte y cinco años, carácter angelical como su »rostro: está dotado de sólidas y raras virtudes, aunque por desgracia ha sido criado en compañía de su hermano adoptivo Agricol, »hijo de Dagoberto.

«Este Agricol es poeta y uno de los mejores oficiales de la fábrica de Mr. Francisco Hardy. Está imbuido en las doctrinas más »testables; idolatra á su madre; trabajador y honrado, pero sin ningun sentimiento religioso—está anotado como *muy peligroso*, por lo »que se temian sus relaciones con Gabriel.

«Este, á pesar de sus recomendables cualidades, continúa dando »alguna inquietud. Hasta ahora ha sido necesario retardar el franquearse á él abiertamente, á fin de evitar que un paso dado en falso, haga de Gabriel un hombre *muy peligroso*. Es preciso por consiguiente manejarlo con cuidado, al menos hasta el 13 de febrero, »porque, conviene repetirlo, *de su presencia en París en esa época*, »dependen esperanzas inmensas y no menos inmensos intereses.

«En virtud de la condescendencia que es preciso tener con él, se »consintió que formára parte de la mision enviada á América, porque á su dulzura angelical, reunia las circunstancias de una pacífica »intrepidez y un espíritu aventurero, que solo se ha podido satisfacer con la vida peligrosa de los misioneros. Afortunadamente se han »dado las más severas instrucciones á sus superiores de Charlestown, »á fin de que jamás espongan tan preciosa vida. Deben enviarlo á »París por lo menos un mes ó dos antes del 13 de febrero...»

El amo de Rodin interrumpiéndole de nuevo, le dijo:

—Leed ahora la carta de Charlestown: ved lo que en ella os dice, para completar tambien este informe.

Despues de haberla leído, contestó Rodin.

—Se espera á Gabriel de un dia á otro, de vuelta de las montañas Pedregosas, á cuya mision se ha empeñado tenazmente en ir solo....

—Qué imprudencia!

—Hay motivos para creer que no ha corrido el más leve peligro, puesto que él mismo anuncia su vuelta á Charlestown... Tan pronto como llegue, que lo más tarde será á mediados del mes presente, según dicen, le harán embarcarse inmediatamente para Francia.

—Añadid á la nota lo que corresponde.

—Ya está.

Contestó Rodin despues de haber escrito por espacio de algunos instantes.

—Proseguid leyendo—le dijo su amo.

Rodin continuó.

(Nota núm. 6.)

LA SEÑORITA ADRIANA RENNEPONT DE CARDOVILLE.

« Parienta lejana é ignorante de este parentesco, de Santiago Rennepont, alias *Poca Ropa*, y de Gabriel Rennepont, sacerdote misionero. Pronto tendrá veinte y un años—fisonomía espresiva—belleza extraordinaria, aunque con pelo bermejo—un talento notable por su originalidad—una fortuna inmensa, y está dotada de todos los instintos sensuales. Espanta el porvenir de esta jóven cuando se reflexiona la increíble audacia de su carácter; pero afortunadamente su tutor subrogado, el baron Tripeaud (Baron desde 1829, y antiguo agente de negocios del difunto conde de Rennepont, duque de Cardoville) está enlazado con relacion á intereses, y casi bajo la dependencia de la tia de la señorita de Cardoville. Hay motivos poderosos para poder contar con esta digna y respetable señora y con Mr. Tripeaud, para combatir y vencer los estraños é inauditos proyectos, que esta jóven tan resuelta como independiente, anuncia sin rebozo... y que desgraciadamente no pueden esplotarse con fruto... en interés del negocio de que se trata, porque.... »

Rodin no pudo continuar: dos golpes dados discretamente á la puerta, vinieron á interrumpir su lectura.

El secretario se levantó, fue á saber quien llamaba, permaneció un instante fuera, y entró á poco tiempo con dos cartas en la mano, diciendo:

—La señora princesa ha aprovechado la salida de una estafeta para enviar...

Dadme la carta de la princesa—esclamó vivamente el amo de Rodin y sin dejarle acabar.—Al fin voy á tener noticias de mi madre... añadió.

Apenas hubo leído algunos renglones de la carta, cuando su rostro se alteró, adquiriendo su fisonomía una terrible espresion de tristeza profunda y dolorosa.

--Madre mia!...—esclamó—Oh! Dios mio! ¡madre mia!...

--Qué desgracia ha sucedido?—preguntó Rodin alarmado al oír la exclamación de su amo.

—Su convalecencia era engañosa—contestó este con abatimiento—Ha recaído y se encuentra ahora en un estado casi desesperado..... el médico cree que mi presencia podría tal vez salvarla, porque me llama sin cesar, quiere verme por última vez para morir tranquila... Oh!... sí... este es un deseo sagrado!... dejar de ir sería cometer un parricidio.... Haced, Dios mio que no llegue tarde!... Desde aquí á donde está la princesa, se necesitan cuarenta y ocho horas, corriendo de día y de noche.

—Ah, Dios mio!... qué desgracia—esclamó Rodin levantando los ojos al cielo.

Su amo tiró violentamente del cordón de la campanilla y dijo á un criado antiguo que abrió la puerta:

—Poned al instante en una maleta de mi carruaje de camino lo que me sea necesario... Que el portero tome el cabriolé y vaya inmediatamente á buscar caballos de posta..... Necesito marchar antes de una hora.

El criado salió precipitadamente..

—Madre mia!... madre mia!... No volverla á ver... Oh!... eso sería terrible.

Esclamó cayendo en una silla con el mayor abatimiento y cubriéndose la cara con las manos.

Aquel gran dolor era sincero: aquel hombre amaba entrañablemente á su madre, y este sentimiento divino habia hasta entonces atravesado inalterable y puro todas las fases de su vida á veces bien criminal.

Al cabo de algunos minutos de silencio, Rodin se aventuró á decir á su amo, enseñándole la segunda carta:

—Tambien han traído al mismo tiempo esta otra de Monsieur Duplessis... es muy importante y muy urgente...

—Mirad lo que es... y contestad... he perdido la cabeza.

--Esta carta es reservada—dijo Rodin mostrándosela á su amo—Yo no puedo abrirla como lo veis por la marca del sobre.

A la vista de esta marca particular, las facciones del amo de Rodin, tomaron una expresión indefinible de temor y de respeto; y con mano temblorosa rompió el sello.

La carta solo contenia estas palabras.

Dejad todos los negocios... sin perder un instante... poneos en camino... y venid...Mr. Duplessis os remplazará... ya tiene las órdenes.

—Gran dios!..—esclamó este hombre con desesperacion.—Partir sin volver á ver á mi madre... Esto es horrible!.. Es imposible!... es matarla tal vez.. sí.. seria un parricidio!...

Al pronunciar estas palabras, sus ojos se fijaron casualmente en el globo terráqueo, marcado con la inmensidad de crucechitas rojas...

Una súbita revolucion se obró en él, en aquel momento: pareció como arrepentirse de la vivacidad de sus pensamientos, y progresivamente su fisonomía aunque siempre triste, recobró su tranquilidad y su calma.

Dió la carta fatal al secretario y le dijo ahogando un suspiro.

—Para clasificar en su número de órden.

Rodin tomó la carta, le puso un número y la colocó en un legajo particular.

Después de un momento de silencio, su gefe continuó:

—Recibireis las órdenes de Duplessis y trabajareis con él. Le entregareis la nota relativa al asunto de las medallas, ya sabe él á quien dirigirla. Contestareis á Batavia, á Leipsik y á Charlestown en el sentido que os he dicho. Impedid á toda costa, que las hijas del general Simon salgan de Leipsik; apresurad la venida de Gabriel á París y en el caso poco probable, de que el principe Djalma se presente en Batavia, decid á Mr. Josué Van Daël que se cuenta con su celo y obediencia, para que lo detenga allí.

Y este hombre que en el momento en que su madre moribunda lo llamaba en vano, podia conservar tal sangre fria entró en su gabinete.

Rodin se puso á traducir en cifra, las contestaciones que le acababa de dictar.

Al cabo de tres cuartos de hora, se oyeron los relinchos y los casabeles de los caballos de posta.

El anciano criado volvió á entrar, después de haber llamado cuidadosamente á la puerta.

—El carruaje está ya enganchado—dijo.

Rodin hizo una señal con la cabeza y el criado salió.

El secretario á su vez, llamó con cuidado á la puerta de la habitación del gefe.

Este salió grave é imasible como siempre pero cubierto con una palidez espantosa, y trayendo una carta en la mano.

—Para mi madre.—dijo á Rodin.— Enviareis un correo al instante.

—Al momento—respondió el secretario.

—Que las tres cartas para Leipsik, Batavia y Charlestown se remitan hoy mismo por el conducto acostumbrado; es de la mayor importancia. Ya lo sabeis.

Tales fueron las últimas palabras de este hombre....
Ejecutando con una ciega obediencia órdenes inexorables, se puso en efecto en camino, sin tratar de volver á ver á su madre moribunda.



Su secretario le acompañó respetuosamente hasta el carruage.
—Qué camino señor?—preguntó el postillon...
—Camino de ITALIA!.. respondió el amo de Rodin, sin poder re-
primir un suspiro tan doloroso, que parecia un gemido.

.

Cuando el carruage se puso en marcha, saliendo al galope los ca-
ballos, Rodin saludó profundamente y volvió luego á la habitacion
fria y desnuda.
La actitud, la fisonomía y hasta el porte de este personaje, va-
riaron súbitamente.
Parecia haber crecido: ya no era un autómatá á quien una humilde
obediencia hacia obrar maquinalmente; sus facciones hasta entonces

impasibles, su mirada hasta entonces velada continuamente, se amaron de pronto revelando una astucia diabólica: una risa sardónica contrajo sus labios pálidos y delgados y una satisfacción siniestra, desarrugó aquel semblante cadavérico.

También él se detuvo delante de la enorme esfera.

También él la contempló en silencio, como la había contemplado su señor.

Después inclinándose sobre aquel globo, rodeándolo por decirlo así, con sus brazos, considerándolo fijamente algunos instantes con sus miradas de reptil, puso sobre aquella superficie pulimentada su dedo nudoso, y dió un golpe con su uña sucia y aplastada, en tres de los lugares marcados con las crucecitas rojas.

Al designar cada una de estas ciudades, situadas en países distintos, decía su nombre en alta voz con una sonrisa siniestra.

Leipsik...

Charlestown...

Batavia...

—Después añadió:

—En cada una de estas tres ciudades tan apartadas entre sí, existen algunas personas, que están bien distantes de creer que desde aquí, desde esta callejuela oscura, desde el fondo de esta habitación se las vigila... se saben todas sus acciones; que desde aquí van á salir nuevas instrucciones que les conciernen, y que serán irremisiblemente ejecutadas... porque se trata de un asunto de grande interés y que puede ejercer una grande influencia sobre la Europa... sobre el mundo entero... Pero afortunadamente, tenemos amigos fieles en Leipsik, en Charlestown y en Batavia.

Y aquel hombrecillo viejo, sórdido, mal vestido, con la máscara livida é inanimada de un cadáver que acababa por decirlo así, de arrastrarse sobre aquel globo; parecía mas espantoso, mas siniestro y mas terrible, aun, que lo había parecido su amo anteriormente.... cuando de pie y con la altanería había echado la mano imperiosamente sobre aquel mundo, como queriendo dominarlo á fuerza de audacia y de orgullo.

El uno parecía al águila que se cierne sobre su presa.... el otro al reptil que envuelve su víctima entre el laberinto de sus pliegues.

Al cabo de algunos instantes Rodin se acercó á la mesa restregándose las manos y escribió la carta siguiente empleando para ello una cifra particular desconocida de su amo.

PARIS á las diez menos cuarto de la mañana.

« Ha partido.... pero ha vacilado!.... »

«Su madre moribunda le llamaba, cuando ha recibido la orden.. le escribían que tal vez su presencia podría salvarla.... En esta situación, »esclamó:—no volar al lado de mi madre!... sería un parricidio...

«Sin embargo , EL ha partido.... pero ha vacilado.

» Yo lo vigilo siempre....

» Estas líneas llegarán á Roma al mismo tiempo que él.

P. D. «Decid al cardenal príncipe que puede contar conmigo, pero que á su vez me sirva con actividad.

Despues de haber cerrado y sellado esta carta, Rodin se la metió en el bolsillo.

Dieron las diez.

Esta era la hora del almuerzo de Mr. Rodin.

Arregló y guardó sus papeles en una gabeta, cuya llave se metió en el bolsillo, limpió con el codo su sombrero viejo y grasiento, tomó un paraguas remendado, y salió. (1.)

.

En tanto que estos dos hombres, desde el fondo de aquella habitación retirada y oscura urdian esta trama, en la que debían quedar envueltos los siete descendientes de una familia proscrita en otro tiempo....un protector extraño y misterioso pensaba en proteger á esta familia, que era también la suya.

(1) Despues de haber citado las excelentes cartas de Mr. de Libri y su curiosa obra publicada por Mr. Paulin, es deber nuestro hacer mención también de los atrevidos y concienzudos trabajos, sobre la compañía de Jesús, publicados recientemente por M. M. Dupin, mayor, Michelet, Ed. Quinet, Genin y el conde de Saint Priest: obras de una inteligencia elevada é imparcial en las que se encuentran descubiertas y castigadas las perniciosas teorías de este orden. Nosotros desearíamos haber contribuido también á colocar una piedra más en el dique poderoso, y en nuestra opinión duradero, que estos hombres generosos y de un talento noble, han levantado contra un torrente impuro y siempre amenazador.

(Nota del autor.)



CAPÍTULO XVII.

EPÍLOGO.

EL JUDIO ERRANTE.



El sitio es agreste y selvático.

Es una alta colina sembrada de enormes peñascos, de en medio de los cuales se levantan aquí y allá álamos blancos y robles con las hojas descoloridas, ya por los calores y por los vientos del Otoño. Estos grandes árboles se dibujan sobre el rojizo resplandor que ha dejado el sol al ponerse; diríase que era el reflejo de un incendio.

Se pierde la vista desde aquella altura, en un valle profundo, sombrío, medio velado con las ligeras neblinas de la tarde..... Las fértiles praderas, los espesos bosques, los campos despojados ya de sus maduras espigas, se confunden en una tinta oscura y uniforme, que contrasta maravillosamente, con el limpiado azulado de los cielos.

Algunos campanarios de piedra negruzca ó de pizarra, levantan en diferentes parages del valle sus veletas agudas... porque muchas al-

deas se hallan esparcidas en él, guarneciendo las orillas de un largo camino, que se dirige del Norte al Mediodía.

Es la hora del reposo, la hora en que la ventana de las cabañas, se ilumina con el centelleante fuego del hogar doméstico y chispea á lo lejos, á través de la niebla y del ramage, en tanto que saliendo de las chimeneas se elevan lentamente hácia los cielos torbellinos de humo.

Y sin embargo ¡cosa extraña! se diría que en aquel pais todos los hogares están apagados y desiertos.

Mas extraño aun! todos los campanarios tocan tristemente el lúgubre doble de los muertos.

La actividad, el movimiento, la vida, parecen enteramente concentrados en aquella fúnebre vibracion que resuena á lo lejos.

Pero hé aquí que en aquellas aldeas, hace poco tan oscuras, empiezan á brillar algunas luces....

Y sin embargo, aquella claridad no la produce el vivo y alegre fuego del hogar... es rogiza como las hogueras de los pastores que se perciben al través de las nieblas...

Y ademas aquellas luces no permanecen inmóviles: caminan lenta y acompasadamente hácia el cementerio de cada iglesia.

Los sonidos de las campanas se aumentan entonces, el aire vibra con sus golpes incesantes y precipitados, y de tiempo en tiempo se oyen en lo alto de la colina débiles cánticos mortuorios.

¿Porque tantos funerales?

¿Cual es, pues, este valle de desolacion, en el que cada aldea llora tantos muertos á la vez... en el que las canciones pacíficas que suceden al duro trabajo del dia, han sido reemplazadas con cánticos de muerte..... en el que al reposo de la noche, ha sucedido el reposo eterno. ?....

Ah! es que la mortalidad es tan rápida, tan numerosa, tan horrible, que apenas bastan los vivos para enterrar á los que mueren..... Durante el dia, un trabajo penoso retiene á los que sobreviven en los campos, y solamente por las noches á la vuelta de ellos, es cuando pueden rendidos de fatiga, cavar estos nuevos surcos, en los que van á reposar sus hermanos tan juntos como los granos de trigo en los sembrados.

¡Y este valle no es el solo que ha visto tanta desolacion!!

Durante algunos años malditos, muchas aldeas, muchas villas, muchas ciudades, muchos paises inmensos, han visto como este valle sus hogares apagados y desiertos.

Han visto como este valle reemplazar el duelo á la alegría... el doble de los difuntos al ruido de las fiestas.

Han llorado como este valle muchos muertos en un mismo día, y como en este valle los han enterrado de noche al siniestro resplandor de las hachas.

Porque durante aquellos años malditos, un viagero terrible atravesó lentamente toda la tierra de un polo á otro, desde la India y el Asia... hasta los hielos de la Siberia.... desde los hielos de la Siberia, hasta las playas del oceano francés.

Este viagero misterioso como la muerte, lento como la eternidad, implacable como el destino, terrible como la mano de Dios... era...
¡EL CÓLERA!!!...

.

El ruido de las campanas y de los fúnebres cantos, continuaba su-
biendo siempre á lo alto de la colina desde la profundidad del valle
como un quejido lastimero...

El resplandor de las antorchas funerarias, se distinguia tambien á
lo lejos al través de los vapores de la tarde.

El crepúsculo duraba aun. Hora estraña que da á las formas mas
precisas, una apariencia vaga, indefinible, fantástica.

Pero el suelo pedregoso y sonoro de la montaña, ha resonado un
instante, bajo un paso lento, igual y firme..... A través de los tron-
cos de los árboles ha pasado un hombre.

Su estatura era elevada: llevaba la cabeza inclinada sobre el pe-
cho: su fisonomía era noble, dulce y melancolica..... sus cejas uni-
das entre sí, se estendian de una sien á otra y parecian señalar su
frente con una marca siniestra.

Este hombre no parecia escuchar el sonido lejano de tantas cam-
panas fúnebres... y sin embargo, la calma, la felicidad, la salud, la
alegría, reinaban dos dias antes en aquellas aldeas que él habia atra-
vesado lentamente y que ahora dejaba tras de sí tristes y desoladas.

El viagero continuaba su camino absorto en sus pensamientos.

—«El dia 13 de febrero se aproxima.....—decia entre sí—se acer-
can...esos dias en que los descendientes de mi hermana querida,
»estos últimos vástagos de nuestra raza deben reunirse en París.....

«Ay!... hace ciento y cincuenta años que por la vez tercera, la
»persecucion ha diseminado á esta familia, que he seguido con tanto
»cariño de generacion en generacion, durante diez y ocho siglos.....
»en medio de sus emigraciones, de sus destierros, de sus cambios
»de religion, de fortuna y de nombre.

«Ah! para esta familia descendiente de mi hermana, de la herma-

»na de un pobre artesano (1) ¡cuanta grandeza ha habido, cuanto desprecio, cuanta oscuridad, cuanto esplendor, cuanta miseria y cuanta gloria!...

«Con cuantos crímenes se ha manchado!... y cuantas virtudes la han honrado también!...

«La historia de esta sola familia..... es la historia de la humanidad entera.

«Pasando al través de tantas generaciones, por las venas del pobre y del rico, del soberano y del bandido, del sabio y del ignorante, del cobarde y del valiente, del religioso y del ateo, la sangre de mi hermana se ha perpetuado hasta hoy.

«Quién queda ya de esta familia?...

«¡Siete vástagos!...

«Dos huérfanas hijas de una madre y un padre proscritos.

«Un príncipe destronado.

«Un pobre misionero.

«Un hombre de la clase media.

«Una jóven de gran nombre y de considerable fortuna.

«Un artesano.

«Ellos solos reasumen el valor, las virtudes, las desgracias, los esplendores, las miserias todas de nuestra raza!.

«La Siberia..... la India..... la América.....

«Hé aquí los puntos del globo á donde la suerte los ha arrojado.

«El instinto me advierte cuando alguno de ellos está en peligro... entonces del Norte al Mediodía..... desde el Oriente al Occidente... voy á su encuentro..... ayer bajo los hielos del Polo..... hoy bajo la zona templada... mañana bajo el fuego de los trópicos... pero á menudo, ay!... en el momento en que mi presencia podría salvarlos, la mano invisible me empuja... el torbellino me lleva, y.....

—«ANDA!... ANDA!...

—«Que concluya al menos mi obra!...

—«ANDA!...

—«Una hora solamente... una hora no mas de reposo!...

—«ANDA!...

—«Ah!... dejo á los que amo al borde del abismo!...

(1) Sabido es que según la leyenda, el *Judío errante* era un pobre zapatero de Jerusalem. Jesucristo con la cruz á cuestas, pasó por delante de su casa cuando caminaba al calvario, y le suplicó le dejase descansar un instante en el asiento de piedra que estaba cerca de la puerta. *Anda... anda...* le dijo duramente el judío rechazándolo. *Tu eres quien andarás hasta el fin de los siglos*, contestó el Salvador en tono triste y severo. Para obtener mas pormenores, véase la elocuente y sabia noticia de Mr. Charles Maguin, colocada á la cabeza de la magnífica epopeya de Asuero, por Mr. Ed-Quinet.

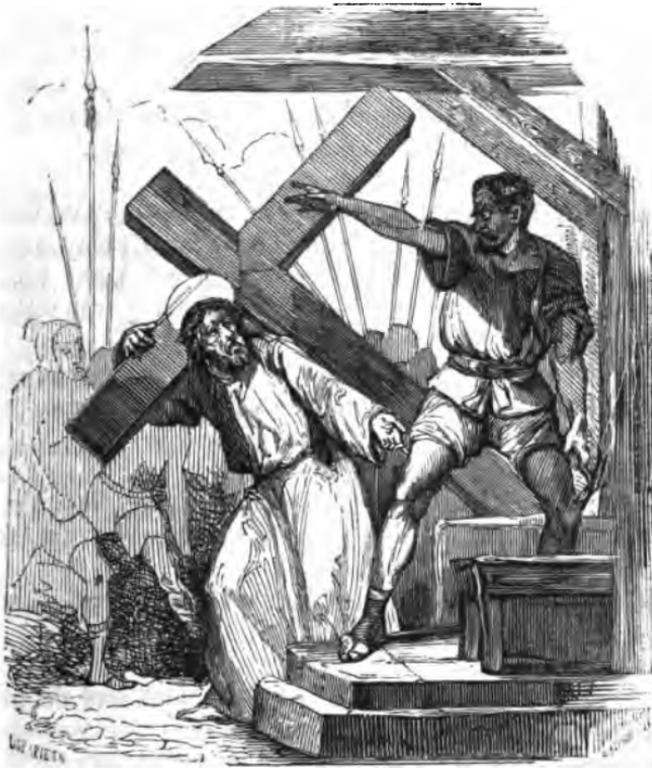
—« ANDA!... ANDA!...

«Tal es mi castigo... si es grande... mi delito ha sido mayor!

«Sometido á las privaciones y á la miseria como artesano..... el infortunio me hizo malo.....

«Oh!... maldito, maldito el dia en que mientras yo trabajaba, sombrío, rencoroso, desesperado, porque á pesar de mi trabajo incesante mi familia necesitaba de todo.... Jesucristo pasó por delante de mi puerta!!!.....

«Ultrajado; cubierto de golpes, llevando con trabajo el peso de la enorme cruz, me pidió le dejase descansar un instante sobre mi



»banco de piedra... su frente estaba bañada de sudor; sus pies sangrientos... la fatiga despedazaba sus miembros... y con una dulzura que desgarraba el corazón, me decía...—«Estoy sufriendo!»—Y yo también sufro, le contesté, rechazándolo con cólera y dureza, tam-

»bien sufro y nadie acude á socorrerme... ¡Los inexorables... hacen
»inexorables... *anda!... anda!...*

«Entonces me dijo lanzando un suspiro doloroso.

«*Y tu andarás sin cesar hasta tu redencion; así lo quiere el Señor
»que está en los cielos.*

«Y empezó mi castigo.

«Demasiado tarde he abierto los ojos á la luz... demasiado tarde
»he conocido el arrepentimiento... demasiado tarde en fin he com-
»prendido aquellas divinas palabras del que ultrajé, que deberían
»ser la ley suprema de la humanidad :

AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

«En vano en el transcurso de los siglos, para merecer mi perdon,
»empapando mi ciencia y mi elocuencia en estas sublimes palabras,
»he llenado de conmiseraciones y de cariño muchos corazones que
»solo abrigaban la cólera y la envidia: en vano he inflamado muchas
»almas con el santo horror de la opresion y la injusticia.....

«El dia de la clemencia no ha llegado aun!...

«Y así como el primer hombre ha condenado con su caida á toda
»su posteridad á la desgracia, del mismo modo yo pobre artesano,
»he condenado á mis cofrades á eternos dolores, y á que espíen mi
»crimen... porque ellos son los únicos que en diez y ocho siglos, no
»han dejado de ser esclavos todavía.

«Hace diez y ocho siglos que los opulentos y los dichosos dicen á
»este pueblo de trabajadores , lo que yo dije á Jesucristo cuando
»imploraba y sufría :

—«*ANDA... ANDA!..*

«Y este pueblo como él, medio muerto de fatiga, llevando como
»él una pesada cruz..... dice como él tambien con una amarga
»tristeza.

—«*Oh!.... por piedad... algunos instantes de tregua..... estamos
»abrumados de fatiga...*

—«*ANDA!....*

—«*Pero si muriésemos con tanto trabajo, qué será de nuestros
»hijos y de nuestras madres ancianas?...»*

—«*ANDA... ANDA!..»*

«Y hace siglos, ellos y yo, andamos y sufrimos, sin que una voz
»de misericordia nos haya dicho... *Basta!..*

«Ay de mí!.. tal es mi castigo... es inmenso... es doble.

«Sufro por la humanidad, viendo poblaciones enteras sumidas en
»ásperos y duros trabajos...

«Sufro por mi familia, no pudiendo pobre y errante, ir en ayuda de los míos, de estos descendientes de mi hermana querida...

«Pero cuando el dolor es superior á mis fuerzas... cuando presiento la aproximacion de un peligro del que no puedo librarlos, entonces atravesando los mundos, vuela mi pensamiento á encontrar á aquella muger maldita, á esa hija de reyes (1) que como yo, hijo de un artesano, anda, anda y andará hasta el día de su redencion.

«Una sola vez en cada siglo, asi como dos planetas se acercan por un momento en su revolucion secular... puedo encontrar á esa muger... durante la fatal semana de pasion.

»Y despues de esta entrevista, llena de terribles recuerdos y de dolores inmensos, cual astros errantes de la eternidad, continuamos nuestro camino sin fin.

«Y esta muger, la sola que como yo asiste en la tierra á la conclusion de cada siglo, diciendo siempre... *Todavía!*.. esta muger del uno al otro extremo del mundo, responde á mi pensamiento.

«Ella, la única que en el mundo participa de mi terrible suerte, ha querido participar tambien del único interés, que me ha consolado al través de tantos siglos... ella ama tambien á esos descendientes de mi hermana querida.... los protege tambien.... Por ellos avanza.... llega.... desde el Oriente al Occidente, desde el Norte al Sur.....

«Pero ah!.. la mano invisible la empuja como á mí... el torbellino la arrastra tambien... y

—«ANDA!....

—«Que á lo menos acaba mi obra!

—«ANDA!...

—«Una hora.... ¡nada mas que una hora de reposo!....

—«ANDA!....

—«Que dejo á los que amo al borde del abismo!..

—«ANDA!.. ANDA!..»

En tanto que este hombre caminaba asi por la montaña, absorto en sus pensamientos, la brisa de la tarde oscura y pacífica hasta entonces, habia aumentado, el viento era mas violento cada vez... ya el relámpago surcaba las nubes... ya sordos y confusos rugidos, anunciaban la aproximacion de la tempestad.

(1) Segun una leyenda muy poco conocida, que hemos debido á la honradez de Mr Maury, el sabio sub-bibliotecario del Instituto, Herodias fue condenada á vagar por la tierra hasta el día del juicio final, en castigo de haber pedido la muerte del Bautista.

De repente este hombre maldito, que no puede ni llorar ni reír... se estremeció.

Ningun dolor físico podía incomodarle... y sin embargo, llevó violentamente la mano á su corazón, como si acabara de experimentar una sensación cruel....

— Oh!...—esclamó—lo siento... En este instante... muchos de los míos... los descendientes de mi hermana querida, están sufriendo y corriendo grandes peligros... unos en el fondo de la India... otros en América... otros aquí, en Alemania... La lucha comienza otra vez... pasiones detestables se han reanimado... Oh!.. tú que me oyes... tú errante y maldita como yo, Herodías, ayúdame á protegerlos... Púedame mi súplica llegar á tus oídos, ahora que estás en medio de las soledades de la América... Ojalá podamos llegar á tiempo.

Entonces pasó una cosa extraordinaria.

Era ya completamente de noche.

Este hombre hizo un movimiento para volver atrás..... pero una fuerza irresistible se lo impidió, empujándole en sentido contrario.

La tempestad estalló en aquel momento, con toda su magestad sombría.

Uno de esos violentos torbellinos, que arrancan de raíz los árboles... que conmueven las rocas, pasó sobre la montaña rápido y estrepitoso como el rayo.

En medio de los rugidos del huracán, al fulgor de los relámpagos, se vió entonces en uno de los ángulos de la montaña, al hombre señalado en la frente con una lista negra, bajar precipitadamente al través de las rocas y los árboles encorvados con los esfuerzos de la tempestad.

La marcha de este hombre no era ya lenta, firme y tranquila.... sino penosa, como la de un ser que una potencia irresistible arrastra á pesar suyo... ó á quien un terrible huracán, arrebatada en su torbellino.

En vano este hombre levantaba al cielo sus manos suplicantes. Bien pronto desapareció entre las sombras de la noche y el ruido de la tempestad. (1.)

(1) Aquí concluye el tomo primero del original francés.



LOS ESTRANGULADORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL AJOUPA.



En tanto que Mr. Rodin despachaba su correspondencia cosmopolita... desde el fondo de la calle *Milieu des Ursins*, en París; en tanto que las hijas del general Simon, despues de haberse fugado de la posada del *Halcon Blanco*, habian sido detenidas y presas en Leipsik con Dagoberto, otras escenas no menos interesantes, ocurrían paralelamente, por decirlo así, en la misma época... en la estremidad del mundo, en el fondo del Asia, en la isla de Java no lejos de la ciudad de Batavia, residencia ordinaria de Mr. Josué Van-Daël corresponsal de Mr. Rodin..

Java!!... país magnífico y siniestro, en donde las flores mas admirables ocultan reptiles asquerosos, donde las frutas mas brillantes encierran venenos sutiles, donde crecen árboles espléndidos cuya sombra mata, donde el vampiro, gigantesco murciélago, chupa la sangre de las víctimas cuyo sueño prolonga rodeándolas de un ambiente fresco y perfumado, porque el abanico mas ligero no es tan rápido como el movimiento de las grandes alas almizcladas de este murciélago monstruoso.

El mes de octubre de 1831 tocaba á su fin.

Era el mediodía: hora terrible y casi mortal para los que tienen que sufrir aquel sol abrasador, que aparece sobre el esmalte azul-oscuro del cielo lanzando torrentes de luz abrasadora.

Un *ajoupa*, especie de pabellon de descanso, construido con esteras de juncos tendidas sobre gruesos bambúes profundamente clavados en el suelo, se levantaba en medio de la sombra azulada que refleja un bosque de árboles de un verde tan brillante como el de la porcelana; estos árboles de formas estrañas, se veían en un lugar en figura de boveda; en otro espigados como flechas; mas lejos acopados como un paraguas, pero tan juntos, tan espesos, tan entrelazados unos con otros, que sus copas eran impenetrables á la lluvia.

El suelo siempre húmedo y pantanoso á pesar de aquel calor infernal, desaparecía bajo un tejido de un sin número de enredaderas, helechos y juncos espesos de una frescura y una fuerza de vegetación increíble, que casi llegaban al techo del *ajoupa*, oculto entre ellos como un nido entre la yerba.

Nada hay mas sofocante que aquella atmósfera cargada de exalaciones húmedas é impregnadas de los perfumes mas fuertes, porque el árbol de la canela, el del gengibre, el del *Stephanótis*, el de la gardenia, mezclados con el de los demas árboles y los bejucos, esparcían á ráfagas su aroma penetrante.

Un techo de hojas de plátano, cubría aquella cabaña. En uno de sus ángulos habia una abertura cuadrada que servía de ventana, y estaba ingeniosamente enrejada con fibras vegetales para impedir la entrada en el *ajoupa* á los reptiles é insectos venenosos.

Un enorme tronco de árbol seco, en pie todavía, aunque bastante inclinado y cuya estremidad superior tocaba al techo del *ajoupa*, salía de entre las enredaderas. Por cada abertura de su corteza negra y musgosa, brotaba una flor estraña, casi fantástica: las alas de una mariposa no son de un color de púrpura mas brillante ó de un negro mas aterciopelado: esos pájaros imaginarios, que se cree ver durante la ilusion de un sueño, no tienen formas tan raras como estos orquídis, flores aladas, que parecen continuamente dispuestas á volar y huirse de sus vástagos delgados y sin hojas. Largos filamentos redondos y flexibles, que pudieran tomarse por reptiles, rodeaban tambien este tronco y suspendían de él sus sarmientos verdes cargados de racimos de un blanco plateado con tinte interior de color de naranja subido: estas flores despedían un olor fuerte de vainilla.

Una serpiente pequeña de color de ladrillo, del grueso de una pluma gorda, y de cinco ó seis pulgadas de largo, asomaba su cabeza

aplastada, por en medio de uno de aquellos cálices perfumados donde estaba anidada.

En el interior del *ajoupa*, un jóven tendido sobre una estera dormía profundamente.

Al ver su tez de un amarillo diáfano y dorado, cualquiera lo hubiera tomado por una estatua de cobre pálido, sobre la que brillaba un rayo de sol: su actitud era natural y graciosa: su brazo derecho doblado, sostenía la cabeza un poco levantada y vuelta de perfil: su ancha túnica de muselina blanca con mangas flotantes, dejaba entrever su pecho y brazos dignos de Antinóo: el marmol no es mas terso ni mejor pulido que su cutis, cuya tintura bronceada, contrastaba maravillosamente con la blancura de su vestido. En su ancho y abultado pecho se divisaba una profunda cicatriz..... habia recibido aquella herida de un arma de fuego, defendiendo la vida del general Simon, padre de las niñas.

El jóven llevaba al cuello una medalla semejante á la que poseian las dos huérfanas.

Este indio era Djalma.

Sus facciones tenían á la vez una energia varonil y una belleza encantadora: sus cabellos de un negro azulado, caian flexibles, pero no rizados, sobre sus hombros: sus cejas dibujadas atrevidamente, eran de un negro tan oscuro como sus largas pestañas, cuya sombra se reflejaba en sus imberbes mejillas: sus labios de un vivo encarnado ligeramente entreabiertos; exalaban una respiracion fatigosa: su sueño era pesado y penoso, porque el calor era cada vez mas sofocante.

Fuera del *ajoupa* reinaba un silencio profundo. No se sentia el mas ligero soplo de aire.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos, las enormes malezas que cubrian el suelo, comenzaron á agitarse, casi imperceptiblemente, como si un cuerpo arastrándose con lentitud, conmoviese la base de sus ramas.

De tiempo en tiempo, esta débil oscilacion cesaba repentinamente, y entonces todo volvía á la mas completa inmovilidad.

Despues de muchas alternativas de ruido y de profundo silencio, una cabeza humana apareció en medio de los juncos, á corta distancia del tronco del árbol seco.

Este hombre de aspecto siniestro, tenia un color de bronce verdoso, cabellos negros, largos y trenzados al rededor de la cabeza: ojos vivos con una brillantez selvática y una fisonomía notablemente inteligente y feroz. Conteniendo su respiracion, este hombre per-

maneció un instante inmóvil: despues, adelantándose á cuatro pies, separando suavemente las hojas de las plantas por donde pasaba con tanto cuidado que no se oia el mas ligero ruido, llegó asi con lentitud y prudencia hasta el tronco seco, cuya parte superior, casi tocaba al techo del *ajoupa*.

Este hombre de origen malayo, y perteneciente á la secta de los estranguladores, escuchó de nuevo por algunos instantes, y despues salió casi enteramente de las malezas que lo ocultaban: á escepcion de una especie de calzon blanco ajustado á la cintura por un cinturón de diferentes colores estaba enteramente desnudo: sus miembros bronceados, ágiles y nerviosos, aparecian untados con aceite.

Tendiéndose sobre el tronco por el lado opuesto á la cabaña, y ocultándose detrás, comenzó á subir por él silenciosamente con tanto cuidado como precaucion. En la ondulacion de su cuerpo, en la flexibilidad de sus movimientos, en su vigor comprimido, cuyo impulso debia ser terrible, habia alguna semejanza con la pérfida astucia del tigre acechando una presa.

Llegando con esta cautela á la parte inclinada del árbol, que casi tocaba al techo del *ajoupa*, solo estaba separado de la ventana por la distancia de un pie. Entonces adelantó con prudencia la cabeza y dirigió la vista al interior de la cabaña á fin de encontrar un medio para introducirse.

A la vista de Djalma profundamente dormido, brillaron con doble fuerza los ojos del estrangulador: una contraccion nerviosa, ó mas bien una risa muda y feroz levantó los dos estremos de su boca hácia los juanetes de la cara, descubriendo dos filas de dientes limados en figura triangular, como la hoja de una sierra y teñidos de un negro reluciente.

Djalma estaba acostado de tal manera y tan cerca de la puerta (que se abria de afuera para dentro) que si se hubiera intentado entreabirla, se hubiera despertado al instante.

El estrangulador siempre con el cuerpo oculto detrás del árbol, queriendo examinar con mas atencion el interior de la cabaña, se inclinó mas adelante para encontrar un punto de apoyo: puso levemente su mano en el borde que servia de marco á la ventana, y esta accion sacudió un poco la gran flor en que se hallaba anidada la serpiente, que salió rapidamente enroscándose en la muñeca del estrangulador.

Fuese dolor ó sorpresa, este arrojó un ligero grito..... pero al echarse bruscamente hácia atrás, siempre agarrado de pies y manos al tronco, notó que Djalma habia hecho algun movimiento.

En efecto, el joven indio conservando todavía su indolente postura, entreabrió los ojos, volvió la cabeza hacia la ventana y una fuerte aspiración agitó su pecho, porque el calor concentrado bajo aquella bóveda espesa, húmeda y verde, era intolerable.

Apenas se movió Djalma se oyó detrás del árbol ese chillido rápido, sonoro y agudo, que lanza el pájaro del paraíso al levantar su vuelo, chillido semejante al del faisán.

Repetióse este sonido muchas veces, pero mas débil cada vez, como si el brillante pájaro se fuese alejando de aquel sitio. Djalma creyendo conocer la causa del ruido que le había despertado por un momento, estendió ligeramente el brazo sobre que reposaba su cabeza, y volvió á dormirse de nuevo, casi sin variar de postura.

Durante algunos minutos reinó el mas profundo silencio en esta soledad. Todo permanecía inmóvil.

El estrangulador con su hábil imitación del chillido de un pájaro, había reparado la imprudente exclamación de dolor y sorpresa, que le había arrancado la picadura de la serpiente.

Cuando supuso que Djalma estaría dormido, adelantó la cabeza y vió en efecto al joven indio sumergido en un sueño profundo.

Bajando entonces del árbol con las mismas precauciones, á pesar de que su mano izquierda estaba bastante hinchada por la mordedura del reptil desapareció entre los juucos.

En este momento oyóse un canto lejano, de una armonía monótona y melancólica.

El estrangulador se levantó, escuchó con estremada atención y su fisonomía tomó progresivamente una expresión de sorpresa y cólera siniestra. El canto se acercó mas y mas á la cabaña.

Al cabo de pocos minutos se descubrió un indio, que atravesaba una pequeña esplanada, dirigiéndose hacia donde estaba oculto el estrangulador.

Tomó este entonces la cuerda larga y delgada que ceñía su cintura, una de cuyas estremidades estaba armada de una bala de plomo de la figura y tamaño de un huevo: enlazó la otra punta de la cuerda á su mano derecha, aplicó nuevamente el oído y desapareció arrastrándose entre las yerbas con dirección al indio que se adelantaba lentamente, sin interrumpir su canto triste y lastimero.

Era un joven de unos veinte años escasos esclavo de Djalma: tenia el color bronceado, un cinturón jaspeado ceñía su túnica de algodón azul, llevaba un pequeño turbante rojo y anillos de plata en las orejas y muñecas.

Traía un mensajero á su amo, que durante el calor excesivo del día,

reposaba en aquel *ajoupa*, situado á larga distancia de la casa que ocupaba.

Al llegar á este sitio en que el camino se dividía en dos, el esclavo tomó sin vacilar el sendero que conducía á la cabaña... de la que apenas distaba cuarenta pasos.

Una de esas enormes mariposas de Java, cuyas alas estendidas tienen de seis á siete pulgadas de largo y presentan dos rayas de oro verticales sobre un hermoso fondo azul, revoloteaba de hoja en hoja, viniendo á posarse sobre un arbusto de gardenias odoríferas, á tiro del jóven indio.

Suspendió este su cantico, detúvose, adelantó el pie con precaucion, despues la mano... y cogió en fin la mariposa.

De repente el esclavo vió levantarse delante de él, la siniestra figura del estrangulador..... oyó un silvido parecido al de una honda cuando despide una piedra, y sintió que una cuerda lanzada con tanta rapidez como fuerza, rodeaba su cuello con un nudo terrible, y un momento despues el pedazo de plomo de que estaba armada, le hi-rió con violencia en el cráneo.

Tan imprevisto y repentino fue este ataque, que el servidor de Djalma no pudo dar ni un grito, ni un gemido...

Titubeó un instante... el estrangulador tiró con fuerza de la cuerda... el rostro bronceado del esclavo tomó un color purpurino muy oscuro y cayó sobre sus rodillas, agitando los brazos.

El estrangulador lo derribó entonces.... apretó tan fuertemente la cuerda, que la sangre salía por los poros... la víctima hizo todavía algunos movimientos convulsivos y despues acabó...

Durante esta rápida, pero terrible agonía, el asesino arrodillado delante de su víctima, espiando hasta sus mas pequeñas convulsiones, fijando sobre ella sus ojos ardientes, parecia sumido en un éxtasis de placer feroz... sus narices se dilataban, hinchábanse las venas de sus sienas y cuello, y aquella misma contraccion siniestra, que habia dilatado sus labios al contemplar á Djalma dormido, volvió á descubrir ahora sus dientes negros y agudos, que un movimiento nervioso hacia chocar unos con otros.

Pero bien pronto cruzó los brazos sobre su pecho agitado, balbuceando algunas palabras misteriosas, como si pronunciara una invocacion ó una plegaria... En seguida volvió á caer en la contemplacion feroz que le inspiraba la vista del cadáver.

La hiena y el gato montes que antes de devorarla, se encogen cerca de la presa que han sorprendido ó cazado, no tienen una mirada mas torva ni mas sanguinaria que la de este hombre...

Pero recordando de pronto que su tarea no estaba terminada, arrancándose con pesar de la vista de aquel fúnebre espectáculo, desató la cuerda del cuello de la víctima, se la arrolló otra vez á la cintura, arrastró el cadáver fuera del sendero y sin cuidarse de despojarlo de sus anillos de plata, le ocultó entre una espesa mata de juncos.



En seguida el estrangulador empezando de nuevo á arrastrarse sobre el vientre y rodillas, llegó has'a la cabaña de Djalma.

Despues de haber escuchado con mucha atencion sacó un cuchillo, cuya hoja cortante y aguda estaba envuelta en otra hoja de platano, é hizo en la estera una incision como de tres pies de larga: todo esto lo ejecutó con tanta presteza y con un instrumento tan perfectamente afilado, que el ligero chirrido del diamante cortando el cristal, hubiera sido mas ruidoso.

Viendo ya practicable esta abertura que debia servirle de paso y á Djalma que continuaba profundamente dormido, el estrangulador se deslizó en la cabaña con una inconcebible temeridad.



CAPÍTULO II.

LA PINTURA DEL CUERPO.



El cielo hasta entonces cubierto de azul transparente, se volvió poco á poco verdoso y el sol tomó un color rojizo y siniestro.

Esta luz estraña, daba á todos los objetos tintas raras: podrá formarse una idea imaginándose el aspecto de un paisaje á través de un vidrio de color de cobre.

En aquellos climas este fenómeno unido al aumento del calor sofocante, anuncia siempre la proximidad de una tormenta.

De vez en cuando, se sentía una especie de olor sulfúrico... Entonces las hojas ligeramente agitadas por corrientes eléctricas, temblaban sobre sus tallos... y un momento despues todo volvía á quedar en un silencio y una inmovilidad profunda.

La pesadez de aquella atmósfera abrasadora saturada de perfu-

mes fuertes, era casi insoportable: gruesas gotas de sudor corrían por la frente de Djalma, que continuaba siempre dormido... no era ya para él un sueño de reposo, sino mas bien una postracion ó un penoso abatimiento.

El estrangulador se deslizó como un reptil, á lo largo de la pared del ajoupa y arrastrándose hasta la estera de Djalma, cerca de la cual se agazapó desde luego, aplastándose á fin de ocupar el menor espacio posible.

Comenzó entonces una escena terrible, en atencion al misterio y al silencio profundo que les rodeaba.

La vida de Djalma, estaba completamente á merced del estrangulador.

Este, recogido sobre sí mismo, á cuatro pies, con el cuello estendido, fija y dilatada la pupila, permanecia inmovil como una bestia feroz que está en acecho..... solo un ligero estremecimiento convulsivo de sus mandíbulas, agitaba su máscara de bronce.

Pero bien pronto sus horribles facciones, revelaron la lucha violenta que pasaba dentro de aquel hombre, entre la sed de sangre... el placer del asesinato que la muerte violenta del esclavo acababa de escitar en él... y la órden que habia recibido de no atentar contra la vida de Djalma; aunque el motivo que lo atraía al ajoupa, era tal vez mas temible para el jóven indio, que la misma muerte...

Por dos veces el estrangulador cuya mirada se inflamaba de ferocidad, apoyándose solamente con la mano izquierda, habia llevado vivamente la derecha á la estremidad de su cuerda....

Pero dos veces tambien la abandonó... el instinto del asesinato, cedía ante una omnipotencia poderosa, cuyo imperio irresistible dominaba al malayo.

...Preciso era, que su rabia homicida llegase hasta la locura, porque con sus vacilaciones desperdiciaba un tiempo precioso.... Djalma podia despertar de un momento á otro y su vigor, valor y destreza, eran demasiado conocidos..... Aunque no tenia armas, era para el estrangulador un adversario temible.

Este se resignó por fin.... comprimió un profundo suspiro de sentimiento, y se puso en disposicion de comenzar su obra....

A cualquier otra persona, esta tarea le hubiera parecido imposible. Juzgad.....

Djalma con la cara vuelta hácia la izquierda, apoyaba la cabeza sobre su brazo doblado. En esta posicion era necesario sin despertarlo, obligarle á volver la cabeza á la derecha, es decir, hácia la puerta, á fin de que en caso de que medio se despertara, su primer

mirada no cayese sobre el estrangulador, el que para concluir la operacion, debia permanecer muchos minutos en la cabaña.

El cielo se oscurecia cada vez mas....

El calor llegaba al último grado de intensidad: todo concurría á sumergir á Djalma en un letargo, y por consiguiente á favorecer los intentos del estrangulador... Arrodillándose entonces cerca de Djalma, empezó con la punta de sus dedos agiles y untados de aceite, á tocar suavemente las sienes y los párpados de Djalma, pero con tanta delicadeza, que el contacto de las dos epidermis, apenas era sensible...

Despues de algunos instantes de esta especie de encantamiento magnetico, el sudor que bañaba la frente del jóven indio, comenzó á ser mas abundante: lanzó un suspiro comprimido: y despues los músculos de su rostro se estremecieron dos ó tres veces, porque estas frotaciones demasiado ligeras para despertarlo, le causaban sin embargo, un sentimiento de incomodidad indefinible.

Considerábase el estrangulador con una mirada fija y ardiente, y continuaba su maniobra con tanta paciencia y destreza, que Djalma dormido siempre y no pudiendo sufrir por mas tiempo aquella sensacion vaga que no podia concebir, llevó maquinalmente su mano derecha hácia el rostro, como si hubiera querido desembarazarse del roce importuno de un insecto... pero le faltó fuerza y su mano volvió á caer inerte y pesada sobre el pecho.....

Viendo el estrangulador por este síntoma, que tocaba el fin deseado, continuó con mas velocidad sus frotaciones sobre los parpados, la frente y las sienes con la misma destreza y suavidad.

Djalma cada vez mas abatido, abrumado con un sueño pesadísimo y careciendo sin duda de fuerza y voluntad, para llevar la mano á la cara, volvió maquinalmente la cabeza que cayó con languidez sobre el hombro derecho, buscando en este cambio de postura el medio de sustraerse á la impresion desagradable que le perseguia.

Cuando el estrangulador obtuvo este primer resultado favorable, conoció que ya podia obrar con entera libertad.

Queriendo entonces hacer lo mas profundo posible, el sueño que acababa de turbar á medias, trató de imitar al vampiro y remedando el juego de un abanico, agitó con rapidez sus dos manos á un lado y á otro del semblante abrasado de Djalma.

A esta sensacion de frescura inesperada y tan deliciosa en medio de aquel calor sofocante, las facciones del jóven indio se dilataron maquinalmente: respiró su pecho con mas desahogo: sus labios entreabiertos respiraron aquella brisa bienhechora y cayó en un sueño

tanto mas invencible, cuanto que hasta entonces habia sido contrariado.

Un repentino relámpago iluminó con su fulgor la bóveda sombría que cubria el ajoupa; y el estrangulador temiendo que al primer trueno el jóven indio se despertase, conoció que debia apresurarse á concluir aquella operacion.

Djalma acostado de espaldas, tenia la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, y su brazo izquierdo estendido: el estrangulador cesó poco á poco de abanicarle: entonces comenzó otra operacion. Con una destreza increíble logró levantar hasta la sangria la ancha y larga manga de muselina blanca que cubria el brazo izquierdo del jóven.

Sacando en seguida de su calzon una cajita de cuero, tomó una



aguja de una finura y agudeza extraordinarias y un pedazo de raiz negruzca.

Picó repetidas veces esta raiz con la aguja, y á cada picadura salia un licor blanquecino y vizcoso.

Cuando creyó que la punta de la aguja estaba suficientemente impregnada en este jugo, se bajó y sopló suavemente en la parte inter-

na del brazo de Djalma, á fin de causarle una nueva sensacion de frescura: entonces con la punta acerada de la aguja, trazó casi imperceptiblemente, sobre el cúlis del jóven dormido, algunos signos misteriosos y simbólicos.

Esto fue egecutado con tanta presteza, la punta de la aguja era tan sutil que Djalma no sintió el mas pequeño arañazo, ni la menor picadura que rompiera su epidermis.

Pronto los signos que el estrangulador acababa de trazar, aparecieron al principio señalados con un tinte de color de rosa pálido apenas perceptibles, y tan delgados como un cabello; pero tal era el poder corrosivo y lento de la sustancia en que estaba impregnada la aguja, que filtrándose poco á poco á través de la piel, llegaba á encarnarse de tal manera, que á la vuelta de pocas horas debian presentarse aquellas rayas de un rojo subido de violeta, haciendo de esta manera ostensibles aquellos caractéres entonces casi imperceptibles.

El estrangulador despues de haber tan felizmente terminado su obra, arrojó una nueva mirada de feroz codicia al jóven indio dormido.....

Despues, arrastrando se alejó de la estera, llegó á la abertura por donde se habia introducido en la cabaña, cerró hermeticamente la incision á fin de evitar toda sospecha, y desapareció en el momento mismo en que el trueno comenzaba á retumbar sordamente á lo lejos. (1)

(1) En las cartas del difunto Victor Jacquemont sobre la India, se lee á propósito de la increíble destreza de estos hombres:

«Se arrastran sobre la tierra en los fosos, en los surcos de los campos, imitan cien voces diferentes; reparan lanzando el ahullido de un jacal ó el de un pájaro, cualquier ruido involuntario que hayan causado en su camino: despues se callan, y otro á cierta distancia lo repite á lo lejos: atormentan el sueño con ruidos, con fricciones, y hacen tomar al cuerpo y á los miembros en particular, la posicion que conviene á sus designios.»

El conde Eduardo de Warren en su escelente obra sobre la India inglesa, que tendremos ocasion de citar mas adelante, se esplica del mismo modo acerca de la inconcebible destreza de los indios..

«Saben, dice, hasta despojaros del lienzo en que dormis envuelto, sin interrumpir vuestro sueño. Esto no es una chanza sino un hecho.

Los movimientos del *Bheel* son como los de una serpiente. Dormios si gustais en vuestra tienda de campana con un criado á cada puerta. El *Bheel* vendrá á agazaparse por fuera, á la sombra en un rincon donde podrá oír oculto la respiracion de cada uno. Cuando el europeo se duerme, el *Bheel* está seguro de lograr su intento: el asiático no resistirá mucho tiempo al atractivo del sueño. Llegado el momento, hace una hendidura vertical en el lienzo de la tienda, penetra por ella, anda como un fantasma sin hacer rechinar un solo grano de arena: vá enteramente desnudo y untado todo su cuerpo con aceite: á su cuello lleva colgado un cuchillo. Se colocará cerca de vuestra cama y con una sangre fria y una habilidad increíbles, doblará el lienzo en pequeños dobleces al lado de vuestro cuerpo, de manera que ocupe el menor espacio posible: hecho esto pasará al otro lado, hará unas ligeras y casi imperceptibles cosquillas al durmiente á quien parece magnetizar hasta que logra hacerle retirar instintivamente, volverse y dejar tras de sí el lienzo plegado. Si por una fatal casualidad, se despierta y quiere coger al ladrón, se encuentra con un cuerpo resbaladizo que se le escapa como una anguila. Si á pesar de todo consigue cogerlo, desgraciado de él!.. el puñal le pasa el corazón, cae bañado en su sangre y el asesino desaparece.»



CAPÍTULO III.

EL CONTRABANDISTA.



Así hace tiempo la tempestad de la mañana.

El sol está en su ocaso: han transcurrido algunas horas desde que el estrangulador se introdujo en la cabaña, dejando grabados en el brazo de Djalina durante su sueño, algunos signos misteriosos.

Adelántase rápidamente un caballero por en medio de un largo camino, sombreado de árboles frondosos. Al abrigo de esta espesa bóveda de verdura, mil y mil pájaros saludaban con sus gorgeos y sus cantos la postura del sol. Papagayos verdes y colorados trepaban con la ayuda de su encorvado pico, á las cimas de las rosadas acacias: los *maina-mainous* grandes pájaros de color azul muy subido, cuya garganta y alas despiden reflejos de color de oro, perseguían á los oropendolas: las hermosas palomas de Kolo tornasoladas, hacían oír su dulce arrullo al lado de los pájaros del paraíso, cuyo esplendente y vistosísimo plumage, reúne el brillo de la esmeralda y del rubí, con el del topacio y el zafiro.

Este camino algo levantado sobre el terreno, dominaba un pequeño estanque donde aquí y allá se proyectaba la sombra verde de los tamarindos y nopales. El agua clara y sosegada dejaba ver como

incrustados en una masa de cristal azulado una gran porcion de peces inmóviles con escamas de azul esmaltadas; todos sin movimiento en la superficie del agua donde reverberaba un rayo de sol deslumbrador, gozaban sintiéndose inundados de calor y de luz. Mil insectos á manera de pedrerías vivientes con alas de fuego, se deslizaban ó revoloteaban zumbando sobre las ondas diáfanas y transparentes, donde á una profundidad extraordinaria se reproducian los matices variados de las plantas y flores acúaticas que adornaban la ribera.

Es imposible describir esta naturaleza tan pródiga de colores y perfumes, que por decirlo así, servia de cuadro al jóven y brillante caballero que llegaba del fondo de la alameda.

Es Djalma.

Todavía no ha notado que el estrangulador le ha grabado en el brazo izquierdo ciertos signos indelebles.

Su yegua jabanesa de mediana altura, fogosa y ardiente es negra como la noche. Un estrecho tapiz encarnado sirve de silla al ginete. Para moderar los impetuosos botes de su yegua, Djalma se sirve de un bocado de acero cuya brida y riendas tejidas de seda color de escarlata son tan leves como un hilo.

Ninguno de esos admirables caballeros tan maestramente esculpidos en el friso del Parthenon, aparece con tanta gracia y gentileza á caballo, como el jóven indio cuyo rostro hermoso iluminado por un rayo del sol moribundo está radiante de serena felicidad: sus ojos resplandecen de contento: por sus labios entreabiertos aspira deliciosamente la brisa embalsamada de las flores y el aroma de la arboleda, porque los árboles estan húmedos todavía con la abundante lluvia que ha sucedido á la tempestad.

Un gorro encarnado bastante parecido al que usan los griegos, ligeramente colocado sobre los negros cabellos de Djalma, hace resaltar mas todavía el color bronceado de su tez; su cuello está desnudo: viste una túnica de muselina blanca con anchas mangas, ajustada á la cintura con un ceñidor de escarlata: un ancho calzon blanco deja ver la mitad de sus piernas desnudas, leonadas y tersas: su contorno de una pureza antigua, se dibuja sobre los costados de su yegua: no lleva estribos: su pie pequeño está calzado con una chinela marroquí de color de escarlata.

La viveza de sus pensamientos impetuosos á la par que contenidos, se espesaba por decirlo así, por el movimiento que imprimia á su caballo. Ora valiente como la imaginacion que no conoce freno, ora tranquilo y mesurado como la reflexion que sobreviene á las ilusiones insensatas.

En esta carrera gallarda sus menores movimientos llevaban el sello de un carácter gracioso pero altivo, independiente y algun tanto salvaje.

Djalma desposeido del territorio paterno por los ingleses, encerrado como prisionero de guerra despues de la muerte de su padre que habia perecido con las armas en la mano (como Mr. Josué Van Daël habia escrito desde Batavia á Mr. Rodin) recobró á poco su libertad.

Abandonando en seguida la India continental en compañía del general Simon que no se habia separado de los alrededores de la prision del hijo de su amigo, el jóven indio ha venido á Batavia, lugar donde nació su madre, para recoger la modesta herencia de sus abuelos maternos.

En esa herencia menospreciada ú olvidada tanto tiempo por su padre, se han encontrado papeles muy importantes y una medalla enteramente igual á la que poseian Rosa y Blanca.

El general Simon tan sorprendido como gozoso de este descubrimiento que no solamente manifestaba que existian relaciones de parentesco entre su muger y la madre de Djalma, sino que ademas prometia á este último grandes ventajas para el porvenir, dejando á Djalma en Batavia para que arreglase algunos asuntos, marchó á la isla vecina de Sumatra, en la cual se le hizo creer encontraria algun buque que los condujese directa y rapidamente á Europa; pues desde aquel momento era necesario que á toda costa estuviera Djalma en Paris el 13 de febrero de 1832. Con el objeto de averiguar el general Simon si en efecto habia en Sumatra algun buque que inmediatamente se diese á la vela para Europa, salió de Batavia despues de haber convenido con el jóven indio que en caso de hallar la embarcacion, volveria inmediatamente á buscarlo, y este último aguardando de un dia para otro la vuelta del general, marchaba por el camino de Batavia confiando á cada momento ver llegar en el paquebot de Sumatra al padre de Rosa y de Blanca.

Aquí consideramos necesarias algunas noticias acerca de la infancia y de la juventud del hijo de Kadja-Sing.

Habiendo perdido desde muy temprano á su madre, educado sencilla y rudamente, siendo todavia muy jóven habia acompañado á su padre á esas grandes cacerias de tigres que ofrecen tantos peligros como los combates. Apenas adolescente le habia seguido á la guerra para defender su territorio... guerra dura y sangrienta.....

Viviendo así desde la muerte de su madre en medio de selvas y montañas y de combates incesantes, esa naturaleza vigorosa y espontánea se habia conservado pura, y nunca el sobrenombre

de generoso con que fue apellidado, habia sido mas merecido. Era un verdadero príncipe y ... cosa estraña por cierto!... con su silenciosa dignidad habia impuesto silencio durante su cautiverio á los carceleros ingleses. Jamás salia de su boca ni una reconvenccion ni una queja: una tranquilidad grave y melancólica fue su única defensa contra un tratamiento tan injusto como bárbaro, hasta que le pusieron en libertad.

Acostumbrado hasta aquella época al régimen patriarcal ó guerero de las montañas de su pais que habia trocado algunos meses por la prision, Djalma puede decirse que desconocia la vida civilizada. Pero sin tener positivamente los defectos de sus cualidades, llevaba hasta el extremo las consecuencias, inflexiblemente tenáz en el cumplimiento de la fé jurada. Dispuesto á sacrificar su vida, confiado hasta la ceguedad, generoso hasta olvidarse de sí mismo, no hubiera perdonado jamas al que se hubiese mostrado hácia él, ingrato, engañoso ó pérfido; finalmente hubiera dado cuenta de la vida de un traidor ó de un perjuro, porque hubiera creído muy justo que sufriera por ello la muerte.

Era en una palabra el hombre de los sentimientos puros y absolutos, y seria en demasia curioso examinar á un hombre de este temple y estas circunstancias, en lucha con el temperamento, cálculos, engaños, defecciones y falsas apariencias de una sociedad tan refinada por egempló como la de París.

Establecemos este hipótesis, porque desde que se resolvió su viage á París, Djalma no tenia mas que un pensamiento ardiente y fijo.... *hallarse en París.*

En París, en esa ciudad mágica de la que en el Asia misma, en ese pais mágico tambien, se referian cosas maravillosas.

Lo que sobre todo inflamaba la imaginacion vírgen y ardorosa del jóven indio eran las mugeres francesas..... esas parisienses tan hermosas, tan seductoras, maravillas de elegancia y de encanto, que eclipsaban las magnificencias de la capital del mundo civilizado.

En este momento mismo y en esta misma tarde espléndida y templada, rodeado de flores y perfumes que aceleraban mas y mas los latidos de aquel corazon jóven y ardiente, Djalma pensaba en esas criaturas encantadoras que se complacia en revestir de las formas mas ideales.

Parecíale divisar en la estremidad de la alameda en medio de la ráfaga de luz dorada que los árboles rodeaban con sus copas de verdura, parecíale divisar pasando y repasando blancos y esbeltos so-

bre aquel fondo esmaltado, fantasmas voluptuosas que con la sonrisa en la boca le arrojaban besos del extremo de sus dedos rosados.

No pudiendo entonces contener mas tiempo las estremadas y ardentísimas emociones que hacia algunos minutos le agitaban, llevado de una estraña exaltacion, y dando de repente algunos gritos de alegría varonil, profunda y salvaje, hizo volar con loca imaginacion á la vigorosa yegua que montaba.

Un rayo de sol traspasando las bóvedas sombrías de la alameda lo iluminó entonces completamente.

Hacia algunos momentos que se descubria un hombre que avanzaba con velocidad por una senda que cortaba diagonalmente el camino que Djalma seguia.

Este hombre se detuvo un momento en la sombra contemplando á Djalma con admiracion.

Era con efecto encantador ver en medio de una aureola de luz deslumbradora á ese jóven tan hermoso, tan enagenado..... con su traje blanco y flotante, montado con tanta soltura como seguridad sobre su valiente yegua negra que llenaba de espuma las encarnadas riendas, y cuya larga cola y pobladas crines ondeaban al viento de la tarde.

Mas por un contraste que es tan natural en todos los deseos humanos, Djalma se sintió repentinamente acometido de una dulce é indefinible melancolia, y llevando la mano á sus ojos humedecidos y entreabiertos, dejó caer las riendas sobre el cuello de su docil caballeria.

Delúvose esta al momento: alargó su cuello de cisne y medio volvió su cabeza en direccion del personage que distinguia al través de los árboles.

Este hombre llamado Mahal el contrabandista, estaba vestido poco mas ó menos como los marineros europeos: llevaba una especie de blusa de tela blanca, un ancho ceñidor encarnado y un sombrero de paja: su rostro era de color aceitunado y completamente imberbe aunque contaba mas de cuarenta años de edad.

Instantaneamente Mahal estuvo cerca del joven indio.

—Sois el principe Djalma?...—le dijo en muy mal francés, echando respetuosamente la mano á su sombrero.

—Qué quereis?...—respondió el indio.

—Sois..... el hijo de Kadja-Sing?

—De nuevo te pregunto, qué quieres?

—El amigo del general Simon?...

—El general Simon!...—esclamó Djalma.

—Y vais á esperarle como todas las tardes desde que estais aguardando su venida?

—Si, pero cómo sabes....—dijo el indio mirando al contrabandista con tanta curiosidad como sorpresa.

—Hoy ó mañana debe desembarcar en Batavia.

—Vienes tal vez de parte suya?...

—Pudiera ser—dijo Mahal con aire de confianza.—Pero sois efectivamente el hijo de Kadja-Sing?

—Te digo que yo soy... dónde has visto al general Simon?

—Puesto que sois el hijo de Kadja-Sing—añadió Mahal siempre con desconfianza—cual es vuestro sobre nombre?



—A mi padre le llamaban el *padre del generoso*—respondió el joven indio y una nube de tristeza cruzó por sus bellas facciones.

Estas palabras convencieron algun tanto á Mahal, de la identidad de Djalma, pero queriendo sin duda cerciorarse añadió:

—Vos habeis debido recibir hace dos dias, una carta del general Simon escrita en Sumatra.

—Sí... pero á qué me haces esas preguntas?

—Para convencerme del todo, de que sois el hijo de Kadja-Sing y ejecutar las órdenes que he recibido.

—De quién?

—Del general Simon.

—Pero en dónde está?

—Cuando yo tenga una prueba segura, de que sois el príncipe Djalma, os lo diré. Me habian dicho que montabais una yegua negra con bridas encarnadas... pero...

—Por vida mia... quieres acabar?

—Os lo diré todo, con tal que vos me digais primero, cual era el papel impreso que contenia la última carta que el general Simon os ha escrito desde Sumatra.

—Un pedazo de un periódico francés.

—Y ese periódico anunciaba al general una noticia buena ó mala?

—Una noticia buena, pues en él se decia que durante su ausencia, se le habia reconocido el último título y grado que debia al emperador, lo cual se habia hecho estensivo á algunos de sus compañeros de armas desterrados como él.

—Veo bien que sois el príncipe Djalma—dijo el contrabandista despues de un momento de reflexion.—Ya puedo hablar... el general Simon ha desembarcado esta noche en Java... pero en un punto desierto de la costa.

—En un parage desierto?

—Porque es necesario que se oculte.

—El!.. exclamó Djalma sorprendido—ocultarse, y por qué!..

—No lo sé.

—Pero en dónde está—preguntó Djalma pálido por la inquietud y la ansiedad.

—A tres leguas de aqui... cerca de la orilla del mar... en las ruinas de Tchandi.....

—El obligado á ocultarse—repitió Djalma; y su rostro tomó una expresion de angustia indefinible.

—No lo sé á punto fijo, pero creo que se trata de un desafio que ha tenido en Sumatra...—dijo misteriosamente el contrabandista.

—Un desafio?.. y con quién?

Djalma conociendo el valor y la viveza del general Simon, creyó que podian ser harto fundadas las sospechas del contrabandista.

Despues de un momento de silencio, le dijo:

—Podrás encargarte de llevar mi caballo?... mi casa esta fuera de la ciudad... alla abajo, entre la arboleda y al lado de la mezquita nue-

va... porque el caballo me incomodaria mas bien para subir la montaña de Tchandi: iré mucho mas pronto á pie.

—Ya se donde vivis... el general Simon me lo ha dicho:... y sino os hubiera encontrado aquí... hubiera ido á vuestra casa á buscaros... Dad me pues vuestro caballo...

Djalma se apeó de un salto, entregó las riendas á Mahal, desató el extremo de su cinturón y tomando su bolsillo de seda, lo entregó al contrabandista diciéndole:

—Has sido fiel y obediente.... toma... es poco, pero no tengo mas.

—Con razon llamaban á Kadja-Sing el *padre del generoso*.

Dijo el contrabandista inclinándose con respeto y agradecimiento, tomando en seguida el camino de Batavia y conduciendo del diestro la yegua de Djalma.

El jóven indio se metió rapidamente por entre la espesura de los árboles, y marchando precipitadamente se dirigió hácia la montaña, en donde se hallaban las ruinas de Tchandi, adonde era imposible llegar antes de la noche.





CAPÍTULO IV.

M. JOSUE VAN—DAEL.



MONSIEUR Josué Van—Daël comerciante holandés y corresponsal de Mr. Rodin, habia nacido en Batavia (capital de la isla de Java). Sus padres lo enviaron á educarse á Pondichery que era uno de los conventos mas célebres que tenían los jesuitas en el Asia. Allí se habia afiliado á la congregacion como *profeso de los tres votos*, ó miembro lego llamado vulgarmente *cuadjutor temporal*.

Mr. Josué gozaba de una probidad casi proverbial: era considerado como un hombre sumamente exacto en los negocios, frio, discreto, reservado y sagaz: sus operaciones mercantiles eran casi siempre afortunadas, porque una mano poderosa y protectora le proporcionaba oportunamente noticias de los acontecimientos que podian influir ventajosamente en sus transacciones comerciales. El convento de Pondichery estaba interesado en sus negocios y le encargaba la esportacion y el cambio de los productos de algunas vastas haciendas que poseia en esta colonia.

Hablando poco, escuchando mucho, sin disputar jamás y dando poco pero á tiempo, Mr. Josué inspiraba naturalmente si no simpatía, al menos ese frio respeto á que siempre se hacen acreedoras las personas rigoristas; porque en lugar de sufrir la influencia de las costumbres de las colonias libres y disolutas, por lo regular aparentaba vivir con una estremada regularidad, y su exterior tenia cierto carácter de austeridad que imponia.

La escena siguiente pasaba en Batavia mientras que Djalma se dirigia á las ruinas de Tchandi con la esperanza de encontrar allí al general Simon.

Mr. Josué acababa de retirarse á su gabinete, en donde se veian muchos estantes repletos de legajos con carpetas de carton y grandes libros de caja abiertos sobre los pupitres.

La única ventana de este gabinete que daba á un patio pequeño y desierto, estaba fuertemente enrejada por la parte exterior, reemplazando una persiana movable los cristales de la vidriera, á causa de lo caloroso del clima de la isla de Java.

Mr. Josué despues de haber encendido una vela encerrada en un farol, miró el reló:

—Las nueve y media—dijo—Mahal debe llegar pronto.

Y al decir esto salió, atravesó una antesala, abrió una segunda puerta muy gruesa guarnecida con muchos clavos de cabeza ancha, saliendo al patio con precaucion, á fin de que los criados de la casa no le oyesen, y corriendo el cerrojo secreto que cerraba la puerta de una gran verja de seis pies de alto, rematada por formidables puntas de hierro.

Despues que hizo esta operacion, volvió á su gabinete, cerrando cuidadosamente las otras puertas.

Sentose Mr. Josué delante de una mesa de despacho, tomó del fondo secreto de uno de sus cajones una carta muy larga, ó por mejor decir una memoria comenzada hacia ya algun tiempo y escrita dia por dia. (Inútil es decir que esta carta dirigida á Mr. Rodin en París calle de *Milieu des Ursins*, era anterior á la libertad de Djalma y á su llegada á Batavia)

La memoria de que se trata iba tambien dirigida á Mr. Rodin y Mr. Josué continuó escribiendo en ella de esta manera.

«Temiendo la vuelta del general, de la que me he enterado inter-
»ceptando sus cartas (ya os he dicho anteriormente que habia podi-
»do conseguir que me elijera por corresponsal) cartas que leia yo
»y despues remitia *intactas* á Djalma, me he visto obligado por el
»tiempo y las circunstancias á recurrir á medios estremos, aunque

»procurando siempre salvar completamente las apariencias, y haciendo un señalado servicio á la humanidad: esta última razon es la que me decidí especialmente.

«Ademas un nuevo peligro me impelia á obrar de esta manera.

«El vapor *Rayter* entró ayer tarde en este puerto y saldrá nuevamente mañana.

«Este buque hace su travesía á Europa por el golfo arabigo: los pasajeros desembarcan en el istmo de Suez; lo atravesarán y tomarán en seguida otro vapor, que los conduzca á Francia.

«Este viage tan rápido como directo, es de siete ú ocho semanas. »Estamos á fines de octubre y por consiguiente, el príncipe Djalma, »podria estar en Francia á principios de enero; y segun vuestras órdenes, cuyo motivo ignoro, pero que ejecuto siempre, era preciso »impedir á toda costa ese viage puesto que segun me decis, se halla »ligado á los mas graves intereses de la sociedad. Ademas si como lo »espero, consigo que Djalma no se embarque en el *Rayter*, le será »materialmente imposible llegar á Francia antes del mes de abril, »porque este buque es el único que hace el viage en derechura: los »demas necesitan por lo menos, cuatro ó cinco meses para llegar á »Europa.

«Antes de hablaros del medió que he tenido que emplear, para »detener aqui á Djalma, medio cuyo buen ó mal resultado ignoro »todavía, será conveniente que conozcais ciertos hechos.

«Se acaba de descubrir en la india inglesa una sociedad, cuyos »miembros se llaman entre sí *hermanos de la buena obra*, ó *Phansin-* »*gars* que quiere decir, estranguladores: estos asesinos no derraman »sangre, ahogan á sus víctimas mas que para robarlos, para obedecer »á una vocacion homicida y á las leyes de una divinidad infernal, llamada por ellos *Bohwanie*.

«La mejor idea que puedo daros acerca de esta horrible secta, es »transcribir aqui algunas líneas, de la introduccion de la memoria »publicada hace dos meses por el general Sleeman, perseguidor »acérrimo é infatigable de esta asociacion tenebrosa. He aqui un extracto: el coronel es el que habla.

«Desde 1822 hasta 1824, mientras estaba encargado de la magistratura y administracion civil del distrito de Nersingpour, no se cometió »ni un solo asesinato, ni el mas pequeño robo por un bandido cualquiera, »de que yo no tuviera inmediatamente conocimiento; pero si alguno hubiese venido á decirme en aquella época, que una banda de asesinos de profesion hereditaria, vivia en el pueblo de Kundelie á cuatrocientos metros lo mas de mi tribunal de justicia; que los admirables bosquecillos

»de Mundesoor á una jornada de mi residencia, eran una de las guaridas mas terribles de los asesinos de toda la India: que bandas numerosas de hermanos de la buena obra procedentes del Indostan y del Dekan se hallaban anualmente bajo aquellos árboles frondosos, como para una fiesta solemne, á fin de ejercitar su vocacion espantosa en todos los caminos que cruzan por aquel lugar; hubiera creido que el indio que me lo hubiera dicho, ó estaba loco, ó se habia llenado de visiones la cabeza; y sin embargo, nada hay mas positivo: centenares de viajeros quedaban enterrados cada año, bajo los bosquecillos de Mundesoor: una tribu entera de asesinos vivia á mi puerta mientras era magistrado supremo de la provincia, y estendian sus devastaciones hasta las ciudades de Boonah y de Hyderabad: no olvidaré jamás, que para convencerme, uno de los gefes de estos estranguladores, que se convirtió en delator, hizo exhumar en los alrededores de mi propia tienda trece cadáveres ofreciéndose á hacer sacar del terreno que pisabamos, un número ilimitado. (1.)

«Estas palabras del coronel Sleeman, os darán una idea de esa sociedad terrible, que tiene sus leyes, sus deberes, sus costumbres fuera de todas las leyes divinas y humanas. Adheridos los unos á los otros y dispuestos á defenderse y ayudarse hasta el heroismo, obediendo ciegamente á sus gefes, que se llaman los representantes de su sombría divinidad, mirando como euemigos á todos los que no son de los suyos, aumentándose en todas partes con un espantoso proselitismo, estos apóstoles de una religion feroz y sanguinaria, cuyas abominables doctrinas predicaban en la oscuridad se estendian por toda la India como una peligrosa red.

«Tres de los gefes principales y uno de los adeptos, que huian de la obstinada persecucion del embajador inglés y que habian logrado sustraerse á sus pesquisas, llegaron á la estremidad septentrional de la India, hasta el estrecho de Malaka, situado á corta distancia de nuestra isla: un contrabandista aficionado á la piratería y afiliado en su asociacion llamado *Mahal*, los ha recogido en su falucho y los trasportó aquí, donde se creen seguros por algun tiempo en atención á que siguiendo los consejos del contrabandista, se han escondido en un espeso bosque, donde existen muchos templos arruinados, cuyos numerosos subterráneos les ofrecen un asilo impenetrable.

«Entre estos gefes dotados de un gran talento, hay uno sobre todo

(1) Este informe está extractado de la excelente obra del conde Eduardo de Warren sobre la India inglesa de 1831.

»llamado Faringhea, dotado de una energía extraordinaria y de otras
»cualidades eminentes, que lo hacen un hombre de los mas temibles:
»es mestizo, hijo de un blanco y de una india: ha habitado largo
»tiempo en las ciudades donde hay factorias europeas y habla perfec-
»tamente el inglés y el francés: los otros dos gefes son un negro y un
»indio, el adepto es malayo.

«El contrabandista Mahal, conociendo que podia obtener una bue-
»na recompensa entregando estos cuatro individuos, vino á buscar-
»me sabiendo, como todo el mundo sabe, mi íntima amistad con
»una persona que ejerce grande influencia con el gobernador: ofre-
»cíome, pues, hace dos dias bajo ciertas condiciones, entregar el
»negro, el mestizo, el indio y el malayo... Las condiciones que exi-
»gió son las siguientes: una suma bastante considerable y la seguridad
»de un pasage en un buque que saliera para Europa, ó para América,
»á fin de librarse por este medio de la terrible venganza de los es-
»tranguladores.

«Yo aproveché al instante la ocasion de entregar á la justicia hu-
»mana estos tres asesinos, y prometí á Mahal servirle de intermedia-
»rio cerca del gobernador, pero tambien bajo ciertas condiciones,
»muy inocentes de por sí, y que tienen relacion con Djalma... Si mi
»proyecto tiene buen resultado, os explicaré mas claramente los me-
»dios de que me he valido; lo que no tardaré en saber, porque
»Mahal debe volver muy pronto.

«Mientras cierro los despachos que van á salir mañana por el
»Rayter, en el que he ajustado el embarque de Mahal el contraban-
»dista en caso de salir bien el asunto, abro un parentesis relativo á
»un negocio muy importante.

«En mi última carta en que os anunciaba la muerte del padre de
»Djalma y la prision de este por los ingleses, os pedia informes acer-
»ca del estado de los negocios mercantiles del baron de Tripeaud,
»banquero y manufacturero en París, que tiene una dependencia de
»su casa en Calcuta. Estas noticias ya no me serian necesarias, si por
»desgracia lo que acaban de decirme fuese cierto; asi yo espero que
»obraréis segun las circunstancias lo exijan.

«Su casa de Calcuta nos debe á mi en particular, y á nuestro con-
»vento de Pondichery, sumas de mucha consideracion y me han ase-
»gurado que los negocios de Mr. Tripeaud están en muy mal estado
»por haber querido establecer una fábrica que arruinase la tan anti-
»gua y tan acreditada de Mr. Francisco Hardy. Me han asegurado
»tambien, que Mr. Tripeaud ha empleado en esta empresa grandes
»capitales, causando graves perjuicios á Mr. Hardy pero comprome-

»tiendo todos sus intereses. Ahora bien, si Tripeaud se declarase en
»quiebra, las consecuencias de este desastre nos serian funestas,
»porque nos debe cuantiosas sumas á mí y á los nuestros.

«En esta inteligencia seria muy conveniente, que empleando los
»medios poderosos de que puede disponerse, se consiguiese desacre
»ditar y hacer perecer la fábrica de Mr. Francisco Hardy, ya algo
»atrasada por la rivalidad de Mr. Tripeaud; teniendo buen resultado
»esta combinacion, este ganaria en poco tiempo todo lo que ha per-
»dido, y la ruina de su rival aseguraria su prosperidad, logrando
»nosotros por este medio el pago de nuestros créditos.

«No dejo de conocer que es triste y doloroso, recurrir á estos
»medios para reembolsarnos; pero en la época en que vivimos ¿no
»estamos autorizados á hacer uso de las armas que se emplean
»constantemente contra nosotros? Cuando la injusticia y la maldad
»de los hombres nos obligan á obrar de esta manera, es menester
»resignarse, pensando que si tenemos que conservar nuestros bienes
»terrenales, es para emplearlos en la mayor gloria de Dios, mien-
»tras que en manos de nuestros enemigos, estos mismos bienes son
»medios peligrosos de perdicion y de escándalo.

«Tened en cuenta que yo no hago mas que someteros una humilde
»propuesta; porque aunque tuviera posibilidad de tomar la iniciativa
»acerca de estos débitos nada haria por mi mismo... porque mi vo-
»luntad no me pertenece... Ella como todo lo que yo poseo, es de
»aquellos á quienes he jurado una obediencia ciega.»

Un ligero ruido que venia de fuera, interrumpió á Mr. Josué lla-
mando su atencion.

Levantóse repentinamente y se fué derecho á la ventana.

—Sois vos Mahal?....—preguntó Mr. Josué en voz baja.

—El mismo—contestó otra voz desde afuera y en el mismo tono.

—Y el malayo?

—Ha conseguido su objeto....

—De veras?...—esclamó Mr. Josué con notable satisfaccion.—Etais
seguro?

—Sí.... Imposible es que haya un demonio más astuto ni mas
intrépido.

—Y Djalma?

—Los pasages de la última carta del general Simon que le he cita-
do le han hecho creer que yo le hablaba de su parte y que lo encon-
traría en las ruinas de Tchandí.

—De modo que á estas horas?.....

—Djalma está en las ruinas donde habra hallado al negro, al mes-

tizo y al indio, que citaron allí al malayo que ha pintado el cuerpo del príncipe durante su sueño.

—Habeis ido á reconocer el camino subterraneo?

—Ayer fui.... una de las piedras del pedestal de la estatua gira sobre si misma..... la escalera es ancha..... y será bastante capaz....

—Y los tres gefes no sospechan de ti?



—No; los he visto esta mañana... y esta noche ha venido el malayo á contarme todo lo ocurrido antes de reunirse con ellos en las ruinas de Tchandi; porque él habia permanecido oculto entre las malezas, no atreviéndose á dirigirse allí durante el dia.

—Mahal..... si habeis dicho la verdad, si todo se ha conseguido, podeis contar de seguro con vuestro perdon, y con una gran recompensa..... vuestro pasage está tomado á bordo del *Rayter* y mañana partireis: así os librareis de la venganza de los estranguladores, que os perseguirán hasta vengar la muerte de sus gefes, puesto que la Providencia os ha designado para entregar estos tres criminales al

brazo de la justicia... Dios os bendecirá... Id ahora mismo á esperar-me á la puerta del gobernador... yo os introduciré en su casa; se trata de cosas tan importantes, que no vacilo en ir á despertarlo, aunque la noche está muy avanzada... Id pronto..... yo os sigo por otro lado...

Sintiéronse en la parte exterior los pasos precipitados de Mahal, que se alejaba; y á poco tiempo volvió á reinar el mismo silencio que antes.

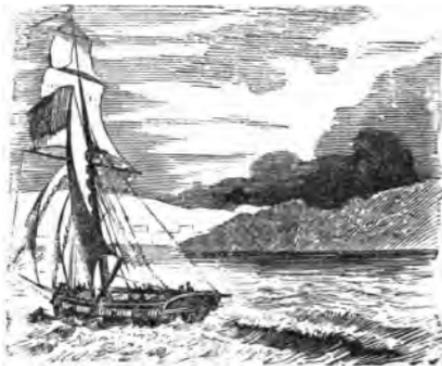
Mr. Josué continuó sentado en su bufete y añadió estas líneas con precipitacion á su memoria.

« Suceda ya lo que quiera , es de todos modos imposible que Djal-
»ma salga de Batavia..... Estad seguro de que no se encontrará en
»París el 13 de febrero del año próximo....

« Segun habia previsto, estaré de pie toda la noche: ahora voy á
»casa del gobernador, mañana añadiré algunos renglones á esta lar-
»ga memoria, que el vapor *Rayter* conducirá á Europa. »

Despues de haber cerrado su papelera, Mr. Josué tiró con violencia de la campanilla y con no poca sorpresa de todos sus criados, al verle salir de casa á media noche, se dirijió apresuradamente á la residencia del gobernador de la isla.

Conduzcamos ahora al lector á las ruinas de Tchandi.





CAPÍTULO V.

LAS RUINAS DE TCHANDI.



A LA tempestad de aquel día, cuya proximidad había servido tan perfectamente á los planes del estrangulador, ha sucedido una noche tranquila y serena.

El disco blanquecino de la luna se levanta pausadamente, detrás de una masa de ruinas imponentes, situadas en la cumbre de una colina, en medio de un bosque distante unas tres leguas de Batavia.

Anchos pedestales de piedra, altas murallas de ladrillos carcomidos por el tiempo, vastos pórticos alfombrados con una vegetación parasita, se dibujan rigurosamente al pálido resplandor del astro de la noche, cuya luz argentina se mezcla en el horizonte con el límpido azulado de los cielos.

Algunos rayos de la luna deslizándose por la abertura de uno de estos pórticos, iluminan dos estatuas colosales situadas al pie de una inmensa escalera; cuyos escalones desunidos desaparecen casi enteramente bajo la yerba, el musgo y las malezas.

Los pedazos de una de estas estatuas rota por medio, yacen tendidos por el suelo, en tanto que la otra permanece entera, de pie, y causa miedo el contemplarla.

Representa un hombre de proporciones gigantescas: su cabeza tiene una altura de tres pies, la expresión de su fisonomía es feroz; dos

pupilas de azabache negro y brillante se ven incrustadas en su semblante ceniciento; en los labios de piedra de su desmesurada y abierta boca, se han anidado los reptiles, y á la claridad de la luna se descubre vagamente un hormiguero asqueroso.....

Un ancho ceñidor lleno de adornos simbólicos rodea el cuerpo de la estátua y sujeta á su lado derecho una espada larga: este gigante tiene cuatro brazos estendidos; en sus cuatro manos lleva una cabeza de elefante, una gran serpiente enroscada, el cráneo de una figura humana y un pájaro parecido á un halcon.

Iluminando la luz por un lado esta estátua, la presenta de perfil á la vista con una claridad viva que aumenta mas la estraña ferocidad de su aspecto.

Vense aquí y allí incrustados en la pared, fragmentos de hajos relieves de piedra tambien, y esculpidos atrevidamente: uno de los mejor conservados representa un hombre con cabeza de elefante y alas de murciélago en actitud de devorar á un niño..

Nada podia imaginarse mas siniestro que estas ruinas rodeadas de bosques de árboles de un verde oscuro, cubiertas de emblemas terribles y espantosos, vistas á la claridad opaca de la luna y en medio del silencio profundo de la noche.

A una de las murallas de aquel antiguo templo consagrado á alguna divinidad misteriosa y sangrienta de la isla, está pegada y apoyándose en la pared una cabaña groseramente construida con pedazos de piedra y de ladrillo. La puerta de esta choza formada de junco entrelazados está abierta, y despide una luz rojiza que refleja sobre las malezas y yerbas de que se halla cubierto el suelo.

Tres hombres se hallan reunidos en la cabaña alumbrada por una lámpara de barro, en la que arde una mecha de filamentos de cocotero empapada en aceite de palmas.

El primero de estos tres hombres de unos cuarenta años de edad, está pobremente vestido á la europea: su tez pálida y casi blanca anuncia que pertenece á la raza mestiza; es hijo de un blanco y de una india.

El segundo es un robusto negro africano con gruesos labios, anchas espaldas y vigorosas piernas: sus cabellos crespos empiezan á encanecer: está cubierto de andrajos y de pie junto al indio.

El tercer personaje de la cabaña, duerme tendido en una estera, en un rincon.

Estos tres hombres eran los tres gefes de los estranguladores que perseguidos en la india continental habian buscado un refugio en la isla de Java bajo la direccion del contrabandista Mahal.

—El malayo no vuelve—dijo el mestizo, llamado Faringhea, el mas terrible de todos los gefes de esta secta homicida—tal vez haya sido muerto por Djalma al egecutar nuestras órdenes.

—La tempestad de la mañana ha hecho salir de la tierra á todos los reptiles—contestó el negro—acaso el malayo haya sido mordido: y á estas horas su cuerpo no es mas que un nido de serpientes.

—Para servir á la *buena obra*—repuso Faringhea con aire som-brio—es preciso tener valor para arrostrar la muerte.

—Y para darla—añadió el negro.



Un grito sofocado seguido de algunas palabras inarticuladas, atra-jo la atencion de estos dos hombres que volvieron repentinamente la cabeza hácia el personaje dormido.

Tendria este como unos treinta años á lo mas: su rostro imberbe y de un color cobrizo, su vestidura de tela blanca, su turbante raya-do de rojo y amarillo, anunciaba que pertenecia á la raza pura india:

su sueño parecía agitado por alguna ilusión terrible y espantosa; un sudor abundante cubría sus facciones contraídas de terror; hablaba soñando, y su voz se interrumpía á cada momento acompañada de estremecimientos convulsivos.

—Siempre el mismo sueño—esclamó Faringhea—siempre el recuerdo de ese hombre!

—De qué hombre?

—No te acuerdas que hace cinco años el feroz coronel Kennedy... el verdugo de los indios..... llegó á las orillas del Ganges á la caza del tigre con veinte caballos, cuatro elefantes y cincuenta criados?

—Sí, sí, ya me acuerdo—dijo el negro—y nosotros tres, cazadores de hombres, supimos hacer nuestra caza mejor que él: Kennedy con sus caballos, sus elefantes y sus numerosos criados, no cogió un solo tigre..... y nosotros cogimos el nuestro—añadió con una siniestra ironía—Sí, Kennedy, ese tigre con figura de hombre, cayó en nuestra emboscada y los hermanos de la *buena-obra*, ofrecieron esta buena presa á su diosa Bohwanie.

—Pues te acordarás de que en el momento en que acabábamos de apretar el lazo al cuello de Kennedy, descubrimos de repente un viagero... nos habia visto... y era preciso que muriera... Desde entonces—añadió Faringhea—la imagen de este hombre le persiguen sueños...

—Y tambien cuando está despierto—replicó el negro mirando á Faringhea con aire significativo.

—Escucha—dijo este, señalando al indio que en la agitacion de su sueño empezaba á hablar de nuevo con voz comprimida y medio sofocada—escucha verás como repite las respuestas de aquel viagero, cuando nosotros le propusimos la alternativa de morir ó seguir con nosotros al servicio de la *buena obra*... su imaginacion está afectada como siempre con este recuerdo.

En efecto, el indio pronunciaba continuamente en voz alta cuando soñaba, una especie de interrogatorio misterioso, á cuyas preguntas él mismo se contestaba.

—Viagero—decia con una voz interrumpida por momentos de silencio repentino—por qué tienes esa raya negra en la frente..... es una marca fatal; tu mirada es triste como la muerte... Eres una víctima?... ven con nosotros... Bohwanie venga las víctimas... Has sufrido mucho?..—*Sí, he sufrido mucho.*—Por largo tiempo?..—*Sí, por muchísimo tiempo.*—Y sufres todavía?..—*Siempre.*—Qué guardas para el que te hace sufrir?..—*La piedad.*—Quieres vengarte?..—*No; yo quiero volver amor por odio.*—Quién eres, pues, que vuelves bien por mal?..—*Soy el que ama, el que sufre y el que perdona.*

—Lo oyes hermano?...—dijo el negro á Faringhea—no ha olvidado las palabras del viagero antes de morir.

—Su imágen le persigue.... escucha... hab'a todavía... que pálido está!...

En efecto, el indio siempre bajo la influencia de aquel sueño terrible, continuó.

—Viagero.... nosotros somos tres, somos valientes, tenemos la vida en nuestras manos; tu nos has visto hacer un sacrificio á la *buena obra*.... vas á ser de los nuestros, ó á morir... á morir... á morir... oh! qué mirada tan terrible!.... No me mires asi.

Y al decir estas últimas palabras, el indio hizo un brusco movimiento, como para alejarse de un objeto que se le acercara, y despertó sobresaltado.

Entonces pasandose la mano por la frente bañada en sudor... miró en derredor de sí con ojos espantados.

—Hermano, siempre ese sueño—le dijo Faringhea—tu cabeza es débil para un atrevido cazador de hombres.... afortunadamente tu brazo y tu corazon son fuertes.

El indio permaneció mudo por algunos instantes cubierto el rostro con las manos: despues añadió;

—Hacia ya mucho tiempo que no soñaba con ese viagero.

—Pero no murió?—dijo Faringhea encogiéndose de hombros.—No fuiste tu mismo quien le echó el lazo á la garganta?

—Sí,—contestó el indio estremeciéndose.

—No cavamos nosotros su sepultura, al lado de la del coronel Kennedy? ¿No los enterramos como al verdugo inglés, bajo la arena y los juncos?—añadió el negro.

—Sí, nosotros cavamos la sepultura—replicó el indio estremeciéndose de nuevo—y sin embargo, hace como un año, que estando yo cerca de la puerta de Bombay por la tarde.... esperando á uno de mis hermanos... el sol caminaba rapidamente á ocultarse detrás de la Pagoda, que se halla al Este de la pequeña colina: todavía veo todo esto... estaba pues, sentado debajo de una higuera... cuando oigo un paso tranquilo, lento, seguro; vuelvo la cabeza y era él... que salia de la ciudad.—Una vision!—dijo el negro—siempre lo mismo!

—Una vision sin duda—añadió Faringhea—ó una vaga semejanza.

—No... le reconocí por aquella marca negra que atravesaba toda su frente... era él... permanecí inmovil de terror... detúvose delante fijando en mí su mirada tranquila y triste.... á pesar mio grité involuntariamente: es él!—*Si yo soy*—me respondió con voz dulce—*porque todos los que has asesinado renacen como yo*—y me señaló al cielo.—

Por qué matas?... escucha... vengo de Java... voy al otro extremo del mundo... á un pais siempre cubierto de nieve, allí ó aquí: en la tierra del fuego, ó en el pais de los hielos, siempre seré yo! Asi como el alma de los que mueren en tu lazo.... en este mundo ó allá arriba.... bajo esta ó la otra vestidura.... el alma será siempre el alma... tu no podrás nunca tocar á ella.... por qué matas?...—Y meneando tristemente la cabeza pasó adelante siempre caminando lentamente... con la frente inclinada... Asi subió la colina de la Pagoda siguiéndole yo con los ojos, petrificado; en el instante en que el sol se ocultaba, se detuvo en la sombra un instante: su elevada estatura se delineaba á mis ojos sobre el cielo: en seguida desapareció... Oh! era él—añadió el indio estremeciéndose despues de un largo silencio—era él!...

Jamás habia variado la relacion del indio, aunque muy á menudo habia contado á sus compañeros esta misteriosa aventura. Esta insistencia tan conforme siempre por su parte, habia acabado por connover su incredulidad ó mas bien por hacerle buscar una causa natural á este acontecimiento, sobre natural en las apariencias.

—Puede ser muy bien—dijo Faringhea, despues de un instante de reflexion—que el nudo que apretó el cuello de ese viagero, no corriese bien y no le ahogase completamente; un soplo de aire pudiera haber penetrado á través de los juncos con que cubrimos su sepultura y darle la vida nuevamente.

—No, no—contestó el indio meneando la cabeza—Ese hombre no es de nuestra raza.—Escuchadme—añadió con una voz solemne—el numero de víctimas que los hijos de Bohwanie han sacrificado, desde el principio de los siglos, no es nada en comparacion de la inmensidad de muertos y moribundos que este terrible viagero deja detras de si en su camino homicida.

—El!...—esclamaron á un tiempo el negro y Faringhea.

—El.....—repitió el indio con un acento de conviccion que asombró á sus compañeros.—Escuchadme y estremeceos. Cuando yo le encontré á las puertas de Bombay..... venia de Java é iba hácia el Norte, segun me dijo..... Al dia siguiente Bombay se veia desolado por el cólera..... y algun tiempo despuesse supo que esta plaga desoladora habia tenido nacimiento aquí..... en Java.

—Es verdad—esclamó el negro.

—Oidme aun—repuso el indio—*Voy hácia el Norte..... hácia un pais cubierto de nieves eternas*—me habia dicho el viagero..... El cólera marchó hácia el Norte..... pasó por Mascate..... Ispahan, Tauri, Tiffis..... y llegó á la Siberia.

—Es verdad!...—dijo Faringhea que se habia quedado pensativo.

—El cólera, continuó el indio—no andaba mas que cinco ó seis leguas cada dia.....la jornada de un hombre..... no aparecia jamás en dos lugares á la vez... pero adelantaba lentamente sin detenerse..... siempre la jornada de un hombre.

A esta coincidencia estraña los dos compañeros del indio se miraron sorprendidos.—Y crees tu que ese hombre?

—Yo creo que ese hombre á quien matamos, restituido á la vida por alguna divinidad infernal..... fue encargado por ella de traer á la tierra esa plaga terrible... y dejar por donde pasaba, la muerte... de la que él estaba libre..... Acordaos—añadió el indio con una sombría éxaltacion—acordaos de que ese terrible viagero ha pasado por Java: el cólera desoló esta isla..... ese viagero pasó por Bombay: el cólera desoló á Bombay..... ese viagero se dirigió hácia el Norte..... y el cólera ha devastado el Norte.....

Diciendo esto el indio cayó en una profunda meditacion.

El negro y Faringhea permanecian sumidos en un espanto sombrío.

El indio tenia razon en cuanto á la marcha misteriosa (no esplicada hasta ahora) de este azote del mundo que jamás anduvo, segun se sabe, mas que cinco ó seis leguas cada dia, no apareciendo nunca en dos lugares á la vez.

Nada hay mas sorprendente en efecto que seguir en los mapas ejecutados en aquella época, la marcha lenta, progresiva, de esa plaga viajante que presenta á los ojos admirados del observador todos los caprichos, todos los incidentes de las jornadas de un hombre.

Pasando de un punto á otro..... eligiendo algunas provincias en un pais... una ciudad en las provincias.... un barrio en las ciudades..... una calle en un barrio..... una casa en una calle..... hasta marcando sus dias de descanso y continuando despues su camino lento, misterioso y terrible.

Las palabras del indio al notar estas espantosas rarezas debian eausar una profunda impresion en el negro y en Faringhea, cuyos caracteres féroces habian sido condenados á la monomania del asesinato por doctrinas atroces y sanguinarias.

Sí..... porque (este es un hecho evidente) hubo en la india sectarios de esa abominable comunidad..... gentes que casi siempre mataban sin motivo, sin pasion..... mataban por matar..... por el deleite del asesinato..... por substituir la muerte á la vida..... por hacer de un *viviente un cádaver*..... así como lo han dicho en uno de los interrogatorios que han sufrido.

El pensamiento se confunde y se pierde al querer penetrar la causa de este fenómeno monstruoso..... ¿Porque increíble sucesion de

acontecimientos se han consagrado algunos hombres á este sacerdocio de la muerte?

Sin duda alguna una religion de este género no puede florecer sino en paises como la India, condenados á sufrir la esclavitud mas atroz, en la mas implacable esplotacion del hombre por el hombre.

Una religion semejante, no es por ventura la expresion de la rabia de la humanidad exasperada hasta el último estremo por la opresion? Quizá esta secta homicida cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, se haya perpetuado en esas regiones como la única protesta posible de la esclavitud contra el despotismo. Acaso Dios en sus impenetrables arcanos haya creado Phansegars como ha creado tigres y serpientes.

Pero lo que hay de mas notable en esta siniestra congregacion es el lazo misterioso que uniendo á todos los miembros, los separa y los aisla de los demas hombres; porque ellos tienen leyes propias, costumbres peculiares: se sostienen, se ayudan reciprocamente..... pero para ellos no hay familia ni pais..... no dependen mas que de un poder sombrío, cuyos decretos obedecen con una ciega sumision y en cuyo nombre se distribuyen por todas partes para hacer cadáveres, valiéndonos de una de sus salvages expresiones. (1).

(1) He aquí algunos trozos del curiosísimo libro publicado por el conde Eduardo Warren sobre la India inglesa de 1831.

«Ademas de los ladrones que matan por el botin, hay una clase de asesinos organizados en sociedad con sus gefes á la cabeza, una ciencia, una framacasoneria y hasta una religion que tiene su fanatismo, su culto, sus ministros, sus emisarios, sus colaboradores, sus tropas militares y sus afiliados pasivos que contribuyen con su dinero á la Buena Obra. Esta es la comunidad de los Thugs ó Phansegar (engañadores ó estranguladores, de *Thugna*, engañar, y de *Phausna*, estrangular), comunidad religiosa é industrial que esplota la raza humana esterminándola, y cuyo origen se pierde en lo mas remoto de los tiempos.

«Hasta 1810 su existencia era desconocida no solo de los conquistadores europeos, sino tambien de los gobiernos indigenas. Desde 1816 á 1830 muchas cuadrillas de estranguladores fueron cogidas in-fraganti y justamente castigadas; pero hasta entonces todas las revelaciones hechas acerca de ellos por oficiales de mucha experiencia, parecieron demasiado monstruosas para obtener la atencion y la creencia del público: fueron despreciadas como sueños de imaginaciones calenturientas. Y sin embargo hacia muchos años que esta plaga social devoraba las poblaciones con un desarrollo espantoso, desde la faldá del Himalaya hasta el cabo de Comorino, desde Cutch hasta el Assam.

«Por fin en 1830 las revelaciones de uno de sus mas célebres gefes á quien se concedió la vida á condicion de que descubriera á sus cómplices, vinieron á patentar completamente aquel sistema. La base de la sociedad Thugia consiste en una creencia religiosa, el culto de Bohwanie, divinidad sombría que solo se complace en la matanza, y que aborrece especialmente á la raza humana, siendo sus mas agradables sacrificios las victimas de ella: cuanto mayor sea el número de hombres que hayan inmolado en este mundo, mas recompensa concede en el otro con todos los placeres del alma y de los sentidos, por medio de mugeres siempre hermosas y con goces siempre nuevos. Si el asesino halla el cadalso que viene á cortarle su carrera, muere con entusiasmo, porque espera lograr la palma del martirio. Para obedecer á su divina señora, mata sin remordimientos y sin cólera al anciano, á la muger y al niño: será para con sus correligionarios caritativo, humano y generoso; pondrá todos sus bienes á su disposicion, porque como él, son ministros é hijos adoptivos de Bohwanie. La destruc-

Durante algunos momentos los tres estranguladores guardaron un profundo silencio.

Por fuera la luna arrojaba sus argentados rayos, y grandes sombras azuladas sobre la imponente masa de las ruinas: brillaban las estrellas en el firmamento, y de tiempo en tiempo una brisa debil y ligera hacia murmurar y mecerse blandamente las hojas espesas y relucientes de los plátanos y de las palmeras.

El pedestal de la estátua gigantesca que perfectamente conservado se levantaba en el lado izquierdo del pórtico, estaba asentado sobre anchas losas medio ocultas por las malezas.

De repente una de estas losas pareció hundirse.

Por el agujero que se formó con aquella desaparicion silenciosa, salió un hombre vestido de uniforme..... miró con atencion al rededor..... y prestó el oido.

Al divisar el re-plandor de la lámpara que alumbraba el interior de la cabaña y que oscilaba sobre las malezas..... se volvió, hizo una señal y al instante otros dos soldados subieron con el mayor silencio los últimos escalones de esta trampa subterránea y se deslizaron entre las ruinas.

Durante algunos momentos sus sombras movedizas se dibujaron en las partes del suelo iluminadas por la luna; después desaparecieron por entre las paredes desmoronadas del templo.

En el momento en que la losa volvió á su lugar, hubiera podido descubrirse facilmente un gran número de cabezas de soldados emboscados en esta escavacion.

cion de sus semejantes que no pertenecen á su comunidad, la disminucion de la especie humana, he aqui el objeto á que se ha consagrado: no es este un medio de adquirir fortuna, el botin no es mas que un accesorio, y por muy alhagueño que parezca, no es para él sino muy secundario. La destruccion, este es su fin, su mision celestial, su vocacion.

«Tambien es una pasion deliciosa segun ellos, la caza del hombre. «Encontrais un gran placer, he oido decir á uno de esos miserables condenados á muerte, en perseguir las fieras hasta en sus propias cavernas, en atacar al javali y al tigre, porque hay peligros que correr y energia y valor que desplegar. Pensad cuanto mayor debe ser el atractivo cuando la lucha es con el hombre, cuando es al hombre á quien hay necesidad de destruir! En lugar del ejercicio de una sola facultad, el valor, es menester emplearlo con la astucia, la prevision, la elocuencia, la diplomacia, todas á la vez. ¿Cuantos resortes que manejar!..... Cuantos medios que desplegar!..... Es menester poner en juego todas las pasiones juntas, hacer vibrar hasta las cuerdas del amor y de la amistad para obligar á la victima á caer en nuestras redes. Os digo que la caza del hombre es una caza deliciosa, sublime, es una embriaguez, un delirio.»

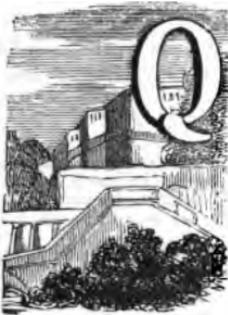
«Cualquiera que se haya encontrado en la India por los años de 1831 y 1832, recordará el temor y el espanto que esparció en toda la sociedad el descubrimiento de esta vasta máquina infernal. Un gran número de magistrados, de gobernadores de provincia, no se atrevian á creerlo, porque no acertaban á comprender que un sistema tan vasto hubiera devorado por tanto tiempo el cuerpo social ante sus propios ojos silenciosamente y sin descubrirse.»

(*L'Inde Anglaise en 1831* por el conde Eduardo Waren, dos tomos en 8.º - Paris 1844.)



CAPÍTULO VI.

LA EMBOSCADA.



QUERIENDO sin duda el mestizo Faringhea, librarse de los siniestros pensamientos que las palabras del indio habian despertado en él, acerca de la misteriosa marcha del cólera, cambió repentinamente de conversacion. Sus ojos brillaron con un fuego sombrío, su fisonomía tomó una espresion de enagenamiento terrible y exclamó.

--Bohwanie velará sobre nosotros, intrépidos cazadores de hombres. Hermanos!.. valor.... valor... el mundo es grande... Nuestra presa se encuentra en todas partes..... Los ingleses nos obligan á dejar la India á nosotros los tres gefes de la *buena obra*... y qué importa? Dejamos en ella á nuestros hermanos tan escondidos, tan terribles, tan numerosos como los escorpiones negros que solo anuncian su presencia con una mordedura mortal... El destierro ensanchará nuestros dominios... Hermano, tu á la América-dijo al indio con acento inspirado--Hermano, para ti es el Africa--dirijiéndose al indio.--Hermanos, yo á la Europa.... En donde quiera que hay hom-

bres hay víctimas y verdugos..... En donde quiera que hay víctimas, hay corazones henchidos de odio y de rabia..... á nosotros toca inflamar ese odio con todos los ardores de la venganza. Empleemos toda nuestra astucia y nuestra seducción en atraer y hacer adoradores de Bohwanie á todos los que puedan sernos útiles por su celo, audacia y valor. Rivalicemos entre nosotros y para nosotros en adhesion y en abnegacion... prestemonos fuerza y apoyo. Sean nuestra presa todos los que no se hallen con nosotros: aislemonos en medio de todos, contra todos y á pesar de todos..... que no haya para nosotros ni patria ni familia..... Sean nuestra familia, nuestros hermanos, y nuestra patria, el universo.

Esta especie de elocuencia salvaje hizo una viva impresion en el negro y en el indio acostumbrados á sufrir la influencia de Faringhea, cuya inteligencia reconocia como muy superior á la suya aunque eran dos de los gefes mas eminentes de aquella sangrienta asociacion.

—Sí, tienes razon hermano—esclamó el indio participando de la exaltacion de Faringhea—Nuestro es el mundo. Aquí mismo, en esta isla dejemos antes de partir una huella de nuestro paso..... Antes de alejarnos de este suelo, fundemos en él la *buena obra*..... pronto se aumentará, porque la miseria es grande, y los holandeses son tan rapaces como los ingleses... Hermanos, yo he visto en esos pantanosos campos sembrados de arroz, cuya atmósfera es siempre mortífera para los que los cultivan, hombres á quienes la necesidad obliga á este trabajo homicida: estaban lívidos como cadáveres, algunos de ellos estenuados por la fatiga, por la enfermedad y el hambre, caian á mis ojos para no levantarse jamás..... Hermanos, la *buena obra* se aumentará en este pais.

—La otra tarde—dijo el mestizo—estaba yo á la orilla del lago oculto detrás de una roca, y ví acercarse una muger cuyo cuerpo, mal cubierto de harapos estaba quemado por el sol: llevaba en sus brazos un niño que estrechaba contra su corazon llorando amargamente. Lo besó repetidas veces y le dijo.—«Tú á lo menos no serás tan infeliz como tu padre»—y lo arrojó al agua lanzando un grito de desesperacion. Al oír este terrible grito los caimanes ocultos entre las cañas, saltaron alegremente al lago..... Hermanos, aquí donde las madres matan á sus hijos por compasion..... la *buena obra* se aumentará.....

--Esta mañana—dijo el negro—mientras que desgarraban á latigazos el cuerpo de uno de esos miserables esclavos, salia de su casa de campo con direccion á la ciudad, un viejo comerciante de Batavia. En su palanquin recibia indolentemente las tristes caricias de dos jóvenes hermosas de que ha poblado su harem, comprándolas á

sus familias, demasiado pobres para mantenerlas. El palanquin en que caminaba el anciano con las dos mugeres iba conducido por doce hombres jóvenes y robustos... Hermanos, aquí donde hay madres que venden á sus hijas por miseria, hombres á quienes se azota, hombres que llevan á otros hombres como bestias de carga..... la buena obra se aumentará!...

—En este pais y en cualquiera otro de opresion, de miseria, de corrupcion y de esclavitud.

—Si pudiésemos hacer de Djalma uno de nuestros hermanos como nos ha aconsejado Mahal el contrabandista—repuso el indio—nuestro viage á Java seria doblemente provechoso; porque de esta manera antes de alejarnos de esta isla contaríamos entre los nuestros á ese jóven emprendedor y atrevido, que tantos motivos tiene para aborrecer á los hombres.

—El debe llegar muy pronto..... envenenemos aun sus resentimientos.

—Recordemosle la muerte de su padre:

—La carnicería de los suyos.

—Su cautividad.

—Encendamos la rabia en su corazon y es nuestro.....

El negro que hacia algunos instantes permanecia pensativo, esclamó de repente:

—Y si Mahal el contrabandista nos vendiera?

—El!—dijo el indio casi con indignacion.—Nos ha dado asilo en su falucho proporcionándonos la fuga del continente: debe embarcarnos á bordo de la goleta que va á mandar y llevarnos á Bombay, donde hallaremos buques para América, Europa y Africa.

—¿Qué interés puede tener Mahal en hacernos traicion?—dijo Fharinghea.—Bien sabe él que nada le libraria de la venganza en este caso.

—En fin—dijo el negro—no nos ha prometido que con astucia traeria á Djalma esta noche?... Una vez aquí..... tendrá que ser á la fuerza de los nuestros.

—Y no nos ha dicho tambien el contrabandista, mandad al malo que vaya al *ajoupa* de Djalma... que lo sorprenda durante su sueño, y que en lugar de matarlo le trace en el brazo el nombre de Bohwanie? Así juzgará Djalma de la resolucion, de la astucia y de la habilidad de nuestros hermanos..... Por admiracion ó por terror no podrá dejar de ser de los nuestros...

—Y si se niega á ello á pesar de los motivos que tiene para aborrecer á los hombres?

—Entonces... Bohwanie decidirá de su suerte—dijo Faringhea con aire sombrío. Yo tengo mi proyecto.

—Pero habrá conseguido el malayo sorprender á Djalma durante su sueño?—preguntó el negro.

—No hay nadie mas atrevido, mas agil ni mas diestro que el malayo, repuso Faringhea. El ha tenido la audacia de ir á sorprender en su camada una pantera negra recién parida..... mató á la madre y se llevó la cria que luego vendió al capitán de un navío europeo.

—El malayo ha logrado su objeto—esclamó el indio escuchando un grito extraordinario que retumbaba en el profundo silencio de los bosques y de la noche.

—Sí, es el grito del buitre llevándose su presa—dijo el negro aplicando á su vez el oído.—Es la señal con que nuestros hermanos anuncian también que han cogido la suya.

Pocos instantes despues el malayo apareció á la puerta de la cabaña.

Estaba envuelto en una ancha tela de algodón rayado de colores vivos.

—Qué tenemos?—preguntó con inquietud el negro.—Has logrado tu objeto?

—Djalma llevará toda su vida el signo de la *buena obra*—contestó el malayo con orgullo.—Para llegar á él he tenido que sacrificar á Bohwanie un hombre que se hallaba en el camino, he dejado su cuerpo oculto entre unas malezas cerca del ajoupa..... Pero Djalma llevará desde ahora nuestra señal. Mahal el contrabandista es el que primero lo ha sabido.

—Y no se despertó Djalma?—preguntó el indio confundido con la destreza del malayo.

—Si hubiera despertado—respondió este con acento tranquilo—ya podía contarme por muerto..... puesto que mi deber era respetar su vida.

—Sí, porque su vida puede sernos mas útil que su muerte—repuso el mestizo. Y luego añadió dirigiéndose el malayo.—Hermano, al arriesgar tu vida por la *buena obra* has hecho hoy lo que nosotros hicimos ayer.... lo que haremos mañana.... Hoy obedeces, mañana mandarás.

—Nosotros todos pertenecemos á Bohwanie—contestó el malayo—qué mas hay que hacer, estoy dispuesto.

Diciendo esto el malayo miraba atentamente hácia la puerta de la choza; de repente dijo en voz muy baja:

—He aquí á Djalma que se acerca á la cabaña: Mahal no nos ha engañado.....

—Que no me vea aun—dijo Faringhea, retirándose al rincón mas oscuro y ocultándose detrás de una estera.—Procurad convencerlo....: si se resiste.... tengo mi proyecto.

Apenas habia acabado de hablar y de ocultarse, cuando Djalma se presentó en la puerta de la cabaña.

Al ver aquellos tres personajes, con una fisonomía tan siniestra, Djalma se detuvo sorprendido. Ignorando que estos hombres pertenecian á la secta de los Phansegars y sabiendo que en este país en que no hay posadas, los viajeros tienen que pasar las noches muchas veces bajo una tienda ó al abrigo de unas ruinas, retrocedió algun tanto, hasta que disminuida su primera sorpresa y reconociendo en la tez bronceada de uno de ellos, asi como en su traje que era indio, le dijo en su propia lengua :

—Creí encontrarme aqui á un europeo... á un francés...

—El francés no ha venido todavía—respondió el indio—pero no tardará en llegar.

Adivinando por la pregunta de Djalma, el engaño de que se habia servido Mahal para atraerlo á aquel lazo, el indio esperaba ganar tiempo prolongando su error.

—Conoces tú á ese francés?—preguntó Djalma al Phansegar.

—Nos ha citado aquí.... como á ti—repuso el indio.

—Y para qué?—añadió Djalma mas admirado cada vez.

—A su venida..... lo sabrás.

—Es el general Simon, el que os ha dicho que le aguardárais aquí?

—Sí, el general Simon—respondió el indio.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Djalma trataba en vano de esplicarse esta misteriosa aventura.

—¿Y quien sois vos?... preguntó luego al indio con desconfianza; porque el silencio sombrío de los dos compañeros del Phansegar que se miraban fijamente comenzaban á inspirarle recelos.

—¿Quiénes somos?—contestó el indio—somos tuyos, si quieres ser de los nuestros.

—Yo no necesito de vosotros..... ni vosotros de mí.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé.....

—Pues te engañas..... los ingleses han muerto á tu padre.... era rey.... te tuvieron cautivo.... te han proscrito... nada posees....

A este cruel recuerdo las facciones de Djalma se contrajeron de cólera: estremeciósse todo su cuerpo y una sonrisa amarga asomó á sus labios.

El Phansegar continuó.

—Tu padre era justo, valiente..... querido de sus vasallos.... le llamabau el *padre del generoso* y estaba bien apellidado... ¿Dejarás su muerte sin venganza?.. Será un odio estéril el que corroe tu corazon?

—Mi padre murió con las armas en la mano..... he vengado su muerte con los ingleses que he matado en la guerra... El que para mí ha reemplazado á mi padre... y ha combatido por él, me ha dicho que seria ahora un insensato, si quisiera luchar con los ingleses para reconquistar mi territorio... Cuando me dieron la libertad les he jurado no volver á poner los pies en la India... y yo cumplo siempre mis juramentos...

—Los que te han despojado de tu herencia, los que te han hecho prisionero, los que han malado á tu padre... son hombres... en los hombres, pues, es en quienes debes vengarte... vuelve tu odio y tu rabia contra ellos.

—Hablas asi de los hombres, tú que eres hombre tambien?

—Yo y los que se me parecen, somos mas que hombres... somos para el resto de la raza humana, lo que los intrépidos cazadores son para las bestias feroces que persiguen en los campos... Quiéres ser como nosotros mas que un hombre? Quieres satisfacer con seguridad, impunemente y por mucho tiempo, la rabia que te devora el corazon... despues del mal que te han hecho?

—Tus palabras son mas oscuras cada vez.... yo no tengo odio ni rabia en el corazon—dijo Djalma.—Cuando un enemigo es digno de mí... lo combato.... cuando es indigno... lo desprecio.... Asi yo no aborrezco ni á los valientes, ni á los cobardes.

—Traicion!.... exclamó de repente el negro, indicando la puerta con un gesto rápido, porque Djalma y el indio se habian ido alejando poco á poco durante su conversacion y se encontraban en uno de los ángulos de la cabaña.

Al grito Faringhea á quien no habia visto Djalma todavía, apartó bruscamente la estera que lo ocultaba, desenvainó su puñal y saltando como un tigre se lanzó fuera de la cabaña. Viendo entonces un cordon de soldados que se adelantaban con precaucion, dió á uno de ellos una puñalada mortal y derribando á otros dos, desapareció por entre las ruinas.

Esto sucedió con tanta precipitacion, que en el momento en que Djalma se volvia para saber la causa de la exclamacion del negro, ya Faringhea habia desaparecido.

Djalma y los tres estranguladores fueron bien pronto rodeados por muchos soldados agrupados á la puerta, mientras otros corrian en persecucion de Faringhea.

Viendo el negro, el malayo y el indio la imposibilidad de resistir, pronunciaron algunas palabras y tendieron las manos á las cuerdas, de que los soldados venian provistos.

El capitán holandés que mandaba el destacamento, entró en este momento en la cabaña.

—Y este?—dijo mostrando á Djalma á los soldados que acababan de amarrar á los tres Phansegars.

—Cada uno á su vez, mi capitán—contestó un viejo sargento.—Ahora vamos con él.

Djalma permanecía petrificado de sorpresa, no comprendiendo nada de cuanto pasaba á su alrededor, pero cuando vió al sargento y dos soldados acercarse con cuerdas para atarlo, los rechazó con una violenta indignacion y se precipitó hácia la parte donde estaba el oficial.

Los soldados creyendo que Djalma sufriria su suerte con la misma impasibilidad que sus compañeros, no esperaban hallar esta resistencia y retrocedieron algunos pasos, admirados á pesar suyo, del aire de nobleza y dignidad que tomó en aquella ocasion el hijo de Kadja-Sing.

—Por qué quieren alarme á mí como á esos hombres?—esclamó Djalma dirigiéndose en indio al oficial que comprendia este idioma porque hacia mucho tiempo que servia en las colonias holandesas.

—Por qué quieren atarte miserab'le?... porque formas parte de esa banda de asesinos. Y vosotros—añadió el oficial dirigiéndose á los soldados en holandés—le teneis miedo? apretad bien los nudos á sus muñecas, en tanto que llega el momento de apretarle otro en el pescuezo.

—Os equivocais—dijo Djalma con una dignidad y una sangre fria que admiraron al capitán—apenas hace un cuarto de hora que estoy en este sitio..... no conozco á estos hombres..... creí encontrar aquí á un francés.....

—No eres Phansegars como ellos? y á quien pretendes hacer creer esa mentira?

—Cómo ellos!—esclamó Djalma con una espresion de horror tan natural, que uná seña del capitán detuvo á los soldados que se acercaban de nuevo para sujetar al hijo de Kadja-Sing—estos hombres forman parte de esa terrible banda de asesinos..... y vos me acusais de ser su cómplice?... Entonces, ya estoy tranquilo—añadió el jóven encojiéndose de hombros con una sonrisa desdeñosa.

—Pero no basta decir que estais tranquilo—contestó el oficial—gracias á las revelaciones que se nos han hecho, conocemos cuáles son los signos misteriosos que usan los Phansegars.

—Os repito que me horrorizan estos asesinos... y que yo he venido aquí para.....

El negro interrumpiendo á Djalma dijo al oficial con alegría feroz.

—Tu lo has dicho: los hijos de la *buena obra*, se distinguen por ciertas señales que llevan marcadas en la carne..... Sabemos que nuestra hora es llegada..... daremos nuestro pescuezo á la cuerda... con harta frecuencia hemos rodeado el lazo al cuello de los que no sirven á la *buena obra*... mira nuestros brazos, y mira el de ese jóven.

El oficial interpretando mal las palabras del negro, dijo á Djalma.

—Es evidente que si como dice ese negro no llevais en el brazo ese signo misterioso, de lo que vamos á asegurarnos ahora mismo; si explicais satisfactoriamente vuestra presencia en este lugar, dentro de dos horas estareis puesto en libertad.

—No me comprendes—dijo el negro al oficial.—El príncipe Djalma es de los nuestros, porque lleva en el brazo izquierdo el nombre de Bohwanie.

—Sí, es como nosotros hijo de la *buena obra*—añadió el malayo.

—Es Phansegar lo mismo que nosotros—dijo el indio.

Estos tres hombres irritados por el horror que Djalma habia manifestado hácia ellos, al saber que eran Phansegars, satisfacian un orgullo feroz, haciendo creer al hijo de Kadja-Sing que pertenecia á su horrible asociacion.

—¿Qué teneis que contestar?—dijo á Djalma el oficial.

Este se alzó de hombros desdeñosamente, levantó con su mano derecha su ancha y larga manga y mostró su brazo desnudo.

—Que audacia!—esclamó el oficial.

En efecto, en la parte interna del brazo un poco mas arriba de la sangria, se veia grabado en caracteres indios con un colorado rojizo el nombre de Bohwanie.

El oficial dirigiéndose al malayo descubrió su brazo y halló el mismo nombre con los mismos caracteres..... No contento aun con esta prueba, se aseguró de que el negro y el indio los llevaban tambien.

—Miserable!—esclamó entonces el oficial volviéndose furioso hácia Djalma.—Tu inspiras mas horror aun que tus cómplices. Atadle como á un cobarde asesino—dijo á sus soldados—como un cobarde que miente al borde del sepulcro, porque no tardará mucho en llegar la hora de tu suplicio.

Djalma espantado, estupefacto, permaneció algunos momentos con los ojos fijos sobre aquellos caracteres funestos, sin poder pronunciar una palabra ni hacer el menor movimiento: su imaginacion se perdia investigando aquel hecho incomprensible.

—Te atreverás á negar esta señal?— le dijo el oficial indignado.

—Yo no puedo negar lo que veo... lo que existe— dijo Djalma completamente abatido.

—Ya era tiempo de que confesaras... miserable!—repuso el oficial, y vosotros soldados.... vigiladlo cuidadosamente..... asi como á sus cómplices... me respondereis de ellos...

Creyéndose juguete de alguna terrible pesadilla, Djalma no hizo ya la menor resistencia y se dejó maquinalmente atar y conducir.

El oficial con una parte de sus soldados entró por las ruinas á buscar á Faringhea; pero sus pesquisas fueron vanas y al cabo de una hora se puso en camino para Batavia, á donde le habia precedido la escolta de los presos.

.

Algunas horas despues de aquellos acontecimientos concluia Monsieur Josué Vandaël su larga memoria dirigida á Mr. Rodin en estos términos.

«Las circunstancias eran tales que no podía obrar de otra manera: y al cabo es un pequeño mal por un gran bien.

«Tres asesinos han sido entregados á la justicia y la prision temporal de Djalma solo servirá para hacer brillar mas su inocencia.

«Esta mañana mismo he ido en casa del gobernador, á protestar en favor de nuestro jóven príncipe. Puesto que gracias á mí, le dije, estos tres criminales han caido en manos de la autoridad, que se me manifieste á lo menos alguna gratitud, haciendo todos los esfuerzos posibles por hacer mas clara que el dia, la inocencia del príncipe demasiado interesante ya por sus infortunios y por sus nobles cualidades.—«Ciertamente, añadí, cuando ayer me apresuré á venir á manifestar al gobernador que los Phansegars estaban reunidos en las ruinas de Tchandi, estaba muy lejos de esperar que se confundiese con ellos al hijo adoptivo del general Simon, hombre excelente y con quien tengo hace mucho tiempo, las mas honrosas relaciones. Es preciso pues, descubrir á cualquier precio, el inconcebible misterio que ha puesto á Djalma en esta situacion, y yo estoy seguro, le dije, tan seguro de que no es culpable, que no pido ninguna gracia en su favor. El tendrá bastante dignidad y valor para esperar con paciencia en su prision, el dia de la justicia.»

«Ya lo veis: yo decia en todo la verdad: no tenia que avergonzarme de la menor mentira, porque nadie en el mundo está mas convencido de la inocencia de Djalma.

« El gobernador me contestó como yo esperaba: que moralmente estaba convencido como yo de la inocencia del príncipe: que tendría respecto á él todas las consideraciones posibles; pero que era indispensable que la justicia siguiera su curso, porque este es el único medio de demostrar la falsedad de la acusación y describir por qué incomprensible fatalidad, aquel signo misterioso se encontraba grabado en el brazo izquierdo de Djalma.

« Mahal el contrabandista, única persona que podría ilustrar á la justicia sobre este punto, saldrá de Batavia dentro de una hora para embarcarse en el *Rayter* que lo conducirá á Egipto; porque debe entregar al capitán un certificado mio, de que es él la persona cuyo pasaje he pagado. Al mismo tiempo llevará á bordo esta memoria, porque el *Rayter* debe darse á la vela dentro de una hora y anoche se cerró la correspondencia. Pasé á ver esta mañana al gobernador antes de sellar estos despachos.

« He aquí al príncipe Djalma detenido forzosamente lo menos por un mes, y perdida la ocasión del *Rayter*, es materialmente imposible que el indio pueda presentarse en Francia, antes del 13 de febrero del año próximo.

« Ya lo veis.... habeis mandado y yo he ejecutado ciegamente vuestras órdenes empleando los medios de que podía disponer, no teniendo en cuenta mas que el *fin* que los justificára, pues se trata, según me habeis dicho, de un interés inmenso para la sociedad.

« He sido entre vuestras manos, lo que todos debemos ser entre nuestros superiores... un instrumento... puesto que para la mayor gloria de Dios, nuestros superiores *hacen de nosotros*, respecto á la voluntad, *unos cadáveres*. (1.)

« Dejemos, pues, que se desconozca nuestra conformidad y poder; los tiempos nos parecen contrarios, pero los acontecimientos cambian por sí solos: nosotros no cambiamos nunca.

« Obediencia y valor, secreto y paciencia, astucia y audacia, union y armonía entre nosotros, que tenemos por patria al mundo, por familia á nuestros hermanos y á Roma por reina.

J. V.

(1) Es muy sabido que la doctrina de la obediencia pasiva y absoluta, base principal de la compañía de Jesus, se reasume en estas terribles palabras de Loyola moribundo: *Todo miembro de la orden será en las manos de los superiores, como un cadáver. PERINDE AC CADÁVER.*

(Nota del autor.)

A las diez de la mañana salió Mahal el contrabandista con este despacho sellado con direccion al *Rayter*.

Una hora despues el cuerpo de Mahal estrangulado á la manera de los Phansegars, estaba oculto entre los juncos á orillas de una playa desierta, á donde habia ido á buscar su barca, para trasladarse á bordo del *Rayter*.

Cuando mas tarde despues de la salida de este buque, se halló el cadáver del contrabandista, Mr. Josué hizo buscar en vano sobre él, el voluminoso paquete cuya conduccion le habia encargado.

Tampoco se encontró la carta que Mahal debia presentar al capitan del buque, á fin de ser recibido á bordo de él como pasajero.

En fin, las batidas y las pesquisas mandadas hacer en el pais, para descubrir á Faringhea, fueron siempre vanas.

Nunca volvió á verse en Java, al terrible gefe de los estranguladores.





EL PALACIO DE CARDOVILLE.

CAPÍTULO VII.

M. RODIN.



HAN transcurrido tres meses desde que Djalma fue preso en Batavia, acusado de pertenecer á la secta de los Phanseghars ó estranguladores. La escena siguiente pasa en Francia á principios del mes de febrero de 1832 en el palacio de Cardoville antiguo castillo feudal, situado sobre las altas colinas de la costa de Picardia, no lejos de Saint-Valery, sitio peligroso en donde todos los años se pierden muchos navios con sus tripulaciones, por los vientos nor-

destes que hacen tan arriesgada y peligrosa la navegacion, por el canal de la Mancha.

Oiase á la sazón desde el interior del palacio el estruendo de una violenta tempestad levantada durante la noche; á menudo un ruido formidable semejante al de una descarga de artillería sonaba á lo lejos y se repetía por los ecos de la playa: era el mar que agitado por el furor del viento se rompía contra las altas colinas que dominaban el antiguo castillo.

A las diez de la mañana salió Mahal el contrabandista con este despacho sellado con direccion al *Rayter*.

Una hora despues el cuerpo de Mahal estrangulado á la manera de los Phansegars, estaba oculto entre los juncos á orillas de una playa desierta, á donde habia ido á buscar su barca, para trasladarse á bordo del *Rayter*.

Cuando mas tarde despues de la salida de este buque, se halló el cadáver del contrabandista, Mr. Josué hizo buscar en vano sobre él, el voluminoso paquete cuya conduccion le habia encargado.

Tampoco se encontró la carta que Mahal debia presentar al capitan del buque, á fin de ser recibido á bordo de él como pasajero.

En fin, las batidas y las pesquisas mandadas hacer en el pais, para descubrir á Faringhea, fueron siempre vanas.

Nunca volvió á verse en Java, al terrible gefe de los estranguladores.





EL PALACIO DE CARDOVILLE.

CAPÍTULO VII.

M. RODIN.



HAN transcurrido tres meses desde que Djalma fue preso en Batavia, acusado de pertenecer á la secta de los Phanseghars ó estranguladores. La escena siguiente pasa en Francia á principios del mes de febrero de 1832 en el palacio de Cardoville antiguo castillo feudal, situado sobre las altas colinas de la costa de Picardía, no lejos de Saint-Valery, sitio peligroso en donde todos los años se pierden muchos navios con sus tripulaciones, por los vientos nor-

destes que hacen tan arriesgada y peligrosa la navegacion, por el canal de la Mancha.

Oiase á la sazón desde el interior del palacio el estruendo de una violenta tempestad levantada durante la noche; á menudo un ruido formidable semejante al de una descarga de artillería sonaba á lo lejos y se repetía por los ecos de la playa: era el mar que agitado por el furor del viento se rompía contra las altas colinas que dominaban el antiguo castillo.

Serian como las siete de la mañana: la luz del día no se dejaba ver aun á través de las ventanas de un grande aposento situado en la parte principal del edificio: en esta habitacion alumbrada por una lámpara, una muger de sesenta años, de rostro franco y sencillo, vestida al uso de las ricas labradoras de Picardia, estaba ya ocupada en coser á pesar de lo temprano de la hora. A poca distancia su marido, casi de la misma edad, sentado delante de una gran mesa, clasificaba y repartia entre diferentes saquillos simientes de trigo y de avena. La fisonomía de este hombre cuyos cabellos estaban encanecidos por los años, era inteligente y perspicaz, anunciaba la rectitud y la sana razon animadas con ciertos rasgos de rústica malignidad; llevaba una especie de chaqueta larga de paño verde y un pantalon de felpa negra oculto por sus hotines de piel.



La horrible tempestad que se desencadenaba fuera, hacia resaltar mas y mas la tranquilidad, y la dulzura de aquella pacífica escena de un cuadro interior. Un excelente fuego brillaba en una gran chimenea de mármol blanco y reflejaba sus ondulantes resplandores sobre

el suelo cuidadosamente encerado. Nada hay mas gozoso que el aspecto de la tapicería y de las colgaduras de percal lustroso con figuras chinecas encarnadas sobre fondo blanco, y nada mas risueño que las pinturas de las sobrepuertas representando escenas pastoriles del género de Wateau. Un reló de porcelana, muebles de madera de rosa incrustados de marfil verde, enbulidos los unos y tallados ó guarnecidos de sedería los otros, completaban el ajuar de este aposento.

La tempestad continuaba bramando: el viento entraba con estruendo por el cañon de la chimenea y hacia retemblar las aldabas de las ventanas. El hombre que se ocupaba en clasificar las semillas era Mr. Dupont, administrador de las tierras del palacio de Cardoville.

—¡Virgen santa!...—le dijo su muger—qué tempestad tan horrible! Mal dia ha escogido para su venida al castillo ese Mr. Rodin cuya llegada nos ha anunciado para esta mañana el mayordomo de la señora princesa de Saint Dizier.

—Ciertamente que no recuerdo haber oido en mi vida un huracan semejante..... Si Mr. Rodin no ha visto el mar embravecido, hoy podrá gozar de este espectáculo.

—Qué objeto tendrá la venida de ese Mr. Rodin?

—No lo sé. El mayordomo de la princesa me dice en su carta que le guarde las mayores atenciones posibles; que lo obedezca como á mis amos. Asi á Mr. Rodin toca esplicarse y á mí el egecutar sus órdenes, puesto que viene de parte de la señora princesa.

—En rigor, las órdenes nos debian venir de la señorita Adriana... porque á ella le pertenece esta propiedad desde la muerte del difunto conde de Cardoville, su padre.

—Sí, pero la princesa es tia suya, y su mayordomo corre con los negocios de la señorita Adriana; así es siempre lo mismo que vendan de su parte ó de la de la princesa.

—Puede que Mr. Rodin trate de comprar la propiedad..... á pesar de que esa señora gruesa que vino de París espresamente hace ocho dias para ver el palacio, pareció quedar complacida.

Al oir estas palabras el administrador se echó á reir.

—De que te ries Dupont?—le preguntó su muger, muy buena criatura, pero que no descollaba por su talento ni por su penetracion.

—Me rio—respondió Dupont—al recordar el aire y el aspecto de esa gruesa, de esa enorme muger... qué diablos! cuando uno tiene una fisonomía semejante no debe llamarse *Mme. de Sainte Colombe* (1)

(1) Santa Paloma.

Ella es gorda como un tonel, tiene la voz aguardentosa, bigotes canos como un granadero viejo.... y se llama *Sainte Colombe!*

— Qué cosas tienes Dupont! una no escoge su nombre..... y por otra parte no es culpa de la pobre muger el tener bigotes.

—Tienes razon; pero ella tiene la culpa de llamarse *Sainte Colombe*. ¿Te imaginas que ese es su nombre verdadero?... Ah, pobre Catalina! tu conservas aun la primitiva simplicidad de ta aldea....

—Y tú pobre Dupont, no puedes evitar la ocasion de ser siempre maldiciente.....esta señora tiene un aire muy respetable. La primera pregunta que me hizo al llegar aquí fue para que la dijera en donde estaba la capilla del palacio de que habia oido hablar..... me dijo que la embelleceria..... y cuando la enteré de que no habia ninguna iglesia en estos alrededores manifestó mucho sentimiento de verse privada de párroco en la aldea.

—Bah, Bah!... La primera cosa que hacen las aventureras es el papel de la señora devota, y de la gran señora.

Mme. de *Sainte Colombe* no tiene necesidad de aparentar que es una gran señora, porque lo és en efecto.

—Ella, una gran señora?...

—Ya se ve sí. Desde luego bastaba ver el aire con que llevaba su vestido punzó y sus lindos guantes morados como los de un obispo: ademas cuando se quitó el sombrero tenia alrededor de su peluca un *ferronier* de diamantes, unos riquísimos pendientes de diamantes gruesos como una pulgada y sortijas de las mismas piedras en todos sus dedos. Estas prendas no las usan seguramente personas de la clase inferior.

—Bien, bien! Lo entiendes perfectamente.

—Y no es eso todo.

—Mas todavia?

—Ella solo me habló de duques, condes, marqueses y señores muy ricos que eran sus amigos y que frecuentaban su casa: luego cuando me preguntó al ver el pequeño pabellon del parque que fue casi quemado por los prusianos, y que el difunto conde de Cardoville no quiso nunca reedificar, qué ruinas eran aquellas, le respondí—«Señora, ese pabellon fue quemado en tiempo de los aliados—» Ah! querida, exclamó: los prusianos eran nuestros aliados, nuestros muy buenos aliados..... á ellos y á la restauracion debo el principio de mi fortuna.—» Entonces, ya ves Dupont, dige en seguida para mí, seguramente es alguna antigua emigrada.

—Mme. de *Sainte Colombe!*...—exclamó el administrador echándose nuevamente á reir—pobre muger!... pobre muger!

—Oh, tu porque has estado tres años en París te crees ya un adiviño!

—Catalina dejemos esta conversacion, porque me harás decir un disparate, y hay cosas que las personas houradas y escelentes como tú deben ignorar siempre.

—No entiendo lo que quieres decir con eso; pero procura no tener mala lengua, porque si al fin Mme. de Sainte Colombe compra la propiedad, te darás por muy contento si te deja de administrador... no es verdad?

—Es cierto; pero ya vamos para viejos mi buena Catalina: ya hace veinte años que estamos aquí y somos demasiado honrados para haber procurado atrapar nada para la vejez, y en verdad que seria muy duro á nuestra edad buscar otra manera de subsistir que acaso no encontraríamos... Ah! todo lo que yo siento es que la señorita Adriana no conserve la propiedad de este palacio y sus tierras... porque segun parece, ella es la que quiere venderlas... á pesar de que la señora princesa es de distinta opinion.

—Y dime Dupont, no te parece muy extraordinario ver que la señorita Adriana, á su edad, tan jóven, disponga por si misma de una fortuna tan considerable?

—Eso es muy sencillo, muger. Como la señorita es húrferana de padre y madre, es dueña de su herencia, sin contar que tiene una cabecita muy bien organizada..... Te acuerdas de ahora diez años cuando su padre la trajo aquí un verano?... Qué diablillo!... Qué malicia y ademas... qué ojos. ¿Eh? como centelleaban ya.

—Sí, es verdad. La señorita Adriana tenia ya entonces en sus ojos una espresion..... en fin, una espresion muy extraordinaria para su edad.

—Si ella es lo que prometia su fisonomía maligna y graciosa, debe ser ahora muy bonita á pesar del color de sus cabellos.... porque, para entre nosotros..... si en lugar de ser nuestra señorita de alto nacimiento fuera una muchacha de la clase media, se diria sin rodeos que era bermeja.

—Vamos, vuelve ahora con tu mala lengua.

—Yo, contra la señorita Adriana?... Dios me libre, porque tenia aire de ser tan buena, como hermosa... No es por hablar mal de ella por lo que digo que era bermeja... al contrario, lo digo porque me acuerdo que sus cabellos eran tan finos, tan lustrosos, tan dorados, y caian tan perfectamente sobre su cutis blanco como la nieve y con sus ojos negros como el azabache, que en verdad no hubieran estado bien de otro color; y estoy seguro de que ahora esos mismos cabellos

bermejos que hubieran sentado mal á otra cualquiera, hacen mas insinuante y espresiva la fisonomía de la señorita Adriana; debe tener una verdadera cara de diablillo.

—Oh! en cuanto á ser un diablillo preciso es convenir en que le cuadra perfectamente... siempre corriendo por el parque... burlándose de su aya..... subiéndose á los árboles; en fin haciendo diabluras.....

—La señorita puede decirse que era un diablillo en figura humana..., pero cuanto talento tenia!... cuanta gentileza, y sobre todo qué corazon tan hermoso!

—En cuanto á buena, lo era. Me acuerdo que una vez no teniendo nada que dar se quitó un chal y un vestido de merino enteramente nuevos, los dió de limosna, y tuvo que volverse al palacio sin vestido y con los brazos al aire.

—Ya lo ves: era mucho corazon aquel!... pero qué cabeza!.... qué cabeza!...

—Sí, lo que se llama una mala cabeza; asi debia por fuerza acabar mal, porque parece que en París ha hecho cosas... pero qué cosas!...

—Cuales son?

--Ay Dupont, no me atrevo á decirlas.

—Pero veamos.....

—Pues bien—añadió la muger con una especie de encogimiento y de confusion que manifestaban la sorpresa que le causaban tantas enormidades—se dice que la señorita Adriana no pone jamas los pies en la iglesia..... que vive completamente sola en un templo idólatra al extremo del jardin del palacio de su tia..... que se hace servir por jóvenes disfrazadas que la visten como á una Diosa y á las que araña cuando se embriaga... sin contar que todas las noches toca un cuerno de oro macizo.... todo lo cual, como puedes conocer muy bien causa la desesperacion de su pobre tia la princesa.

Aquí el administrador soltó nuevamente la carcajada.

—Dime—repuso cuando la risa le permitió articular algunas palabras—quien te ha contado esas patrañas de la señorita Adriana?

—La muger de René que fue á París á buscar un niño para criar y estuvo en el palacio de Saint Dizier para ver á Mme. Grivois su madrina.... que como sabes es el ama de gobierno de la princesa..... Pues bien, esa misma Mme. Grivois fue la que le dijo todo esto, y ella debe estar muy bien informada porque es de la familia y vive dentro de la misma casa.

—Sí; si, buena pieza es la tal Grivois. En otro tiempo era..... y ahora hace... lo que su ama, el papel de santa... y de devota; por—

que á tal ama tal criada; la misma princesa que ahora está tan recogida, era muy linda en otro tiempo... qué hermosa estaba hace quince años!... que buena moza!... Te acuerdas de aquel gallardo coronel de húsares tan guapo que estaba de guarnición en Abbeville... aquel emigrado que habia servido en Rusia y á quien los Borbones dieron un regimiento cuando la restauracion.

--Sí, sí, ya me acuerdo... pero siempre has de tener mala lengua.

--A fé mía que digo verdad. El coronel pasaba su vida en el palacio, y todo el mundo decia en los alrededores que se entendia perfectamente con la *santa* princesa de hoy... ah!... que buen tiempo era aquel.... todas las noches habia fiesta en el palacio..... qué buen humor tenia para todo el coronel..... qué bien ejecutaba sus papeles en las comedias..... Bien me acuerdo.....

El administrador no pudo continuar.

Una criada gruesa vestida al estilo del pais entró precipitadamente en la sala y dirigiéndose á su ama le dijo:

—Señora, acaba de llegar un caballero que quiere hablar al instante con el amo: viene de Saint Valery en una silla de posta..... se llama Mr. Rodin.

—Mr. Rodin?—esclamó el administrador levantándose—decidle que entre al momento.

Un instante despues entró Mr. Rodin vestido segun costumbre y saludó respetuosamente al administrador y á su muger, la que desapareció á una señal del marido.

La fisonomía cadavérica de Mr. Rodin, sus labios casi imperceptibles, sus ojos de reptil medio cubiertos por sus párpados superiores, y su mezquino traje, le daban un aspecto muy poco favorable. Sin embargo este hombre sabia cuando era necesario, afectar con arte diabólico tanta honradez, tanta sinceridad, sus palabras eran tan afectuosas, tan sutilmente penetrantes, que poco á poco hacia desaparecer la impresion desagradable y repugnante que su figura inspiraba, y casi siempre concluia por envolver invenciblemente á su víctima entre los giros tortuosos de su facundia y elocuencia tan pérfida como sagaz; porque se diria que la fealdad y la malicia tienen su poder de fascinacion lo mismo que la bondad y la hermosura..... El honrado labrador miraba atentamente y con sorpresa á este hombre pensando en las eficaces recomendaciones del mayordomo de la princesa de Saint Dizier: habia creido encontrar otra clase de persona, por manera que pudiendo apenas disimular su emocion le dijo:

— Es con efecto Mr. Rodin á quien tengo el honor de hablar?

—Sí señor... y aquí teneis otra carta del mayordomo de la señora princesa de Saint Dizier.

—Hacedme el gusto de acercaros al fuego interin la leo... hace un tiempo tan malo!... quereis tomar alguna cosa?...

—Mil gracias... me marchó dentro de una hora....

En tanto que Dupont leia la carta, Mr. Rodin echaba una mirada escudriñadora por el interior de aquel aposento, porque como hombre sagaz, sacaba á menudo consecuenecias muy exactas muy acertadas y útiles, de ciertas apariencias que generalmente revelan una costumbre, una inclinacion y proporcionan tambien algunas nociones características; pero por esta vez la curiosidad de Mr. Rodin no quedó satisfecha.

—Muy bien caballero—dijo el administrador concluida su lectura.—El mayordomo me renueva en esta carta la recomendacion de ponerme absolutamente á vuestras órdenes.

—Os aseguro que seran muy pocas y no os molestaré por largó tiempo.

—Señor... es un honor para mí...

—Yo conozco lo muy ocupado que debeis estar, porque llama al instante la atencion entrando en el palacio, el órden y regularidad que reina en todas partes, lo cual prueba el desvelo con que cuidais de todo.

—Señor... seguramente... me adulais...

—Adularos?.. Un pobre viejo como yo, rara vez piensa en eso... pero vengamos á nuestro asunto... Hay aquí un aposento llamado el gabinete verde?

—Sí señor; es la habitacion que servia de despacho al difunto conde duque de Cardoville.

—Tendreis la bondad de conducirme...

—Siento que sea imposible... Despues de la muerte del señor conde se encerraron muchos papeles en un mueble de esta habitacion y se llevaron las llaves á París.

—Aquí están las llaves—dijo Mr. Rodin, mostrando dos al administrador una mas grande y otra pequeña, que estaban atadas juntas.

—Ah!.. eso es diferente... venis á buscar los papeles?

—Justamente. ... los papeles, asi como tambien una cajita de madera de América con cerradura de plata... la conoceis vos?..

—Sí señor... la he visto muchas veces en la mesa de despacho del señor conde.... y debe estar en la papelera grande cuya llave traeis.

—Quereis pues, conducirme al aposento con arreglo á la autorizacion de la señora princesa de Saint Dizier.?..

—Si señor... y la señora princesa está buena?..

—Perfectamente... siempre entregada á Dios...

—Y la señorita Adriana?

—Ay, mi querido amigo!..—dijo Mr. Rodin lanzando un suspiro profundo y doloroso.

—Dios mio!.. decidme... ha sucedido alguna desgracia á la señorita Adriana?

—Qué quereis decir?...—Estará enferma...

—No... no... *desgraciadamente* sigue tan saludable como hermosa.

—Desgraciadamente!..—replicó el administrador sorprendido.

—Sí, porque cuando la belleza, la juventud y el talento se juntan con un espíritu de rebelion y perversidad.... con un carácter.... que seguramente no tiene igual en el mundo... valdria mas estar privado de estas peligrosas ventajas que se convierten en otras tantas causas de perdicion... pero os suplico que hablemos de otra cosa... este asunto es sobremanera doloroso para mí...—dijo Mr. Rodin al parecer conmovido y llevando el dedo pequeño de la mano izquierda á su ojo derecho, como para enjugar una lágrima naciente.

El administrador no vió la lágrima, pero observó el movimiento y se admiró de la alteracion que habia sufrido instantaneamente la voz de Mr. Rodin, á quien dijo con un tono afectuoso:

—Perdonad señor mi indiscrecion...

—Yo soy quien debo pedir os perdon por este enternecimiento involuntario.... las lágrimas son escasas en los ojos de los ancianos... pero si hubierais presenciado como yo, la desesperacion de aquella princesa... que no ha cometido mas que una falta, la de haber sido bondadosa... harto débil para con su sobrina... y haber alentado asi sus... Pero os repito que hablemos de otra cosa.

Despues de un momento de silencio, del cual pareció aprovecharse Mr. Rodin, para reponerse de su emocion, dijo al administrador:

—He aqui amigo mio, una parte de mi mision cumplida, respecto al cuarto verde; pero aun queda otra... Antes de ocuparnos de ella, debo recordaros una cosa de que vos probablemente os habreis olvidado... y es que hará como unos quince ó diez y seis años, el señor marqués de Aigrigni, entonces coronel de lanceros de guarnicion en Abbeville, pasó algun tiempo en este palacio.

—Ah! sí, que oficial tan galan! Ahora poco estaba hablando de él con mi muger... Era la alegria del palacio... y que bien representaba sus papeles en las comedias, sobre todo, los de calavera!... era preciso morirse de risa... y ademas tenia una voz magnífica.... cantó la *Joconda* tan bien como pueden cantarla en París.

Mr. Rodin despues de haber escuchado con complacencia á Dupont le dijo:

—Sin duda sabreis tambien, que despues del duelo terrible que tuvo con un bonapartista llamado el general Simon, el coronel marqués de Aigrigni (de quien tengo la honra de ser secretario particular) dejó el mundo por la iglesia.

—Qué decis?... ese gallardo coronel?...

—Ese hermoso coronel, valiente, noble, rico, admirado y agasajado en todas partes, abandonó todas esas ventajas mundanales por vestirse una pobre sotana negra; y á pesar de su nombre, de su posicion, de sus relaciones, de su reputacion de predicador... es hoy lo mismo que hace catorce años... simp'le abate... en lugar de ser arzobispo ó cardenal, como tantos otros que no tienen, ni su mérito ni sus virtudes.

Mr. Rodin hablaba con tanta franqueza y tanta conviccion, los hechos que referia eran tan incontestables, que Dupont no pudo menos de esclamar.

—Caballero... lo que me contais es admirable... sublime...

—Sublime!... Dios mio... no! —replicó Mr. Rodin con una inimitable espresion de sencillez... esa es una cosa muy sencilla, cuando se tiene un corazon como el de Mr. de Aigrigni.... Pero entre sus buenas cualidades, es notable la de no olvidar nunca á los hombres honrados, concienzudos, de probidad... y bien podeis conocer amigo Dupont, que él se ha acordado de vos.

—Cómo?... El marqués se ha dignado?...

—Hace tres dias que he recibido carta suya y me habla de vos.

—Con que está en París?

—Debe llegar de un momento á otro: hace unos tres meses que salió para Italia... durante este viage tuvo una mala noticia... la de la muerte de su señora madre, que habia ido á pasar el otoño en una de las posesiones de la princesa de Saint Dizier.

—Ah, Dios mio!... ignoraba esa desgracia.

—Sí, amigo: ha sido un golpe terrible para él: pero es preciso resignarse á los decretos de la providencia.

—Y con que motivo me hacia el señor marqués la honra de hablaros de mí?

—Os lo diré... pero antes es menester que sepais que este palacio está vendido... el contrato se firmó la vispera de mi salida de París.

—Ah! Mr. Rodin con esa noticia, despertais todas mis inquietudes...

—Y por qué?

—Porque acaso los nuevos propietarios no me quieran de administrador.

—Qué feliz casualidad! justamente vengo á hablaros de este asunto.

—Será posible?

—Sí. Sabiendo el interés que el señor marqués os profesaba, deseaba mucho, muchísimo, que pudieseis conservar vuestro puesto y haré todo lo posible por conseguirlo, sí....

—Ah!.. —dijo Dupont interrumpiendo á Mr. Rodin—cuánta debe ser mi gratitud! el cielo os envía.

—En cambio me lisongead, querido amigo; desde luego debo confesaros, que me veré obligado á imponer una condicion... antes de concederos mi apoyo.

—Hablad, hablad...

—La persona que debe habitar este palacio, es una señora anciana muy digna de veneracion por todos conceptos... Mme. de Sainte Colombe es el nombre de esta respetable...

—Qué decis—dijo el administrador—Mme. de Sainte Colombe es la que ha comprado el palacio?

—La conoceis?

—Si señor.... Hace unos ocho dias que vino á verlo.... Mi muger está empeñada en que es una gran señora... pero, entre nosotros.... por ciertas espresiones que la he oido...

—Teneis mucha penetracion, mi buen Mr. Dupont.... Mme. de Sainte Colombe, no es en efecto una gran señora a .. nada de eso... y segun creo ha sido solamente una modista de las galerías de Palais Royal. Ya veis que os hablo con franqueza.

—Y se vanagloriaba de que muchos señores franceses y extranjeros frecuentaban su casa en aquel tiempo!

—Y nada tiene de extraño. Iban sin duda á comprar gorros para sus mugeres; lo cierto es, que despues de haber hecho una fortuna inmensa... y haber sido durante su juventud... y en su edad madura... indiferente... algo mas que indiferente á la salvacion de su alma, Mme. de Sainte Colombe ha adoptado ahora una vida ejemplar y meritoria... Esto es lo que la hace segun os decia, tan digna de veneracion bajo todos conceptos, porque nada hay mas respetable que un arrepentimiento sincero... y constante... Pero para conseguir mas eficazmente su salvacion, necesitamos de vos Mr. Dupont.

—De mí?... Y qué puedo yo hacer?

—Podeis hacer mucho y os diré cómo: en esa aldea que se encuentra exactamente entre las dos parroquias no hay iglesia ninguna.

Queriendo Mme. de Sainte Colombe elegir entre los dos curas de aquellas, se informará necesariamente de vos y de vuestra muger, que habitais años hace este pais.

—Oh... sino es mas que eso, al momento la informaré... el cura de Danicourt es el hombre mas virtuoso de la tierra.

—Eso es justamente lo que no hay que decir á Mme. de Sainte Colombe.

—Como!

—Es menester al contrario alabarle mucho y continuamente al párroco de Rioville, el de la otra iglesia, á fin de que esta buena señora se decida á confiarle su salvacion.

—Y porque á este mas bien que al otro?

—Por qué?... Voy á deciroslo. Si vos y vuestra esposa conseguís que Mme. de Sainte Colombe haga la eleccion que se desea, estais seguro de permanecer aquí de administrador... os doy mi palabra de honor..... y lo que prometo lo cumplo.

—No lo dudo—contestó Dupont al notar el acento de autoridad que llevaban las palabras de Mr. Rodin—pero desearia saber...

—Escuchad—dijo Rodin interrumpiéndole—puedo, quiero jugar con cartas vistas, y voy á manifestaros claramente por qué insisto en la preferencia que os suplico apoyeis, porque sentiria sobremanera que vieseis en este empeño la menor sombra de ultraje. Tratase simplemente de una buena accion. El párroco en cuyo favor me intereso es un hombre por quien el señor abate de Aigrigni se interesa mucho. Aunque es muy pobre mantiene á su anciana madre, y si se encargase de la direccion espiritual de Mme. de Sainte Colombe trabajaria mas eficazmente que ningun otro en su salvacion, y ademas este encargo podria proporcionarle algunos obsequios que aprovecharia su madre. Aquí teneis el secreto de tan gande maquinacion. Cuando supe que la señora pensaba comprar esta propiedad tan cercana á la parroquia de nuestro protegido, escribí en seguida al marques que al instante se acordase de vos, y me contestó que os suplicára le hicierais este pequeño favor, que segun conoceis no debe seros esteril. Porque os repito, y os lo probaré, que tengo influjo suficiente para hacer que quedeis de administrador.

—Escuchad caballero—replicó Dupont despues de reflexionar un momento.—Sois tan franco y tan amable que voy á imitar vuestra franqueza. Tan amado y tan respetado como es en el pais el cura de Danicourt, es temido por su intolerancia el de Rioville que me supliscis prefiera... Y luego...

—Qué?

--Se dice...

—Veamos que es lo que se dice?

--Se dice... que es un jesuita!!...

A estas palabras Mr. Rodin soltó una carcajada tan natural y tan estrepitosa que el administrador permaneció estupefacto, porque la fisonomía de Mr. Rodin tenía una expresión singular cuando se reía.

—Un jesuita!!...—repelía Mr. Rodin cuando sus carcajadas continuas le permitieron hablar—Un jesuita!!... vaya, Mr. Dupont ¿como un hombre de vuestro temple, de juicio, de inteligencia y experiencia ha podido dar crédito á semejantes simplezas?... Un jesuita!!... Hay acaso jesuitas en esta época?... Podeis vos creer esos cuentos inventados por el jacobinismo, esas mentiras del liberalismo antiguo! Casi me atreveria á apostar á que lo habeis leído en el *Constitucional*!

—Sin embargo... se dice...

—Dios mio... se dicen tantas cosas... pero los hombres entendidos como vos no hacen caso de eso; procuran ante todo arreglar sus negocios sin hacer mal á nadie, y no sacrifican á necesidades una buena colocacion que asegura su subsistencia hasta el fin de sus dias: porque, os lo digo francamente, sino conseguis que Mme. de Sainte Colombe prefiera á mi protegido, os declaro con sentimiento que no podeis continuar de administrador.

--Pero señor—esclamó el padre Dupont—no será culpa mia si esa señora oyendo alabar al otro cura lo prefiere á vuestro protegido.

—Sí; pero si por el contrario las personas que viven hace muchos años en el pais, personas dignas de toda confianza y á quienes estará viendo todos los dias... hablan muy bien á Mme. de Sainte Colombe en favor de mi protegido y muy mal del otro cura, ella preferiria á aquel y vos quedariais de administrador.

—Pero por Dios!... eso seria una calumnia!... esclamó Dupont.

—Ah!... mi querido amigo—contestó Rodin con un aire afligido y en el tono de una reconvencion afectuosa—cómo me creis capaz de daros un consejo semejante? No es mas que una simple suposicion la que yo he hecho. Vos deseais permanecer de administrador de esta posesion, os ofrezco el medio... el medio seguro.. A vos toca examinarlo y decidir.

--Pero.....

—Una palabra... ó mejor dicho una condicion que es tan importante como la otra... Escuchadme. Desgraciadamente ha habido ministros que han abusado de la edad y de la debilidad de espíritu de sus hijos de confesion para medrar ellos... y otras personas. Creo que nuestro protegido es incapaz de cometer semejante baja; pero sin

embargo para poner á cubierto mi responsabilidad y sobre todo la vuestra... porque habriais contribuido á colocar á mi hechura, deseo que dos veces por semana me escribais, dándome hasta los mas minuciosos detalles de todo lo que vayais notando en el carácter, las costumbres, las relaciones y hasta en las lecturas de Mme. de Sainte Colombe; porque como vos conoceis, la influencia de un director se revela en el conjunto de la vida, y yo deseo estar perfectamente enterado de la conducta de mi protegido sin que él se aperciba de ello..... de suerte que la menor cosa que os parezca reprehensible, yo la sabré al momento por vuestra correspondencia periódica y minuciosa.

—Pero señor, eso es un espionaje!—esclamó el angustiado Dupont.

—Ah! mi querido amigo: me admira que ultrajéis asi una de las inclinaciones mas dulces, una de las mas naturales propensiones del hombre... *la confianza!*... porque yo no os pido otra cosa, sino que me escribais en confianza las menores particularidades de todo lo que ocurra aquí... Bajo estas dos condiciones inseparables la una de la otra, permaneceréis de administrador... sino tendré la pena... el sentimiento de verme obligado á hacer que se nombre otro por Mme. de Sainte Colombe.

—Sed generoso os suplico...—dijo Dupont conmovido—sed generoso sin condiciones... Mi muger y yo no tenemos mas recurso para vivir y somos demasiado viejos para proporcionarnos otro cualquiera... No pongais á una provida de cuarenta años en lucha con la miseria que es tan mala consejera.....

—Mi querido Dupont, esas son puerilidades de niño; reflexionadlo y dentro de ocho dias me contestareis.....

—Ah, caballero... por piedad!...

Aquí fue interrumpida esta conversacion por un estrépito terrible que repitieron los ecos de las rocas.

—Qué es eso?

—Preguntó Rodin.

Apenas habia concluido de pronunciar estas palabras, cuando el mismo ruido se repitió con mayor estruendo.

—Son cañonazos—esclamó Dupont levantándose—son cañonazos. Es sin duda algun buque que pide socorro ó que llama al practico.

—Amigo mio—dijo la muger del administrador entrando repentinamente en la sala—desde la azotea se ven en la mar un vapor y un buque de vela enteramente desarbolado..... la furia de las olas les

impelen hácia la costa... el buque de vela ha disparado el cañonazo de socorro... está perdido.

—Oh!... eso es terrible y no poder hacer nada... nada mas que ser testigo del naufragio!...—esclamó Dupont tomando su sombrero y baston para salir inmediatamente.

—No pueden socorrerse esos buques?

—Preguntó Rodin.

—Socorrerse!... Si son arrastrados á las rocas, no hay remedio para ellos... ningun poder humano es capaz de salvarlos: dos buques se han perdido ya en estas costas desde el equinoccio.



—Perdidos enteramente?—dijo Rodin.

—Eso es horrible!

—Con esta borrasca les queda desgraciadamente á los pasajeros poca esperanza de salvacion; pero no importa—añadió el administrador dirigiéndose á su muger-voy corriendo á las rocas con toda la gente que pueda recoger á tratar de salvar algunos de estos desgraciados... enciende lumbre en muchas habitaciones... prepara camas, vestidos, cordiales... no me atrevo á esperar que los salvaré, pero voy á hacer todo lo que pueda... Quereis venir conmigo Mr. Rodin?..

—Seria un deber el acompañaros si pudiera servirlos de alguna utilidad; pero mi edad y mi débil estado, me hacen enteramente inútil para ayudaros—contestó Mr. Rodin al que no agradaba arros-
trar el furor de la tormenta.—Vuestra esposa podrá muy bien condu-
cirme al gabinete verde; tomaré los papeles que necesito y saldré al
instante para París á donde necesito volver en seguida.

—Como gustéis señor, Catalina os servirá de guia. Y tú—dijo el
administrador á la criada—haz que toquen la campana grande y que
todos los hombres que se encuentren vengan á buscarme con cuer-
das al pie de las rocas.

—Sí, esposo mio; pero no te espongas.

—Dame un abrazo que me dará fortuna—dijo el administrador.—
Y en seguida salió corriendo y diciendo:

—Pronto, pronto!... Acaso no quede ya una tabla de los buques!...

—Mi buena señora, quereis tener la complacencia de llevarme al
gabinete verde?—dijo Rodin.

—Seguidme—respondió Catalina enjugándose las lágrimas, porque
temblaba por la suerte de su marido cuyo arrojó conocia.





CAPÍTULO VIII.

LA TEMPESTAD.



El mar está horroroso.

Olas inmensas de un color verde y sombrío, jaspeadas de espuma blanca, dibujan sus violentas ondulaciones encumbra-
das á veces y á veces profundas al resplandor de una ancha faja de luz rojiza que se estiende por el horizonte.

Agrúpanse por encima montones de nubes cardenas arrojadas por el huracan: algunas nubecillas perdidas de un color ceniciento rojizo corren por aquel cielo lúgubre.

El pálido resplandor del sol de invierno, antes de desaparecer en medio de las grandes masas de nubes, por detras de las cuales se eleva lentamente lanzando algunos rayos oblicuos sobre el mar borascoso, dora las cristalinas cumbres de las olas mas altas.

Una faja de espuma blanca como la nieve, hierva formando remolinos y guarnece los escollos de aquella peligrosa costa.

En medio de un promontorio que se adelanta atrevidamente en el mar, se levanta el palacio de Cardoville: un rayo de sol hace brillar los cristales de las ventanas: sus murallas de piedra y sus tejados de pizarra, se alzan en medio de aquel cielo cargado de vapores.

Un navio de alto bordo desamparado, navegando solamente con algunos restos de velas atados á pedazos de mástiles, se dirigia hácia la costa.

Tan pronto se levantaba á una altura inmensa en la cima monstruosa de las olas, como se hundia en el fondo de los abismos.

Brilla un relámpago... seguido de un estampido ronco y casi imperceptible, con el estruendo de la tempestad... Este cañonazo fue la última señal de angustia de este buque que se perdia sintiéndose correr á pesar suyo hácia la costa.

En aquel momento un vapor coronado con un penacho de humo negro, comenzó á descubrirse caminando del Este al Oeste; trabajaba esforzadamente por alejarse de la costa, dejando los escollos á la izquierda.

El buque desarbolado debia de un momento á otro, pasar por delante del vapor corriendo hácia las rocas, contra las que lo empujaban el viento y la marea.

De repente un furioso golpe de mar, inclinó al vapor sobre uno de sus flancos: la grande ola anegó la cubierta, destrozó la chimenea é hizo pedazos el tambor de la rueda inutilizándola;... otra ola tan impetuosa como la primera, cogió tambien al buque por el costado y aumentó de tal modo las averias, que faltó ya del timon comenzó á marchar hácia la costa en la misma direccion que el buque de vela.

Pero este, aunque mas apartado de los escollos, ofrecia al viento y á las aguas mayor superficie que la del vapor, y por consiguiente caminaba con mas rapidez acercándose tanto á este, que hizo nacer el temor de un riesgo no menos terrible, el de un encuentro entre los dos buques, peligro espantoso que se añadia á los horrores de un naufragio seguro.

El buque de vela de nacion inglesa, llamado el *Black-Eagle* venia de Alejandria, desde donde traia varios pasajeros que procedentes de la India y de Java por el mar Rojo en el vapor *Rayter*, habian desembarcado de este buque, para pasar el istmo de Suez. Al salir el *Black-Eagle* del estrecho de Gibraltar, se habia dirigido á las islas Azores, de donde venia á la sazón con direccion á Portsmouth, cuando fue acometido por el furioso Nordeste que reinaba en el canal de la Mancha.

El vapor llamado *Guillaume Tell*, venia de Alemania por el Eiba despues de haber pasado por Hamburgo, dirigiéndose al Havre.

Estos dos buques juguete de las olas, impelidos por la tempestad, arrastrados por la marea, corrian hácia los escollos con una rapidéz espantosa.

La cubierta de cada uno de ellos ofrecia un espectáculo terrible: la muerte de todos los pasajeros se presentaba como inevitable, porque en la costa una mar terrible se rompía contra las rocas, cortadas á pico.

El capitán del *Black-Eagle* de pie en la popa y agarrado á uno de los restos de la arboladura, daba en esta terrible estremidad, las órdenes postreras con una animosa sangre fria.

La mar se habia llevado los botes: la sola esperanza que quedaba, en el caso de que el buque no se hiciera pedazos contra los escollos, era la de establecer por medio de un cable sujeto á las rocas, una especie de *balance*, comunicacion siempre peligrosa entre la tierra y los restos de un navio.

La cubierta estaba llena de pasajeros, cuyos gritos y espanto aumentaban la confusion general.

Los unos sobrecogidos de terror asidos á los cordeles de las gavias, aguardaban la muerte con una insensibilidad estúpida; otros se retorcian los brazos con desesperacion ó se revolcaban sobre cubierta pronunciando terribles imprecaciones.

En un lado las mugeres lloraban amargamente, implorando de rodillas la proteccion del cielo, y ocultando su rostro entre las manos como para no ver la siniestra cercanía de la muerte; una madre jóven, pálida como un espectro, con un hijo abrazado contra su corazon, iba suplicando de un marinero á otro y ofreciendo al que se encargára de salvar la vida de su hijo, una bolsa llena de oro y alhajas que habia ido á buscar en su equipage.

Estos gritos terribles, estos temores, estas lágrimas, contrastaban notablemente con la resignacion sombría y taciturna de los marineros que reconociendo la inminencia de un peligro, tan espantoso como inevitable, unos se despojaban de parte de sus vestidos, aguardando el momento de intentar el último esfuerzo á fin de disputar su vida al furor de las olas; otros renunciando á toda esperanza, desafiaban la muerte con una indiferencia estoica.

En varios sitios se dibujaban episodios patéticos ó terribles por decirlo así, sobre un fondo sombrío y melancólico de desesperacion.

Un jóven de diez y ocho años, de cabellos negros y lustrosos, con el color bronceado y las facciones de una regularidad y una belleza

perfecta, contemplaba esta escena de angustia y de desolacion con esa tranquilidad triste y peculiar á aquellos que estan acostumbrados á arrostrar los mayores peligros. Envuelto en una capa, apoyándose contra las escotillas, estaba abierto de piernas sobre un pedazo de tablazon.

De repente aquella desgraciada madre, que con el niño en los brazos y la bolsa llena de oro en las manos, habia suplicado vanamente á los marineros que salvarsen á su hijo, fijó los ojos en el jóven y arrojándose á sus pies le presentó el niño con un movimiento de desesperacion inesplicable... El jóven lo cojió, meneó tristemente la cabeza mostrando silenciosamente con la mano á la desconsolada madre las olas embravecidas... pero con un gesto espresivo, pareció prometerle que lo salvaria... Entonces aquella muger con una embriaguez loca de esperanza, se puso á bañar de lágrimas las manos del jóven del color bronceado.

Mas lejos otro pasajero del *Black-Eagle*, parecia animado del mas vivo sentimiento de humanidad.

Aparentaba unos veinte y cinco años: sus cabellos rubios y rizados flotaban al rededor de su fisonomía angelical: llevaba una sotana negra y una esclavina blanca: acercándose á los desesperados, les dirigia palabras de resignacion y de esperanza: procurando animar á unos, consolar á otros con un lenguaje lleno de persuasion, de ternura y de caridad inefable, se le hubiera creido estraño ó indiferente al peligro que todos corrian.

En su dulce y hermosa fisonomía, se retrataba una palidez fria y santa, una religiosa abnegacion de todo pensamiento terrestre: sus grandes ojos azules en los que brillaban el reconocimiento, el amor, la tranquilidad de espíritu, se levantaban al cielo de vez en cuando, como para dar gracias á Dios de haberlo colocado en una de esas pruebas terribles en que el hombre de valor y de corazon, puede sacrificarse por sus hermanos, y sino salvarlos á todos, al menos morir con ellos, mostrándoles el cielo... Parecia un angel enviado por el Criador, para hacer menos duro el golpe de una fatalidad inexorable.....

Raro contraste! No lejos de este jóven hermoso como un arcangel, se veia un ser que parecia el genio del mal.

Atrevidamente encaramado sobre un pedazo del bauprés, al que se habia atado con algunos restos del cordage, este hombre dominaba la escena terrible que presentaba la cubierta.

Una alegría siniestra, salvaje y feroz, brillaba en su frente cobri-za y descolorida, color peculiar á las personas nacidas de un blanco

y una criolla mestiza: solo llevaba una camisa y un calzon de lienzo: pendia de su cuello por medio de un cordón un canuto de hojadelata, como el que usan los soldados para guardar su licencia.

Cuanto mas arreciaba el temporal, cuanto mas inminente era el peligro de que el buque fuese arrojado á los escollos, ó que abordara al vapor, hácia el cual se acercaba con una espantosa rapidez (terrible abordage, que debia sumergir á los dos buques aun antes de que se estrellaran contra las rocas) tanto mayor era la alegría que se pintaba en el semblante de aquel pasajero, y tanto mas horribles eran los transportes de gozo á que se entregaba... parecia dominado por una impaciencia feroz de que se consumara aquella terrible destrucción... al verle asi cebarse con avidez en todas las angustias, en todos los terrores, en toda la desesperacion que se agitaba en su presencia, se le hubiera tomado por el apóstol de una de esas divinidades sangrientas, que en los pueblos bárbaros presiden á los asesinatos y á la carnicería.

Pronto el *Black-Eagle* impelido por el viento y las enormes olas, llegó una vez á ponerse tan cerca del *Guillaume Tell* que desde el uno al otro buque pudieron distinguirse y reconocerse los pasajeros reunidos sobre cubierta.

Los que iban en el vapor tambien casi desamparado, no eran muchos.

El golpe de mar al llevarse el tambor y romper una de las ruedas, habia destrozado todo el parapeto del mismo lado del buque: las olas furiosas precipitándose por aquella abertura, barrian el puente con una violencia irresistible, llevándose cada vez algunas víctimas.

Entre los pasajeros que parecian no haber escapado á este peligro sino para ser estrellados contra las rocas ó despedazados en el choque de los dos buques, cuyo encuentro se hacia cada vez mas inevitable, un grupo era sobre todo digno del mas tierno, del mas doloroso interés.

Refugiado en la popa un anciano con la frente calva y los bigotes encanecidos, habia atado una soga al rededor de su cuerpo, amarrándola al parapeto del buque: tenia asidas entre sus brazos y apretaba contra su corazón dos jóvenes de quince á diez y seis años medio envueltas en una pelerina de piel de renjífero... un perro grande, chorreando agua y ladrando furiosamente á las olas, estaba á sus pies.

Estas jóvenes abrazadas por el anciano se estrechaban una contra otra, pero lejos de mirar al rededor con espanto alzaban sus ojos al cielo como si llenas de una confianza, de una esperanza ingénuo, es-

tuviesen seguras de salvarse por la mediación de un poder sobrenatural.

Un grito espantoso y unánime de desesperación lanzado á la vez por todos los pasajeros de uno y otro buque, resonó repentinamente en medio del estruendo de la tempestad.



En el momento en que sumergiéndose profundamente entre dos olas el *Black-Eagle* presentaba su costado á la proa del buque de vela, elevado este á una prodigiosa altura por una montaña de agua

hallose suspendido por decirlo así, sobre el *Guillaume Tell* durante el rápido momento que precedió al choque del uno contra el otro.

Hay espectáculos de un horror sublimado... imposibles de describir.

Pero durante estas catástrofes, prontas como el pensamiento, suelen observarse cuadros tan fugaces que se cree haberlos percibido al resplandor de un relámpago.

Así cuando el *Black-Eagle* levantado á aquella altura por las olas iba á arrojarse sobre el *Guillaume Tell*, el jóven de rostro angelical y de rubia y flotante cabellera, estaba de pie en la proa de la primera de estas dos embarcaciones dispuesto á arrojarse al agua para salvar alguna víctima.....

De repente vió á bordo del vapor que dominaba desde la elevacion de una ola inmensa á las dos jóvenes tendiéndole los brazos.

Parecian reconocerle y lo contemplaban con una especie de estasis y de adoracion religiosa.

Durante un momento, á pesar del estruendo de la tempestad y de la proximidad del naufragio, las miradas de estos tres seres se encontraron.

Las facciones del jóven espesaron entonces una conmiseracion súbita, profunda; porque las dos jóvenes con las manos unidas lo imploraban como á un salvador cuyo socorro esperaban.

El anciano derribado con la caída de un pedazo de mástil, yacia sobre la cubierta.

Toda aquella escena desapareció en menos de un segundo.

Una enorme masa de agua lanzó impetuosamente el *Black Eagle* sobre el *Guillaume Tell* en medio de un hervidero de espuma.

Al espantoso choque de aquellas dos moles de madera y de hierro que se rompian una contra otra, y que se sumergieron haciéndose pedazos, solo se sintió un gran alarido.

Un alarido de agonía y de muerte.....

Un solo grito lanzado por cien criaturas humanas, hundiéndose á la vez en las aguas.....

Luego..... nada se vió.....

Algunos momentos despues podian descubrirse sobre la desigual superficie de las aguas..... los restos de los dos buques, y esparcidos en el mar..... los brazos..... la cabeza lívida y desesperada de algunos desgraciados náufragos que procuraban llegar á las rocas, á riesgo de ser hechos pedazos con el choque de las olas que se rompian contra ellas furiosamente.



CAPÍTULO IX.

LOS NAUFRAGOS.



HASTA el regreso del administrador que iba á la playa para socorrer á los pasajeros que hubieran podido escapar del naufragio, Mr. Rodin conducido por Catalina al gabinete verde, se ocupó en recoger los objetos que debia llevar á París.

Despues de pasar dos horas en aquella habitacion, indiferente al celo que los demas mostraban por salvar á los desgraciados naufragos, volvió al aposento habitado por el administrador que terminaba en una larga galeria. Cuando entró en ella sin encontrar á nadie llevaba debajo del brazo una cajita de madera de América con cerraduras de plata algo ennegrecidas por los años. Su levita á medio abotonar descubria la parte superior de una gran cartera de tafete encarnado que habia colocado en el bolsillo del pecho.

Si la impasible y livida fisonomía del secretario del abate de Aigrigni hubiera podido manifestar su alegría de otro modo que por una sonrisa irónica, sus facciones hubieran brillado de contento, porque en esta ocasión se hallaba entregado á los mas agradables pensamientos.

Después de haber colocado la cajita sobre una mesa se decía á sí mismo con una profunda satisfacción.

—Todo vá bien: no hay duda que ha sido prudente dejar aquí estos papeles hasta ahora, porque todo puede temerse del carácter diabólico de esa Adriana de Cardoville, que parece siempre adivinar lo que es imposible que se sepa. Afortunadamente..... el instante se aproxima en que no tendremos ya que temerla; su destino aunque cruel, es necesario. Esos caracteres independientes, altivos, son nuestros enemigos innatos..... por su misma naturaleza. ¿Qué será cuando nos son particularmente hostiles?... En cuanto á la Sainte Colombe el administrador es nuestro; entre lo que este imbécil llama su conciencia y el temor de hallarse en su vejez sin medios de que subsistir, no vacilará; y me alegro, porque nos servirá mejor que ningún otro: estando aquí hace mas de veinte años inspirará la mayor confianza á esa estúpida Sainte Colombe..... que si llega á caer en manos de nuestro protegido el párroco de Rioville..... respondo de ella..... el camino de esta clase de mugeres está trazado de antemano: en su juventud sirven al diablo, en su edad madura hacen que otros le sirvan y en su vejez le tienen un miedo horrible; y es preciso que la Sainte Colombe lo tenga ahora para conseguir que nos le gue el palacio de Cardoville, que por su posición aislada nos serviría para un excelente seminario..... Vamos, todo va bien..... En cuanto al negocio de las medallas, el 13 de febrero se acerca y no hay cartas de Josué..... Evidentemente el príncipe Djalma continua encerrado por los ingleses en el interior de la India..... de otra manera ya hubiéramos recibido noticias de Batavia..... las hijas del general Simon estarán detenidas en Leipsick otro mes por lo menos..... Las relaciones exteriores se hallan en la mejor situación posible: en cuanto á las interiores.....

Mr. Rodin fue interrumpido en sus reflexiones por Mme. Dupont que se ocupaba con la mayor solicitud en los preparativos para recibir á los naufragos.

—Ahora—decía ella á una criada—enciende la chimenea de la habitación inmediata y pon allí este vino caliente; Mr. Dupont puede volver de un momento á otro.

—Y qué señora—le dijo Rodin—hay esperanza de salvar alguno de esos desgraciados?

—Ay caballero, no lo sé: dos horas hace que mi marido se fué..... estoy en una inquietud mortal; es tan arrojado, tan imprudente cuando se trata de ser útil.....

—Arrojado hasta ser imprudente—dijo para sí Rodin—no me gusta mucho.

—En fin—continuó Catalina—acabo de hacer poner junto á la ropa, vino caliente..... cordiales..... quiera el cielo que todo sirva de algo!

—Debemos esperarlo así, mi querida señora; mucho he sentido que mi debilidad y mis años no me hayan permitido acompañar á vuestro escelente marido... siento tambien no poder aguardarme para saber el resultado de sus esfuerzos y felicitarlo si son favorables.... pero me veo en la dura necesidad de ponerme de nuevo en camino... mis instantes son contados. Quisiera mereceros el favor de que mandarais enganchar el cabriolé.

—Sí, si señor..... voy en seguida.

—Una palabra mi buena Mme. Dupont..... Sois una muger de talento y de muy buen juicio..... he ofrecido á vuestro marido el medio de conservar si quiere, su plaza de administrador.

—Será posible? tanta bondad!... sin esta colocacion y ya tan viejos, no sabríamos que hacer.....

—Solamente he añadido á esta promesa dos condiciones..... pequeñas..... insignificantes..... El os explicará.....

—Ah caballero!.. sois nuestro salvador.

—Vos sois demasiado buena..... pero no olvideis que bajo dos condiciones.....

—Aunque sean ciento, señor, las aceptaremos. Juzgad.... sin recursos, si perdiéramos esta colocacion..... sin recursos.....

—Cuento con vos para decidir á vuestro marido.....

—Señora, señora, aquí viene el amo—dijo una criada que entró corriendo en el aposento.

—Viene mucha gente con él?

—No señora..... viene solo.

—Solo?.. como solo?..

—Si señora, solo.

Pocos momentos despues Mr. Dupont entró en la sala con la ropa chorreando agua, habiendo tenido para mantenerse con el sombrero en la cabeza que alárselo con su corbatin por bajo de la barba á modo de una carrillera; sus botines estaban cubiertos de fango.

—Al fin ya estas aquí amigo mio..... estaba tan inquieta...—esclamó su muger abrazándolo tiernamente.

—Hasta ahora..... se han salvado tres.

—Dios sea bendito mi querido señor Dupont—dijo Rodin—Al menos vuestros esfuerzos no habrán sido enteramente inútiles.

—Tres..... solamente tres, Dios mio!..—dijo Catalina.

—Solo te hablo de los que he visto..... cerca de la pequeña ensenada de los Goelands. Es de creer que en otros puntos de la costa que son algo mas accesibles, se hayan salvado algunos otros.

—Tienes razon, porque afortunadamente la costa no es en todas partes igualmente peligrosa.

—Y donde estan esos tres interesantes náufragos?—preguntó Monsieur Rodin que no podia menos de detenerse algunos instantes mas por tan extraordinaria circunstancia.

—Viene subiendo la montaña ayudados por nuestras gentes; pero como no pueden andar muy de prisa me he adelantado para tranquilizar á mi muger y tomar algunas disposiciones..... ante todas cosas es necesario preparar vestidos de muger.....

—Segun eso hay una muger entre las personas salvadas?

—Hay dos jóvenes como de quince á diez y seis años... lo mas..... tan inocentes!.. tan hermosas.....

—Pobres criaturas!..—dijo Rodin con aire cumpungido.

—El sugeto á quien deben la vida se ha salvado tambien y viene con ellas..... Oh, en cuanto á este puede decirse que es un heroe!..

—Un héroe?

—Sí, figurate...

—Luego me dirás todo eso.... ponte á lo menos esta ropa que está seca y templada... porque estás empapado de agua... toma, bebe un poco de vino caliente...

—Dices bien... porque estoy helado... Te decia que el que ha salvado á las jóvenes, es un héroe... el arrojó que ha demostrado es mayor á cuanto puede imaginarse... Salgo de aquí con la gente de la heredad..... bajamos lo escarpado de la roca y nos pusimos casi á flor de agua en la ensenada de los Goelands, algo resguardada de las olas por cinco ó seis peñascos bastante avanzados en el mar... En el fondo de esta ensenada... qué crees que encontramos?... las dos jóvenes de quienes te hablo desmayadas, con los pies en el agua y recostadas contra una roca, como si las hubieran puesto allí despues de sacarlas de la mar.

—Pobres niñas... eso conmueve el corazón—dijo Mr. Rodin llevando segun costumbre, el dedo pequeño de su mano izquierda al lagrimal de su ojo derecho, como para enjugar una lágrima que rara vez se mostraba.

—Lo que me admiró sobre todo fue que se parecian de tal mane—

ra—añadió el administrador—que seguramente es preciso tener mucha costumbre de verlas para distinguir las.

—Dos gemelas tal vez?—dijo la muger de Dupont.

—Una de esas pobres niñas—añadió este—tenia entre sus dos manos juntas una medallita de bronce, que llevaba colgada al cuello, con una cadena del mismo metal.

Mr. Rodin estaba generalmente muy encorvado. Al oír estas últimas palabras del administrador, se enderezó repentinamente y una ligera tinta encarnada coloreó sus lívidas mejillas.... En cualquiera otra persona esta señal hubiera sido insignificante; pero en Mr. Rodin acostumbrado hacia muchos años á disimular y reprimir todas sus emociones, anunciaba alguna sensacion extraordinaria; acercándose al administrador le dijo con una voz algo alterada, pero con el aire mas indiferente del mundo:

—Seria sin duda alguna reliquia religiosa... no habeis visto lo que representaba esta medalla?

—No señor: no se me ocurrió semejante cosa.

—Y esas dos jóvenes... deciais que se parecen mucho?...

—Mucho señor; se podrian equivocar... probablemente serán huérfanas, porque estan vestidas de luto.

—Ah! estan vestidas de luto—dijo Mr. Rodin con un nuevo movimiento.

—Tan jóvenes y huérfanas ya!...—esclamó Mme. Dupont. enjugándose las lágrimas.

—Como estaban desmayadas las cogimos para trasladarlas á otro parage mas seco... Mientras hacíamos esto, vimos aparecer la cabeza de un hombre, que procuraba trepar asiendose con una mano al borde de la peña: corrimos hácia él y por cierto oportunamente, porque sus fuerzas estaban agotadas y cayó desmayado en nuestros brazos. Ese es quien te decia que era un héroe, porque no contento con haber salvado á las dos jóvenes con un valor admirable, habia intentado salvar tambien otra tercera victima y habia vuelto en medio de las rocas azotadas por las olas... pero estaba rendido de fatiga y sin ayuda de nuestra gente, habiera sido sin duda arrebatado por las aguas de las rocas á que se agarraba.

—Tienes razon; ese valor es heroico...

Mr. Rodin con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia extraño á la conversacion; su consternacion y su estúpore se aumentaban gradualmente con la reflexion: las dos jóvenes que acababan de salvarse tenian quince años; estaban vestidas de luto; se parecian tanto que podian equivocarse: una de ellas llevaba al cuello una medalla de

bronce; no podía dudarle, eran las hijas del general Simon. ¿Pero cómo se encontraban estas jóvenes entre los naufragos? Cómo habian salido de la cárcel de Leipsick? Por qué causa no se lo habian avisado? Se habrian escapado ó habrian sido puestas en libertad? Estos pensamientos secundarios, que se presentaban en tropel á su imaginacion desaparecian delante de este hecho:

«Las hijas del general Simon estan aquí.»

Su trama urdida tan laboriosamente estaba destruida.

—Cuando te hablo del salvador de estas dos niñas—continuó el administrador dirigiéndose á su muger y sin reparar en lo preocupado que se hallaba Mr. Rodin—creerás sin duda encontrar un hombre de formas hercúleas... pues te engañas, porque casi parece un niño segun el aire infantil, la hechura de sus facciones y sus largos cabellos rubios... Le he dejado una capa porque no tenia mas que la camisa, unos calzones negros y medias de lana tambien negras.... lo que me ha parecido algo singular.

—Es verdad; porque ese traje no es muy propio de los marineros.

—Por lo demas aunque el buque ~~en~~ que venia era inglés, creo que mi héroe es nuestro compatriota, porque habla el francés tan bien como tu y como yo... Pero lo que me ha hecho saltar las lágrimas fue ver á las dos jóvenes cuando volvieron en sí... se arrojaron á sus pies y parecian contemplarlo con un respeto religioso... le daban gracias del mismo modo que si se dirigiesen á Dios... En seguida volvieron los ojos en derredor, como si buscáran á alguno; dijéronse algunas palabras y prorrumpieron en sollozos, arrojándose á los brazos una de otra.

—Dios mio!.. cuántas víctimas debe haber!

—Cuando nos retiramos de las rocas, la mar habia arrojado ya siete cadáveres... restos de los buques... cajones..... He enviado á llamar á los guarda-costas, y permanecerán allí todo el dia para socorrer á los infelices que se presenten: si como es de esperar van apareciendo algunos otros, los enviarian aquí.... pero escucha..... se oyen voces..... Sí, sí, son nuestros naufragos que vienen ya.....

Y al decir esto el administrador y su muger corrieron hácia la puerta de la sala que daba á una larga galeria, en tanto que Monsieur Rodin rechinando los dientes, mordiéndose convulsivamente las uñas, esperaba con una inquietud colérica la llegada de los naufragos: pronto se ofreció á su vista un cuadro que enternecia.

Por el fondo de esta galería mal alumbrada por algunas ventanas ojivas, tres personas conducidas por un paisano se adelantaban lentamente.

Este grupo se componia de Rosa y de Blanca y del hombre intrépido á quien debian la vida..... Las dos jóvenes traian en medio á su salvador que caminaba con sumo trabajo apoyándose ligeramente en sus brazos.



TRAC.

Aunque tenia mas de veinte y cinco años, la cara juvenil de este hombre no demostraba tanta edad: sus largos cabellos rubios partidos en medio de la frente, caian lasos y húmedos sobre el cuello de una capa parda con que lo habian cubierto: difícil y aun imposible seria describir la espresion de aquel dulce y pálido semblante tan puro como la concepcion mas ideal de Rafael..... porque solo este artista divino ha sabido encontrar para sus figuras la gracia melancólica de aquella fisonomia encantadora, la serenidad de su mirada celestial, limpida y azul como la de un arcángel.... ó de un mártir en el cielo.

Sí, de un mártir; porque una aureola sangrienta ceñia ya aquella hermosísima cabeza.....

Espectáculo doloroso!... por encima de sus cejas rubias y mas marcadas con el frio, una estrecha cicatriz que databa de muchos meses parecia rodear su hermosa frente con un cordon de púrpura: espectáculo mas triste aun!.. sus manos habian sido traspasadas por una crucificacion..... sus pies habian sufrido igual martirio... y andaba con tanto trabajo porque sus heridas se habian abierto nuevamente atravesando las rocas agudas.....

Este jóven era Gabriel, sacerdote agregado á las misiones extranjeras é hijo adoptivo de la muger de Dagoberto.

Gabriel era sacerdote y mártir... porque en nuestros dias tambien hay mártires como en los tiempos en que los Césares entregaban los primeros cristianos á los tigres y á los leones del circo.

Porque en nuestros dias los hijos del pueblo, porque siempre salen de él los sacrificios heroicos y desinteresados; los hijos del pueblo impelidos por una vocacion santa como todo lo que es sincero y natural, van á todas las partes del mundo á intentar la propagacion de su fé y arrostrar los tormentos y la muerte con un ingenuo valor.

Cuántos hijos del pueblo víctimas del furor de los bárbaros, han perecido oscuros é ignorados en medio de las soledades de ambos mundos!.. y para estos, simples soldados de la cruz que soló tienen su creencia y su valerosa intrepidez, jamas hay á la vuelta (y raramente vuelven) jamas hay para ellos productivas y suntuosas dignidades eclesiasticas. Jamas la púrpura ó la mitra cubren las cicatrices de su frente..... ni sus mutilados miembros..... lo mismo que la mayor parte de los simples soldados, mueren en el olvido. (1)

Llevadas de su ingenua gratitud las hijas del general Simon despues de recobrar sus sentidos, no habian querido ceder á nadie el cuidado de sostener la marcha vacilante del que acababa de librarlas de una muerte cierta.

Los vestidos negros de Rosa y de Blanca chorreaban agua; sus pálidos semblantes anunciaban un dolor profundo: lágrimas recientes humedecian todavia sus mejillas; con los ojos tristes, abatidos y tem-

(1) Siempre recordaremos con emocion el final de una carta escrita hace dos ó tres años por uno de estos jóvenes y valerosos misioneros, hijo de un pobre labrador de la Beame: escribia á su madre desde el interior del Japon, concluyendo asi su carta:
«Adios madre mia: dicen que hay grandes peligros en el punto á donde me envian...
»Rogad á Dios por mí, y decid á nuestros buenos vecinos que los amo y que muy á menudo pienso en ellos.»

Esta sencilla recomendacion dirigida desde el centro del Asia á unos pobres habitantes de una aldea de Francia; ¿no es acaso muy interesante por su misma sencillez?

blando de emocion y de frio, las huérfanas pensaban con desesperación en que no volverian á ver á Dagoberto su guia..... su amigo..... porquè á él era á quien Gabriel habia tendido en vano la mano para ayudarle á subir las rocas: desgraciadamente las fuerzas faltaron á ambos..... y el soldado se vió arrastrado por el retroceso de una ola.

La vista de Gabriel causó una nueva sorpresa de emocion á Mr. Rodin que se habia apartado á un rincon de la sala para poder con mas libertad examinar todo cuanto pasaba; pero aquella sorpresa fue agradable..... esperiméntó tanta alegria al ver al misionero salvado de una muerte segura, que la impresion cruel que le habia causado la vista de las hijas del general Simon, se mitigó algun tanto, (porque se recordará que para los proyectos de Mr. Rodin era menester que Gabriel se hallase en París el dia 13 de febrero.)

El administrador y su muger profundamente conmovidos á la vista de las dos huérfanas, se acercaron á ellas con ternura.

—Señor, señor!... buenas noticias!—esclamó uno de los criados entrando en la sala—dos náufragos mas se han salvado!

--Dios sea alabado! Dios sea bendito!--dijo el misionero.

—Donde estan?—preguntó con ansia el administrador dirigiéndose hácia la puerta.

—Hay uno que puede andar y viene ahí conducido por Justino.... el otro se ha herido en la cabeza contra las rocas y lo traen en una camilla improvisada con ramas de árboles.....

--Voy á hacerlo colocar en la sala baja—dijo el administrador saliendo—y tu muger, cuida de estas señoritas.

—Y el náufrago que viene por sí solo? donde está?—preguntó la muger de Dupont.

--Miradlo—contestó el criado señalando á un hombre que se adelantaba rapidamente por la galeria. En el momento que supo que estas dos señoritas se habian salvado..... aunque viejo y herido en la cabeza..... ha andado tan aprisa, que me ha costado mucho trabajo adelantarme.

Apenas el mozo habia acabado de pronunciar estas palabras cuando Rosa y Blanca levantándose por un movimiento espontáneo se arrojaron precipitadamente hácia la puerta.

Llegaron á ella al mismo tiempo que Dagoberto.

El soldado sin poder articular una sola palabra, cayó de rodillas sobre el suelo tendiendo sus brazos hacia las hijas del general Simon..... mientras que *Mal-genio* saliendo á su encuentro les lamia cariñosamente las manos.....

Pero aquella emocion era demasiado violenta para Dagoberto.....

asi que estrechó entre sus brazos á las huérfanas inclinó hácia atras su cabeza, y hubiera caido de espaldas á no ser por el auxilio de la genté de la casa. A pesar de las reflexiones de la muger del administrador, acerca de su debilidad y emocion, las dos jóvenes quisieron acompañar á Dagoberto desmayado, á quien condugeron á una pieza inmediata.

La cara de Rodin se contrajo todavia mas violentamente á la vista del soldado, porque hasta entonces habia creido muerto al guia de las hijas del general Simon.

El misionero exámine, permanecia apoyado en una silla sin haber descubierto todavia á Mr. Rodin.

Un nuevo personage, un hombre de tez cobriza y descolorida, entró en el aposento acompañado de un criado, el cual con una seña le mostró á Gabriel.

Este hombre á quien habian prestado una levita y un pantalon de labrador, se acercó al misionero y le dijo en francés pero con un acento estrangero:

—Acaban de traer aqui al príncipe Djalma... La primera cosa que ha hecho ha sido llamaros.

—Qué dice este hombre?—esclamó Mr. Rodin con voz de trueno.... porque al nombre de Djalma se habia puesto de un salto junto á Gabriel.

—Mr. Rodin!...

Esclamó el misionero dando un paso atras.

—Mr. Rodin!...

Esclamó tambien el otro náufrago que ya desde aquel momento no apartó la vista un instante del corresponsal de Josué.

—Vos aquí.... señor—dijo Gabriel acercándose á Rodin con muestras de deferencia y de temor.

—Qué os ha dicho ese hombre?—repitió Rodin con voz alterada.—No ha pronunciado el nombre de Djalma?

—Si señor. El príncipe Djalma es uno de los pasajeros del buque inglés que venia de Alejandria y en el que hemos naufragado... Esta embarcacion tocó en las islas Azores donde yo me hallaba á la sazón: debiendo el buque que me trajo de Charlestown permanecer mucho tiempo en aquella isla con motivo de sus grandes averias, me embarque en el *Black-Eagle*, en donde venia el príncipe Djalma y nos dirigimos á Portsmouth, desde donde era mi intencion venir á Francia.

Rodin no se cuidaba de interrumpir á Gabriel, porque el nuevo golpe que acababa de sufrir, habia paralizado su pensamiento. En

fin, como un hombre que ensaya el último esfuerzo aunque conoce de ante mano su inutilidad, dijo á Gabriel.

—¿Sabeis quién es el príncipe Djalma?

—Si señor. Un jóven tan bondadoso como arrojado... hijo de un rey indio despojado de su territorio por los ingleses.

Luego volviéndose hácia el otro náufrago, el misionero le preguntó con interés:

—¿Cómo está el príncipe? Son peligrosas sus heridas?

—Tiene contusiones bastante grandes, pero no son mortales.—Contestó el otro.

—Dios sea alabado!—añadió el misionero, dirigiéndose á Mr. Rodin.—Veñ aquí otro náufrago salvado.

—Tanto mejor!—respondió este con un tono breve é imperioso.

—Voy á verlo—le dijo Gabriel con sumision.—No teneis ninguna órden que darme?

—Os hallareis en disposicion de marchar dentro de dos ó tres horas á pesar de vuestro cansancio?

—Si es menester... sí.

—Es indispensable... os vendreis conmigo?

Gabriel inclinó humildemente la cabeza saludando á Rodin, que cayó abatido sobre una silla, en tanto que el misionero salia con el criado.

El hombre de la tez cobriza, habia permanecido en un extremo de la sala sin que Rodin hubiera fijado en él la vista.

Este hombre era Faringhea el mestizo, uno de los tres gefes de los estranguladores, que se habia librado de la persecucion de los soldados en las ruinas de Tchandi, sin que Djalma hubiera llegado á verlo; despues de haber asesinado al contrabandista Mahal, le habia robado sus despachos escritos por Mr. Josué Van-Daël con direccion á Rodin, asi como tambien la carta, con la cual debia ser recibido como pasajero á bordo del *Rayter*. Djalma, al encontrar á Faringhea á bordo despues de su evasion (que se esplicará mas adelante) é ignorando que pertenecia á la secta de los Phansegars, le habia tratado durante la travesía como á un compatriota.

Rodin con la vista fija y centelleante, el semblante lívido, royéndose las uñas con una rabia muda, no habia observado al mestizo hasta que despues de habersele acercado silenciosamente, le puso con familiaridad la mano sobre el hombro diciendole:

—Os llamis Rodin?

—¿Qué quereis?—preguntó este estremeciéndose de sorpresa y levantando bruscamente la cabeza que tenia caida sobre el pecho.

—Os llamo Rodin—repitió Faringhea.

—Sí... qué queréis?...

—Vivis en la calle Milieu des Ursins, en París?

—Sí.... pero que queréis?...

—Nada... ahora, hermano... despues mucho...

Y Faringhea se alejó á pasos lentos, dejando á Rodin espantado... porque este hombre que no temblaba de nada, habia quedado sorprendido al ver la mirada siniestra y el aspecto sombrío del estrangulador.





CAPÍTULO X.

EL VIAGE Á PARÍS.



El mas completo silencio reinaba en el palacio de Cardoville; la tempestad se habia calmado poco á poco; solo se oia á lo lejos el ruido de las olas estrellándose pesada y sordamente en la costa.

Djalma y las huérfanas habian sido instaladas en las habitaciones abrigadas y cómodas del piso principal del palacio.

Djalma bastante mal herido para que le pudieran subir por la escalera habia quedado en una sala baja. En el instante del naufragio una madre desconsolada, le habia confiado á su hijo: en vano luchó por arrancar á la criatura de las garras de una muerte cierta; este deseo entorpeció sus movimientos y el jóven indio fue arrojado, casi despedazado, contra las rocas.

Faringhea que habia sabido convencerlo de su afecto, quedó en la habitacion de Djalma para velarlo.

Gabriel despues de haberle dirigido algunas palabras de consuelo, volvió al aposento que le habia sido destinado; fiel á la promesa que hizo á Rodin de estar dispuesto á ponerse en camino al cabo de dos horas, no quiso acostarse, y en cuanto se secó un poco la ropa, dur-

mióse en un sillón de espaldar alto, colocado cerca de la chimenea, en la que ardía una buena lumbre.

Este aposento estaba muy próximo al que ocupaban Dagoberto y las dos huérfanas.

Mal-genio, probablemente lleno de confianza en un parage tan seguro como el palacio, había abandonado la puerta de Rosa y de Blanca, para venir á calentarse y tenderse delante de la chimenea, cerca de la cual estaba durmiendo el misionero.

El perro con el hocico apoyado en sus patas estendidas, gozaba por fin de un rato de tranquilidad despues de haber atravesado tantas tierras y tantos mares. No nos atrevemos á afirmar que pensase habitualmente mucho en el pobre viejo *Jovial*, á menos que no se tome por recuerdo, la irresistible necesidad que sentía de morder á todos los caballos blancos que desde la muerte de su venerable compañero encontraba, el que hasta entonces había sido el mas inofensivo de los perros para con los caballos de cualquier color.

Al cabo de algunos instantes abrióse la puerta de este aposento y entraron con timidez las dos hermanas, que despues de haberse vestido y descansado un rato, se sentían inquietas acerca del estado de Dagoberto, á pesar de que la muger del administrador les había dicho al conducir las á su aposento, que el médico de la aldea no encontraba ninguna gravedad en la herida del soldado. Sin embargo, salieron de su habitación para informarse, entrando en el cuarto de Gabriel.

El alto respaldo del antiguo sillón en que dormía, lo ocultaba completamente; pero las huérfanas viendo á *Mal-genio* tendido tan pacíficamente al lado del sillón, creyeron que era Dagoberto y se acercaron de puntillas.

Grande fue su admiración al ver á Gabriel dormido. Se quedaron estupefactas, inmóviles, no atreviéndose ni á alejarse ni á acercarse mas por temor de despertarle.

Los largos y rubios cabellos de Gabriel estando ya secos, se rizaban naturalmente al rededor de su cuello y hombros: la palidez de su semblante resaltaba sobre el color de púrpura oscuro del damasco del forro del sillón: el rostro hermoso de Gabriel espresaba entonces una melancolía amarga, bien á causa de alguna impresión penosa ó bien porque tuviese la costumbre de sofocar sus dolorosos sentimientos en tanto que dormía; sin embargo, aunque con esta apariencia de tristeza sus facciones conservaban su carácter de angelical dulzura y su indefinible atractivo... Porque nada hay mas tierno en el mundo que la bondad que padece.

Las dos jóvenes bajaron los ojos, se sonrojaron espontaneamente y cambiaron una mirada algo inquieta, mostrándose despues una á otra el misionero dormido.

--Está durmiendo hermana mia...—dijo Rosa en voz baja.

--Mejor...—contestó Blanca en el mismo tono y haciendo una señal de inteligencia—con eso podremos contemplarlo con mas libertad.....

--Al venir de la playa no nos atreviamos....

--Mira... qué fisonomía tan dulce!...

--Cómo se parece al que hemos visto cuando soñabamos!..

--Decia que nos protegeria...

--Y esta vez tampoco ha faltado.

--Ahora podemos mirarlo despiertas.

--No es como en la cárcel de Leipsick... en aquella noche tan oscura.

--El es quien tambien esta vez nos ha salvado.

--Ah! sin su socorro... hubieramos perecido.

--Pero no te parece hermana mia, que cuando lo veiamos en nuestros ensueños, su semblante estaba iluminado por una luz muy suave?

--Si... por una luz que casi nos deslumbraba.

--Y ademas no tenia ese aire de tristeza.

--Eso será sin duda porque entonces venia del cielo, y ahora está en la tierra.

--Tenia entonces una cicatriz tan encarnada en la frente?

--Oh, no, no. La hubieramos visto.

--Y sus manos?... mira... tambien tienen la misma cicatriz.

--Es verdad... pero si está herido no podrá ser un angel.

--Por qué no hermana mia, si ha recibido estas heridas queriendo impedir el mal ó evitando alguna desgracia, como ha sucedido al libertarnos del naufragio?

--Tienes razon: si no se espusiera á los peligros por los beneficios que hace, seria menos sublime.....

--Qué lástima que no abra los ojos!

--Qué dulce y qué tierna es su mirada!

--Por qué no nos habra hablado de nuestra madre, cuando hemos venido con él hasta el palacio?

--Como no estabamos solas con él... no habra querido.

--Si le rogáramos que lo hiciera...

Y al decir estas palabras las huérfanas se miraron como preguntándose con una sencillez encantadora: sus hermosas megillas se cubrieron de un ligero encarnado, y su seno virginal palpité con una dulce agitacion, bajo sus negros ropages.

—Tienes razon... roguemosle.

—Dios mio!.. ¿No sientes querida hermana como late *nuestro* co-
razon?—dijo Blanca no dudando que el seno de su hermana experi-
mentaba todo lo que ella sentia.—Y qué agradables son estos latidos!..
parece que nos anuncian algun acontecimiento feliz.

Las dos hermanas despues de haberse aproximado mas al sillon, se
arrodillaron con las manos juntas, una á cada lado del sacerdote.



Era un cuadro encantador.

Levantando hácia Gabriel sus rostros adorables, dijeron en voz
baja,] muy baja, con un acento tan puro y tan dulce como sus hermo-
sos semblantes de quince años:

—Gabriel, habládnos de nuestra madre!

A esta voz el misionero hizo un ligero movimiento, entreabrió los ojos y bajo la impresion de ese estado vago y soñoliento que precede al despertar completamente, sin entender apenas lo que veia, tuvo un momento de placer al verse rodeado por aquellas dos figuras angelicales, que vueltas hácia él le llamaban tan dulcemente.

—Quién me llama?—dijo al fin despertándose y levantando la cabeza.

—Nosotras:

—Nosotras. Rosa y Blanca.

Entonces se ruborizó Gabriel, porque reconoció las dos jóvenes á quienes habia salvado.

—Levantaos, hermanas mias...—les dijo.—Nadie debe arrodillarse sino en la presencia de Dios.

Las huérfanas obedecieron, poniéndose á su lado asidas de las manos.

—Cómo sabeis mi nombre?—les preguntó sonriendo.

—Oh?... no le hemos olvidado.

—Y quién os lo ha dicho?

—Vos.

—Yo?

—Sí, cuando vinisteis de parte de nuestra madre...

—Y nos digisteis que ella os enviaba para protegernos siempre:

—Yo!... hermanas mias...—replicó Gabriel no comprendiendo las palabras de las huérfanas...—os equivocais... no os he visto hasta hoy.

—Y en nuestros sueños.

—Sí: en nuestros sueños... No os acordais?

—En Alemania.... hace tres meses la primera vez..... Mirádnos bien....

Gabriel no pudo contener una sonrisa, al ver la candidez y la inocencia de Rosa y de Blanca, que le pedian se acordase de un sueño que ellas habian tenido: luego repitió mas sorprendido cada vez.

—En vuestros sueños decis?....

—Sí... cuando nos dabais tan buenos consejos....

—Y tambien cuando estabamos tan tristes en la cárcel de Leipsick en aquella noche tan oscura... que no pudimos veros.....

—A mí!

—No fuisteis vos quien nos libértó de la cárcel?...

—Yo?

—Quien sino vos hubiera venido á nuestro socorro y al de nuestro amigo?

—Bien le decíamos nosotras, que le amaríais porque él nos amaba!... *¿* que no quería creer en los ángeles.

—Y esta mañana... aun en medio de la tempestad, casi no teníamos miedo.

—Porque os esperábamos.

—Esta mañana..... sí, hermanas mías, Dios me ha concedido la gracia de enviarme en vuestro socorro; venía de América..... pero nunca he estado en Leipsick..... no soy yo quien os ha librado de la cárcel.... Decidme hermanas mías....—añadió sonriéndose con la mayor dulzura—quien creéis que soy yo?

—Un ángel bueno á quien hemos visto ya en sueños, y que nuestra madre ha enviado desde el cielo para protegernos.....

—No, hermanas mías, no. Yo no soy mas que un pobre sacerdote..... La casualidad hace sin duda que me parezca al ángel que habéis visto en sueños... y que solo en sueños podeis ver..... porque no hay ángeles visibles para nosotros.

—No hay ángeles visibles!...—esclamaron á la vez las dos huérfanas con tristeza.

—Eso no importa, mis queridas hermanas—dijo Gabriel cojiéndolas sus manos.—Los ensueños como todas las cosas del mundo, vienen de Dios..... Puesto que la memoria de vuestra madre estaba unida á este..... bendecidlo con doble motivo.

En este instante la puerta se abrió y apareció Dagoberto.

Hasta entonces las huérfanas con su sencilla satisfaccion de verse protegidas por un arcángel, habian olvidado que la muger de Dagoberto habia adoptado un niño abandonado que se llamaba Gabriel y que era sacerdote misionero.

A pesar de que Dagoberto se empeñó tenazmente en sostener que su herida era una *herida blanca* (para servirse de las palabras del general Simoon) tuvo que acceder á que el médico del pueblo le curase; una venda negra le cubria la mitad de la frente y aumentaba mas y mas la natural seriedad y aire estrambótico de su aspecto.

Al entrar en el aposento de Gabriel se sorprendió, viendo que un desconocido tenia familiarmente las manos de las dos jóvenes entre las suyas. Esta admiracion se concibe naturalmente; Dagoberto ignoraba que el misionero habia salvado á las huérfanas y tratado de socorrerle á él.

Aquella misma mañana, en tanto que luchaba con las olas procurando en vano agarrarse á las rocas, el soldado apenas habia visto á Gabriel en el instante en que este despues de haber librado á las

jóvenes, trataba aunque inutilmente de prestarle socorro. Cuando despues del naufragio Dagoberto habia encontrado á los náufragos en el salon del palacio, tuvo, segun se ha dicho, un completo desmayo, causado por la fatiga, la emocion y las consecuencias de su herida; en aquel momento tampoco habia podido ver al misionero.

Así fue que Dagoberto al contemplar aquella escena comenzó á fruncir sus cejas encanecidas bajo su venda negra: estrañaba el ver á un desconocido tan familiar con Rosa y Blanca cuando estas corrieron á precipitarse en sus brazos llenándole de caricias filiales. Su resentimiento se disipó al instante con estas pruebas de afecto, sin embargo que de vez en cuando arrojaba alguna furtiva y severa mirada sobre Gabriel que se habia levantado y cuyo rostro no distinguia con claridad.

—Y tu herida?—le preguntó Rosa con el mayor interés.—Nos han dicho que no era muy peligrosa.

--Te duele mucho?—añadió Blanca.

—No hijas mias; sino que el médico de la aldea se ha empeñado en ponerme esta venda como si hubiera recibido en la cabeza un diluvio de sablazos: al verme tan vendado tal vez me tomen por un viejo delicado y aprensivo, cuando esto no es mas que una herida blanca que me dá gana de.....

El soldado al decir estas palabras llevó la mano á la venda, pero asiéndole Rosa por el brazo, le dijo:

—Quieres estarte quieto?... Qué poco razonable eres á pesar de tus años!...

—Bueno, bueno; no me riñais.... haré todo lo que quisierais... no me quitaré la venda.

Despues llevándose á las huérfanas á un extremo de la sala les dijo en voz baja y señalándoles al misionero con una mirada de reojo:

—¿Quién es ese señor que os tomaba las manos cuando yo entré?.. tiene aire de cura.. ya veis hijas mias que es menester tener cuidado.

—El?—esclamaron á un mismo tiempo Rosa y Blanca volviéndose hácia Gabriel.—Piensas tu que sin él nos abrazarias en este momento?

—Qué decís?

—Es nuestro angel guardian—repuso Blanca.

—Sin su auxilio hubieramos perecido esta mañana entre las rocas.

—Fue él..... quien?..

Dagoberto no pudo decir mas.

Con el corazon henchido de emocion y los ojos húmedos se dirigió al misionero y exclamó tendiéndole los brazos con un acento de gratitud imposible de describir.

—Señor, os debo la vida de estas niñas..... sé muy bien á cuanto me obliga este deber... nada mas os digo porque esto lo dice todo...

Pero herido en aquel momento como por un recuerdo vago y repentino exclamó:

—Pero aguardad..... cuando yo trataba en valde de agarrarme á las rocas. ... para no ser arrastrado por las olas... ¿no fuisteis vos quien me tendisteis la mano?... Sí, vuestra cabellera rubia.... vuestro rostro me lo aseguran... Sí... ahora os reconozco....

—Por desgracia las fuerzas me faltaron..... y tuve el sentimiento de veros caer otra vez en el mar.

—Nada mas tengo que añadir para daros gracias que lo que os he dicho hace poco—contestó Dagoberto con una sencillez que enternece.—Conservándome estas niñas habiais hecho ya mas que si me hubierais salvado la vida..... Pero qué valor!.. qué corazón!.. y tan jóvenes todavia!.. con el rostro de una doncella!...

—Conque tambien ha procurado salvarte á tí nuestro Gabriel?—dijo Blanca con alegría.

—Gabriel!...—repuso Dagoberto interrumpiendo á Blanca y dirigiéndose al misionero.—Os llamais Gabriel?—Sí señor.

—Y sois sacerdote?...—añadió.

—Sacerdote de las misiones estrangeras.

—Y quien os ha criado?—preguntó el soldado cuya admiracion crecia por momentos.

—Una virtuosa y generosa muger á quien venero y veneraré siempre como la mejor de las madres..... porque ella se compadeció de mí..... niño abandonado, y me ha tratado como á un hijo.

—Francisca..... Baudoin?... No es verdad?—preguntó el soldado profundamente conmovido.

—Sí—respondió Gabriel, admirado tambien á su vez.....—pero como sabeis?...

—La muger de un soldado?—añadió Dagoberto.

—Sí..... de un valiente soldado que con la lealtad mas admirable..... pasa su vida en el destierro..... lejos de su muger..... lejos de su hijo, mi buen hermano..... porque me glorio de llamarlo así...

—Mi Agricol..... mi muger..... Cuanto tiempo hace que os separasteis de su lado?

—Seriais vos el padre de Agricol!... Oh!... yo no sabia hasta este momento toda la gratitud que debo al cielo—dijo Gabriel juntando las manos.

—Y mi muger?... y mi hijo?...—añadió Dagoberto con voz trémula—Como están?.. teneis noticias suyas?...

—Las que he recibido hace tres meses eran satisfactorias.

—No, no..... es demasiado alegría—esclamó Dagoberto—es demasiada!...

Y el veterano no pudo continuar porque las emociones le sofocaban las palabras.

Entonces fue cuando Rosa y Blanca recordaron la carta de su padre acerca de un niño abandonado llamado Gabriel, que habia adoptado la muger de Dagoberto, y prorrumpieron en sollozos ingenuos.

—Nuestro Gabriel es tambien el tuyo... es el mismo?... que felicidad!..—esclamó Rosa.

—Sí, mis queridas niñas, es vuestro como mio!... Cada uno de nosotros tiene su parte en él.—Y luego dirigiéndose á Gabriel añadió con efusion.—Tu mano..... otra vez tu mano..... jóven intrépido..... por vida mia, qué diablos..... te tuteo, puesto que eres hermano de Agricol.

—Ah señor!.. cuanta bondad!...

—Eso es; dame las gracias, despues que á tí te lo debemos todo.

—Y sabe mi madre adoptiva vuestra llegada?—dijo Gabriel para libertarse de las alabanzas del soldado.

—Hace unos cinco meses que la escribí diciéndola que venia solo... á causa... pero ya te lo explicaré despues. Dime, continua viviendo en la calle de Brise-Míche? Allí fue donde nació mi Agricol.

—Siempre vive allí.

—En ese caso habrá recibido mi carta. Yo hubiera querido escribirle desde la carcel de Leipsick, pero me fue imposible.

—Desde la carcel?... pues qué, habeis estado preso?...

—Sí, vengo de Alemania por el Elba y por Hamburgo, y aun estaria en Leipsick á no ser por un acontecimiento que me hará creer de nuevo en el diablo..... pero en un diablo bondadoso.....

—Qué quereis decir?... no os entiendo, explicaos.....

—Dificil seria, porque no puedo explicármelo á mi mismo..... Estas dos niñas—dijo mostrando á Rosa y á Blanca—se creen mas adelantadas que yo en este punto, porque me están repitiendo sin cesar..... «Fue el arcangel Gabriel que vino en nuestro auxilio, Dagoberto..... Fue el arcangel, lo ves?... tu que decias que preferias á *Mal-genio* para defendernos.»

—Gabriel..... os estoy aguardando—dijo en este momento una voz seca que hizo estremecer al misionero.

Gabriel, Dagoberto y las huérfanas volvieron á un tiempo la cabeza.

Mal-genio empezó á gruñir.

Era Mr. Rodin que estaba de pie á la entrada de la puerta que daba á un corredor; sus facciones parecian tranquilas é impasibles, y dirigió una mirada rápida y escudriñadora, sobre el soldado y las dos hermanas.

—Quién es ese hombre?...—preguntó Dagoberto con cierta prevencion contraria hácia Mr. Rodin, en quien encontraba con razon, una fisonomía en extremo repugnante.—Qué diablos quiere?

—Me marchó con él—dijo Gabriel con una espresion marcada de tristeza y violencia. En seguida volviéndose hácia Mr. Rodin añadió.—Perdonad, señor: estoy pronto.

—Qué!... te vas?...—dijo Dagoberto estupefacto—en el momento en que nos encontramos?... no por cierto... no te iras.... tengo muchas cosas que decirte... y que preguntarte... Iremos juntos.

—Es imposible!..... es mi superior..... y no puedo dejar de obedecerle.

—Tu superior?... Está vestido de paisano.

—No está obligado á usar el hábito religioso.

—Bah! Bah!... puesto que no está de uniforme y en tu profesion no hay consejo de disciplina, envialo...

—Creedme, si en mi mano estuviera el permanecer aqui, no titubearia un momento.

—Con razon sentia yo alguna antipatía hácia ese hombre—dijo Dagoberto casi entre dientes; y luego añadió con una impaciencia pesadosa:—quieres que le diga yo que nos haria un gran favor en marcharse solo?

—No hagais nada, os lo suplico—replicó Gabriel—seria inutil..... conozco mis deberes... mi voluntad es la de mi superior. Cuando lleguéis á París, ire á veros asi, como á mi madre adoptiva y á mi buen hermano Agricol.

—Bien... como tu quieras. He sido soldado y sé lo que es la subordinacion—dijo Dagoberto reuniendo sus deseos.—Es preciso oponer un corazon fuerte á los golpes de la fortuna. Pasado mañana... por la mañana... en la calle de Brise Miche, jóven valiente, porque yo llegaré á París mañana. Dime; parece que tambien teneis en vuestra profesion una disciplina endiablada?

—Sí, muy grande, muy severa...—contestó Gabriel estremeciéndose y ahogando un suspiro.

—Vamos... abrázame... y bien pronto... antes de mucho tiempo... Veinte y cuatro horas pronto se pasan.

—Adios, adios!—dijo el misionero con voz conmovida abrazando al veterano.

—Adios Gabriel! añadieron las huérfanas suspirando tambien y saltándoseles las lagrimas.

—Adios hermanas mias—dijo Gabriel.

Y salió con Mr. Rodin que no habia perdido ni una palabra, ni un incidente de esta escena.

Dos horas despues, Dagoberto y las huérfanas dejaron el palacio para trasladarse á Paris, ignorando que Djalma quedaba en Cardoville imposibilitado por sus heridas de ponerse entonces en camino.

El mestizo Faringhea permaneció al lado del jóven príncipe, no queriendo, decia, abandonar á su compatriota.

.

Ahora conduciremos al lector á la calle de Brise Miche, habitacion de la muger de Dagoberto.





LA CALLE DE BRISE MICHE.

CAPÍTULO XI.

LA MUGER DE DAGOBERTO.



ESTAS escenas que vamos á referir pasan en París al otro dia del en que fueron recogidos los náufragos en el palacio de Cardoville.

Nada hay mas siniestro, mas sombrio que el aspecto de la calle de *Brise-Miche*, una de cuyas estremidades da á la calle de Saint Merry y la otra á la pequeña plaza del claustro cerca de la iglesia.

Por el lado de la plaza, esta callejuela que tiene á lo menos ocho pies de ancho, está metida entre dos altísimas paredes ennegrecidas, sucias y hundidas que la privan continuamente del aire y de la luz: escasamente en los dias mas largos del año puede el sol arrojar con dificultad algunos rayos. Asi que, durante los húmedos frios del invierno una neblina glacial y penetrante oscurece constantemente esta especie de pozo oblongo con el suelo fangoso.

Serian las ocho de la noche, cuando á la pálida claridad de un reverbero cuya oscilante luz penetraba apenas la niebla, se veian dos hombres parados en el ángulo de uno de aquellos muros enormes, que se hallaban embevidos en su conversacion.

—De manera,—decia el uno al otro—que estamos convenidos; permaneceris en la calle hasta que los hayais visto entrar en el número 5.

—Bien.

—Y despues que los hayais visto entrar, para aseguraros mas todavia, subireis al cuarto de Francisca Baudoin.....

—Con el pretexto de preguntar si vive allí la obrera jorobada; la hermana de esa muger apellidada la *reina Bacanal*.

—Muy bien. En cuanto á esta, tratad de saber donde vive por medio de la jorobada: esto importa mucho, pues como las mugeres de esta especie vuelan como las aves, se ha perdido el nido.

—Bien, bien. Haré cuanto esté de mi parte para que me diga donde está su hermana.

—Y para animaros yo os esperaré en la taberna que está frente á la iglesia y beberemos cuando volvais un vaso de vino caliente.

—Eso no puede rehusarse, porque esta noche hace un frio de todos los diablos.

—No me hableis de eso: esta mañana se helaba el agua en la pila y yo estaba tan tieso como una momia sentado sobre mi silla á la puerta de la iglesia..... Ay amigo mio, tambien tiene sus contras el oficio de repartidor de agua bendita!...

—Pero afortunadamente no deja de tener provechos.

—Eso sí.....

—Vamos..... no olvideis lo que os he dicho, número 5.... el portal estrecho al lado del tintorero.

—Ya, ya estoy.

Y los dos hombres se separaron.

El uno se dirigió á la plaza del Claustro, y el otro por el contrario hácia la estremidad de la calle que desemboca en la de Saint Merry: en cuanto halló el número de la casa que buscaba, casa alta y angosta, y de aspecto lobrego y triste como todas las de esta calle, comenzó á pasearse de arriba á bajo delante de la puerta.

Si la parte exterior de estas habitaciones era repugnante, todavia lo era mucho mas el interior, especialmente el de la casa número 5, que se encontraba casi en un estado de ruina y sobremanera desaliñada y sucia.

El agua que se rezumaba por las paredes, corria por la escalera

oscura y enlodada. En el descanso del segundo piso se habian puesto algunos puñados de paja para limpiarse los pies; pero aquella paja húmeda aumentaba el olor náuseabundo y desagradable que resulta de la falta de ventilacion, de la humedad y de las exalaciones pútridas de los pozos; porque solo penetraban allí la luz y el aire por algunas pequeñas aberturas practicadas en la pared.

En este barrio de París, uno de los mas populosos, aquellas casas oscuras, frias y malsanas, estan generalmente habitadas por la clase obrera que vive en ellas como hacinada.

La casa á que nos referimos era de este género.

Un tintorero habitaba el piso bajo: los miasmas de su tienda aumentaban la fetidez del edificio.

Algunos artesanos y obreros que trabajaban en sus aposentos, vivian en los pisos superiores, y la muger de Dagoberto, Francisca Baudoin, habitaba en el piso cuarto.

Una vela de sebo alumbraba esta humilde vivienda compuesta de una especie de gabinete y alcoba. Agricol ocupaba un pequeño desván ó buhardilla de la misma casa.

Un papel viejo de un color ceniciento, roto en varias partes por las aberturas que habia en las paredes, tapizaba esta habitacion. Véase un lecho apoyado en uno de los lienzos de la tapia; unas cortinillas fijas en un triángulo de hierro suplían los vidrios de la ventana; el pavimento sin encerar pero fregado, conservaba el color de los ladrillos; en uno de los rincones de este aposento, una estufa de hierro colado contenía una marmita en donde se guisaba la comida, y sobre una cómoda pintada de color de caoba, se veía una casa de hierro en miniatura, obra maestra de paciencia y habilidad, cuyas piezas todas habian sido hechas por Agricol Baudoin el hijo de Dagoberto.

Un crucifijo de yeso estaba colgado en la pared, rodeado de varios ramos benditos; algunas imágenes de santos groseramente iluminadas manifestaban claramente la devocion de la muger del soldado: uno de esos grandes armarios de nogal, tallados y ennegrecidos por los años, estaba colocado en el hueco de las dos ventanas; un antiguo sillón forrado con terciopelo verde de Utrecht (primer regalo de Agricol á su madre) algunas sillas de paja y una mesa para coser, en la que se veían muchos talegos de una tela gruesa y morena, completaban el mueblage de este aposento mal cerrado con una puerta carcomida. El gabinete inmediato contenía algunos enseres de cocina.

A pesar de lo triste y pobre que parecia el interior de esta habita-

cion, era sin embargo el de un corto número de artesanos que se llaman acomodados, porque la cama tenia dos colchones, sábanas blancas y una gruesa colcha de abrigo: el armario contenia alguna ropa blanca, y en fin la muger de Dagoberto ocupaba sola un aposento tan grande como los en que una de esas numerosas familias de artesanos honrados y trabajadores viven y duermen juntos generalmente, teniéndose por felices cuando pueden dar camas separadas á sus hijos de distinto sexo; felices cuando la colcha ó las sábanas no han sido empeñadas en el Monte de Piedad.

Francisca Baudoin sentada cerca de la pequeña estufa de hierro colado que en el tiempo húmedo y frio que reinaba daba demasiado poco calor á aquella habitacion mal cerrada, se ocupaba entonces en preparar la cena para su hijo Agricol.

Tendria esta muger unos cincuenta años de edad: vestia una almilla de indiana azul, sembrada de ramitos blancos y una falda de bayeta, rodeando su cabeza una cofia blanca que se ataba por bajo de la barba.

Su rostro estaba pálido y enjuto: sus facciones eran regulares y su fisonomía reflejaba la resignacion mas completa y una bondad singular. En efecto, con dificultad podria encontrarse una madre de familia mas trabajadora ni mejor, porque ella sin otro recurso que su trabajo, habia conseguido á fuerza de energia y de constancia criar no solamente á Agricol, sino tambien á Gabriel, pobre huérfano abandonado, y á quien su ardiente caridad le habia hecho recoger en su casa á pesar de la escasez de sus recursos.

En su juventud habia, por decirlo así, esta buena muger menguado su salud venidera por medio de doce años lucrativos á costa de un trabajo exagerado y de duras privaciones que le hacian casi homicida; porque entonces (y el jornal de aquella época era espléndido comparado con el de hoy) á fuerza de vigiliass y de una asidua aplicacion, Francisca habia logrado ganar alguna veces hasta cincuenta sueldos diarios, con los que habia atendido á mantener y educar á Agricol y á su hijo adoptivo.

Al cabo de estos doce años comenzó á perder la salud y á debilitarse sus fuerzas; pero tenia por lo menos el consuelo de que los dos jóvenes no habian carecido de nada y que habian recibido la educacion que el pueblo puede dar á sus hijos. Agricol entró de aprendiz en casa de Mr. Francisco Hardy, y Gabriel en un seminario bajo la activa proteccion de Mr. Rodin, cuyas relaciones con el confesor de Francisca Baudoin se habian hecho muy íntimas por el año de 1820, debiendo advertir que esta muger habia sido siempre de una pie-

dad poco ilustrada, pero sobremanera escesiva. Era uno de aquellos caracteres cuya sencillez y candor constituyen uno de esos mártires de abnegacion ignorados que rayan no pocas veces en el heroismo. Almas santas y sencillas en quienes el instinto del corazon suple á la inteligencia.

El único defecto, ó por mejor decir la única consecuencia reprehensible de este ciego candor, era la tenacidad invencible que Francisca presentaba en negarse á desobedecer la influencia de los consejos de su confesor, que estaba acostumbrada á sufrir por una larga y no interrumpida série de años, y que habia llegado ya á considerar como uno de los deberes mas venerables y sagrados: asi es, que ninguna consideracion humana hubiera podido impedirle el respetar y obedecer aquel influjo. Se hallaba esta muger tan obstinada en este punto, que hubiera sido imposible convencerla de lo contrario; su resistencia, su cólera, su ira era tan dulce como su carácter, tan tranquila como su conciencia, pero tambien... tan inexorable como ella.

En una palabra, Francisca Baudoin era uno de esos seres puros, ignorantes y crédulos que pueden á veces sin saberlo, llegar á ser instrumentos funestos y terribles en manos de gentes hábiles y peligrosas.

Hacia ya mucho tiempo que el mal estado de la salud de esta muger, y sobre todo la considerable debilidad de su vista le imponian un descanso forzado y apenas le consentian trabajar dos ó tres horas cada dia: lo demas del tiempo lo pasaba en la iglesia rezando.

Al cabo de algunos momentos Francisca se levantó, desocupó uno de los estremos de la mesa en que estaban los sacos de tela hasta de color ceniciento, estendió una servilleta y dispuso el cubierto de su hijo con un cuidado y una solícitud maternal. Dirigióse al armario y sacó en seguida un vaso de plata viejo y abollado, y un cubierto del mismo metal, pero tan desgastado con el uso, que la cuchara podia hacer el servicio de cuchillo: frotó todas estas prendas regalo de boda de Dagoberto, con un paño, y las colocó muy cuidadosamente junto al plato de su hijo.

Esto era todo lo que poseia de mas precioso, tanto por su valor como por los recuerdos que para ella tenia, habiendo derramado muy á menudo lágrimas amargas, cuando por enfermedad ó por falta de trabajo, habia sido preciso empeñar en el Monte de Piedad, aquel vaso y aquel cubierto sagrados para ella.

Tomó despues Francisca de la tabla inferior del armario, una botella de agua y otra de vino y las puso junto al plato de su hijo, volviéndose despues á cuidar de la cena.

No podía decirse todavía que Agricol tardaba en venir, y sin embargo, la fisonomía de su madre espresaba tanta inquietud como tristeza, notándose en sus ojos encendidos que habia llorado mucho.

La pobre muger despues de penosas y largas incertidumbres, acababa de adquirir la triste certeza de que su vista desde tanto tiempo antes debilitada, llegaria muy pronto á no permitirle trabajar ni aun las dos ó tres horas cada dia que tenia de costumbre.

Habia sido en un principio muy buena costurera de ropa blanca, pero á proporción que sus ojos se fatigaban, tuvo que ir gradualmente ocupándose en labores mas ordinarias, disminuyendo por consecuencia sus ganancias, hasta que al fin se habia visto obligada á coser sacos de forrage que tenian doce pies de costura y que la pagaban á dos sueldos cada uno, teniendo ella que poner el hilo. Esta labor era muy fatigosa y solo podia hacer tres sacos cada dia, de suerte que su jornal diario no pasaba de seis sueldos.

Se estremece la imaginacion, al pensar en el gran número de mugeres desgraciadas, cuyas privaciones, edad y enfermedades, han destruido sus fuerzas y debilitado su salud, hasta el punto de que todo el trabajo de que son capaces, apenas es bastante para proporcionarles diariamente una suma tan mezquina... Asi disminuye su jornal á las nuevas necesidades que la vejez y las enfermedades traen consigo.

Afortunadamente Francisca Baudoin, tenia en su hijo un fuerte apoyo. Agricol era un trabajador escelente que sabia aprovechar la justa reparticion de salarios y beneficios que ofrecia á sus dependientes Mr. Francisco Hardy; ganaba cinco ó seis francos diarios, es decir, doble de lo que ganaban los oficiales de los demas talleres: de manera que podian mantenerse con alguna decencia la madre y el hijo, aun suponiendo que la madre nada ganase.

Pero la pobre muger tan maravillosamente económica, que se negaba á sí misma lo necesario, se habia hecho ruinosamente pródiga para con la parroquia desde que la frecuentaba con tanta asiduidad.

Puede decirse que no pasaba un dia, sin que hiciese decir una ó dos misas y encender algunas velas, ya por Dagoberto de quien estaba separada hacia tantos años, ya por la salvacion de su hijo, á quien creia completamente en el camino de la perdicion. Agricol tenia un corazon tan bueno y tan generoso, amaba y veneraba tanto á su madre y el sentimiento que esta le inspiraba era tan respetuoso, que jamás se habia lamentado de que una gran parte de su salario (que entregaba escrupulosamente á su madre todos los sábados) se destinara á semejantes obras pias.

Solamente algunas veces habia observado á Francisca, pero del modo mas respetuoso y con la mayor ternura, que le apesadumbra-
ba verla padecer y sufrir tantas privaciones que su edad y el estado
de su salud hacian doblemente penosas, por dar la preferencia á esos
gastos devotos que miraba con tanta predileccion.

Pero, qué podia contestar, á aquella escelente madre cuando con
los ojos arrasados en lágrimas decia:

—Hijo mio: lo hago por la salvacion de tu padre y por la tuya.

El querer disputar con Francisca acerca de la eficacia de las misas
y de la influencia de las velas benditas, sobre la salvacion presente
y futura del viejo Dagoberto, hubiera sido promover una de aquellas
cuestiones que Agricol se habia prohibido suscitar por consideracion
á su madre y á sus creencias. Se resignaba por consecuencia, á no
verla gozar de todas las comodidades que él hubiera deseado.

A un golpecito que se sintió en la puerta, dado con suma disre-
cion, Francisca respondió:

—Adentro.

En seguida entró una persona.





CAPÍTULO XII.

LA HERMANA DE LA REINA BACANAL.



A persona que entró en la habitación de la muger de Dagoberto, era una jóven de diez y ocho años de edad, de corta estatura y estremadamente contrahecha: sin ser enteramente jprobada, tenia el talle muy alto, la espalda encorvada, el pecho hundido y la cabeza profundamente metida entre los hombros: su cara bastante regular, larga, delgada, muy pálida y pintada de viruelas, espresaba una grande dulzura y no menos tristeza: sus ojos azules tenian una mirada de inteligencia y bondad. Por un singular capricho de la naturaleza, la muger mas linda del mundo, hubiera envidiado su larga y magnífica cabellera negra, que se retorcia en una trenza detrás de su cabeza.

Llevaba un viejo canastillo en la mano, y aunque miserablemente vestida, el aseo y la compostura de su traje luchaban en cuanto era posible con una escesiva pobreza: á pesar del frio, vestia un traje de indiana de un color indefinible sembrado de manchas blancuecinas que por efecto de las muchas lavaduras no solo habia perdido su color primitivo, sino que tambien el dibujo habia completamente desaparecido.

En el rostro sufrido y resignado de esta desventurada criatura se leía el hábito de todas las miserias, de todas las penas y de todas las humillaciones: perseguida por la burla desde su triste nacimiento, siendo como ya hemos dicho terriblemente contrahecha, á consecuencia de una locucion vulgar y proverbial se la habia bautizado con el nombre de la *Mayeux* (1) y todos encontraban tan natural y tan á la mano este nombre grotesco que la recordaba á cada instante su enfermedad, que arrastrados por la costumbre Francisca y Agricol tan compasivos para con ella como burlones para con todos los demas, no la llamaban nunca de otro modo.



La Mayeux, porque tambien nosotros la apellidaremos asi en adelante, habia nacido en la misma casa que habitaba la muger de Dagoberto hacia mas de veinte años, y se habia criado y educado por decirlo asi, con Agricol y Gabriel.

Hay algunos pobres seres fatalmente destinados á la desgracia. La *Mayeux* tenia una hermana muy bonita para quien Perrine Soliveau su

(1) Mr. *Mayeux* era un personaje ridículo y estremadamente contrahecho, de quien se hicieron en Francia un sin número de caricaturas.

(N. del traductor.)

madre comun, viuda de un comerciante arruinado, habia reservado su ciega y absurda ternura no teniendo para la hija desgraciada otra cosa que desdenes y crueldades. Esta infeliz cuando se veia maltratada venia á llorar con Francisca que la consolaba, y para distraerla de sus penas, la enseñaba de noche á leer y á coser:

Acostumbrados con el ejemplo de su madre á la conmiseracion, Agricol y Gabriel en lugar de imitar á los demas muchachos, bastante inclinados á burlarse y á atormentar á la Mayeux y á veces hasta á pegarla, la amaban, la protegian y la defendian.

Quince años tenia y su hermana Cephisa diez y siete, cuando murió su madre dejándolas á ambas en la mas espantosa miseria.

Cephisa era inteligente, altiva, diestra: pero al contrario de su hermana tenia una de esas naturalezas vivaces, inquietas y volubles en las que hay una superabundancia de vida que necesita aire, movimiento, placeres: era buena hija á pesar de lo estupidamente mimada que habia sido por su madre.

Cephisa en un principio dió oídos á los sabios consejos de Francisca; se reprimió, aprendió á coser y trabajó al lado de su hermana por espacio de un año: pero incapaz de resistir mas largo tiempo á las atroces privaciones que le imponia la mezquindad de su salario, á pesar de su asiduidad, privaciones que llegaban hasta el punto de hacerla pasar hambres y frios, Cephisa jóven, linda, ardiente, rodeada de seducciones y de ofertas brillantes..... brillantes para ella, pues se reducian á procurarle de comer y no sufrir el frio, á estar decentemente vestida y no trabajar quince horas diarias en un desvan oscuro y mal sano, Cephisa escuchó los votos de un escribiente de procurador que la abandonó luego: despues contrajo amistad con un dependiente del comercio, que instraída por el ejemplo, dejó á su vez por un comisionista... que abandonó por otros favoritos.

Para abreviar, entre abandonos y cambios al cabo de unos dos años Cephisa llegó á ser el ídolo del mundo de las grisetas, de los estudiantes y escribientes adquiriendo tal reputacion en los bailes de las barreras, por su carácter decidido, por su espíritu verdaderamente original, por su ardor infatigable para todos los placeres y sobre todo por su alegría loca y bulliciosa, que fue unánimemente apellidada con el título de *Reina Bacanal*, mostrándose en todo digna de esta ruidosa soberanía.

Desde esta brillante aclamacion la pobre Mayeux no habia logrado oír hablar de su hermana sino á largos intervalos; aunque no por eso dejaba de sentir su estravio, en medio del asiduo trabajo que apenas le daba un producto de *cuatro francos* por semana.

La pobre jóven habiendo aprendido á coser por medio de Francisca, hacia camisas gruesas para el pueblo ó para el ejército, que se las pagaban á *tres francos la docena*, siendo de su obligacion el coserlas, ajustar los cuellos, hacer los ojales y pegar los botones, de modo que apenas podia trabajando quince horas diarias, concluir catorce ó diez y seis camisas en ocho dias.

Resultado que le daba un término medio de trabajo, un salario de *cuatro francos* por semana.

Y esta desgraciada jóven no se encontraba en un caso escepcional ó incidental.

No... millares de obreras no tenian entonces, no tienen hoy dia un salario mayor.

Y esto porque la remuneracion del trabajo de las mugeres es una injusticia bárbara, salvage: se las paga con dos terceras partes menos que á los hombres que se ocupan igualmente en la costura, tales como los sastres, los guanteros etc. etc. sin duda porque las mugeres trabajan tanto como ellos... Sin duda porque las mugeres son débiles, delicadas y que á menudo la maternidad viene á aumentar sus necesidades.

La Mayeux vivia pues, con CUATRO FRANCOs POR SEMANA.

Vivia... es decir que trabajando con ardor doce ó quince horas cada dia, lograba no morirse enteramente de hambre, de frio y de miseria, tantas eran las terribles privaciones que sufría.

Privaciones... no!

Privacion explica mal esta carencia continua, terrible, de todo lo que es absolutamente indispensable para el cuerpo, la salud y la vida que Dios le ha dado; á saber: un albergue saludable, un alimento sano y nutritivo y un vestido que abrigue...

Mortificacion explicaria mejor la falta completa de todas las cosas esencialmente necesarias para la vida que una sociedad equitativamente organizada deberia, sí, forzosamente deberia proporcionar á todo trabajador activo y probo, puesto que la civilizacion lo ha despojado de todo derecho y que nace sin mas patrimonio que sus brazos.

El salvage no goza de las ventajas de la civilizacion, pero al menos tiene para alimentarse los animales de los campos y del aire, el pescado de los rios, los frutos de la tierra y por albergue los árboles de los grandes bosques.

El hombre civilizado desheredado de estos dones de Dios, el civilizado que considera la propiedad como inviolable y sagrada, puede en cambio de su trabajo cotidiano que enriquece al pais, pedir

un salario suficiente para vivir saludablemente, nada mas ni menos.

Por qué es vivir por ventura el arrastrarse sin cesar sobre ese límite estremo, que separa la vida del sepulcro, luchar continuamente contra el frio, el hambre y la enfermedad?

Y para demostrar hasta donde puede llegar esta *mortificación*, que la sociedad impone inexorablemente á miles de seres, honrados y laboriosos, por su implacable indiferencia hácia todas las cuestiones relativas á la justa remuneracion del trabajo, vamos á relatar de qué manera puede subsistir una pobre jóven, con *cuatro francos* por semana.

Quizás entonces se agradecerá á tantas infortunadas criaturas, que soporten con resignacion esta horrible existencia, que les dá la justa cantidad de vida para sobrellevar todos los dolores de la humanidad.

Si, vivir á este precio... es una virtud: una sociedad organizada de esta manera, que tolera ó impone tantas miserias, pierde el derecho de culpar á las desgraciadas que se venden, no por corrupcion sino casi siempre porque tienen frio, porque tienen hambre.

He aquí como vivia esta jóven, con sus cuatro francos por semana:

Tres quilógramos de pan de segunda clase, ochenta y cuatro céntimos.

Dos cubas de agua, veinte céntimos.

Grasa ó sebo (porque la manteca es demasiado cara), cincuenta céntimos.

Sal morena, siete céntimos.

Carbon, cuarenta céntimos.

Un litro de legumbres secas, treinta céntimos.

Tres litros de patatas, veinte céntimos.

Luz, treinta y tres céntimos.

Hilo y agujas, veinte y cinco céntimos.

—Total, tres francos y nueve céntimos.

En fin, para economizar el carbon, la Mayeux preparaba una especie de sopa solamente dos ó tres veces por semana, en una estufa que pasaba por el corredor del cuarto piso. Los demas dias la comia fria.

Quedaba pues á la Mayeux para alojarse, vestirse y calentarse, noventa y un céntimos por semana. (1.)

(1) Algunos de estos detalles estadísticos, que hemos sometido á pruebas contradictorias y que han resultado todavía mas aflictivos de lo que hemos mostrado, son debidos á un excelente trabajo de Mr. Janona obrero mecánico, publicados en la *Ruche Populaire*, diario redactado por obreros con tanta mesura como sinceridad, bajo la

Por una rara felicidad se encontraba en una posicion *especial*: á fin de no herir su estremada delicadeza, Agricol se habia arreglado con el portero, y este habia alquilado á la jóven por la cantidad de doce francos al año, un gabinete en lo mas alto de la casa, donde cambian una cama, una mesa y una silla. Agricol pagaba diez y ocho francos que completaban los treinta, precio real del alquiler del gabinete: por manera que restaban á la Mayeux sobre un franco setenta céntimos mensuales para vestirse.

En cuanto á las numerosas obreras que no ganando mas que la Mayeux no se encuentran en una posicion tan *aventajada* como la suya, cuando no tienen ni casa ni familia, compran un pedazo de pan ó cualquier otro alimento para el dia y cuando llega la noche suelen ir á dormir mediante uno ó dos sueldos en una de esas casas destinadas á pesadas de pobres, donde participan de la mitad de un lecho en que duerme otra compañera y en donde se encuentran generalmente cinco ó seis camas, la mayor parte ocupadas por hombres que son los huéspedes mas numerosos.

Sí; y á pesar del horrible disgusto que una desgraciada jóven honrada y pura esperimente hácia esta comunidad de habitacion, es preciso que se someta á ella: un *alquilador* no puede dividir su casa en cuartos separados para hombres y para mugeres.

Para que una obrera pueda *poner su casa* necesita gastar de una vez treinta ó cuarenta francos al contado. Ahora bien; cómo reunir esta suma con un salario de cuatro ó cinco francos por semana, que apenas basta para vestir y no morirse absolutamente de hambre?

No, no; es menester que la desgraciada se resigne á esta repugnante cohabitacion: así poco á poco el instinto del pudor se pierde forzosamente: ese sentimiento de castidad natural, que ha podido hasta entonces defenderla contra los lazos de la corrupcion, se debilita..... en el vicio solo entrevée el medio de mejorar un poco su suerte intolerable..... y entonces cede..... y el primer agiotista que

direccion de Mr. Duquesne, impresor: Mr. Janona añade, y no dice mas que la verdad:

—« Hemos visto mugeres y niños vivir meses enteros sin comer mas que una sopa » sin manteca ni grasa, de pan cocido en agua con un puñado de sal. »

Mr. Janona hace luego notar y con mucha razon, que la obrera no puede comprar sus provisiones por mayor, no teniendo siempre el maestro trabajo que darla; y por esta razon se ve obligada á comprar una libra de pan, un sueldo de sal, una vela etc etc. resultando de esto una pérdida siempre segura para el comprador porque la venta al pormenor, es siempre ventajosa al mercader.

Nosotros añadiremos que en todas circunstancias, el pobre paga casi siempre doble que el rico porque está obligado á comprar en detalle y sin crédito. Así el valor de una carga de leña comprada al pormenor, y al peso, le sale al pobre por setenta y cinco francos.

puede pagar un aya para sus hijas, declama sobre la corrupcion, sobre la degradacion de los hijos del pueblo.

Y todavia la existencia de estos obreros por penosa que sea, es relativamente *afortunada*.

Y si el trabajo falta uno ó dos dias?

Y si les acomete una enfermedad? Enfermedad casi siempre debida á la insuficiencia ó insalubridad de los alimentos, á la falta de aire, de cuidado, de reposo: enfermedad á menudo bastante enervante para impedirles el trabajo, y no bastante peligrosa para *merecer* el favor de un lecho en el hospital!...

Entonces, qué suerte les espera? En verdad que el pensamiento vacila en detenerse sobre tan lúgubres pinturas.

Esta insuficiencia de los salarios, causa única, perene y espantosa de tantas miserias, de tantos vicios..... esta insuficiencia de los salarios, es general sobre todo respecto á las mugeres: lo repetimos, no se trata aquí de miserias individuales; sino de una miseria que atañe á clases enteras. El tipo que vamos á tratar de desenvolver en la *Mayeux*, reasume la condicion moral y material de miles de criaturas humanas, obligadas á vivir en París con cuatro francos por semana.

.

La pobre obrera á pesar de las ventajas que debia sin saberlo á la generosidad de *Agricol*, vivia miserablemente: su salud bastante delicada se habia profundamente alterado á consecuencia de tantas mortificaciones, y sin embargo por un sentimiento de estremada delicadeza, y aunque ignorante del corto sacrificio que hacia por ella *Agricol*, la *Mayeux* pretendia ganar algo mas de lo que realmente ganaba, á fin de evitar ofertas de servicios que la eran doblemente penosos, porque conocia la situacion de *Francisca* y de su hijo, y porque se hubiera herido su natural susceptibilidad, exaltada mas todavia por los disgustos y las humillaciones sin cuento.

Pero cosa rara; aquel cuerpo deforme encerraba un alma amante y generosa: un talento cultivado..... cultivado hasta la poesia: debemos apresurarnos á añadir que este fenómeno se debia en gran parte al ejemplo de *Agricol Baudoin* con quien ella se habia criado, y en quien el instinto poético se habia naturalmente manifestado.

La pobre *Mayeux* habia sido la primer confidente de los ensayos literarios del joven herrero, y cuando él hablaba del encanto y del descanso estremo que experimentaba despues de un dia entero de

trabajo en los sueños poéticos, la obrera dotada de un talento natural muy notable, conoció á su vez de cuánto podria servirle esta distraccion siendo tan desdeñada y pasando su vida solitaria.

Un dia con grande admiracion de Agricol, que acababa de recitarle unos versos, la buena Mayeux se sonrojó, tartamudeó a'gunas palabras, sonrióse timidamente y en fin le hizo su confianza poética.

Los versos carecian tal vez de rimá, de armonia, pero eran sencillos y tiernos como una queja sin amargura confiada al corazon de un amigo. Desde aquel dia Agricol y ella se consultaron, se animaron mutuamente, pero, á escepcion de él, ninguna persona en el mundo se instruyó de los ensayos poéticos de la Mayeux, que gracias á su timidez selvática pasaba por tonta.

Era menester que el alma de esta desgraciada fuese grande y hermosa, porque jamas en sus cantos ignorados hubo una sola palabra de cólera ó de odio contra la suerte fatal de que era victima: eran una queja triste pero dulce, desesperada, con resignacion: eran los acentos de una ternura infinita, de una simpatia dolorosa, de una angélica caridad para todos los pobres seres condenados como ella á la doble carga de la fealdad y de la miseria.

Sin embargo, ella espresaba á menudo una admiracion natural y sincera hácia la belleza, y siempre sin envidia, sin amargura, admirandola como admiraba el sol.....

Pero ay!.. Hubo muchos versos de la Mayeux que Agricol no conocia ni debia conocer jamás. El jóven herrero sin ser regularmente hermoso tenia unas facciones francas y varoniles, tanta bondad como valor, un corazon noble, ardiente, generoso, un talento poco comun, y una alegria dulce y espresiva.

La jóven criada con él, le amaba, pero como puede amar una criatura desgraciada que temiendo un ridiculo atroz, se ve obligada á ocultar su amor en lo mas profundo del corazon... Condenada á esta reserva, á esta disimulacion profunda, la Mayeux no trató de combatir este amor. Para qué? Quién lo conoceria jamás? Su afecto fraternal, bien conocido por Agricol, era suficiente á esplicar el interés que se tomaba por él, asi no se admiraron de las mortales angustias de la jóven obrera, cuando en 1830 despues de haber intrepidamente combatido, trajeron á Agricol bañado en sangre á casa de su madre.

En fin, engañado como todos con la apariencia de este sentimiento, jamás habia sospechado ni podia sospechar el hijo de Dagoberto el amor de la Mayeux.

Tal era, pues, la jóven pobremente vestida que entró en el aposento en donde Francisca se ocupaba de los preparativos para la cena de su hijo.

—Eres tu mi pobre Mayeux—la dijo Francisca—no te he visto en toda la mañana: no habrás estado mala?.. Ven, dame un abrazo.

La jóven abrazó á la madre de Agricol y respondió:

—Tenia un trabajo muy de prisa señora Francisca, no he querido descansar un momento y ahora acabo de concluirlo... voy á bajar por carbon... necesitais algo?

—No, hija mia, no,... gracias... pero tu me encuentras inquieta... son las ocho y media y Agricol no ha venido todavía... despues añadió con un suspiro.—El se mata á trabajar por mí.... Ah!.... soy bien desgraciada mi pobre Mayeux... Mi vista se halla ya enteramente perdida... al cabo de un cuarto de hora de trabajo se me turba en términos que nada veo.... ni aun á coser estos sacos... El corazon se me oprime al considerar que voy á ser una carga para mi hijo...

—Ah, señora Francisca!.. si Agricol os oyese!...

—Ya lo sé: el muchacho no deja de pensar un instante en mí, y esto aumenta mi disgusto... Y luego por fin, pienso siempre en que por no separarse de mí, renuncia á las ventajas que ofrece á todos sus compañeros ese Mr. Hardy tan digno y tan excelente ciudadano... En vez de habitar aqui esta triste buhardilla, donde apenas hay claridad en la mitad del dia, tendria como los demas obreros del establecimiento una habitacion clara y abrigada en el invierno, muy fresca en el verano y con vistas á los jardines... y á él que le gustan tanto los árboles!... sin contar que esta calle está tan lejos de su taller, situado fuera de París, que le causa tal fatiga el venir hasta aquí...

—Pero olvida esta fatiga cuando os abraza, señora Baudoin, y ademas sabe cuanto os agrada esta casa donde él nació... Mr. Hardy os ofreció estableceros en Plessy en la habitacion de los obreros con Agricol.

—Sí, hija mia... pero me hubiera sido forzoso abandonar mi parroquia... y no podía...

—Mas escuchad señora Francisca... tranquilizaos... le oigo.....—dijo la Mayeux sonrojándose.

En efecto, un canto sonoro y alegre resonaba en la escalera.

—Que á lo menos no me vea llorar—dijo la buena madre enjugándose sus ojos llenos de lágrimas.—No tiene mas que esta hora de reposo y de tranquilidad despues de su trabajo... no quiero hacerse la pensosa.



CAPÍTULO XIII.

AGRICOL BAUDOIN.

L poeta herrero era un jóven de unos veinte y cuatro años de edad, alto y robusto, con ojos y cabellos negros la nariz aguileña y las facciones francas y espresivas: su semejanza con Dagoberto era tanto mas notable cuanto que llevaba segun la moda de entonces, un espeso bigote oscuro y la perilla rematada en punta en su parte inferior le cubria completamente la barba: un pantalon de pana verde, una blusa azul ennegrecida con el humo de la fragua, una corbata negra atada con negligencia á su cuello nervudo y una gorra de paño con visera pequeña, tal era el traje de Agricol; la sola cosa que contrastaba singularmente con su vestido de trabajo, era una magnifica flor de purpura oscura con petalos de un blanco plateado que el herrero traia en la mano.

—Buenas noches, mi buena madre—esclamó al entrar dirigiéndose á abrazar á Francisca; despues haciendo una señal de cabeza amistosa á la jóven añadió.—Buenas noches, mi pequeña Mayeux.

—Me parece que has tardado mucho esta noche hijo mio—dijo Francisca acercándose hácia la lumbre en donde estaba la modesta cena de su hijo—ya empezaba á inquietarme...

—A inquietarte por mí?... ó por mi cena, mi querida madre?—dijo Agricol alegremente.—Diablo!... ya se que no me perdonarias el que hiciera esperar la buena cena que me tienes preparada, y todo por el temor de que pudiera echarse á perder... comilona!...

Y diciendo ésto el herrero quiso abrazar nuevamente á su madre.

—Dios mio!.. que muchacho!.. acaba... vas á hacerme verter la cena.

—Lástima seria, buena madre; porque conforta el estómago su olor... dejame ver lo que es...

—No... espera...

—Apostaria á que se trata de algunas patatas con tocino..... cosa que á la verdad me gusta mucho.

—En sábado, no es verdad?—dijo Francisca con un tono de dulce reconvencion.

—Es verdad—dijo Agricol cambiando con la Mayeux una sonrisa de inocente malicia—pero á propósito de sábado—añadió—toma madre mia, aqui está mi paga.

—Gracias hijo mio, metela en el armario.

—Ah Dios mio!..—dijo de repente la jóven obrera y en el momento en que Agricol se preparaba á meter su dinero en el armario—qué bella flor traes en la mano, Agricol... jamás he visto una que se la parezca... y en medio del invierno... miradla señora Francisca...

—Eh!... madre mia?...—dijo Agricol aproximándose á su madre para mostrarle la flor mas de cerca—ved... admirad... y sobre todo oled... porque es imposible encontrar un olor mas dulce ni mas agradable... es una mezcla de vainilla y de flor de naranjo. (1.)

—Es verdad hijo mio, embalsama el aire... Dios mio! qué hermosa es!...—dijo Francisca juntando las manos con admiracion.—En dónde la has encontrado?

—Encontrado, mi buena madre?—repuso Agricol riendo.—Diablo! Crees que se encuentran estas cosas desde la barrera del Maine hasta la calle de Brise Miche?

—Pues entonces cómo está en tu poder?—dijo la Mayeux que participaba de la curiosidad de Francisca.

(1) Flor magnífica del *crinum amabile* admirable planta que se conserva en los invernaderos de los jardines.

—Ah!... queriais saberlo?... pues bien, yo os lo explicaré.... y con eso sabrás porque he venido tan tarde mi buena madre... aunque otra cosa tambien me ha retardado... esta ha sido una noche de aventuras... Volvíame yo hácia casa, á buen paso, cuando al llegar al extremo de la calle de Babilonia, sentí un pequeño ladrido dulce y lastimero... estaba todavía algo claro... vuelvo la cabeza y me encuentro la perra mas linda que puede darse, gruesa como el puño, negra y con las lanas y las orejas que le caian hasta las patas.

—Era un perro perdido, sin duda—dijo Francisca.

—Justamente. Cogí al pobre animalillo, que empezó á lamerme las manos y noté que llevaba atado al cuello una ancha cinta de raso encarnada con un gran lazo: levanté la cinta y hallé un pequeño collar hecho con cadenilla de oro ó de plata con una pequeña chapa... Saqué un fósforo froté un poco la chapa y leí: *LUTINE, pertenece á Mlle. Adriana de Cardoville, calle de Babilonia, núm. 7.*

—Afortunadamente te encontrabas en esa misma calle—dijo la Mayeux.

—Es verdad: cogí en brazos la perrita, comencé á buscar el número y llegué á las tapias de un gran jardin: encuentro al fin la puerta de un pabellon, dependiente sin duda de un gran palacio, situado al otro extremo del parque.... porque este jardin tiene todo el aire de un parque... miro y veo el núm. 7 recientemente pintado, sobre una puerta con regilla: llamo y al cabo de algunos instantes pasados sin duda en examinarle, porque me parece haber visto dos ojos á través de la regilla... me abren.... Desde aqui... no lo vais á creer.....

—Por qué hijo mio?...

—Porque vais á suponer que es un cuento de hadas.

—Un cuento de hadas?—dijo la Mayeux.

—Enteramente, porque estoy todavía deslumbrado y maravillado de lo que he visto... es como el vago recuerdo de un sueño.

—Veamos, veamos pues—dijo la buena madre con tanto interés que no se apercibió de un ligero olor á quemado que comenzaba á exalar la cena de su hijo.

—Desde luego—continuó el herrero sonriendo al ver la impaciente curiosidad que inspiraba—la que me abrió fue una señorita joven, pero tan linda y tan graciosamente vestida, que se la hubiera tomado por un retrato seductor de los tiempos antiguos; aun no habia yo dicho una palabra cuando exclamé—Ah Dios mio, es Lutine, la habeis encontrado y la traeis; cuanto se va á alegrar la señorita Adriana!... Venid, venid en seguida: tendria un sentimiento en no poder daros

las gracias por sí misma.—Y sin dejarme tiempo para responder, la jóven me hizo seña de que la siguiera... imposible seria mi buena madre describiros toda la magnificencia que ví al atravesar una sala medio alumbrada: la jóven caminaba bastante de prisa; por fin abrió una puerta..... ah!... Esto era una cosa muy distinta. Entonces fue cuando me deslumbré de tal manera, que solo recuerdo una especie de reflejo deslumbrador de oro, de luz, de cristal y de flores, y en medio de todo, una jóven de una belleza..... oh!... de una belleza ideal..... pero tenia los cabellos rojos, ó mas bien brillantes como el oro..... añadid unos ojos negros, unos labios de coral y una blancura brillante..... y esto es todo lo que recuerdo..... porque os lo repito, estaba tan sorprendido, tan deslumbrado, que solo veia como á través de un velo.....—Señorita—dijo la jóven que jamas hubiera tomado por una doncella al verla tan elegantemente vestida—aquí esta Lutine, el señor la ha encontrado, y la trae.—Ah!...—me dijo con una voz dulce y argentina la señorita de los cabellos dorados—cuantas gracias tengo que daros..... profeso un cariño loco á Lutine!..—Despues, juzgando sin duda por mi traje que podia ó que debia darme las gracias de otro modo que con palabras, tomó un bolsillo de seda y añadió, debo confesarlo, con irresolucion.—Sin duda os ha costado algun embarazo el poderme traer á Lutine, tal vez hayais perdido un tiempo precioso para vos, permitidme..... y me alargó la bolsa.

—Ah Agricol—dijo tristemente la Mayeux—como se nos desprecia!..

—Aguarda el fin y perdonarás á esta señorita. Viendo sin duda en el momento por mi fisonomia, que la oferta de la bolsa me habia ofendido vivamente, tomó de un jarron magnífico de porcelana colocado á un lado, esta soberbia flor, y dirigiéndose á mí con un acento lleno de gracia y de bondad, que manifestaba lo mucho que sentia el haberme ofendido, me dijo.—A lo menos aceptareis esta flor.....

—Tienes razon Agricol—dijo la Mayeux sonriendo con melancolia—es imposible reparar mejor un error involuntario.

—Esta digna señorita—esclamó Francisca enjugándose los ojos—qué bien comprendió á mi Agricol!

—Es verdad madre mia? Pero en el momento en que yo tomaba la flor sin atreverme á levantar los ojos, porque aunque no soy tímido, encontraba en esta señorita, á pesar de su bondad, alguna cosa que me imponia, se abrió otra puerta y otra jóven alta, morena, vestida de una manera extraña y elegante, dijo á la señorita de los cabellos rojos. *Aht está él...* Al punto se levantó, diciendome.—Perdonadme señor, jamas olvidaré que os he debido un momento de vivo placer, y os suplico que recordéis en cualquier circunstancia mi ha—

bitacion y mi nombre, Adriana de Cardoville.—En seguida desapareció y yo no encontré una palabra para contestar. La jóven que me habia abierto me volvió á conducir hasta la puerta, haciéndome una linda reverencia y heme aquí en la calle de Babilonia, tan deslumbrado, tan admirado os repito, como si saliese de algun palacio encantado.

—Es verdad, hijo mio, que todo eso se parece á un cuento de hadas; no es así mi pobre Mayeux?

—Sí, señora Francisca—contestó la jóven con un tono distraido y absorto que Agricol no conoció.

—Lo que mas me enterneció—replico este—fue que esta señorita encantada con volver á ver á su perrita, lejos de olvidarme por ella, como tantas otras hubieran hecho en su lugar, no se ocupó de ella delante de mí. Esto anuncia buen corazon y delicadeza, es verdad Mayeux? En fin, yo creo que esta señorita es tan buena y tan generosa, que en una circunstancia importante no vacilaria en dirigirme á ella.....

—Si, tienes razon—respondió la Mayeux mas y mas distraida.

La pobre jóven sufría amargamente. No abrigaba envidia ni celos contra aquella señorita desconocida, que por su belleza, por su opulencia y por la delicadeza de su proceder, parecia pertenecer á una esfera tan elevada, que la vista de la Mayeux no podia alcanzar á ella..... Pero haciendo involuntariamente una dolorosa comparacion consigo misma, acaso jamás habia sentido tan cruelmente esta infortunada el peso de la fealdad y de la miseria.

Y sin embargo, tal era la humilde y dulce resignacion de esta noble criatura, que la sola cosa que la habia un instante predispuerto contra Adriana de Cardoville, habia sido la oferta de la bolsa hecha á Agricol; pero el buen modo con que habia reparado aquel error enterneció profundamente á la Mayeux.

No obstante el corazon se la partía. No podia reprimir sus lágrimas contemplando aquella magnífica flor, tan brillante, tan aromática, y que recibida de una linda mano, debia ser tan preciosa para Agricol.

—Ahora, madre mia—replicó riendo el jóven herrero que no habia conocido la penosa emocion de la Mayeux—que habeis comido primero el pan blanco, respecto á historias..... porque os acabo de contar una de las causas de mi tardanza..... hé aqui la otra..... Hace poco, al entrar, me encontré al tintorero al pie de la escalera: llevaba teñidos los brazos de un color de verde lagarto superior..... me detuvo, diciéndome asustado, que habia creído ver á un hombre bastante bien vestido rondar la casa, como espiondo.....—Y bien!..

qué os importa padre Lorient?—le dije.—Teneis acaso miedo de que sorprendan vuestro secreto de hacer ese excelente verde de que estais teñido hasta los codos?

--Y quien puede ser en efecto ese hombre, Agricol?-dijo Francisca.

—No lo sé por mi vida, madre mia; y tampoco me ocuparé en averiguarlo: he dicho al padre Lorient, que es tan hablador como una colorra, que se vuelva á su cueva, en atencion á que tanto debe importarle el ser espiado como á mí.....

Y diciendo estas palabras Agricol, sacó la pequeña bolsa de cuero que contenia su paga y lo metió en el cajon de en medio del armario.

En el momento en que Francisca colocaba su marmita en un extremo de la mesa, la Mayeux saliendo de su distraccion echó agua en una palangana y se la trajo al jóven herrero, diciéndole con una voz dulce y tímida:



—Agricol..... lávate las manos.

—Gracias, mi pequeña Mayeux..... qué amable eres!...

Y luego con una voz y un movimiento los mas naturales del mundo añadió.—Toma esta bella flor por tu trabajo.

—Me la das!...—esclamó la obrera con una voz alterada mientras que un vivo encarnado coloreaba su rostro pálido é interesante.—Me la das!... esta soberbia flor!... que esa señorita tan bella, tan rica, tan buena y tan graciosa te ha regalado!...—Y la pobre Mayeux repetia con un estupor creciente....—Me la das!...

—Y qué diablos quierès tú que haga con ella!... qué la ponga sobre mi corazon!... qué la engarze en un alfiler!...—dijo Agricol riendo.—He sentido un placer en la manera con que esta linda señorita me ha dado las gracias..... me alegro mucho haber hallado su perri-ta, y tengo ahora otro placer en regalarte esta flor, puesto que te agrada..... Ya ves que la jornada ha sido buena.....

Y esto diciendo mientras que la Mayeux tomaba la flor, temblando de felicidad, de emocion y de sorpresa, el jóven herrero se ocupaba en lavarse las manos tan ennegrecidas con las limaduras del hierro y el humo del carbon, que en un instante el agua se puso negra.

Agricol mostrando con la vista esta metamorfosis á la Mayeux, la dijo en voz baja y riendo:

—Hé aquí una tinta económica para nosotros los que emborrónamos papel.... Ayer he concluido unos versos de los que no estoy enteramente descontento..... ya te los leeré.

Hablando así Agricol, se enjugó sencillamente las manos en la delantera de su blusa mientras que la Mayeux puso la palangana sobre la cómoda, en la que colocó religiosamente su bella flor.

—No podias haberme pedido una tohalla?—dijo Francisca á su hijo encogiéndose de hombros.—Enjugarse las manos en la blusa!

—Como está quemándose todo el dia con el fuego de la fragua..... no le vendrá mal el refrescarse por la noche..... Eh..... soy desobediente, mi buena madre?... Regáname, si te atreves..... vamos.....

Por toda respuesta, Francisca cogió entre sus manos la cabeza de su hijo, aquella hermosa cabeza llena de franqueza, de resolucion y de inteligencia, y despues de mirarle un instante con orgullo maternal, le dió repetidos besos en la frente.

—Vamos..... sientate..... estás de pié todo el dia en la fragua..... y es ya tarde.....

—Bien.... tu sillón: nuestra querella de todas las noches vá á empezar..... quítalo de ahí; si yo estoy lo mismo en una silla.

—Vamos, bueno es que descanses despues de un trabajo tan duro.

—Ah! qué tiranía mi pobre Mayeux—dijo Agricol sentándose alegremente.—Al cabo.... yo hago un buen apostol... Me encuentro per-

fectamente bien en este sillón.... desde que me senté en el trono de las Tallerías, no lo he estado mejor en mi vida.

Francisca Bau doin de pie á un lado de la mesa, estaba cortando un pedazo de pan para su hijo: la Mayeux tomó la botella y le sirvió de beber en el vaso de plata. Había siempre algo de tierno en las atenciones asiduas de aquellas dos escelentes criaturas, hácia el que ambas amaban tan tiernamente.

--Tu no quieres cenar conmigo?--dijo Agricol á la Mayeux.

--Gracias Agricol!--dijo la costurera bajando los ojos--hace muy poco que he comido.

--Oh! esto te lo he dicho por para fórmula porque tú tienes tus manías, y por cuanto hay en el mundo no comerías con nosotros. Eres como mi madre que prefiere comer siempre sola.... de esta manera, ella se priva de todo sin que yo lo sepa.

--Dios mio..... no..... no hijo mio.....: es que conviene mas á mi salud.... comer temprano.... Y bien? Encuentras buena la cena?

--Buena... qué dices?... escelente... merluza con nabos... me gusta mucho la merluza... Sí yo habia nacido para pescador de Teranova.

El digno jóven encontraba por el contrario de muy poco alimento despues del duro trabajo del dia, aquel insípido guisado, que hasta se habia quemado algo durante su narracion; pero él, sabiendo que contentaba á su madre, comien to de *vigilia* sin disgustarse mucho, hizo como si paladease aquel pescado con sensualidad: asi la buena muger añelió con aire satisfecho:

--Oh!... bien se vé que te gusta, mi querido hijo: el viernes y el sábado próximos tendras la misma comida.

--Bien, gracias, madre mia: so'lo que no me la pongas dos dias seguidos.... me empalagaria..... Ahora hab'emos de lo que haremos mañana para pasar el dia. Es menester que nos divirtamos mucho: hace algunos dias que te encuentro triste mi querida madre, y yo no quiero eso porque se me figura que no estas contenta de mí.....

--Oh! querido hijo mio... tú... el modo... de los...

--Bien, bien. Entonces pruébame que eres feliz proporcionándote algunas distracciones; quizá tambien esta señorita... nos hará el honor de acompañarnos como la última vez--dijo Agricol inclinándose delante de la Mayeux.

Esta se sonrojó, bajó los ojos, sus facciones espresaron un dolor amargo y nada respondió.

--Hijo mio, tengo mis oraciones todo el dia.... Tú lo sabes bien--respondió Francisca.

—Ehorabuena; pero y la noche? No te propongo ir al teatro, pero dicen que hay un jugador de manos que divierte mucho.

—Gracias hijo mio: siempre es una especie de teatro...

—Ah! mi buena madre! Eso es una exageracion.

—Hijo mio: impido yo jamás á los otros que hagan lo que quieran?

—Es verdad: perdon madre mia: pues bien, si hace buen tiempo iremos simplemente á pasear en el boulevard con esta pobre Mayeux: hace mas de tres meses que no ha salido con nosotros..... y sin nosotros tampoco sale.....

—No, vé tu solo hijo mio: diviértete al menos.

—Vamos mi buena Mayeux, ayúdame á decidir á mi madre.

—Ya sabes Agricol—dijo la costurera sonrojándose y bajando los ojos—ya sabes que no debes salir contigo y con tu madre.

—Y por qué, señorita? Podrá saberse sin indiscrecion la causa de esta negativa?—dijo alegremente Agricol.

La jóven sonrió tristemente y respondió:

—Porque no quiero esponerte mas á tener una querrela por mi causa, Agricol.

—Ah..... perdon..... perdon—dijo el herrero con un aire sinceramente aflijido, dándose un golpe en la frente con impaciencia.

Hé aquí á lo que aludía la Mayeux.

Algunas veces bien raramente, porque era discreta con exceso, la pobre jóven habia salido de paseo con Agricol y su madre: para la costurera estos habian sido dias sin ejemplo y habia velado bastantes noches y ayunado bastantes dias para poderse comprar una cofia pasadera y un chal decente, á fin de no avergonzar á Agricol ni á su madre: estos cinco ó seis paseos del que ella idolatraba en secreto, habian sido los únicos dias de placer, que habia conocido en su vida.

El último en que salió, un hombre brutal y grosero la dió un golpe tan fuerte con el codo, que la pobre jóven no pudo reprimir un ligero grito de dolor... á cuyo grito el hombre contestó.—Tanto peor para tí maldita jorobada!...

Agricol estaba como su padre dotado de esa bondad paciente, que la fuerza y el valor dan á los corazones generosos; pero era en extremo violento cuando se trataba de castigar un insulto cobarde. Irritado al ver la maldad y la groseria de aquel hombre que era de su misma talla, edad y fuerza, Agricol dejó el brazo de su madre para aplicarle las dos mejores bofetadas que se han dado jamás por la robusta mano de un herrero en una cara humana: el otro quiso contestar Agricol redobló la correccion con grande satisfaccion de la multitud, y el imprudente desapareció silvado por el pueblo.

Esta era la aventura que la pobre Mayeux acababa de recordar al decir que no queria salir mas con Agricol, para evitarle cualquier querella por su causa.

Se concibe el pesar del herrero por haber involuntariamente traído á la memoria esta penosa circunstancia... más sensible todavía para la Mayeux de lo que podia suponer Agricol porque amándolo apasionadamente, habia sido causa de esta querella por una enfermedad ridicula.

Agricol á pesar de su fuerza y su resolucion, tenia una sensibilidad de niño y al pensar en que este recuerdo debia ser muy doloroso para la jóven, una gruesa lágrima brilló en sus ojos, y la tendió fraternalmente los brazos diciéndola.

—Perdona mi tontería... y abrazame...

Y aplicó dos buenos besos en las mejillas pálidas y delgadas de la Mayeux.

A este cordial abrazo las labios de la pobre muchacha palidieron y latió tan violentamente su corazon, que se vió obligada á apoyarse en un ángulo de la mesa.

—Vamos, me perdonas, no es verdad?—la dijo Agricol.

—Sí, sí—respondió ella tratando de dominar su emocion—perdoname tú por mi debilidad, pero el recuerdo de esta querella me hace mal... tenia tanto miedo por tí... si el pueblo hubiera tomado el partido de aquel hombre....

—Ay, Dios mio!...—dijo Francisca viniendo en ayuda de la Mayeux sin saberlo—en mi vida he tenido tanto miedo.

—Oh.. en cuanto á eso, mi querida madre—replicó Agricol, á fin de cambiar el objeto de esta conversacion desagradable, para él y para la costurera—tú, la muger de un soldado... de un antiguo granadero á caballo de la guardia imperial... no puede creerse... oh!... mi valiente padre... no... vaya... no quiero acordarme de que viene... me pone demasiado alegre...

—Viene!...—dijo Francisca suspirando.—Quieralo Dios!

—Cómo, madre mia!.. Dios lo quiera?... será menester pedir que lo quiera... bastantes misas has hecho decir para conseguirlo....

—Agricol, hijo mio ..—dijo Francisca interrumpiendole y meneando tristemente la cabeza—no hables asi... ademas se trata de tu padre...

—Vamos, bien... yo me he chanceado esta noche... Ahora te toca á tí... decididamente estoy tonto ó loco... perdon... madre mia... no tengo esta noche otra palabra en la boca; perdona... ya sabes que

cuando me pongo á hablar de ciertas cosas, lo hago á pesar mio porque conozco la pena que te causo.

—No es á mi á quien ofendes... mi pobre hijo.

—Es lo mismo porque no conozco nada peor que ofender á mi madre... pero en cuanto á lo que decia de la próxima llegada de mi padre... no hay que dudarle...

—Pero hace cuatro meses que no tenemos noticias tuyas...

—Recuerda madre mia: en aquella carta que dictaba porque nos decia con su franqueza de soldado, que si leia pasablemente no sucedia asi respecto á la escritura; en aquella carta nos prevenia que no nos inquietasemos por él, que estaria en París á fines de enero y que tres ó cuatro dias antes de su llegada, nos avisaria por qué barrera entraba para que fuésemos á esperarlo.

—Es verdad hijo mio... pero ya estamos en el mes de febrero y no ha venido todavía...

—Razon mas para que no tengamos que esperarlo largo tiempo: yo voy aun mas lejos: no estrañaria que ese buen Gabriel llegase poco mas ó menos en la misma época... Su última carta de América me lo hacia esperar... Que felicidad madre mia, si toda la familia se reuniese!

—Que Dios te oiga hijo mio... seria un dia bien feliz para mí.

—Y este dia llegará pronto, creedme; el no tener noticias de mi padre... es tenerlas buenas...

—Te acuerdas bien de tu padre, Agricol?—dijo la Mayeux.

—Por mi fé, para ser exacto, de lo que mas me acuerdo es de su gorra de pelo y sus bigotes que me daban un miedo del diablo. Solo la cinta encarnada de su cruz, sobre la blanca solapa de su uniforme, y el brillante puño de su sable, me reconciliaban un poco con él.... no es verdad madre mia? Pero que es eso?... tu lloras...

—Ay pobre Baudoin... ha debido sufrir tanto... Separado de nosotros á su edad... á mas de sesenta años... Ah, mi querido hijo, el corazon se me parte, cuando pienso que tal vez no ha hecho sino cambiar de miseria.

—Qué decis?

—Ay, yo no gano nada!

—Bien! Y yo? Acaso no hay una mesa para él y para tí y una habitacion para ambos? solamente mi buena madre; puesto que hablamos de menage—añadió el herrero dando á su voz una nueva expresion de ternura, á fin de no incomodarla—deja que te diga una cosa: cuando venga mi padre así como Gabriel, tú no tendras necesidad de mandar decir misas, ni encender velas por ellos, no es así? Pues

bien, gracias á esa economía..... mi bravo padre podrá tener su botella de vino todos los días y tabaco para fumar en su pipa..... Luego los domingos le daremos una comida buena en la fonda.

Algunos golpes dados á la puerta interrumpieron á Agricol.

—Entrad—dijo este.

Mas en lugar de entrar, la persona que acababa de llamar entreabrió la puerta y dejó ver un brazo y una mano teñidos de verde, que hacia señas de inteligencia al herrero.

—Vaya..... es el padre Lorient.... el modelo de los tintoreros—dijo Agricol.—Entrad pues, sin cumplimientos padre Lorient.

—Imposible amigo, estoy chorreando pintura desde la cabeza hasta los pies.... Mancharia de verde el suelo de la señora Francisca.

—Tanto mejor, parecerá un prado, y yo adoro la campiña.

—Fuera de broma, es preciso que os hable al instante.

—Es á propósito del espía... tranquilizaos... qué nos ha de hacer á nosotros?

—No, me parece que ya se ha marchado, ó mas bien la niebla es tan espesa que yo no le distingo... pero no es eso.... venid pronto.... Es... para un negocio importante—añadió el tintorero con aire misterioso—un negocio que interesa á vos solo...

—A mi solo?—dijo Agricol levantándose bastante sorprendido—qué podrá ser?

—Vé á verlo hijo mio—dijo Francisca.

—Sí madre..... pero que el diablo me lleve si comprendo nada. Y el herrero salió dejando sola á su madre con la Mayeux.





CAPITULO XIV.

LA VUELTA.



Unos minutos despues de haber salido, Agricol volvió: sus facciones estaban pálidas, desencajadas, sus ojos llenos de lágrimas, sus manos trémulas, pero su semblante espresaba una felicidad, un enternecimiento extraordinarios. Parose un momento

delante de la puerta como si la emocion le impidiese aproximarse á su madre.

La vista de Francisca era tan débil que no se apercibió al principio del cambio de la fisonomia de su hijo.

—Y bien, hijo mio, qué era eso? le preguntó.

Antes que el herrero hubiese contestado, la Mayeux, mas lista que ella, exclamó:

—Dios mio! Agricol..... qué ha sucedido? qué pálido estás!

—Madre mia—dijo entonces el artesano con una voz alterada y precipitándose hácia Francisca sin responder á la Mayeux.—Madre mia, es preciso que espereis alguna cosa que debe admiraros... prometedme ser razonable.....

—Qué quieres decir? como tiemblas! Mírame..... pero la Mayeux tiene razon..... qué pálido estás!...

—Mi buena madre—y Agricol se puso de rodillas cogiendo la mano de Francisca— es menester... vos no lo sabeis... pero...

El herrero no pudo acabar: lágrimas de alegría interrumpieron su voz.

—Tu lloras hijo mio..... Pero Dios mio..... qué ha sucedido? Me das miedo.

—Miedo!... oh, no; al contrario—dijo Agricol enjugándose los ojos—vais á ser muy feliz.. Pero todavia otra vez prometedme ser razonable; porque la alegria escesiva hace tanto daño como un pesar...

—Como?

—No os decia yo... que vendria...

—Tu padre?..—esclamó Francisca.

Y se levantó del sillón.

Pero su sorpresa, su emociion fueron tan vivas, que se puso una mano en el corazon como para reprimir sus latidos..... sintiéndose desfallecer...

Su hijo la sostuvo y la ayudó á sentarse.

La Mayeux que hasta entonces habia estado discretamente apartada durante esta escena, que absorvia completamente á Agricol y á su madre, acercóse con timidez pensando que podria ser útil, porque las facciones de Francisca se alteraban cada vez mas.

—Vamos, valor madre mia—replicó el herrero—ahora ya lo sabeis, solo os resta gozar de la felicidad de volver á ver á mi padre.

—Mi pobre Baudoin... despues de diez años de ausencia... yo no puedo creerlo...—esclamó Francisca deshaciéndose en lágrimas.—Es verdad, Dios mio, es verdad?

—Es tan cierto..... que si me prometeis no alteraros mucho..... os diré cuando lo vereis.

—Oh... pronto... no es verdad?...—Sí, pronto.

—Pero cuando llega?

—Puede llegar de un momento á otro..... mañana..... acaso hoy mismo.....—Hoy!...

—Y bien, si madre mia..... al cabo os lo diré..... llega..... ha llegado!...—El..... él.....

Y Francisca bulbuciente no pudo acabar.

—Hace poco que estaba abajo... pero antes de subir suplicó al tintorero que viniese á avisarme á fin de que te preparase para verle..... porque este bravo padre creía que una sorpresa repentina le haria daño...

—Oh Dios mio!...

—Y ahora—esclamó el herrero con una esplosion de felicidad in-
decible—está ahí..... aguardando... ah! madre mia..... no puedo re-
sistirlo hace diez minutos... el corazon quiere salirse del pecho....

Y dirigiéndose hácia la puerta, la abrió.



Dagoberto teniendo á Rosa y á Blanca de la mano , se presentó en el umbral.

En lugar de arrojarse en los brazos de su marido.... Francisca se arrodilló.... y rezó.....

Elevando su alma á Dios, le daba gracias con un profundo reconocimiento por haber escuchado sus votos, sus oraciones, recompensando de este modo sus ofrendas....

Durante un segundo, todos los actores de esta escena permanecieron silenciosos, inmóviles.

Agricol por un sentimiento de respeto y de delicadeza que luchaba terriblemente con el ímpetu de su ternura, no se atrevia á arrojarle al cuello de Dagoberto: esperaba con una impaciencia mal contenida á que su madre terminase su oracion.

El soldado experimentaba el mismo sentimiento que el herrero: los dos se comprendieron: la primera mirada que cambiaron el padre y el hijo, espresó su ternura, su veneracion por esta escelente muger, que en la preocupacion de su fervor religioso, olvidaba la criatura por el Criador.

Rosa y Blanca conmovidas, consideraban con interes á aquella muger arrodillada, en tanto que la Mayeux vertiendo silenciosamente lágrimas de gozo al pensar en la felicidad de Agricol, se habia retirado al rincon mas oscuro del aposento, sintiéndose estraña y necesariamente olvidada en esta reunion de familia.

Francisca se levantó en fin dando un paso hácia su marido que la recibió en sus brazos.

Hubo un instante de silencio solemne.

Dagoberto y Francisca no se digeron una sola palabra: oyerónse suspiros mezclados de sollozos y aspiraciones de alegría... Y cuando los ancianos levantaron la cabeza, sus semblantes estaban tranquilos.... serenos, radiantes... porque la satisfaccion completa de los sentimientos naturales y puros, no deja nunca detrás de sí una agitacion febril y violenta.

—Hijos míos...—dijo el soldado con una voz trémula mostrando las huérfanas á Francisca, que pasada su emocion primera, las miraba con admiracion—esta es mi buena y digna muger... que será para las hijas del general Simon, lo que he sido yo mismo...

—Entonces señora, nos tratareis como á vuestras hijas—dijo Rosa aproximándose á Francisca con su hermana...

—Las hijas del general Simon!..—esclamó la muger de Dagoberto mas y mas sorprendida.

—Sí, mi buena Francisca, ellas son... las traigo de muy lejos... no sin trabajo... mas tarde te lo contaré....

—Pobres niñas!.. Se las creeria dos angeles parecidos en todo—dijo Francisca contemplando las huérfanas con tanto interés como admiracion.

—Ahora... nosotros dos—dijo Dagoberto volviéndose hácia su hijo.

—Al fin!..—esclamó este.

Es preciso renunciar á pintar la loca alegría de Dagoberto y de su hijo, el tierno furor de sus abrazos que el soldado interrumpia para mirar á Agricol apoyando sus manos en los hombros del jóven herbero, para admirar su fisonomía franca y varonil, su talle esbelto y robusto; despues de lo cual le estrechaba de nuevo contra su corazon diciendo—qué hermoso!.. qué bien formado es!.... que aire de bondad tiene!....

La Mayeux siempre retirada en un rincon del aposento, gozaba con la felicidad de Agricol; pero temió que su presencia hasta entonces desapercibida, no llegara á ser indiscreta. Hubiera deseado marcharse sin ser observada, pero no podia porque Dagoberto y su hijo estaban enfrente de la puerta. Quedóse pues, sin poder apartar los ojos de los semblantes encantadores de Rosa y de Blanca. No habia visto en el mundo una cosa mas hermosa y la estraordinaria semejanza de estas dos jóvenes aumentaba doblemente su sorpresa; despues en fin sus modestos vestidos de luto parecian anunciar que eran pobres, y la Mayeux involuntariamente sintió mas simpatia hácia ellas.

—Queridas niñas!.. tienen frio, sus manitas estan heladas, y desgraciadamente la estufa esta apagada...—dijo Francisca.

Y trataba de calentar en las suyas las manos de las huérfanas, mientras que Dagoberto y su hijo se entregaban á una expansion de ternura tan largamente contenida.

Asi que Francisca dijo que la estufa estaba apagada, la Mayeux, tratando de servir de algo para escusar su presencia, tal vez importuna, corrió al sitio en que se hallaban guardados el carbon y la leña, tomó algunos pedazos menudos, y arrodillándose al lado de la estufa, ayudada por algunas ascuas escondidas entre la ceniza, consiguió encender el fuego, que pronto *chispeó* para servirme de la expresion consagrada: despues llenando de agua una cafetera, la colocó en la cavidad de la estufa pensando en la necesidad de alguna bebida caliente para las dos jóvenes.

La Mayeux se ocupó de todas estas cosas con tan poco ruido, con tanta celeridad, se pensaba naturalmente tan poco en ella entre las vivas emociones de aquella noche, que Francisca ocupada enteramente de Rosa y de Blanca, no se apercibió de la llama que arrojaba el fuego, hasta que sintió el calor que producía y oyó poco tiempo despues hervir el agua de la cafetera.

Este fenómeno de un fuego que se encendia por si mismo, no admiró en aquel momento á la muger de Dagoberto, completamente

absorta en la idea de buscar un medio para hospedar á las dos huérfanas, porque ya sabemos que el soldado no la habia prevenido de su llegada.

De repente tres ó cuatro ladridos sonoros, resonaron detrás de la puerta.

—Vaya... es el viejo *Mal-genio*—dijo Dagoberto dirigiéndose á abrirle...—quiere entrar para conocer tambien á la familia.

Mal-genio entró saltando: en un segundo estuvo como se dice vulgarmente, *como en su casa*. Despues de haber frotado su hocico contra las manos de Dagoberto, fue haciendo fiestas uno á uno á Rosá y á Blanca, á Francisca, á Agricol, y en seguida notando que le prestaban poca atencion, distinguió á la *Mayeux* que permanecia timidamente en un rincon oscuro del aposento y poniendo en accion este otro refran popular *los amigos de nuestros amigos, son tambien nuestros amigos*, *Mal-genio* fue á lamer las manos de la jóven obrera, olvidada de todos en este momento.

Por un sentimiento singular esta caricia conmovió tanto á la *Mayeux*, que se la saltaron las lágrimas: pasó repetidas veces su mano larga, delgada y blanca por la cabeza inteligente del perro; despues observando que nada le quedaba que hacer, porque ella habia ya prestado todos los pequeños servicios que podia, tomó la bella flor que Agricol la habia regalado, abrió la puerta con cautela y salió tan discretamente que nadie se apercibió de su salida.

Despues de esta expansion hija de un afecto mutuo, Dagoberto, su muger y su hijo, empezaron á pensar en las realidades de la vida.

—Pobre Francisca!—dijo el soldado mostrando á Rosa y á Blanca con una mirada.—Tu no esperabas tan placentera sorpresa.

—Yo solo siento amigo, que las señoritas del general Simon no tengan otra habitacion mejor que este miserable albergue... que con la buhardilla de Agricol...

—Compone nuestro palacio, habiendo otros mas hermosos; pero sosiegate; las pobres niñas estan acostumbradas á todo..... mañana temprano saldré del brazo con mi hijo y te respondo de que no será él el que ande mas derecho y erguido de los dos. Iremos á ver al padre del general Simon en la fábrica de Mr. Hardy, para hablar de negocios...

—Mañana padre mio—dijo Agricol á Dagoberto—no encontrareis en la fábrica ni á Mr. Francisco Hardy ni al padre del mariscal Simon..

—Que estás diciendo hijo mio...—repuso Dagoberto vivamente.—El mariscal....

—Sin duda: en 1830, los amigos del general Simon han hecho reconocer el título y el grado que el emperador le había conferido después de la batalla de Ligny.

—De veras?—esclamó Dagoberto con emoción—pero esto no debía admirarme, porque después de todo es muy justo..... y cuando el emperador ha dicho una cosa, todos por lo menos, deben decir lo mismo... pero es igual... esto me llega aquí... derecho al corazón... y me conmueve...—Después dirigiéndose á las jóvenes:—Lo habeis oído hijas mías, venis á París como las hijas de un duque y mariscal... es verdad que casi no se diría al veros en esta modesta habitación, mis pobres duquesitas?... pero paciencia, todo se arreglará: el padre Simon se alegraría mucho al saber que á su hijo le confirmaban en el grado... eh! hijo mío?

—Dijo que daría todos los títulos y todos los grados posibles por volver á ver á su hijo, porque durante la ausencia del general ha sido cuando sus amigos solicitaron obtener para él esta justicia... Por lo demás, se espera incesantemente al mariscal, porque sus últimas cartas de la India anunciaban ya su venida.

A estas palabras Rosa y Blanca se miraron, con los ojos llenos de dulces lágrimas.

—Gracias á Dios! Estas niñas y yo contamos con su venida, pero por qué no encontraremos mañana en la fábrica ni á Mr. Hardy ni al padre Simon?

—Porque han partido hace diez días, para reconocer y examinar una compuerta inglesa establecida en el Mediodía; pero debèn volver de un día á otro.

—Diablo!... eso me contraría bastante... Yo contaba con el padre del general para tratar de negocios importantes: sin duda se sabrá á donde escribirle. Así mañana le harás saber que sus nietas han llegado aquí. Entretanto, hijas mías—añadió el soldado volviéndose hácia las huérfanas—la buena muger os dará su cama, y en la guerra como en la guerra, pobres niñas, pero al cabo no estareis peor que en el camino!

—Tu sabes que nosotras estaremos bien, cerca de tí y de tu señora—dijo Rosa.

—Y además solo pensamos en la felicidad de hallarnos en París, puesto que aquí debemos encontrar á nuestro padre...—añadió Blanca.

—Ya sé que con esa esperanza se lleva todo en paciencia—dijo Dagoberto—pero es igual; según vosotras esperabais hallar á París, debeis estar muy admiradas hijas mías... Diablo!... hasta el presente no habeis encontrado la ciudad de oro que creiais; como ha de ser!

Paciencia!.... paciencia..... ya vereis que París no es tan feo como parece.....

—Y ademas—dijo alegremente Agricol—estoy seguro que para estas señoritas la llegada del general Simon cambiará á París en una verdadera ciudad de oro.

—Teneis razon señor Agricol—dijo Rosa sonriendo—lo habeis adivinado.

—Cómo señorita... sabiais mi nombre?...

—Sí, señor Agricol: á menudo hablabamos de vos con Dagoberto, y ultimamente con Gabriel—añadió Blanca.

—Gabriell!...

Esclamaron á un tiempo Agricol y su madre con sorpresa.

—Ah Dios mio!... sí—replicó Dagoberto haciendo una señal de inteligencia á las huérfanas.—Tenemos que hablar para quince dias, y entre otras cosas os contaré como encontramos á Gabriel. Todo lo que (puedo decirte... es que en su género... vale tanto como tú, hijo mio... no puedo dejar de decirte hijo mio) y que sois dignos de amaros como dos hermanos... Bien, bien muger—añadió Dagoberto con emocion—fue muy heroico lo que hicistes... tan pobre y recoger á este desgraciado niño y criarlo con el tuyo!...

—Amigo mio, no me hables así... es tan sencillo...

—Tienes razon; pero ya arreglaré cuentas contigo cuando sea mas tarde... entrelanto mañana temprano lo verás...

—Como!.. tambien ha venido mi hermano—esclamó el herrero.—uego dirán que no hay dias señalados para la felicidad... Y como lo encontrasteis padre mio?

—Como vos? siempre vos! Vamos, hijo mio; es el hacer coplas la causa de que te creas un gran señor y de que no me tutees?

—Padre mio!...

—Es menester que me hables simplemente de tú para desquitar lo que hemos dejado de hablar hace diez años... En cuanto á Gabriel, ya te contaré despues cuando le encontramos, porque si has creido que vas á dormir, te engañas... me daras la mitad de tu cuarto... y hablaremos... *Mal-genio* estará detrás de la puerta de este aposento, porque es costumbre suya el permanecer cerca de estas jóvenes.

—Dios mio! En nada he pensado... pero en tal momento... En fin, si estas señoritas ó tú quereis tomar alguna cosa... Agricol irá al momento á la fonda...

—Que reis tomar algo hijas mias?

—No, gracias Dagoberto... no tenemos hambre, estamos demasiado contentas...

Siempre tomareis agua caliente con azucar y un poco de vino para calentaros, mis queridas señoritas...—dijo Francisca.—Desgraciadamente no tengo otra cosa.

—Tienes razon Francisca; estas pobres niñas estarán fatigadas; acuéstalas... entretanto subiré con mi hijo á su cuarto y mañana temprano antes que Rosa y Blanca se despierten, yo bajaré á hablar contigo para que descanse un poco Agricol.

En este momento llamaron bastante fuerte á la puerta.

—Será la buena Mayeux que viene á ver si se ofrece algo—dijo Agricol.

—Pero me parece que estaba aquí cuando entró mi marido—respondió Francisca.

—Tienes razon, madre mia; pobre muchacha, se habrá ido por no incomodar.... es tan discreta... pero ella no llama tan fuerte...

—Mira quien es Agricol—dijo Francisca.

Antes que el herrero tuviese tiempo de llegar á la puerta, abrióse esta y un hombre decentemente vestido y de una figura respetable, avanzó algunos pasos dentro del aposento, y dirigiendo una ojeada rápida se detuvo un instante sobre Rosa y Blanca.

—Permitidme que os haga observar caballero—le dijo Agricol saliendo á su encuentro—que despues de haber llamado, podiais muy bien esperar á que os dijeran que entráseis.... en fin... qué quereis?..

—Os pido perdon caballero—dijo con mucha política este hombre que hablaba con suma lentitud, tal vez para adquirir el derecho de estar largo tiempo en el aposento—os hago un millon de excusas por mi indiscrecion... estoy confundido de...

—Bien caballero, qué quereis?—dijo Agricol impaciente.

—Caballero, no vive aquí la señorita Soliveaur, una obrera jorobada?

—No señor, es mas arriba—respondió Agricol.

—Oh! Dios mio, caballero—esclamó el hombre político, empezando de nuevo sus profundas saluciones—estoy confundido de mi torpeza; creía entrar en la habitacion de esta jóven obrera á quien venia á proponer trabajo de parte de una persona muy respetable...

—Es bastante tardé caballero—dijo Agricol sorprendido—por lo demas esta jóven obrera es como de nuestra familia: volved mañana, porque esta noche estará ya acostada.

—Bien caballero... os reitero mis excusas...

—Muy bien caballero—dijo Agricol dando un paso hácia la puerta.

—Yo suplico á esta señora, á estas señoritas, y á este caballero, que se persuadan.....

—Si continuais así mucho tiempo—dijo Agricol—será necesario que escuseis lo largo de vuestras excusas... y acabaremos...

A estas palabras de Agricol que hicieron sonreír á Rosa y á Blanca, Dagoberto se alusó el bigote con orgullo.—Qué talento tiene mi hijo!—le dijo en voz baja á su muger.—A tí no te admira porque ya estas acostumbrada á ello.

Entretanto el hombre ceremonioso salió despues de haber echado una detenida mirada sobre las dos hermanas, sobre Agricol y sobre Dagoberto.

Pocos instantes despues, mien'tras que Francisca había puesto un colchon en el suelo para ella, y en su lecho sábanas bien blancas para las huérfanas, atendiendo á que se acostaran con una solicitud maternal, Dagoberto y Agricol subieron á su buhardilla.

En el momento en que el herrero, que con una luz en la mano precedía á su padre, pasó por delante de la puerta del pequeño aposento de la Mayeux, esta medio escondida en la sombra le dijo rapidamente y en voz baja:

—Agricol, un gran peligro te amenaza... es menester que hable contigo...

--Estas palabras fueron pronunciadas con tal celeridad, tan bajas, que Dagoberto no pudo oirlas; pero como Agricol se había detenido bruscamente estremeciéndose, el soldado le dijo:

—Y bien hijo mio, qué era eso?

—Nada padre mio—dijo el herrero volviéndose hácia él!..—Creía no alumbrarte bastante bien.

—Está tranquilo... tengo esta noche los ojos y las piernas como un jóven de quince años.

Y el soldado sin apercibirse de la admiracion de su hijo, entró con él en la buhardilla donde debian pasar la noche.

Algunos minutos despues de salir de la casa el hombre de las maneras tan refinadas, que había venido á preguntar por la Mayeux en el cuarto de la muger de Dagoberto, se dirigió hácia la estremidad de la calle de Brise-Miche.

Acercóse á un fiacre que se hallaba parado en la pequeña plaza de Claustro de Saint-Merry.

En el fondo de este fiacre estaba Mr. Rodin envuelto en una capa.

--Y bien?—le dijo en tono interrogativo.

--Las dos jóvenes y el hombre de los bigotes canos han entrado

en casa de Francisca Baudoin—contestó el otro.—Antes de llamar á la puerta, escuché durante algunos minutos... las niñas se hospedarán esta noche en la habitación de Francisca Baudoin. El viejo de los bigotes canos la pasará en la del herrero...

—Muy bien—dijo Rodin.

—No me atreví á insistir—añadió el hombre político—en ver esta noche á la costurera jorobada, hermana de la reina Bacanal; volveré mañana para saber el efecto de la carta que ha debido recibir esta noche por el correo, acerca del jóven herrero.

—No falteis: ahora ireis de mi parte en casa del confesor de Francisca Baudoin aunque sea ya tarde; le direis que le aguardo en la calle de *Milieu des Ursins*; que venga al instante... sin perder un minuto... vos le acompañareis; si yo no hubiese vuelto, que me espere, pues se trata—le direis—de cosas de mucha importancia...

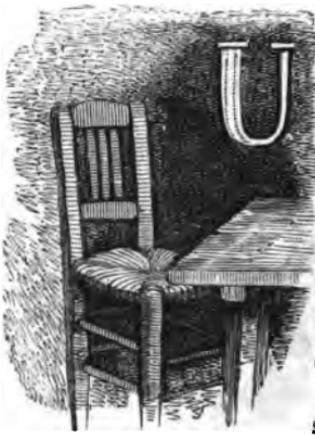
—Todo será fielmente egecutado—respondió el hombre ceremonioso, saludando profundamente á Mr. Rodin, que desapareció rápidamente en su fiacre.





CAPITULO XV.

AGRICOL Y LA MAYEUX.



UNA hora despues de estas diferentes escenas el mas profundo silencio reinaba en la casa de Brise Miche.

Una luz vacilante que pasaba á través de los cristales de una puerta vidriera anunciaba que la Mayeux velaba todavía porque aquella morada sombría, sin aire y sin claridad, solo recibia luz por aquella puerta que daba á un parage estrecho y oscuro abierto en el tejado.

Una miserable cama, una mesa, una silla vieja y un cofre, llenaban de tal modo aquella pieza glacial, que dos personas no podian sentarse, á menos que la una no lo hiciese sobre la cama.

La magnifica flor que Agricol habia regalado á la Mayeux, preciosamente depositada en un vaso de agua, encima de la mesa llena de costura, esparcia su suave perfume, abria su cáliz de purpura en medio de este miserable gabinete con las paredes de yeso negro y húmedo, escasamente alumbrado por una bela de sebo.

La Mayeux sentada en la cama vestida todavía, con el semblante

desencajado, los ojos llenos de lágrimas, apoyandose con una mano en la almohada, inclinada la cabeza hácia la puerta, prestando el oido con ansiedad, esperaba á cada minuto oír los pasos de Agricol.

El corazon de la jóven latia con violencia: sus facciones regularmente pálidas, estaban ligeramente sonrosadas, tan profunda era su emocion... á veces dirigia los ojos como asustada, sobre una carta que tenia en la mano: aquella carta llegada la misma noche por el correo, habiala puesto el portero tintorero sobre la mesa de la Mayeux mientras que esta presenciaba la entrevista entre Dagoberto y su familia.

Al cabo de algunos instantes, la jóven oyó abrir cautelosamente una puerta inmediata á la suya.

—Al fin, ya viene!—esclamó.

En efecto Agricol entró.

—Esperaba á que mi padre se durmiera—dijo en voz baja el herero, cuya fisonomía revelaba mas curiosidad que inquietud—qué hay mi buena Mayeux? qué alterada estás!.. lloras?.. qué ha sucedido! de qué peligro quieres hablarme?

—Toma.... lee....—le dijo la Mayeux con una voz temblorosa y presentandole precipitadamente una carta abierta.

Agricol se aproximó á la luz y leyó lo que sigue:

Una persona que no puede darse á conocer, pero que sabe el cariño fraternal que profesais á Agricol Baudoin, os previene que este jóven y honrado obrero, será probablemente arrestado en el día de mañana...

—Yo!—esclamó Agricol mirando á la jóven con un aire estupefacto—qué quiere decir esto?

—Continua—dijo vivamente la costurera, juntando las manos.

Agricol continuó no pudiendo dar crédito á sus ojos:

Su cancion de los TRABAJADORES LIBRES ha sido acriminada habiendose encontrado muchos ejemplares entre los papeles de una sociedad secreta, cuyos gefes acaban de ser presos, á consecuencia de la conspiracion de la calle des Prouvaires....

—Ah!..—dijo la obrera deshaciéndose en lágrimas—ahora lo comprendo todo. Ese hombre que esta noche se hallaba en la escalera segun dijo el tintorero, era sin duda un espia que aguardaba tu llegada.

—Bah!.. esta acusacion es absurda!—esclamó Agricol—no te atormentes mas mi buena Mayeux. Yo no me ocupo de política..... mis versos solo respiran amor á la humanidad. Es acaso culpa mia que se hayan encontrado entre los papeles de una sociedad secreta?..

Y tiró la carta sobre la mesa.

—Continúa por favor—le dijo la Mayeux—continúa...

—Si tu lo quieres... en horabuena.

Y Agricol continuó.

Un mandamiento de prision se ha espedido contra Agricol Baudoin: indudablemente tarde ó temprano será reconocida su inocencia; pero hará bien en ponerse desde luego al abrigo de las pesquisas judiciales...



para librarse de un arresto preventivo de dos ó tres meses que será un golpe terrible para su madre, de quien es el único sosten.

Un amigo sincero que se ve obligado á guardar el incognito.

Despues de un momento de silencio, el herrero encogiéndose de hombros dijo á la costurera riendo:

—Tranquilízate mi buena Mayeux... esta es una broma que me dan... una carta de carnaval anticipada...

—Agricol, por el amor del cielo—dijo la costurera con una voz suplicante—no trates esto tan ligeramente, cree mis presentimientos... escucha este aviso....

—Todavía otra vez, mi pobre niña!.. Hace mas de dos meses que mi cancion de los *trabajadores* se imprimió: nada tiene que ver con la política; y ademas no hubieran aguardado hasta ahora para prohibirla.

—Pero considera que las circunstancias no son las mismas... Apenas hace dos dias que la conspiracion se descubrió aqui mismo en la calle *des Prouvaires*.... Y si tus versos hasta ahora tal vez desconocidos, se han encontrado en las casas de las personas arrestadas... por esta conspiracion... no es necesario mas para comprometerte...

—Comprometerme.... unos versos en que aplaudo el amor al trabajo, y á la caridad?... Por el diablo... que entonces la justicia seria ciega... Habria necesidad de darla un perro y un baston para que pudiese andar.

—Agricol—dijo desconsolada la Mayeux mirando al herrero chancarse en semejantes momentos—te ruego... que me escuches: sin duda predicas en tus versos el santo amor al trabajo; pero deploras dolorosamente la suerte injusta de los pobres trabajadores consagrados sin esperanzas á todas las miserias de la vida... predicas la evangélica fraternidad, pero tu bueno y noble corazon se indigna contra los egoistas y los malvados... En fin, apresuras con el ardor de tus votos la libertad de los artesanos que menos felices que tu, no tienen por amo al generoso Mr. Hardy. Y bien! Dime Agricol en estos tiempos de revueltas, necesitas mas para comprometerte si muchos ejemplares de tus versos se han encontrado en las casas de las personas arrestadas?

A estas palabras sensatas y ardorosas de la esceiente criatura que sacaba del corazon sus razones, Agricol hizo un movimiento y empezó á mirar mas seriamente el aviso que le daban.

Viendole conmovido la Mayeux continuó:

—Y ademas te acuerdas de Remi... tu compañero de taller?

—Remi?

—Sí... una carta suya... carta casi indiferente, se encontró en casa de otra persona arrestada por conspiracion... y estuvo un mes en la cárcel.

—Es verdad, mi buena Mayeux, pero pronto se reconoció la injusticia de esta acusacion y le pusieron en libertad.

—Despues de haber pasado un mes en la cárcel... y esto es lo que te aconsejan con razon que evites... Agricol, piensalo bien... Dios mio!... un mes en la cárcel! y tu madre?..

Estas palabras de la Mayeux hicieron una profunda sensacion en Agricol: cogió la carta y volvió á leerla atentamente.

—Y este hombre que ha estado rondando toda la noche al rededor de la casa?—repuso la jóven:—Continuamente me asalta esta idea... Es tan natural!... Ah, Dios mio!.. que golpe para tu padre, para tu madre que ya no gana nada! No eres tu ahora su único recurso?... Piensalo bien: sin tí, sin tu trabajo qué será de ellos?

—En efecto seria terrible—dijo Agricol tirando la carta sobre la mesa.—Eso que tu me dices de Remi es verdad... él estaba inocente como yo... un error de justicia... error involuntario sin duda pero no por eso menos cruel... Pero te repito que no se arresta á un hombre sin oirlo...

—Se le prende primero y luego se le oye...—contestó la Mayeux con amargura— al cabo de un mes ó dos se le pone en libertad..... y si tiene muger..... hijos que solo viven de su trabajo cuotidiano, qué es de ellos mientras que su único apoyo está en la cárcel?... Tienen hambre... tienen frio... y lloran.

A estas tiernas y sencillas palabras de la Mayeux Agricol se estremeció.

—Un mes sin trabajo!—replicó este con un aire triste y pensativo—Y mi madre?... y mi padre?... y esas dos jóvenes que forman parte de nuestra familia, hasta que el mariscal Simon ó su padre lleguen á París?.. Ah! tienes razon... á pesar mio... me asusta esta idea....

—Agricol—esclamó de repente la Mayeux—si te dirigieras á Monsieur Hardy... es tan bueno... de un carácter tan estimable, tan honrado, que su fianza haria que cesaran las persecuciones contra ti.

—Desgraciadamente Mr. Hardy no está aquí, se halla viajando ahora con el padre del mariscal Simon.

En seguida, despues de un nuevo silencio añadió Agricol tratando de dominar sus temores.

—Pero no, yo no puedo creer en esta carta... Despues de todo, prefiero aguardar los acontecimientos..... menos probabilidades tendré de probar mi inocencia en un primer interrogatorio... porque al fin mi buena Mayeux, que yo esté en la carcel ú oculto, de cualquier manera mi trabajo faltará á mi familia.

—Ay!... es verdad—dijo la pobre jóven—qué hacer?... Dios mio! qué hacer?..

—Ah!.. mi bravo padre—esclamó Agricol—si esta desgracia sucediera mañana, buena nueva le esperaba al abrir los ojos....

Y el herrero ocultó su rostro entre sus manos.

Desgraciadamente los temores de la Mayeux no eran exagerados; porque aun se recordará que en esta época del año 1832 antes y despues de la conjuracion de la calle des Prouvaires, se verificaron un gran número de prisiones preventivas en la clase obrera, á consecuencia de una violenta reaccion contra las ideas democráticas.

De repente la Mayeux rompió el silencio que reinaba desde algunos segundos; un vivo encarnado coloreaba sus facciones marcadas con una indefinible espresion de reserva, pena y desesperacion.

—Agricol, te has salvado!—esclamó.

—Qué dices?

—Esa señorita tan bella, tan buena, que al darte esa flor (y la Mayeux se la mostró al herrero) supo reparar con tanta delicadeza una oferta ofensiva... esta señorita debe tener un corazon generoso... es preciso pues, que... te dirijas á ella...

A estas palabras, que parecia pronunciar haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la Mayeux.

Por la primera vez en su vida experimentaba un sentimiento doloroso de celos..... otra muger era bastante feliz para poder venir en auxilio del que ella idolatraba, ella, pobre criatura desvalida y miserable.

—Y piensas tú—dijo Agricol con sorpresa—que podrá hacer algo por mí esta señorita?

—No te dijo que recordases su nombre y donde vivia, y que en cualquier circunstancia te dirijieses á ella?

—Sin duda...

—Esta señorita en su alta posicion debe tener brillantes conocimientos que podrán protegerte, defenderte... vé mañana temprano á verla, confiesala francamente lo que te sucede..... y pídelas su proteccion.

—Pero que quieres que haga ella mi buena Mayeux?

—Escucha. Recuerdo que en otro tiempo mi padre nos decia que habia impedido que uno de sus amigos fuera á la carcel, sirviendo de fianza por él..... A tí te será fácil convencer á esta señorita de tu inocencia.... que te haga la bondad de responder por tí.... entonces me parece que nada tendras que temer...

—Ah, mi pobre Mayeux... pedir un favor semejante... á una persona que no se conoce... es muy duro.

—Creeme Agricol—dijo tristemente la Mayeux—yo no te aconsejaría jamás nada que pudiese rebajarte á los ojos de nadie... y sobre todo... lo entiendes?... sobre todo á los ojos de esta persona... No se trata de pedirle dinero... sino de prestar solamente una fianza que te deje los medios de continuar tu trabajo, á fin de que tu familia no llegue á encontrarse sin recursos... Creeme Agricol, una demanda de esta especie es muy noble y muy digna de tí... el corazón de esta señorita es generoso... ella te comprenderá; la fianza nada importará para ella... y para tí será el todo... será la vida de los tuyos...

—Tienes razón—mi buena Mayeux—dijo Agricol con abatimiento y tristeza.—Tal vez vale más arriesgar este paso... Si esta señorita consiente en prestarme este servicio, estaré preparado á cualquier acontecimiento... Pero no, no...—añadió el herrero levantándose—jamás me atreveré á dirigirme á ella... Qué derecho tengo para hacerlo?... Qué vale el pequeño favor que la he hecho yo... comparado con el que voy á pedirle?

—Crees acaso Agricol, que un alma generosa mide los favores que presta por los que recibe? Ten confianza en mí respecto á los sentimientos del corazón... yo no soy más que una pobre criatura indigna de compararse con nadie; yo no soy nada, ni nada puedo... Pues bien! Sin embargo estoy segura... sí Agricol... yo estoy segura... que esta señorita tan distinta de mí... experimentará lo mismo que yo siento en esta ocasión... sí, como yo considerará la crueldad de tu posición, y hará con alegría, con placer, con reconocimiento, lo que yo haría..... ay! si yo pudiera otra cosa que consagrarte mi inutilidad...

A pesar suyo la Mayeux pronunció estas últimas palabras con una expresión tan amarga, había tanto dolor en la comparación que esta infortunada, oscura y desdeñada, miserable y enferma hacia de sí misma con Adriana Cardoville, este tipo resplandeciente de juventud, de belleza, de opulencia, que Agricol se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas: tendiendo una de sus manos á la Mayeux, la dijo con voz conmovida:

—Qué buena eres!.. Cuánta nobleza, qué buen sentido..... cuánta delicadeza se encierra en tí!..

—Desgraciadamente no puedo hacer más... que aconsejar...

—Y seguiré tus consejos... mi buena Mayeux, son los consejos del alma más elevada que he conocido. Además me has decidido á dar este paso, persuadiéndome que el corazón de Mlle. de Cardoville... es como el tuyo...

Al oír este elogio sencillo y sincero la Mayeux, olvidó lo que aca-

haba de sufrir, tan dulce, tan consoladora fue su emocion. Porque si para ciertas criaturas fatalmente destinadas á la desgracia hay dolores desconocidos del mundo, á veces tienen gozos timidos y humildes, desconocidos tambien. Asi la menor palabra de ternura que las ensalza á sus propios ojos, es tan bienhechora, tan inefable para estos pobres seres habitualmente acostumbrados á los dèsdenes, á la dureza y á la desconsoladora duda de sí mismos!

—Con que estamos convenidos... tu irás mañana temprano á casa de esta señorita, no es verdad?—esclamó la Mayeux, renaciendo su esperanza.—En cuanto sea de dia bajaré á la puerta de la calle á fin de ver si hay algo sospechoso, y te avisaré.

—Buena y escelente muger!—esclamó Agricol mas y mas conmovido.

—Será menester que salgas antes que despierte tu padre... el barrio en que vive esta señorita es tan solitario... que solo con ir á él... estarás oculto...

—Me parece haber oido la voz de mi padre—dijo Agricol.

En efecto, el aposento de la Mayeux estaba tan cerca de la buhardilla del herrero, que este y la costurera escucharon con atencion y oyeron que Dagoberto decia en la oscuridad.

—Agricol!.. estas durmiendo hijo mio?.. Yo he pasado ya mi primer sueño y la lengua se me hace agua por hablar.

—Vete pronto Agricol—dijo la Mayeux—tu ausencia podria inquietarlo... de todos modos no salgas de casa mañana, hasta que te diga si hay alguna cosa que me infunda recelo.

—Agricol, no estás ahí?—repuso Dagoberto en voz mas alta.

—Aquí estoy padre mio—dijo el herrero saliendo del gabinete de la Mayeux y entrando en la buhardilla de su padre—habia ido á cerrar la ventana de un granero que golpeaba con el viento, por temor de que te despertase el ruido.

—Gracias hijo mio, pero no ha sido por Dios, el ruido el que me ha despertado—dijo alegremente Dagoberto—ha sido un hambre terrible de charlar contigo... Ah, mi pobre hijo; un honrado padre anciano que no ha visto á su hijo en diez y ocho años, tiene muchos deseos de hablar con él.

—Enciendo luz padre mio?

—Nó, nó, seria demasiado lujo... hablemos á oscuras... y con eso me causará un efecto nuevo el verte mañana temprano... será como si te viera una segunda vez...

La puerta de la buhardilla de Agricol volvió á cerrarse y la Mayeux no oyó nada mas...

La pobre criatura se echó vestida sobre la cama, y no cerró los ojos en toda la noche, aguardando con ansiedad que amaneciera, á fin de velar sobre Agricol.

No obstante, á pesar de su viva inquietud, dejábase llevar algunas veces por las ilusiones de una melancolia amarga, comparando la conferencia que acaba de tener en el silencio de la noche con el hombre que adoraba en secreto, y lo que esta conferencia hubiera sido á estar ella dotada de atractivos y de belleza, siendo amada como amaba ella... con un amor casto y lleno de abnegacion..... Pero recordando despues que nunca debia conocer las inesplicables dulzuras de una pasion correspondida, halló consolacion en la esperanza de poder ser útil á Agricol.

Al despuntar el dia, la Mayeux se levantó sin hacer ruido, y bajó la escalera á fin de ver si algun peligro le amenazaba.





CAPÍTULO XVI.

EL DESPERTAR.



DURANTE una parte de la noche, el tiempo habia estado húmedo y nublado volviéndose á la mañana siguiente, claro y frio. Al través de las vidrieras que daban luz á la buhardilla en que Agricol habia dormido con su padre, se distinguia la luz del cielo.

La habitacion del jóven herrero tenia igual aspecto de pobreza que el de la Mayeux: por todo adorno encima de la mesita de pino, en la que Agricol escribia sus inspiraciones poéticas, se veia clavado en la pared un retrato de Beranger, del poeta inmortal á quien el pueblo adora y reverencia..... porque este genio escélenste y singular, ha amado, ha ilustrado al pueblo cantando sus infortunios y sus glorias.

Aunque comenzaba apenas á amanecer, Dagoberto y Agricol estaban ya levantados. Este último habia tenido suficiente imperio so-

bre sí mismo, para disimular sus vivas inquietudes y temores que la reflexion habia aumentado.

La reciente conspiracion de la calle des Prouvaires, habia motivado un gran número de arrestos preventivos, y el descubrimiento de varios ejemplares de su cancion del *Trabajador libre*, en casa de uno de los gefes de esta conspiracion abortada, debia en efecto comprometer momentaneamente al jóven herrero; pero como ya hemos dicho, su padre no tenia la menor sospecha de su ansiedad.

Sentado al lado de su hijo sobre el borde de su cama miserable, el soldado que desde el alba se habia vestido y afeitado con su exactitud militar tenia entre sus manos las de Agr.col: sus facciones resplandecian de gozo y no podia dejar de contemplarle con la mas viva satisfaccion.



—Vas á burlarte de mí hijo mio—le decia—pero daba al diablo la noche por poder mirarte de dia... como te veo ahora... Enhorabuena.... otra tontería de mi parte.... me lisongea el verte gastar bigotes... qué hermoso granadero á caballo hubieras hecho!.... No has tenido nunca deseos de ser soldado?

—Y mi madre?

—Es verdad; y despues de todo, el tiempo del sable ha pasado. Nosotros pobres viejos no servimos ya mas que para el rincon de una chimenea, como una carabina enmohecida... nuestra época concluyo.

—Sí, vuestra época de heroismo y de gloria!—dijo Agricol con exaltacion. Despues añadió con una voz profundamente conmovida.—Sabes que es lisonjero y bello ser tu hijo?

—En cuanto á bello... no lo sé... respecto á lisonjero, debe serlo porque te amo con mucha pasion... Y cuando pienso que principio ahora... eh? Agricol? yo soy como los hambrientos que no han comido en muchos dias... solo poquito á poco se reponen... y saborean la comida... Ahora bien debes esperar... hijo mio... que te saboree todos los dias... á todas horas... Mira no quiero pensar en esto... *todos los dias*... me vuelvo loco de contento... pierdo la cabeza...

Estas palabras de Dagoberto causaron á Agricol una sensacion dolorosa, creyendo ver en ellas un presentimiento de la separacion de que estaba amenazado.

—Dime, no eres feliz? Mr. Hardy es siempre tan bueno para tí?

—El?—dijo el herrero—es lo mejor que hay en el mundo, lo mas equitativo y lo mas generoso; si supieras las maravillas que ha hecho en su fábrica! Comparada con las demas es un paraíso en medio del infierno.

—De veras?

—Ya verás... cuanto gozo, cuanta alegria espresan los rostros de todos sus dependientes y con cuanto placer, con cuanto ardor se trabaja!

—Es acaso algun nigromantico Mr. Hardy.

—Un gran nigromantico, padre mio; ha sabido dar atractivos al trabajo... esto en cuanto al placer... Ademas de un salario justo, nos concede una parte en sus beneficios, segun nuestra capacidad, que es la causa del ardor conque se trabaja, y no es esto todo; él ha hecho construir algunos edificios espaciosos, donde todos los obreros encuentran á menos precio que en otras partes habitaciones alegres y saludables, en las que disfrutan de todos los beneficios de la asociacion..... pero ya lo verás... te repito... que ya lo verás...

—Tienen razon para decir que París es la ciudad de las maravillas... En fin, aqui estoy para no separarme mas ni de tí, ni de tu buena madre.

—No, padre mio, no nos separaremos mas—dijo Agricol ahogando un suspiro.—Mi madre y yo trataremos de haceros olvidar todo lo que habeis sufrido.

—Sufri! que demonios he sufrido? mirame bien.. tengo cara de haber sufrido? Diablo. Pues si desde que he llegado me siento como un muchacho... Ya verás como ando... apuesto á que te voy á cansar... Tu te engalanarás... eh? hijo mio?.. Cómo van á mirarnos!.. A que al ver tus bigotes negros y los míos canos, dicen al instante que somos padre é hijo? Ea, arreglemos como vamos á pasar el día... tu vas á escribir al padre del mariscal Simon, diciendole que sus nietas han llegado y que es menester que se apresure á volver á París porque se trata de negocios muy importantes para ellas: mientras que escribes tuyo bajaré á dar los días á mi muger y á mis queridas niñas; en seguida tomaremos un bocado; tu madre se irá á misa porque la veo con su maná de siempre; la digna muger, tanto mejor si la divierte, durante este tiempo nosotros daremos juntos un paseo.

—Padre mio—dijo Agricol con embarazo—esta mañana no podré acompañarte.

—Cómo que no puedes, si hoy es domingo?

—Si padre—repuso Agricol titubeando—pero he prometido estar toda la mañana en el taller para concluir una obra que corre prisa... Si faltase.... causaria algun perjuicio á Mr. Hardy. Poco tardaré en volver.

—Eso es diferente—dijo el soldado suspirando— habia creido estrenar contigo á París... esta mañana... pero será mas tarde... porque el trabajo es sagrado... siendo el único recurso de tu madre.... Sin embargo es igual... me contraria mucho y... pero no.... soy muy injusto... como se acostumbra uno á la felicidad... ya estoy gruñendo como un viejo por tener que retardar nuestro paseo algunas horas... despues que durante diez y ocho años apenas esperaba volverte á ver..... Bah! Soy un viejo loco.... viva la alegría y mi Agricol!

Y para consolarse el soldado abrazó alegre y cordialmente á su hijo.

Esta caricia hizo daño al herrero que temia de un momento á otro, que se realizasen los temores de la Mayeux.

—Ahora que ya estoy repuesto—dijo Dagoberto riéndose—hablemos de negocios: sabes tu donde encontraré la direccion de todos los notarios de París?

—Yo no lo sé, pero nada hay mas fácil.

—He enviado de Rusia por el correo y por orden de la madre de las dos niñas que he traído, papeles muy importantes á un notario de París. Como debia ir á verlo en cuanto llegase... apunté su nombre y su direccion en una cartera; pero me la han robado en el ca—

mino... y como ya lie olvidado su diablo de nombre, creo me acordaria de él en cuanto lo viese escrito.

Dos golpes dados á la puerta de la buhardilla hicieron estremecer á Agricol.

Involuntariamente pensó en el mandamiento de prision lanzado contra él.

Su padre que al ruido habia vuelto la cabeza, no se apercibió de su emocion, y dijo con una voz fuerte.

—Entrad.

La puerta se abrió: era Gabriel: vestia una solana negra y un bonete.

Reconocer á su hermano adoptivo y arrojarle en sus brazos, fueron dos movimientos que hizo Agricol rápidos como el pensamiento.

—Hermano mio!

—Agricol!

—Gabriel!

—Despues de una ausencia tan larga!

—Al fin, te veo!

Tales fueron las palabras que pronunciaron Agricol y el misionero estrechamente abrazados.

Dagoberto conmovido, encantado con estas caricias fraternales, sentia llenársele de lágrimas los ojos. En efecto, habia mucha ternura en el afecto de aquellos dos jóvenes de un corazon tan semejante, y de una fisonomia y un aspecto tan diferente, porque el semblante de Agricol hacia resaltar mas todavia la delicadeza de la angelical fisonomia de Gabriel.

—Ya me habia prevenido mi padre de tu llegada...—dijo en fin el herrero á su hermano adoptivo.—Aguardaba verte de un momento á otro, y sin embargo... mi felicidad es cien veces mas grande de lo que yo esperaba.

—Y mi buena madre?...—preguntó Gabriel estrechando afectuosamente las manos de Dagoberto—la habeis encontrado buena?

—Sí, hijo mio, y su salud será mejor todavia cuando nos vea á todos reunidos... nada es tan saludable como la alegria.—Despues dirigiéndose á Agricol, que olvidando sus temores de ser arrestado miraba al misionero con una espresion de inefable cariño—y cuando se piensa que con ese aspecto infantil, Gabriel tiene el valor de un leon... porque ya sabes con cuanta intrepidez salvó á las hijas del mariscal Simon y trató de salvarme á mí mismo...

—Pero Gabriel, qué tienes en la frente?—esclamó el herrero de repente, que despues de algunos instantes consideraba atentamente al misionero.

Gabriel habiéndose quitado el bonete al entrar, estaba precisamente debajo de los vidrios, y la viva luz que penetraba por ellos iluminaba su semblante pálido y dulce: la cicatriz circular que se extendía de una sien á otra por encima de las cejas del misionero, se divisaba perfectamente.

Con las emociones tan diversas y los acontecimientos tan precipitados que habian sucedido al naufragio, Dagoberto durante su breve conversacion con Gabriel en el palacio de Cardoville, no habia podido distinguir la cicatriz que ceñía la frente del jóven misionero, pero participando ahora de la sorpresa de Agricol, le dijo:

—Pero en efecto... qué cicatriz es esa que tienes en la frente?

—Y en las manos... mira... mira padre mio—esclamó el herrero cogiendo una de las manos que el jóven sacerdote extendía hácia él como para tranquilizarlo.

—Gabriel... mi querido hijo... explícanos todo esto... Quien te ha herido de esta manera?—añadió Dagoberto.

Y tomando á su vez la mano del misionero, examinó la herida, como un inteligente, por decirlo así, y añadió:

—En España uno de mis compañeros fue desclavado de la cruz de un camino, en donde le habian crucificado los frailes para dejarlo morir de hambre y de sed... desde entonces tiene en las manos unas cicatrices muy parecidas á estas.

—Mi padre tiene razon... se vé que has tenido las manos atravesadas...dijo Agricol dolorosamente conmovido.

—Dios mio, no os ocupeis de ello mas—respondió Gabriel sonrojándose con modestia.—Fui á predicar á los salvages de las montañas Pedregosas, y me crucificaron... Principiaban á desollarme, cuando... cuando la Providencia me salvó de sus manos.

—Desgraciado muchacho, y no tenias armas? ni llevabas la escolta suficiente?—dijo Dagoberto.

—A nosotros nos está prohibido el usar armas—contestó Gabriel sonriendo dulcemente—y jamás llevamos escolta.

—Y tus compañeros, los que iban contigo, como no te defendieron?—esclamó impetuosamente Agricol.

—Estaba solo, hermano mio.

—Solo!...

—Sí, solo, con un guia.

—Cómo, fuiste solo y desarmado á ese pais barbaro?—replicó Dagoberto no pudiendo dar crédito á lo que oía.

—Eso es sublime—dijo Agricol.

—La fé no puede imponerse por la fuerza—repitió simplemente Ga-

briel—la persuacion es la sola que puede esparcir la caridad evangélica entre esos pobres salvages.

—Pero, y cuándo la persuacion no basta?—dijo Agricol.

—Qué quieres hermano mio?.. muere uno por su creencia... lastimándose de los que la rechazan... porque es un gran beneficio para la humanidad.

Hubo un momento de profundo silencio despues de esta respuesta, pronunciada con una simplicidad encantadora.

Dagoberto conocia demasiado el valor para no comprender este heroísmo tranquilo y resignado á la vez, y lo mismo que su hijo contemplaba á Gabriel con una admiracion mezclada de respeto.

Gabriel sin la afectacion de una falsa modestia, parecia completamente estraño á los sentimientos que inspiraba; así, añadió dirigiéndose al soldado:

—Qué teneis?

—Lo que tengo—respondió este—es que despues de treinta años de guerra... me creía tan valiente como cualquiera... y he encontrado uno que lo es mas... y ese mas valiente... eres tú.

—Yo!.. qué decís?.. qué he hecho yo?

—Por Dios! No sabes que esas heridas—y el veterano cogió con transporte las manos de Gabriel—son tan gloriosas... son mas gloriosas que las nuestras... que somos batalladores de profesion...

—Sí, mi padre tiene razon—esclamó Agricol, añadiendo con exaltacion.—Ah! Hé aquí los sacerdotes como yo los amo, como los venero: caridad, valor y resignacion!

—Yo os suplico que no me alabeis así... dijo turbado Gabriel.

—Alabarte!—replicó Dagoberto—vaya... por qué?.. Cuando iba yo á hacer fuego, me hallaba acaso solo? No me veía mi capitan? No estaban allí mis camaradas... A falta de valor verdadero, no hubiera tenido amor propio para estimularme?.. Sin contar los gritos de una batalla, el olor de la pólvora, el sonido de las trompetas, el ruido del cañon, el ardor de mi caballo que brincaba debajo de mis piernas, el diablo en fin.. y sin contar que sabia que el emperador me daría un pedazo de cinta ó de galon para vendar mi piel agugereada.... y gracias á todo esto pasaba por valiente..... bien..... pero no lo eres tu mil veces mas que yo hijo mio, tú que vas solo, desarmado... á hacer frente á unos enemigos cien veces mas feroces que los que nosotros combatimos, nosotros con escuadrones y cuchilladas con acompañamiento de obus y de metralla?

—Digno padre!..—esclamó el herrero—cuan bello y cuan noble es el hacer justicia de ese modo!

—Ah, hermano mio, su bondad para conmigo le hace exagerar lo que es solamente natural.

—Natural para personas de otro temple si—dijo el soldado—pero para el tuyo es muy raro.

—Si, sí, muy raro, porque ese valor es el mas admirable de todos—repuso Agricola.—Tu sabes que caminas á una muerte casi cierta, y vas solo, con un crucifijo en la mano para predicar la caridad, la fraternidad á los salvages que te agarran, te atormentan..... y tu aguardas la muerte sin quejarte, sin venganza, sin cólera... con el perdon en la boca y la sonrisa en los labios..... Y esto en el fondo de los bosques, solo, sin que se sepa, sin que se vea, sin otra esperanza en caso de escapar con vida, que la de ocultar tus heridas bajo tu modesta sotana negra... Ah!... mi padre tiene razon: ven á sostener todavia que no eres tan bravo como él...

—Y ademas—repuso Dagoberto—el pobre muchacho trabaja *para el rey de Prusia*, porque como tu dices bien, hijo mio, su valor y sus heridas no harán que cambie nunca su vestido negro por uno de cardenal.

—No soy tan desinteresado como parece—dijo Gabriel á Dagoberto sonriendo dulcemente—Si yo soy digno, una grande recompensa me espera en los cielos.

—En cuanto á eso hijo mio, yo no entiendo nada... y no disputaré contigo... pero lo que sostengo es que mi vieja cruz estaria tan bien en tu sotana como en mi uniforme.

—Pero esas recompensas no son jamas para los humildes sacerdotes como Gabriel—dijo el herrero—y sin embargo, si tu supieras padre mio, cuanta virtud, cuanto valor existe en esa clase que el partido sacerdotal llama insolentemente *bajo clero*..... cuanto mérito oculto, cuanta abnegacion ignorada hay en esos oscuros y dignos curas de aldea, tan inhumanamente tratados y tenidos bajo un yugo tan insoportable por los obispos!.. Como nosotros esos pobres sacerdotes son trabajadores, cuya libertad deben desear todos los corazones generosos... Hijos del pueblo como nosotros, útiles como nosotros, debe hacérselos igual justicia..... Es verdad Gabriel? no me desmentirás, mi amado hermano, porque tu ambicion, me decias, hubiera sido lograr un pequeño curato de aldea, conociendo todo el bien que podias hacer en él...

—Mis deseos son siempre los mismos—dijo tristemente Gabriel...—pero desgraciadamente...—Despues como si hubiera querido libertarse de un pensamiento que le perseguia, cambiando de conversacion, repuso dirigiéndose á Dagoberto.—Creedme, sed mas justo, no

rebajeis vuestro valor exaltando demasiado el nuestro... vuestro valor es grande, bien grande, porque despues del combale la vista de la carnicería debe ser terrible para un corazon generoso... Nosotros al menos, si nos matan... no matamos...

A estas palabras del misionero, el soldado se enderezó y le miró con sorpresa.

—Esto si que es singular!—esclamó.

—Qué padre mio?

—Esto que Gabriel me ha dicho, me recuerda lo que me sucedia en la guerra á medida que iba envejeciendo...—Despues de un momento de silencio añadió Dagoberto con una voz grave y triste que no le era habitual.—Sí, lo que dice Gabriel me recuerda lo que yo experimentaba en la guerra á medida que envejecia..... Mas de una vez mis queridos hijos... cuando despues de una batalla me hallaba de centinela... solo... en la noche... á la claridad de la luna, sobre el terreno de que quedábamos dueños, pero que estaba cubierto de siete ú ocho mil cadáveres, entre los cuales habia algunos viejos camaradas de guerra... entonces aquel triste cuadro, aquel gran silencio, quitaban la embriaguez del deseo de acuchillar (embriaguez como cualquier otra) y.... yo me decia.... Ved ahí tantos hombres muertos..... por qué?... por qué?... Lo que no me impedia por supuesto, cuando á la mañana siguiente volvíamos á la carga, empezar de nuevo á acuchillar como un sordo... Pero es igual: cuando despues de tener el brazo fatigado enjugaba la hoja de mi sable toda llena de sangre, en la crin de mi caballo... yo volvía á repetir... he matado... matado... matado... *Por qué?..*

El misionero y el herrero se miraron al oír hacer al soldado esta singular relacion de lo pasado.

—Ah!—le dijo Gabriel—todos los corazones generosos sienten lo que vos sentiais en aquellas horas solemnes, en que la embriaguez de la gloria desaparece y el hombre queda solo con los buenos instintos que Dios ha puesto en su corazon.

—Esto lo que prueba hijo mio, es que tu vales mas que yo, porque esos nobles instintos, como dices, no te han abandonado jamas; pero como diablos te escapaste de las garras de esos salvages que te habian ya crucificado?

Al oír estas palabras de Dagoberto, Gabriel se estremeció sonrojándose tan visiblemente que el soldado le dijo:

—Si tu no puedes ó no debes responder á mi pregunta..... supón que nada te he dicho...

—Nada puedo ocultaros ñi á vos ni á mi hermano—dijo el misionero—

ro con una voz alterada—solamente me costará mucho trabajo, el hacerlos comprender... lo que yo mismo no comprendo.....

—Cómo es eso?—preguntó Agricol sorprendido.

—Sin duda—respondió Gabriel—habré sido víctima de alguna ilusión de mis sentidos... En aquel momento supremo en que esperaba la muerte con resignación... mi espíritu debilitado á pesar mio, se habrá engañado por una apariencia... y lo que ahora todavía me parece inexplicable, lo hubiera comprendido mas tarde... necesariamente hubiera conocido quien era aquella muger estrangera...

Al oír Dagoberto al misionero se quedó estupefacto porque también él trataba de explicarse vanamente el inesperado socorro que le habia proporcionado salir de la cárcel de Leipsick con las huérfanas.

—De que muger hablas?—le preguntó el herrero.

—Fue una muger la que te sacó de las manos de los salvages?—dijo Dagoberto.

—Sí—contestó Gabriel absorto en sus recuerdos.—Una muger jóven y bella.

—Y quién era esa muger?—dijo Agricol.

—Yo no sé... Cuando se lo pregunté me contestó... *Soy la hermana de los astijidos!*...

—Y de dónde venia? A dónde iba?—preguntó Dagoberto singularmente interesado.

—*Voy á donde se sufre*, me contestó—repuso el misionero—y continuó su camino hácia el norte de América, hácia esos países desolados en que la nieve es eterna... y las noches sin fin.....

—Como en Siberia—dijo Dagoberto pensativo.

—Pero...—replicó Agricol dirigiéndose á Gabriel mas y mas absorto cada vez—de qué manera vino esta muger en tu socorro?

El misionero iba á contestar, cuando un golpe dado discretamente á la puerta del aposento, renovó los temores de Agricol olvidados desde la llegada de su hermano adoptivo.

—Agricol—dijo una voz dulce detrás de la puerta—quisiera hablar-te un instante.

El herrero reconoció la voz de la Mayeux, y fue á abrirla.

La jóven en lugar de entrar dió un paso atrás en la sombra del corredor y le dijo con una voz alterada.

—Dios mio, Agricol, hace una hora que es de dia y tu no has salido todavía.... que imprudencia!... he estado abajo... en la calle... Hasta ahora nada he visto que pueda hacerme sospechar... pero pueden venir á prenderte de un momento á otro.... te suplico que

vayas al instante en casa de Mlle. de Cardoville... no hay que perder un minuto.....

—Sin la venida de Gabriel ya hubiera ido... pero como podria resistir á la felicidad de pasar algunos instantes á su lado?

—Gabriel está aqui!—dijo la Mayeux con una dulce sorpresa, porque como ya hemos dicho, se habia criado con él y con Agricol.

—Sí—respondió este—hace media hora que está con mi padre y conmigo.

—Qué placer experimentaré al verle!—dijo la Mayeux—sin duda habrá subido mientras yo me hallaba en el cuarto de tu madre á ver si se la ofrecia alguna cosa para las jóvenes señoritas... pero se hallaban tan fatigadas que están durmiendo todavía... La señora Francisca me ha suplicado que te dé esta carta para tu padre... que acaba de recibir....

—Gracias mi buena Mayeux.....

—Y ahora que ya has visto á Gabriel no permanecerás por mas tiempo... piensa que golpe tan cruel seria para tu padre, si viniesen á prenderte en su presencia... Dios mio!

—Tienes razon... es necesario que me vaya... cerca de él y de mi hermano, he olvidado á pesar mio mis temores....

—Vete pronto... y tal vez dentro de dos horas si Mlle. de Cardoville consiente en dispensarte este favor, podrás volver bien tranquilo por tí y por los tuyos.....

—Es verdad... dentro de algunos minutos.... iré....

—Yo vuelvo á acechar á la puerta: si advierto alguna cosa subiré á decirtelo.. pero no tardes...

—No tengas cuidado...

La Mayeux bajó prontamente la escalera para vigilar á la puerta de la calle, y Agricol entró en la buardilla.

—Padre mio—le dijo á Dagoberto—he aqui una carta que mi madre te suplica que leas: acaba de recibirla...

—Pues bien, leela, hijo mio.

Agricol leyó lo que sigue:

«Señora:

«He sabido que vuestro marido esta encargado por el general Simon de un negocio de la mayor importancia. Tened la bondad asi que llegue á Paris, de decirle que venga á mi estudio en Chartres, sin la menor dilacion. Estoy encargado de entregarle á *él mismo* en *persona*, algunos documentos indispensables á los intereses del general Simon.»

«Durand, notario en Chartres.»

Dagoberto miró á su hijo con admiracion diciendole :

—Quién habrá podido instruir á ese caballero de mi próxima llegada á París?

--Tal vez será ese el notario cuya direccion habeis perdido y á quien habeis remitido los papeles, padre mio!--dijo Agricol.

—Pero él no se llamaba Durand, lo recuerdo, y era notario de París, no de Chartres. Por otra parte--añadió él soldado reflexionando--si son papeles de tanta importancia, que solo á mi se pueden entregar.....



—No podeis á mi modo de ver dispensaros de marchar, lo mas pronto posible--dijo Agricol contento con esta circunstancia que lo alejaba de su padre por dos dias lo menos, durante los cuales su suerte se fijaria de una manera ó de otra.

—Tu consejo es bueno--le dijo Dagoberto.

—Pero contraría vuestros proyectos?--preguntó Gabriel.

--Un poco mis queridos hijos, porque yo contaba pasar el dia con vosotros... en fin... el deber ante todo... Puesto que he venido desde la Siberia á París... no debo temer ir de París á Chartres, cuando se trata de un negocio tan importante. Dentro de dos dias estaré de

vuelta. Pero sin embargo es singular. Que el diablo me lleve si pensaba alejarme de vosotros hoy por ir á Chartres. Felizmente dejo á Rosa y á Blanca con mi buena muger, y su angel Gabriel, como le llaman, les hará compañía.

—Me será desgraciadamente imposible—dijo el misionero con tristeza.—Esta visita á mi madre y Agricol es una despedida.

—Cómo despedida?—dijeron á la vez Agricol y Dagoberto.

—Ay! Sí.

—Vuelves á otra mision?—preguntó Dagoberto.—Es imposible!

—Nada puedo contestaros acerca de esto—dijo Gabriel ahogando un suspiro—pero durante algun tiempo, ni debo ni puedo venir mas á esta casa.

—Escucha hijo mio,—replicó el soldado con emocion—hay en tu conducta alguna cosa que anuncia la opresion... Conozco á los hombres... El que llamas tu superior y que yo ví algunos instantes, despues del naufragio, en el palacio de Cardoville... tiene muy mala figura.... y por Dios, que siento verte alistado en la compañía de semejante capitán.

—En el palacio de Cardoville—esclamó el herrero, á quien sorprendió esta semejanza de nombre—ha sido en el palacio de Cardoville, donde os recogieron despues del naufragio?

—Sí, hijo mio; te admiras?

—No, padre..... Y los dueños del palacio habitaban en él?...

—No, porque el administrador, á quien pregunté para darle gracias por la buena hospitalidad que le habiamos merecido, me dijo que la persona á quien pertenecia habitaba en París....

—Qué casualidad!—dijo Agricol.—Si esta señorita fuese la propietaria del palacio que lleva su nombre.

Despues de esta reflexion, recordando la promesa que habia hecho á la Mayeux, le dijo á Dagoberto:

—Padre mio, escusadme.... pero ya es tarde..... y yo debo estar en el taller á las ocho.

—Es verdad, hijo mio... vamos... es un paseo diferido hasta que vuelva de Chartres... Dame otro abrazo... y parte...

Despues que Dagoberto habia hablado á Gabriel de reserva y opresion, este último permaneció pensativo..... En el momento en que Agricol se le acercaba para despedirse de él tendiéndole la mano, el misionero le dijo con una voz grave y solemne, y con un tono que admiró al herrero y al soldado:

—Mi buen hermano... una palabra todavia... Habia venido tambien para decirte que dentro de algunos dias... te necesitaré... y á

vos tambien padre mio... Permitidme que os dé este nombre—añadió Gabriel con una voz conmovida volviéndose hácia Dagoberto.

--De qué modo nos dices eso!.. qué hay?—esclamó el herrero.

—Sí,—continuó Gabriel—yo necesitaré del consejo y de la ayuda de dos hombres de honor, de dos hombres de resolucion..... puedo contar con vosotros, no es verdad?... á cualquier hora..... cualquier dia que sea.. bajo una palabra mia... vendreis?...

Dagoberto y su hijo se miraron en silencio, admirados del acento de Gabriel..... Agricol sintió que su corazon se partia..... Si estaba preso cuando su hermano lo necesitaba... que haria?.,.

—A cualquier hora de la noche y del dia, hijo mio, puedes disponer de nosotros—contestó Dagoberto tan sorprendido como interesado.—Tienes un padre y un hermano... cuenta siempre con ellos....

—Gracias, gracias—dijo Gabriel—me haceis muy dichoso.

--Sabes una cosa?--replicó el soldado—á no ser por tu vestido creeria que se trataba de un duelo..... de un duelo á muerte... segun decimos nosotros.

--De un duelo!--dijo el misionero estremeciéndose.—Sí, tal vez se trate de un duelo extraño... terrible... para el cual necesito de dos testigos como vosotros... un PADRE y un HERMANO....

.

Algunos instantes despues Agricol cada vez mas inquieto se dirigia apresuradamente á casa de Mlle. Cardoville, á donde vamos á conducir al lector.





EL PALACIO DE SAINT DIZIER.

CAPITULO XVII.

EL PABELLON.



El palacio de Saint Dizier era uno de los mas bellos y espaciosos de la calle de Babilonia en París.

Nada hay mas severo, mas imponente, mas triste, que el aspecto de aquella antigua mansion: inmensas ventanas con pequeños vidrios, pintadas de color de ceniza, hacian parecer mas sombrías aun sus bases de piedra de sillería ennegrecidas por el tiempo.

Este palacio era muy semejante á todos los que habian sido edificado en aquel barrio á mediados del siglo último: era un gran edificio con una fachada triangular, con los techos cortados y compuesto de un piso principal y otro bajo, al que se subia por un ancho peristilo. La una de las fachadas daba sobre un inmenso patio, limitado en los extremos por portales que comunicaban á vastas oficinas: la otra fachada miraba al jardin, verdadero parque de doce ó quince aran-

zadas, en el que dos calles de árboles en círculo, llegaban hasta el primer piso, formando dos galerías laterales.

Como en casi todas las grandes mansiones de aquel barrio, se veía á la estremidad del jardín lo que se llamaba el *pequeño palacio* ó la casita.

Este era un pabellón á la Pompadour, en forma de rotunda, con aquel encantador mal gusto de la época: ofrecía en donde quiera que se descubría la piedra una increíble profusión de plantas, lazos, guirnaldas de flores, y amorcillos regordetes. Este pabellón habitado por Adriana de Cardoville, se componía de un piso bajo, al que se entraba por un peristilo de algunos escalones; un pequeño vestíbulo conducía á un salón circular, alumbrado por arriba; otras cuatro piezas se comunicaban también con el salón y algunos aposentos en un entresuelo oculto, servían de desahogo.

Estas dependencias de las grandes habitaciones están en nuestros días desocupadas ó convertidas en invernaderos de naranjos; pero por una rara escepción el pabellón del palacio Saint Dizier había sido restaurado: su piedra blanca centelleaba como el mármol de Pharos, y su aspecto gracioso y rejuvenecido contrastaba singularmente con el sombrío edificio que se distinguía á la estremidad de una inmensa esplanada de yerba, sembrada aquí y allá de gigantesco bosquecillos de árboles verdes.

La escena siguiente pasaba el día después de la llegada de Dago-berto á la calle de Brise-Miche con las hijas del general Simon.

Acababan de dar las ocho de la mañana en la iglesia vecina: un hermoso sol de invierno se elevaba brillante en un cielo puro y azul, detrás de los grandes árboles secos que en el verano formaban una boveda de verdura sobre el pabellón á la Luis XV.

La puerta del vestíbulo se abrió y los rayos del sol alumbraron una encantadora criatura, ó mas bien dos, porque la una de ellas, aunque ocupaba un lugar muy modesto en la escala de la creación, no tenía sin embargo una belleza relativa menos remarcable.

En otras palabras una joven y una lindísima perrita inglesa de la especie llamada *King's-Charles* aparecieron en el peristilo de la rotunda.

La joven se llamaba *Georgina* y la perrita *Lutine*.

Georgina tenía diez y ocho años; ninguna *Florina* ó *Marton*, ninguna doncella de *Marivaux*, ha tenido jamás una fisonomía mas pi-cante, dientes mas blancos, mejillas mas rosadas, talle mas esbelto, pie mas pequeño, ni aire mas seductor.

Aun que era todavía muy temprano *Georgina* estaba vestida con

coquetería: un gorro de *valenciana* hecho por el estilo del que usan las aldeanas guarnecido de cintas de color de rosa y colocado un poco hácia atrás, sobre una admirable cabellera rubia, hacia resaltar su rostro lindo y picaresco; un vestido de levantina gris y una manteleta de linon sujeta al pecho con un lazo tambien color de rosa, dibujaba su seno perfectamente redondo: un delantal de holanda blanca como la nieve, guarnecido de tres alforzas coronadas de ojetes, ceñía su cuerpo esbelto y redondo como un junco..... Sus mangas aplastadas, cortas y riveteadas con encages, dejaban apercebir unos brazos torneados y blancos cubiertos hasta el codo por unos guantes de piel de Suecia para defenderlos del rigor del frio. Cuando *Georgina* alzó un poco su falda para bajar con mas ligereza los escalones del peristilo, mostró á los ojos indiferentes de *Lutine*, el principio de una pantorrilla rolliza, la caña de una pierna fina cubierta con una media blanca de seda, y un lindísimo pie calzado con un borcegú de raso negro.

Cuando una rubia como *Georgina* trata de ser picante; cuando una chispa brilla en sus ojos, de un azul tierno y alegre, cuando una jovial animacion colora su tez transparente, es mas linda, mas encantadora aun que una morena.

Esta pulida jóven que la víspera habia introducido á Agricola en el pabellon, era la primera doncella de Mlle. Adriana de Cardoville, sobrina de la princesa de Saint Dizier.

Lutine, tan afortunadamente hallada por el herrero, saltaba corriendo y juguetoneando sobre el cesped, dando ladridos de gozo; era del tamaño de un puño; sus lanas que caian á ondas, de un negro lustroso, brillaban como el ebano, con la ancha cinta encarnada que rodeaba su cuello: sus patas tambien cubiertas de lanas, tenian el color del fuego, asi como su hocico desmesuradamente aplastado; sus grandes ojos centelleaban de inteligencia y sus orejas rizadas eran tan largas que casi la arrastraban por el suelo.

Georgina parecia tan viva, tan petulante, como *Lutine*, de cuyos juegos participaba, corriendo detras de ella y dejandose perseguir sobre la yerba.

De repente, á la vista de una segunda persona que se adelantaba gravemente, *Lutine* y *Georgina* se detuvieron súbitamente en medio de sus juegos. La pequeña *King's Charles*, que se hallaba algo adelantante, atrevida como un diablo y fiel á su nombre, se sentó sobre sus patas nervudas, y aguardó fieramente al *enemigo*, enseñando dos filas de dientecillos que no por ser de marfil, estaban menos aguzados.

El *enemigo* consistia en una muger de edad madura seguida de un dogo grueso, color de cafe con leche, con la cola enroscada, el vientre muy redondo, la piel lustrosa, el cuello torcido hácia un lado y que andaba con las piernas desviadas y un paso pastoral. Su hocico negro y asqueroso, que dos colmillos salientes levantaban del lado izquierdo, tenia una espresion singularmente maliciosa y vengativa.

Este desagradable animal, tipo perfecto que podria apellidarse *el perro de la devota*, respondia al nombre de *Señorito*.

La dueña de *Señorito*, muger de cincuenta años no cumplidos, de talla mediana y corpulenta, llevaba un vestido tan oscuro y severo como el de *Georgina* era elegante y alegre. Componíase de una falda oscura, de una manteleta de seda negra y un sombrero del mismo color; las facciones debian haber sido bastante agradables en su juventud, y sus floridas mejillas, sus cejas pronunciadas y sus ojos negros muy vivos aun, no concordaban mucho con la fisonomía dura y austera que parecia afectar.

Esta maírona con las maneras lentas y discretas era Mme. Agustina Grivois primera doncella de la princesa de Saint Dizier.

No solamente su edad, su fisonomía, el vestido de estas dos mugeres ofrecian una completa oposicion, sino que tambien este contraste se estendia á los animales que las acompañaban: habia la misma diferencia entre *Lutine* y *Señorito*, que entre *Georgina* y Madame Grivois.

Cuando percibió á la pequeña *King's Charles* no pudo contener un movimiento de sorpresa y de contrariedad que no se escapó á la jóven.

Lutine, que no habia retrocedido un paso despues de la aparicion de *Señorito*, lo miraba con aire de valentia y de arrogancia, y hasta se adelantó hácia él de un modo tan hostil, que el dogo tres veces mas grueso que la perrita, buscó un refugio ladrando detras de Madame Grivois.

Esta miró á *Georgina* con aspereza y la dijo:

—Me parece, señorita, que podriais muy bien dispensaros de azucar vuestro perro y lanzarlo sobre el mio.

—Será sin duda para poner á ese feo y respetable animal al abrigo de esta incomodidad, por lo que tratasteis de hacer que se perdiera *Lutine* echándola á la calle por la puerta pequeña del jardin? Pero felizmente un honrado y digno jóven la encontró en la calle de Babilonia y la devolvió á mi señorita. Pero á qué debo, señora, la felicidad de veros tan temprano?

--Traigo encargo de la princesa--replicó Mme. Grivois, no pudiendo ocultar una sonrisa de triunfante satisfacción--para ver en este instante mismo á la señorita Adriana... se trata de una cosa muy importante, y que solo debo decir á ella misma.

A estas palabras *Georgina* se encendió y no pudo reprimir un ligero movimiento de inquietud que afortunadamente se escapó á la penetración de Mme. Grivois, ocupada en cuidar de *Señorito* al que *Lutine* se aproximaba con aire amenazador: habiendose recobrado entretanto de esta emocion pasagera, respondió con seguridad:



—La señorita se acostó ayer muy tarde... y me ha prohibido que entre nadie en su cuarto hasta despues del medio dia.

—Es posible... pero como se trata de obedecer una órden de la princesa su tia... tendreis á bien, si os place, despertar á vuestra señorita ... al instante...

—Mi señorita no recibe órdenes de nadie... ella está en su casa.... y yo no la despertaré hasta la hora que os he dicho, segun sus instrucciones.

—Entonces yo misma iré...

—Ni Florina ni Hebé os abrirán... Ved aquí la llave del salon..... y solamente por el salon se puede penetrar en la habitacion de la señorita.

—Como os opondéis á que egecute las órdenes de la princesa?

—Sí, me atrevo á cometer el gran crimen de no querer despertar á mi señora.

—Hé aquí los resultados de la ciega bondad de la princesa, hácia su sobrina—dijo la maltrata con aire contrito.—La señorita Adriana no respeta ya las órdenes de su tia, y se rodea de jóvenes casquivas que se adornan desde por la mañana como si fueran á un baile...

—Ah! señora!.. Como podeis hablar mal de mi vestido, cuando erais antes la mas coqueta, la mas elegante de las doncellas de la princesa?... Esto se ha repetido en el palacio de generacion en generacion hasta nuestros dias.

—Cómo, de generacion en generacion? Quereis decir que yo soy centenaria... impertinente!...

—Yo hablo de las generaciones de doncellas..... porque excepto vos, lo mas que permanecen con la princesa son dos ó tres años... Ella posee demasiado buenas cualidades..... para esas pobres muchachas.....

—Os prohibo, señorita que habléis asi de mi ama... cuyo nombre solo debe pronunciarse de rodillas.

—Sin embargo... si se quisiera hablar mal.....

—Os atreveis?

—Anoche á las once y media...

—Anoche?

—Un fiacre se detuvo á alguna distancia del palacio... un personaje misterioso envuelto en una capa, se apeó y llamó muy discretamente no á la puerta, sino á los vidrios de la ventana del portero.... Era la una de la madrugada y el fiacre permanecia estacionado en la calle esperando al personaje misterioso de la capa, que durante todo este tiempo estaria pronunciando sin duda el nombre de la señora princesa, como vos decís... de rodillas...

Fuese que Mme. Grivois no estuviese instruida de la visita hecha por Mr. Rodin (porque era el mismo) á la princesa la noche anterior, despues de haberse asegurado de la llegada á París de las hijas del general Simon, ó sea que Mme. Grivois tratase de aparentar que lo ignoraba, respondió encogiéndose de hombros con desden:

—No sé lo que quereis decir, y yo no he venido aquí para oir vuestras impertinentes habladurias; os lo repito, quereis, sí ó nó, introducirme en la habitacion de la señorita Adriana?

—Os vuelvo á decir que mi señora está durmiendo, y que me ha prohibido la entrada en su cuarto antes del medio dia.

Esta conversacion se tenia á alguna distancia del pabellon cuyo peristilo se distinguia al fin de una grande avenida de árboles que terminaba en una glorieta.

De repente Mme. Grivois exclamó tendiendo la mano en esta direccion.

—Gran Dios!.. Es posible? Qué veo!

—Qué?...—respondió Georgina volviéndose.

—A quien... he visto!..—repitió la Grivois con estupor.

—Pero sin duda...

—La señorita Adriana!...

—Donde?

—Subiendo rápidamente el peristilo... la he reconocido, por su sombrero... por su ropa... Volver á las ocho de la mañana!—exclamó la Grivois—pero esto no es creible!...

—A la señorita?... acabais de ver á la señorita?...—dijo Georgina riendo.—Ah! ya comprendo!... quereis decir algo á cuenta de mi verídica historia del fiacre de anoche... sois muy diestra...

—Os repito que en este momento mismo acabo de ver...

—Vamos Mme. Grivois..... si hablais seriamente voy á creer que estais loca.

—Estoy loca... porque tengo buenos ojos.... Por la puertecilla del jardin que da á la calle y está en la glorieta cerca del pabellon.... es sin duda por donde acaba de entrar la señorita..... Oh Dios mio!... Me estremezco!... qué dirá la princesa!... Ah!... sus presentimientos no la engañaban... Hé aquí como debia concluir su debilidad hácia los caprichos de su sobrina; es monstruoso!... tan monstruoso, que aunque acabo de verlo con mis ojos, no me atrevo á creerlo todavía....

—Pues siendo así, señora, yo soy quien se empeña en conduciros al aposento de la señorita, á fin de que os asegureis por vos misma de que acabais de ver una vision.

—Ah!.. cuán fina sois amiga mia!.. pero nada mas que yo... ahora me proponeis que entre..... ya lo creo..... Estais cierta de que en este instante encontraré á la señorita en su cuarto...

—Pero señora, os aseguro...

—Todo lo que puedo deciros es, que ni vos, ni Florina, ni Hebé, permaneceréis aquí veinte y cuatro horas: la princesa terminará tan horrible escándalo: yo voy á instruirla al instante de lo que pasa. Salir de noche..... Dios mio!... y volver á las ocho de la mañana.....

Estoy horrorizada!... Si no lo hubiera visto con mis propios ojos... no podria creerlo... Y despues de todo esto debia suceder.... sin espantar á nadie. Nó... ciertamente, y todas las personas á quienes se lo cuente, me responderán; no es extraño. Ah! qué dolor para esta respetable princesa, qué golpe tan cruel!...

Y Mme. Grivois se dirigió precipitadamente hácia el palacio seguida de *Señorito*, que parecia tan encolerizado como ella.

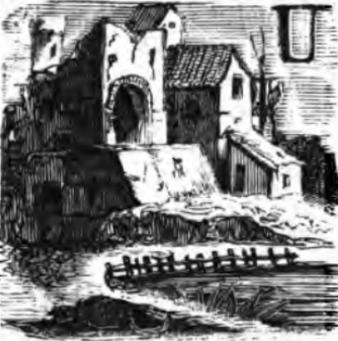
Georgina lista y ligera, corrió por su parte al pabellon, á fin de prevenir á la señorita Adriana que Mme. Grivois la habia visto... ó creia haberla visto entrar furtivamente por la puerta pequeña del jardin.





CAPÍTULO XVIII.

EL TOCADOR DE ADRIANA.



En esta hora habria pasado desde que Madame Grivois habia visto ó creido ver entrar á Mlle. Adriana de Cardoville en el pabellon del palacio de Saint Dizier.

No para escusar, sino para comprender la escentricidad de los cuadros siguientes, es menester poner de manifiesto algunas particularidades acerca del carácter original de Adriana de Cardoville.

Esta originalidad consistia en una escesiva independencia de espíritu unida á un horror natural á todo lo que era feo y repugnante, y á una imperiosa necesidad de rodearse de todo lo que era bello y seductor.

El pintor mas entusiasta del colorido, el estatuario mas amante de la forma, no esperimentaban mas que Adriana el noble entusiasmo

que la vista de la beldad perfecta, inspira siempre á las naturalezas escogidas.

Y no era solamente el placer de los ojos el que esta jóven deseaba satisfacer: las modulaciones armoniosas del canto, la melodia de los instrumentos, la cadencia de la poesia, le causaban placeres infinitos, mientras que una voz agria, un ruido discordante, le hacian experimentar la misma impresion desagradable, casi dolorosa, que sentia involuntariamente á la vista de un objeto asqueroso. Amando tambien apasionadamente las flores, gozaba de ellas y de sus suaves perfumes como de la música, como de la belleza... Será preciso confesar esta enormidad?... Adriana apreciaba mas que nadie una fruta fresca, el sabor delicado de un faisán dorado, perfectamente cocido, ó el aroma de un vino generoso.

Pero Adriana gozaba de todo con una reserva exquisita: cultivaba y refinaba sus sentidos con un cuidado religioso: hubiera mirado como una negra ingratitud gastar estos dones divinos con excesos, ó envilecerlos con cosas indignas, de las que ademas se hallaba preservada por la escensiva é imperiosa delicadeza de su gusto.

LA BELLEZA y la FEALDAD representaban para ella el BIEN y el MAL.

Su culto por la gracia, por la elegancia, por la belleza fisica, la habian conducido al culto de la beldad moral, porque si la expresion de una pasion vil y baja, afea los mas bellos rostros, los mas feos se ennoblecen por la expresion de los sentimientos generosos.

En una palabra, Adriana era la personificacion mas completa, mas ideal de la SENSUALIDAD... no de esa sensualidad vulgar, innoble, ininteligente *mal aprendida*, siempre falseada ó corrompida por el hábito ó la necesidad de goces groseros, sino de esa sensualidad exquisita que es para los sentidos, lo que el aticismo para el talento.

La independendencia de carácter de esta jóven era estremada. Ciertas sujeciones humillantes impuestas á la muger por su posicion social, la exasperaban sobre todo; y habia resuelto atrevidamente sustraerse á ellas.

Por lo demas nada de varonil tenia Adriana; era la muger mas *muger* que pueda imaginarse; muger por su gracia, por sus caprichos, por sus encantos, por su brillantez y *femenina* belleza; muger por su timidez como por su audacia; muger tanto por su odio al brutal despotismo del hombre, como por el deseo de entregarse locamente al que fuese digno de ella; muger tambien por su talento picante algo inclinado á paradojas; muger superior en fin, por su desden justo y sardónico hácia ciertos hombres colocados en una posicion muy elevada ó muy adulados, á quienes habia encontrado muchas

veces en el salon de su tia la princesa de Saint-Dízier, cuando vivia con ella.

Dadas estas indispensables esplicaciones, vamos á asistir con el lector al tocador de Adriana de Cardoville que salia del baño.

Seria necesario poseer el brillante colorido de la escuela veneciana para pintar esta escena encantadora que parecia tener lugar en el siglo XVI, en algun palacio de Bolonia ó de Florencia, mas bien que en París en el fondo del faubourg Saint-Germain en el mes de febrero de 1832.

El aposento del tocador de Adriana, era una especie de pequeño templo que se le hubiera creido elevado al culto de la belleza..... en reconocimiento á Dios que prodiga tantos encantos á la muger, no para que los descuide, no para que los cubra con ceniza, no para que los destruya con el rudo contacto de un cilicio, sino para que en su ferviente gratitud los rodee de todo el prestigio de la gracia, de todo el esplendor de los adornos, á fin de glorificar la obra divina á los ojos de todos.

Penetraba la luz del dia en esta pieza semi-circular por una de esas ventanas dobles que forman invernáculos de flores, importadas tan felizmente de Alemania. Las paredes del pabellon construidas de piedra sillería muy gruesa, hacian bastante profundo el hueco de la ventana que se cerraba por fuera con una vidriera de un solo cristal, y por dentro con un gran espejo sin pulir; en el intervalo de unos tres pies que quedaba entre estas dos puertas transparentes, se habia colocado un cajon lleno de tierra, en donde nacian enredaderas que sujetas al rededor del espejo, formaban una guirnalda de hojas y de flores.

Debajo de la ventana, al mediodia, estaba el tocador de Adriana, verdadera obra maestra de orfebrería.

Sobre una mesa de lapis-lazuli, se veian esparcidos algunos botes dorados con tapas primorosamente esmaltadas, frascos de cristal de roca, y otros utensilios de tocador de nacar, de concha, de marfil, incrustados con adornos de oro, de un gusto maravilloso; dos grandes figuras de plata moldeladas con una pureza antigua, sostenian un espejo ovalado que en lugar de un marco se hallaba rodeado de una guirnalda de flores naturales, que se relevaban diariamente como las de un ramillete para un baile.

Dos enormes vasos del Japon, azules, purpurinos y dorados, de tres pies de diámetro, colocados en el suelo á cada lado del tocador y llenos de camelias, de ibiscus y de gardenias en flor, formaban una especie de bosquecillo de los mas brillantes colores.

En el fondo del aposento, frente á la ventana, se veía rodeado de otra porcion de flores, una reduccion de marímol blanco, del grupo encantador de Daphne y Chl6e el mas casto ideal de la gracia p6dica y de la belleza juvenil...

Dos pebeteros de oro ardian sobre la base de malequita que sostenia estas dos figuras encantadoras.

Un gran cofre de plata sobredorada y afiligranada, adornado con figuritas doradas y pedrerias de color, sobre cuatro pies de bronce dorado, servia de *necessaire* de tocador: dos espejos á la Psyque decorados con guirnaldas, algunas escelentes copias de Rafael y del Ticiano pintadas por Adriana y representando retratos de hombres y mugeres de una belleza perfecta: algunas consolas de jaspe oriental sobre las que habia frascos preciosos de adornos cincelados llenos de aguas de olor; un muelle divan, algunas sillas y una mesa de madera dorada completaban el amueblado de esta habitacion, impregnada de los perfumes mas suaves.

Adriana que salia del ba6o, estaba sentada delante del tocador, rodeada de sus tres doncellas.

Por un capricho 6 mas bien por una consecuencia logica de su gusto amoroso por la belleza y la armonia de todas las cosas, Adriana habia querido que las j6venes que la sirviesen fuesen muy lindas y estuviesen vestidas con una coqueteria, con una originalidad encantadora.

Ya hemos visto á *Georgina*, rubia y picante con su traje á la *Marrivau*; sus dos compa6eras no la cedian tampoco en gracia y gentileza.

La una llamada *Florina*, alta y esbelta, con el aire de Diana cazadora, era p6lida y morena; sus espesos cabellos negros trenzados, estaban sujetos á la cabeza con un largo alfiler de oro. Tenia como las otras, los brazos desnudos para facilitar sus servicios, y llevaba un vestido de ese color verdegay, tan familiar á los pintores venecianos, con la falda muy ancha y el cuerpo ajustado, que se plegaba á cuadros sobre un cuello de batista blanco, planchado á pliegues menudos y cerrado con cinco botones de oro.

La tercera de las doncellas de Adriana tenia una cara tan fresca, tan ingenua, un talle tan esbelto que su ama la llamaba *Hebé*: su vestido de color de rosa bajo y hecho á la griega, descubria su cuello encantador y sus lindos brazos hasta el hombro.

La fisonomia de estas j6venes era risue6a, alegre, no leyendose en sus semblantes esa expresion de acritud, de obediencia envidiosa, de familiaridad chocante 6 de baja deferencia, resultado ordinario de la servidumbre.

En las atenciones que tenían con Adriana, se notaba tanto respeto como afecto; pareciendo tener un placer estremo en que su ama estuviese encantadora. Se hubiera dicho que embellecerla y adornarla era para ellas una *obra de arte*, llena de atractivos, y de la que se ocupaban con placer, amor y orgullo.

El sol iluminaba vivamente el tocador colocado enfrente de la ventana: Adriana estaba sentada en una silla con un espaldar algo elevado: vestía una larga bata de seda azul claro, bordada á ramos del mismo color, ajustada á su cintura tan delgada como la de una jóven de quince años, con un cordon flotante; su cuello elegante y esbelto como el cuello de un cisne, estaba desnudo asi como sus brazos y sus espaldas de una belleza incomparable; á pesar de la vulgaridad de esta comparacion, el mas puro marfil puede solo dar una idea de la brillante blancura de su piel, satinada, pulida, tan tersa y firme, que algunas gotas de agua que al salir del baño habian quedado en la raiz de los cabellos de Adriana, cayeron en la línea serpentina de sus espaldas, como cuentas de cristal sobre un pedazo de marmol blanco.

Lo que aumentaba todavia la brillantez de esta carnacion maravillosa, peculiar á las mugeres rubias, era el color de purpura oscuro de sus labios húmedos, el rosado transparente de sus pequeñas orejas, de las ventanillas dilatadas de su nariz, y de sus uñas lucientes como si estuvieran barnizadas; en fin, donde quiera que su sangre pura, viva y ardiente, podia colorear la epidermis, anunciaba la salud, la vida y la juventud.

Los ojos de Adriana muy grandes y negros, tan pronto brillaban de malicia y de espiritu, como se abrian lánguidos y velados entre sus largas pestañas de un negro tan oscuro como sus cejas, perfectamente arqueadas... porque por un encantador capricho de la naturaleza, tenia las cejas y las pestañas negras y los cabellos bermejos. Su frente pequeña como las de las estátuas griegas coronaba su semblante perfectamente ovalado; su nariz de una corba delicada era ligeramente aguileña: el esmalte de sus dientes y sus labios rojos adorablemente sensuales, parecian llamar los dulces besos, las alegres sonrisas y los deleites de una voluptuosidad delicada. En fin, no se podia ver un porte de cabeza mas libre, mas altivo, mas elegante, merced á la grande distancia que separaba su cuello y orejas de sus anchos hombros.

Lo hemos dicho, Adriana era bermeja, pero como lo son muchas de las admirables mugeres del Ticiano ó de Leonardo de Vinci.... Es decir, que el oro líquido no presenta reflejos mas hermosos, mas lu-

minosos, que su masa de cabellos rizados naturalmente, dulces y finos como la seda, y tan largos..... tan largos..... que llegaban al suelo estando de pié, y que podía envolverse en ellos como la Venus Afrodita.....



En aquel momento, sobre todo, estaba encantadora. Georgina con los brazos desnudos, de pié detrás de su señora había reunido con gran trabajo en una de sus pequeñas manos blancas, esta espléndi-

da cabellera, cuya brillantez aumentaba doblemente el resplandor del sol.

Cuando la linda doncella metió el peine de marfil entre las ondas doradas de aquella enorme porcion de cabellos de seda, hubiérase dicho que centelleaban: la luz del sol arrojaba sus reflejos no menos dorados, sobre los numerosos y largos tirabuzones que bien separados en medio, caian sobre las mejillas de Adriana, y con su elasticidad acariciaban el nacimiento de su seno de alabastro siguiendo su encantadora ondulación.

Mientras que Georgina, de pié, peinaba los lindos cabellos de su señora, Hébé con una rodilla en tierra, teniendo sobre la otra el diminuto pié de Adriana de Cardoville, se ocupaba en calzarle con un zapato de raso negro, y cruzaba las galgas sobre una media calada que dejaba adivinar la rosada blancura de la piel de la caña de pierna mas fina y mas delgada que puede imaginarse. Florina un poco mas atras, presentaba á su señorita en una cajita de plata, una pasta perfumada con la que Adriana se frotaba ligeramente sus manos delicadas, cuyos dedos delgados parecian pintados con carmin en las estremidades...

En fin, no olvidemos á *Lutine*, que acostada sobre las rodillas de su ama, abria sus grandes ojos, y parecia seguir con atencion todas las diversas faces del tocador de Adriana de Cardoville.

Habiendo resonado fuera un sonido argentino, Florina á una señal de su ama, salió y volvió en seguida con una carta sobre una bandeja de plata sobredorada.

Adriana, en tanto que sus doncellas acababan de calzarla, de peinarla y de vestirla, tomó la carta que la dirigia el administrador de las tierras de Cardoville, concebida en estos términos.

«Señorita:

«Conociendo vuestro buen corazon y vuestra generosidad, me permito dirigirme á vos con toda confianza. Durante veinte años he servido al difunto conde duque de Cardoville, vuestro padre, con celo y probidad; creo poderlo decir.... El palacio se ha vendido, de manera que mi muger y yo nos hallamos en vísperas de ser despedidos, y encontrarnos sin recurso ninguno; y á nuestra edad, señorita, esto es bien duro...»

—Pobres gentes!—dijo Adriana interrumpiendo su lectura—mi padre en efecto me alababa mucho su adhesion y su probidad...

Y continuó:

«Nos resta un medio de conservar nuestra colocacion, pero se trata de que hagamos una bajeza, y aun cuando suceda lo que quie-

»ra, ni mi muger ni yo queremos comer un pan comprado á seme-
»jante precio.....

—Bien, bien..... Siempre los mismos!..—dijo Adriana.—La digni-
dad en la pobreza, es como el perfume en la flor de los campos.

«Para esplicaros, señorita, la cosa indigna que se exige de nos-
»otros, debo deciros que hace dos dias, Mr. Rodin ha venido de
»París...»

—Ah!.. Mr. Rodin!—dijo Adriana de Cardoville interrumpiéndose
de nuevo, el secretario del abate de Aigrigny?... Ya no me admira
que se trate de alguna perfidia ó de alguna tenebrosa intriga.....
Veamos:

«Mr. Rodin vino de París para anunciarnos que las tierras habian
»sido vendidas, y que él estaba seguro de conservarnos en nuestro
»puesto si le ayudábamos á dar por confesor á la nueva propietaria un
»sacerdote desacreditado; y si para conseguirlo consentíamos en ca-
»lumniar al otro sacerdote, escelente hombre, muy respetado y muy
»amado en el pais: no es esto todo; yo debia escribir secretamente á
»Mr. Rodin dos veces por semana todo lo que pasase en el palacio.
»Debo confesar, señorita, que estas proposiciones estaban en lo po-
»sible disfrazadas, disimuladas bajo pretestos bastante especiosos;
»pero á pesar de la forma mas ó menos diestra, el fondo es el que
»acabo de tener la honra de manifestaros señorita...»

—Corrupcion, calumnia y delacion!—se dijo Adriana con disgust-
to.—No puedo pensar en esas gentes sin que involuntariamente no se
despierten en mí ideas tenebrosas de venenos y de reptiles negros...
que tienen en verdad un aspecto muy asqueroso... Asi prefiero pen-
sar en la tranquila y dulce fisonomia de ese pobre Dupont y de su
muger.

Adriana continuó:

«Ya adivinareis señorita que no hemos vacilado: saldremos de
»Cardoville al cabo de veinte años, pero saldremos como gentes
»honradas... Ahora bien, señorita, si entre vuestros brillantes cono-
»cimientos, pudieseis, vos que sois tan buena, encontrarnos reco-
»mendándonos alguna colocacion, tal vez gracias á vos saldríamos
»de esta situacion embarazosa...»

—Ciertamente no se habrán dirigido á mí vanamente... Arrancar
á estas buenas gentes de las garras de Mr. Rodin es un deber y un
placer al mismo tiempo, porque es tambien á la vez una cosa justa y
peligrosa..... y me gusta tanto desafiar á los poderosos opresores!..

Adriana continuó:

«Despues de haber hablado de nosotros señorita, permitidnos im-

»plorar vuestra proteccion por otras personas; porque haríamos mal
»en pensar solamente en nosotros mismos: dos buques han naufraga-
»gado en estas costas hace tres dias; algunos pasajeros se han salva-
»do y han sido conducidos aquí, donde mi muger y yo les hemos
»prodigado todos los socorros necesarios; varios de ellos se han di-
»rigido á París, pero todavia queda uno. Hasta ahora sus heridas le
»han impedido salir del palacio y le detendrán aun algunos dias.....
»Es un jóven príncipe indio de cerca de veinte años, que parece tan
»bueno como hermoso, aunque su tez es bronceada como la de las
»gentes de su pais, segun dicen.»

—Un príncipe indio de veinte años, jóven, bueno y hermoso!—es-
clamó Adriana alegremente.—Es encantador, y sobre todo muy poco
vulgar: ese príncipe náufrago escita todas mis simpatias... pero qué
puedo yo hacer por ese Adonis de las orillas del Ganges que ha nau-
fragado en las costas de Picardia?

Las tres doncellas de Adriana la miraron sin demasiada admira-
cion, habituadas como lo estaban á las singularidades de su carácter.

Georgina y Hebé sonrieron discretamente: Florina la alta y bella
muchacha, morena y pálida, Florina sonrió tambien como sus lin-
das compañeras, pero un poco mas tarde y por decirlo así, por reflexi-
on, como si hubiese estado desde luego ocupada en escuchar y re-
tener las menores palabras de su señora, que muy interesada por el
Adonis de las orillas del Ganges, como ella decia, continuó la lectu-
ra de la carta del administrador.

«Uno de los compatriotas del príncipe indio que ha querido per-
»manecer á su lado para cuidarlo, me ha dado á entender que el jó-
»ven príncipe habia perdido en el naufragio todo cuanto poseia... y
»que no sabia como buscar un medio de llegar á París, donde su
»pronta permanencia era indispensable para asuntos de grandes inte-
»reses.... no ha sido el príncipe quien me ha contado estos detalles,
»parece demasiado digno, demasiado altivo para quejarse; pero su
»compañero mas comunicativo, me ha hecho estas confianzas, aña-
»diendo que su jóven compatriota, habia ya probado grandes des-
»gracias, y que su padre, rey de una parte de la India, habia sido
»ultimamente desposeido y muerto por los ingleses...»

—Esto es singular—dijo Adriana reflexionando—estas circunstan-
cias me recuerdan que mi padre me hablaba con mucha frecuencia
de uno de nuestros parientes que se habia desposado en la India con
un rey, con el cual habia tomado partido el general Simon á quien
acaban de nombrar mariscal...—Despues interrumpiéndose de nuevo,
añadió sonriendo.—Dios mio, que bueno seria!... Solo á mi me suce-

den estas cosas, y luego dicen que soy original!... Me parece que no soy yo, sino la Providencia quien en verdad se muestra algunas veces muy escéntrica. Pero veamos si ese pobre Dupont me dice el nombre de este bello príncipe.

«Escusareis sin duda nuestra indiscrecion, señorita, pero habíamos creído que seríamos bien egoistas no hablándoos sino de nuestras penas, cuando tenemos al lado un bravo y hermoso príncipe, digno tambien de compasion. En fin señorita, creedme, yo soy viejo y tengo alguna esperiencia de los hombres.... Al ver la dulzura y la nobleza de la fisonomía de este jóven indio, juraria que es digno del interés que os pido en favor suyo, siendo suficiente enviarle una pequeña suma de dinero para comprar algunos vestidos europeos, porque ha perdido todos sus vestidos indios en el naufragio.»

—Cielos!.. vestidos europeos...—esclamó alegremente Adriana.— Pobre jóven príncipe!.. Dios le ha preservado como á mí!.. La casualidad me envia desde el fondo de la India un mortal bastante afortunado para no haber usado jamás estas abominables modas europeas, esos horribles fracs, esos espantosos sombreros, que hacen parecer á los hombres tan ridículos, tan feos, que en verdad no hay mucha virtud en encontrarlos muy poco seductores por lo menos.... Al fin llega un hermoso jóven príncipe de ese pais de Oriente, donde los hombres se visten de sedas, de muselinas y de cachemiras; ciertamente no despreciaré esta rara y única ocasion de tener muy serias tentaciones.... Asi nada de vestidos europeos, como dice el pobre Dupont.... Pero el nombre de ese querido príncipe... Lo repito, qué singular encuentro si fuera ese primo mio de las orillas del Ganges... He oido en mi infancia hablar tan bien de su real padre, que me alegraria hacer á su buen hijo un recibimiento digno..... Pero veamos, veamos su nombre...

«Si ademas de esta pequeña suma pudieseis procurarle los medios lo mismo que á su compatriota, de llegar á París, hariais un gran servicio á este pobre príncipe, ya tan desgraciado.

«En fin, señorita, conozco bastante vuestra delicadeza para comprender que tal vez convendria prestar este socorro al príncipe sin darse á conocer; en este caso tened la bondad de disponer de mi y contar con mi discrecion: si por el contrario tratáis de enviárselo directamente, ved aquí su nombre tal como me lo ha escrito su compatriota *el príncipe Djalma, hijo de Kadja-Sing, rey de Mundi.*»

—*Djalma*—dijo vivamente Adriana pareciendo reunir sus recuerdos—*Kadja-Sing*.... sí... eso es.... estos son los nombres que mi padre me repetía... diciéndome que nadie habia en el mundo mas ca-

balleresco, mas heroico que este viejo rey indio, nuestro pariente por su casamiento..... Parece que el hijo no ha degenerado. Si..... *Djalma.... Kadja-Sing.....* estos son los nombres que no son tan comunes—añadió sonriendo—que puedan olvidarse ó confundirse con otros.... Asi *Djalma* es primo mio. Es valiente y bueno, jóven y encantador..... sobre todo no ha usado jamas vestidos europeos... y está privado de todo recurso! Qué felicidad!... es demasiada alegría á la vez... Pronto, pronto, improvisemos un lindo cuento de hadas..... en que este bello *príncipe querido* sea el héroe..... Pobre pájaro de oro y azul perdido en nuestros tristes climas!... Que al menos encuentre aquí alguna cosa que le recuerde su pais de luz y de perfumes.—Despues dirigiendose á una de sus doncellas, le dijo:

—Georgina, toma papel y escribe.

La jóven fue á la mesa de madera dorada, sobre la cual habia un pequeño *necessaire* de escribir, y sentándose exclamó:

—Estoy á vuestras órdenes señorita.

Adriana de Cardoville, cuyo rostro encantador centelleaba de gozo, de felicidad y de alegría, dictó el billete siguiente, dirigido á un viejo pintor que la habia enseñado largo tiempo el dibujo y la pintura, porque ella era tan sobresaliente en este arte como en todos los otros.

« Mi querido Ticiano, mi buen Veronese, mi digno Rafael.... vais á hacerme un grande servicio, y estoy cierta que lo hareis con la misma perfecta voluntad que siempre he encontrado en vos....

« Vais á entenderos al instante con el sabio artista que ha dibujado mis últimos trages del siglo XV. Se trata esta vez de vestidos indios modernos para un jóven..... si señor, para un jóven..... Y á lo que imagino podreis tomar las medidas en el Antinóo ó mas bien en el Baco indio que será mas á propósito...

« Es preciso que estos vestidos tengan á la vez una grande exactitud, una gran riqueza y una gran elegancia: escogereis las telas mas preciosas, sobre todo tratando de que se parezcan lo mas posible á los tejidos de la India: añadiréis para cinturones y turbantes seis magnificos chales de cachemir, dos blancos, dos encarnados y dos de color de naranja, ningun color sienta mejor á los morenos.

« Hecho esto (para lo que os doy de termino solo dos ó tres dias) saldreis en posta en mi berlina para mi palacio de Cardoville que vos conoceis bien: el administrador, el escelente Dupont, uno de vuestros antiguos amigos, os presentará un jóven principe indio llamado *Djalma*. Direis á este alto y poderoso señor del otro mundo, que vais de parte de un *amigo* desconocido, que tratándolo como hermano,

»le envia lo que es necesario para que se libre de las horribles mo-
»das de Europa.... Añadiréis que este amigo le espera con tanta im-
»paciencia, que le suplica se ponga en seguida en camino para París.
»Si mi protegido se opone por estar enfermo todavía, le direis que
»mi carruage es excelente, y hareis poner el lecho que tiene, en el
»cual se hallará con toda comodidad. Sin duda escusareis con humil-
»dad al amigo desconocido, por no haber enviado al príncipe ni ricos
»palanquines, ni al menos, modestamente un elefante, porque ay!...
»solo existen palanquines en la ópera y elefantes en las casas de fie-
»ras; lo cual nos hará parecer extraordinariamente salvages á los
»ojos de mi protegido.

«Así que lo decidais á venir, os pondreis rapidamente en camino
»y lo conducireis aquí á mi pabellon calle de Babilonia (que predes-
»tinacion!... vivir en la CALLE DE BABILONIA... esto á lo menos es un
»nombre que sonará bien á un oriental) digo pues, que conducireis
»aquí á este querido príncipe que ha tenido la felicidad de nacer en
»el pais de las flores de los diamantes y del sol.

«Sobre todo tendreis la complacencia mi buen amigo, de no admi-
»raros de este nuevo capricho y de no hacer ninguna congetura es-
»travagante... Seriamente: lo que exijo de vos en esta circunstancia,
»de vos á quien amo y respeto sinceramente, os debe asegurar que
»en el fondo de todo hay algo mas que una aparente locura...»

Y dictando estas últimas palabras, el tono de Adriana era tan se-
rio como habia sido hasta entonces ligero é indiferente.

Pero bien pronto repuso con alegría:

«Adios mi buen amigo; me parezco un poco á ese capitán de los
»tiempos antiguos, de quien tantas veces me habeis hecho dibujar la
»nariz heróica y encantadora: me chancoo con una estremada liber-
»dad de espíritu en el momento de la batalla: sí, porque dentro de
»una hora doy una batalla, una grande batalla á mi cara y discreta
»tia. Felizmente la audacia y el valor no me faltan y deseo el momen-
»to de principiar la acción con esta austera princesa.

«Adios: mil recuerdos á vuestra excelente esposa. Si hablo aquí
»de ella que es tan justamente respetable, es para tranquilizaros so-
»bre las consecuencias de este rapto á mi favor de un encantador
»jóven príncipe, porque es necesario concluir por donde he debido
»empezar, y confesaros que es encantador.

«De nuevo adios»

Despues dirigiéndose á Georgina:

—Has acabado?—la dijo.

—Si, señorita.

--Ah!... añade en posdata:

« Os envío un crédito á la vista sobre mi banquero para estos gastos: nada economicéis. Ya sabéis que soy un *gran señor*... (es preciso servirse de esta expresión masculina, puesto que os habeis exclusivamente apropiado, líranos, este término que tan bien significa una noble generosidad. »)

—Ahora Georgina.—dijo Adriana—dame una hoja de papel y esa carta para que la firme.

Mlle. de Cardoville tomó la pluma que le presentó Georgina, firmó la carta é incluyó un bono para su banquero, concebido así:

« Se pagará á Mr. Norval, bajo recibo, la cantidad que pida por gastos-hechos en mi nombre. »

« ADRIANA DE CARDOVILLE. »

Durante toda esta escena y mientras Georgina escribía, Florina y Hebé habian continuado ocupándose del tocador de su ama, que se habia quitado su bata y se habia vestido á fin de visitar á su tia.

Por la atencion sostenida aunque disimulada, con que Florina habia escuchado á Adriana dictar la carta á Mr. Norval, se veia facilmente que segun su costumbre, ella trataba de retener las menores palabras de su señorita.

--Mira-dijo esta á Hebé—envia esta carta al instante á casa de Monsieur Norval.

El mismo sonido argentino se volvió á oir.

Hebé se dirigia hácia la puerta para saber quien era y ejecutar las órdenes de su señora, pero Florina se precipitó por decirlo así, para salir antes que ella y dijo á Adriana:

--Señorita, quereis que haga llevar esa carta? Tengo que ir al palacio.

--Llevala: Hebé mira quien es, y tu Georgina sella la carta.

Al cabo de un instante, en el cual Georgina selló la carta, Hebé volvió.

--Señorita—dijo entrando—el obrero que encontró ayer á Lutine os suplica que lo recibais por un instante.... está muy pálido y tiene el aire bien triste...

—Si tendrá necesidad de mí... Eso si que seria afortunado!—dijo Adriana con alegría.—Haz entrar en el pequeño salon á ese honrado jóven—y tu Florina envia esta carta al instante....

Florina salió.

Mlle. de Cardoville seguida de Lutine, entró en el salon donde Agricol la esperaba.



CAPÍTULO XIX.

LA CONFERENCIA.



▲ Señorita Adriana de Cardoville entró en el salón donde Agricol la esperaba, vestida con una simple y estremada elegancia: un vestido de casimir azul oscuro, con cuerpo ajustado, bordado por delante con trenzilla de seda negra, según la moda de entonces, dibujaba su talle de ninfa y la redondez de su seno: un pequeño cuello de batista liso y cuadrado caía sobre una ancha cinta escocesa, prendida con una roseta que la servía de corbata: su magnífica cabellera dorada, cuadraba su blanca fisonomía con una increíble profusión de largos y ligeros tirabuzones que casi la llegaban hasta el hombro.

Agricol á fin de engañar mas facilmente á su padre, haciéndole creer que se dirigia verdaderamente á los talleres de Mr. Hardy, se habia visto forzado á ponerse sus vestidos de trabajo; solo que llevaba una blusa nueva y el cuello de su camisa de tela gruesa bien plan-

chado, caía sobre una corbata negra negligentemente anudada en torno de su cuello: su ancho pantalón gris dejaba ver sus botas bien lustradas, y tenía en sus manos musculosas una gorrilla nueva de paño: en fin, aquella blusa azul bordada de encarnado, que dejando libre el cuello moreno y nervudo del joven herrero, y dibujando sus robustas espaldas, caía en pliegues graciosos, no incomodaba en nada sus maneras sueltas y libres, y le sentaba mucho mejor que todos los fraques y levitas.

Mientras aguardaba á Mlle. de Cardoville, Agricol examinaba maquinalmente un magnífico vaso de plata admirablemente cincelado, que en una laminita del mismo metal sujeta á su base, tenía estas palabras: *Cincelado por Juan María, obrero cincelador, 1831.*

Adriana había andado tan ligeramente sobre la alfombra del salón, separado solo de la otra pieza por unas colgaduras, que Agricol no se apercibió de la venida de la joven, hasta que oyendo una voz argentina que le hablaba, se volvió estremeciéndose.



- Es un hermoso vaso, no es verdad?
- Muy hermoso, señorita—respondió Agricol con embarazo.
- Ya veis que soy equitativa—añadió Adriana mostrándole la la-

minita de plata—un pintor firma sus cuadros..... un escritor sus libros... yo quiero que un trabajador firme su obra...

—Cómo señorita... Este nombre?...

—Es del pobre cincelador que egecutó este vaso para un rico platero... Cuando este me le vendió se admiró de mi rareza, que hasta hubiera calificado de injusticia: despues de preguntarle el autor de esta obra maravillosa, hice que se escribiese en él su nombre..... á falta de riqueza, justo será que el artesano adquiera al menos reputacion.... no es verdad, señor?...

Era imposible que Adriana entablase mas graciosamente la conversacion: asi el herrero empezando á serenarse contestó:

—Siendo yo artesano, señorita, graduo doblemente el precio de semejante muestra de equidad...

—Y yo me felicito de ello; pero sentaos.

Y con un gesto lleno de afabilidad le señaló un sillón color de púrpura bordado de oro, sentándose ella misma en un confidente de la misma tela.

Viendo la timidez de Agricol que bajaba de nuevo los ojos con embarazo, Adriana le dijo alegremente para animarle mostrándole á *Lutine*.

—Esta pobre perrita á quien quiero mucho, será siempre un vivo recuerdo de vuestra honradez: asi vuestra visita me parece de un feliz agujero; yo no sé que buen presentimiento me dice que tal vez podré seros útil en alguna cosa...

—Señorita—dijo resueltamente Agricol—me llamo Baudoin, soy herrero y trabajo en casa de Mr. Hardy en Plessy, cerca de París: ayer me habeis ofrecido vuestra bolsa.... que rehusé.... hoy vengo á pedirós una suma, tal vez diez.... veinte veces mayor que la que me ofrecisteis tan generosamente.... os lo digo así.... señorita.... porque esto es lo que mas me cuesta..... estas palabras me abrasaban los labios... ahora estaré mas sereno...

—Aprecio la delicadeza de vuestros escrúpulos—dijo Adriana—pero si me conocierais, os hubierais dirigido á mi sin temor!.. qué necesitais?...

—No lo sé, señorita.

—Cómo? vos ignorais la cantidad?

—Sí, señorita, y vengo á pedirós no solamente la suma que me hace falta... sino á que me digais cuánto necesito...

—Veamos—dijo Adriana sonriendo—esplicaos... á pesar de mi buena voluntad.... ya concebireis que no puedo adivinar de lo que se trata....

—He aquí el hecho en dos palabras, señorita: tengo una madre anciana que en su juventud destruyó su salud trabajando para educarme, y á un pobre niño abandonado que habia recogido: al presente me toca á mi mantenerla, lo cual tengo la felicidad de hacer.... Pero no poseo mas que mi trabajo... ahora bien, si lo pierdo mi madre se encontrará sin recursos.

—Vuestra madre no carecerá de nada: yo me intereso por ella...

—Vos... vos os interesais, señorita?...

—Sin duda.

—La conoceis?...

—Ahora sí...

—Ah señorita—dijo Agricol con emocion despues de un momento de silencio—ya os comprendo... Teneis un corazon muy noble... La Mayeux tenia razon....

—La Mayeux?

Dijo Adriana mirando á Agricol con sorpresa; porque estas palabras eran un enigma para ella.

El obrero que no se avergonzaba de sus amistades replicó:

—Señorita, voy á esplicároslo todo. La Mayeux es una pobre jóven obrera, muy laboriosa con quien me he criado: es contrabechea y por eso la llaman la Mayeux. Ya veis que ella está colocada tan baja como vos lo estais elevada.... Pero por el corazon... por la delicadeza... Ah! señorita!... estoy seguro de que os iguala.... Ese fue su pensamiento cuando la conté como me disteis ayer aquella linda flor....

—Yo os aseguro dijo Adriana sinceramente conmovida—que esta comparacion me lisongea y me honra mas que todo cuanto podais decirme... Un corazon que permanece bueno y delicado á pesar de la crueldad del infortunio, es un raro tesoro!... Es tan fácil ser buena cuando es una jóven y bella!.. Ser delicada y generosa siendo rica!.. Acepto, pues, vuestra comparacion... pero á condicion de que al momento me pondreis en disposicion de merecerla.... Continudad, yo os lo pido.

A pesar de la graciosa cordialidad de Mlle. de Cardoville, se notaba en ella esa dignidad natural que presta siempre la independencia de carácter, la elevacion de espíritu y la nobleza de sentimientos: Agricol olvidando la ideal belleza de su protectora, experimentó bien pronto hácia ella una especie de afectuoso y profundo respeto que contrastaba singularmente con la edad y la alegría de la jóven que le inspiraba este sentimiento.

—Si no tuviera mas que á mi madre señorita, no me inquietaria

tanto por una forzada ociosidad; las personas pobres se ayudan entre sí y mi madre es adorada en toda la casa, nuestros buenos vecinos la socorrerian; pero como ellos no son ricos se privarian por ella de muchas cosas y sus servicios le serian mas sensibles que la miseria misma, y en fin, que necesito trabajar no solamente por mi madre, sino por mi padre á quien no veiamos hace mas de diez y ocho años acaba de llegar de la Siberia, á donde ha estado por adhesion á su antiguo general... hoy el mariscal Simon...

—El mariscal Simon!...

Dijo vivamente Adriana, con una expresion de sorpresa.

—Vos le conocéis? Señorita?...

—No le conozco personalmente, pero se ha casado con una persona de nuestra familia.

—Qué felicidad!—esclamó el herrero—entonces esas dos jovencitas que mi padre ha traído de Rusia.... son parientas vuestras.....

—El mariscal tiene dos hijas?—preguntó Adriana mas y mas admirada.

—Ah señorita! dos angelitos... de quince ó diez y seis años... tan lindas... tan dulces... dos gemelas que se parecen tanto que pueden equivocarse... su madre murió en el destierro: los pocos bienes que poseian fueron confiscados y han venido aqui con mi padre desde el interior de la Siberia, viajando bien pobremente; pero el trataba de hacerlas olvidar tantas privaciones á fuerza de cariño... de ternura... Buen padre!.. vos no creeriais señorita, que con un valor de leon, es tan bueno... como una madre....

—Y donde están esas niñas—preguntó Ariana.

—En nuestra casa, señorita... lo que hacia mi posicion tanto mas difícil, lo que me ha dado valor para recurrir á vos: no es que con mi trabajo no pueda sostener la casa, aunque se haya aumentado la familia... pero y si me prenden?...

—Prenderos! y por qué?...

—Tened la bondad, señorita, de leer este aviso que han enviado á la Mayeux... esa pobre jóven de que os he hablado... que es una hermana para mí...

Y Agricol entregó á Adriana la carta anónima, dirigida á la obrera.

Despues de haberla leído le dijo al herrero con sorpresa.

—Cómo! sois poeta?

—No tengo esa pretension ni esa ambicion señorita... solamente que cuando vuelvo al lado de mi madre despues de un dia de trabajo.... y algunas veces machacando el hierro, para distraerme ó descansar, me entretengo en componer... algunas odas ó canciones.

—Y esa cancion del *Trabajador libre* de que se habla en esa carta, es acaso hostil y peligrosa?

—Dios mio! Nó, señorita, al contrario, porque tengo la felicidad de estar empleado en casa de Mr. Hardy que hace á sus obreros tan dichosos, como desgraciados son nuestros demas camaradas.... y me he limitado á componer en favor de los que forman la masa general, una reclamacion enérgica, sincera, equitativa nada mas; pero ya conoceis señorita, que en estos tiempos de conspiraciones y motines, es uno acriminado y á veces encarcelado sin motivo... si semejante desgracia me sucede... qué será de mi madre... de mi padre... y de las dos huérfanas, hijas del mariscal Simon?... Asi, señorita, para librarme de esta desgracia, venia á pedirlos, en el caso de que arriesgase el ser preso, que me procuraseis una fianza: de este modo no me veré obligado á dejar mi taller por la prision, y os respondo que con mi trabajo bastará para todo.

—Gracias á Dios—dijo Adriana alegremente.—Todo se arreglará. Desde ahora señor poeta podreis recibir vuestras inspiraciones en la felicidad y no en el disgusto... Triste musa... Desde ahora se prestará la fianza.

—Ah señorita... nos salvais!...

—El médico de nuestra familia es amigo íntimo de un ministro muy importante (entendedlo como gustéis,—añadió sonriendo—casi no os engañareis.) Este facultativo tiene una grande influencia sobre él, porque siempre le ha aconsejado para conservar su salud, que gozase de las dulzuras de la vida privada, la vispera del dia en que le han quitado la cartera. Estad perfectamente tranquilo: si la fianza no es suficiente, ya buscaremos otros medios.

—Señorita—dijo Agricol con una profunda emocion—os deberé el reposo, tal vez la vida de mi madre..... creedme..... no seré ingrato jamás.

—Eso es muy sencillo... Ahora á otra cosa: es preciso que los que tienen demasiado, socorran á los que tienen poco..... Las hijas del mariscal Simon son de mi familia!..... Ellas vendrán aquí: esto será mas decoroso: prevenid de todo á vuestra madre, y esta noche al ir á darla gracias por la hospitalidad que ha dado á mis jóvenes parientas, me las traeré conmigo.

De repente Georgina levantando la cortina que separaba el salon de una pieza vecina, entró precipitadamente y como asustada.

—Ah señorita—esclamó—alguna cosa estraordinaria pasa en la calle.....

—Como!.. esplicate...

—Al conducir á mi costurera hasta la puertecilla, me pareció ver dos hombres de mala catadura mirar atentamente á las paredes y ventanas del pabellon, como si estuvieran espiondo á alguno....

—Señorita—dijo Agricol con pena—es á mí á quien buscan, no me habian engañado...

—Qué decís?

—Me pareció que venian siguiéndome desde la calle Saint-Mer-ry.... No hay que dudarlo, me habrán visto entrar en vuestra casa y vienen á prenderme. Ah! Ahora señorita que os interesais por mi madre..... ahora que no estoy inquieto por las hijas del mariscal Simon, antes que esponeros á la menor incomodidad, voy á entregarme.....

—Guardaos bien de hacerlo—dijo vivamente Adriana—la libertad es una cosa demasiado buena, para sacrificarla voluntariamente.... Ademas Georgina puede haberse equivocado..... pero en todo caso, yo os suplico que no lo hagais... Creedme... evitad que os prendan... juzgo que esto facilitará mis planes... porque la justicia se muestra adherida con exageracion á los que ha cogido una vez.....

—Señorita—dijo Hebé entrando como inquieta tambien—un hombre acaba de llamar á la puerta... ha preguntado si un hombre con una blusa azul ha entrado aquí.... añadiendo que esta persona se llama Agricol Baudoin, á quien tenia que comunicar una cosa de gran- de importancia.....

—Ese es mi nombre—dijo Agricol—será alguna estratagema para forzarme á salir...

—Evidentemente—dijo Adriana—por eso es menester evitarla. Qué has respondido?—añadió dirigiéndose á Hebé.

--Señorita.. yo le he respondido que no sabia de quien hablaba...

--Muy bien... y el hombre?...

--Se alejó, señorita...

—Sin duda para volver al instante—dijo Agricol.

--Es muy probable—contestó Adriana.— De modo que es preciso resignarse á permanecer aquí algunas horas..... Desgraciadamente tengo necesidad de ir al momento en casa de la princesa de Saint-Dizier, mi tia, para una entrevista muy importante y que no puede retardarse, pero que es mucho mas necesaria todavia por lo que acabais de decirme acerca de las hijas del mariscal Simon..... Estaos, pues, aquí, porque si salis, sereis ciertamente arrestado.

—Señorita, perdonad que me niegue á ello... pero os repito que no debo aceptar vuestra oferta generosa.

--Y por qué?

--Han tratado de atraerme fuera, á fin de no penetrar legalmente en vuestra casa, pero ya señorita, si no salgo, entrarán aquí, y jamás debo esponeros á semejante incomodidad. Ya que no estoy inquieto por mi madre, qué me importa la cárcel?..

—Y la pena que recibirá vuestra madre? y sus inquietudes y sus temores?... no es eso nada? Y vuestro padre? y esa pobre obrera que os ama como á un hermano y á quien me parezco en el corazon, segun decís!... Creedme.... ahorrad estos tormentos á vuestra familia... Permaneced aquí... antes de la noche estoy segura que ya por la fianza ó de otro modo, os libraré de estos pesares....

--Pero, señorita, admitiendo que yo acepte vuestra generosa oferta... aquí me encontrarán...

--No: hay en este pabellon que servia otras veces de *casita*..... mirad—dijo Adriana sonriendo—habito un lugar muy profano..... hay en este pabellon un escondite tan maravillosamente bien imaginado, que puede desafiar á todas las pesquisas: Georgina os conducirá: vos estareis comodamente... hasta podreis escribir algunos versos para mí, si la situacion os inspira...

—Ah!.. señorita! cuanta bondad!.. Cómo he merecido?...

—Cómo? Yo os lo diré: suponed que vuestro carácter, que vuestra posicion no merezcan ningun interés: suponed que yo no hubiese contraido con vuestro padre una deuda sagrada por los tiernos cuidados que ha prodigado á las hijas del mariscal Simon, mis parientas..... Pero pensad al menos..... en *Lutine*,—dijo Adriana riendo—en *Lutine* á quien estais mirando... y que habeis devuelto á mi ternura... seriamente... si yo me rio—repuso esta singular y linda criatura—es porque no hay el menor peligro para vos, y porque me encontráis en un acceso de buen humor. Asi pues, escribidme en esta cartera vuestra morada y la de vuestra madre; seguid á Georgina y hacedme algunos lindos versos, si no os aburrís demasiado en esa prision, en la cual huis... de otra prision.

Mientras que Georgina conducia al herrero al escondite, Hebé trajo á su señora un sombrero de castor gris con plumas del mismo color, porque Adriana tenia que atravesar el parque para entrar en el gran palacio ocupado por la princesa de Saint Dizier.

.

Un cuarto de hora despues de esta escena, Florina entraba misteriosamente en el cuarto de Mme. Grivois, primera doncella de la princesa de Saint-Dizier.

—Y bien?—preguntó Mme. Grivois á la jóven.

—Hé aquí las notas que he podido tomar esta mañana—dijo Florina entregando el papel á la dueña—afortunadamente tengo buena memoria.....

—A qué hora volvió esta mañana?—preguntó vivamente la dueña.

—Quien, señora?

—Mlle. Adriana?

—Si no ha salido, señora... A las nueve la pusimos en el baño.

—Pero antes de las nueve entró, despues de haber pasado la noche fuera. Porque hé aquí á lo que ha llegado.

Florina miraba á la Grivois con una profunda admiracion.

—No os comprendo señora.

—Como, señorita, no ha entrado esta mañana á las ocho por la puertecilla del jardin? Osareis mentir?

—Ayer estuve mala, y no bajé hasta las nueve para ayudar á Georgina y á Hebé al salir la señorita del baño... ignoro lo que ha pasado antes... yo os lo juro, señora...

—Eso es diferente..... informaos de lo que acabo de deciros por vuestras compañeras, que como no desconfian de vos ellas os lo dirán todo.....

—Si señora.....

—Que ha hecho la señorita esta mañana desde que la visteis?...

—Ha dictado una carta á Georgina para Mr. Norval, y he suplicado me la dejasen enviar á fin de tener un pretexto para salir y anotar lo que habia retenido en la memoria....

—Bien, y esa carta?...

—Gerónimo acaba de salir y se la he dado para que la echase al correo.

—Torpel!—esclamó la Grivois—no podias habermela traido?...

—Como la señorita dictó en alta voz á Georgina, segun su costumbre, yo sabia el contenido de esta carta y la he copiado en la nota.

—No es igual... es muy posible que hubiera sido preciso retardar el envio de esa carta... la princesa lo va á sentir....

—Habia creido acertar... señora....

—Dios mio! ya se que no os falta buena voluntad: hace seis meses que estamos satisfechos de vos... pero esta vez habeis cometido una grave imprudencia....

—Sed indulgente... señora... lo que hago es tan penoso.

Y la jóven ahogó un suspiro.

Mme. Grivois la miró fijamente y la dijo con un tono sardónico:

—Pues bien, querida mia, no continuéis..... Si teneis escrupulos.... sois libre.... idos. ...

—Bien sabeis que no soy libre, señora...—dijo Florina sonrojándose: una lágrima asomó á sus ojos y añadió—estoy bajo la dependencia de Mr. Rodin que me ha colocado aqui!...

—Entonces, á que son esos suspiros?

—A pesar mio, tengo remordimientos.... La señorita es tan buena!... tan confiada!...

—Será sin duda perfecta... pero vos no habeis venido aqui á hacer su elogio... qué sucedió despues?...

—El obrero que encontró ayer á *Lutine* vino hace poco á hablar con la señorita.

—Y ese hombre?... está ahí todavía?

—Lo ignoro... entraba al mismo tiempo de salir yo con la carta...

—Tratad de saber lo que ha venido á hacer ese artesano, en casa de la señorita... ya hallareis un pretexto para venir á decirmelo durante el dia...

—Si señora.

—La señorita no se ha manifestado pensativa, inquieta, asustada con la entrevista que debe tener hoy con la princesa? Oculta tan poco sus pensamiento que vos lo debeis saber.

—La señorita ha estado tan alegre como acostumbra, hasta se ha chanceado sobre ello.

—Ah! Se ha chanceado—dijo la dueña.

Y añadió entre dientes sin que Florina pudiese oirlo.

—Al freir será el reir: á pesar de su audacia y de su carácter diabólico... ella temblaria y pediria gracia... si supiera lo que la aguarda hoy...

Despues dirigiéndose á Florina.

—Volved al pabellon y os aconsejo que desterreis esos bellos escrupulos, que pudieran muy bien perjudicaros: no lo olvideis.

—No puedo olvidar que yo no me pertenezco á mi misma, señora.

—Enhorabuena, hasta luego.

Florina salió del palacio y atravesó el parque para volver al pabellon.

Mme. Grivois fue en seguida á ver á la princesa de Saint Dizier.











HDI



Hw 23S7 W

This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please return promptly.

DUE APR 15 '50

